

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

POSGRADO EN HISTORIA

MAESTRÍA EN HISTORIA

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE MAESTRO

EN EL POSGRADO EN HISTORIA DE LA UNAM

PRESENTA:

JOSÉ FRANCISCO ROMÁN HERNÁNDEZ

TÍTULO:

LOS INDÍGENAS DEL NORTE-CENTRO DE MÉXICO: LA MOVILIDAD Y

LA PROBLEMÁTICA CHICHIMECA

ASESOR:

DR. VÍCTOR MANUEL CASTILLO FARRERAS

SINODALES:

DRA. SILVIA LIMÓN OLVERA

DRA. CLEMENTINA BATTCKOCK

DR. ROBERTO MARTÍNEZ GONZÁLEZ

DR. JAVIER SANCHÍZ RUIZ

JUNIO DE 2012



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIA

Dedicada a mis hijos y a mi mujer, a toda mi familia pero en especial a mis abuelas Conchita y Esperanza que impulsaron desde el centro de su corazón el deseo de que su nieto terminara lo que empezó. También a mi padre, por su interés en el desarrollo científico y en particular por el destino de esta tesis.

LOS INDÍGENAS DEL NORTE-CENTRO DE MÉXICO: LA MOVILIDAD Y LA PROBLEMÁTICA CHICHIMECA

AGRADECIMIENTOS	4
INTRODUCCIÓN	
El Norte y Mesoamérica	5
I - LA CONTROVERSIA CHICHIMECA	
1.1. Los chichimecas que llegaron al valle de México	21
1.2. Definiciones y denominaciones del concepto chichimeca	43
1.3. Juicios sobre las civilizaciones indígenas del norte	71
II- LOS CHICHIMECAS	
2.1. Consideraciones y Problemáticas	86
2.2. Lo chichimeca según conquistadores y evangelizadores del norte	97
Alvar Núñez Cabeza de Vaca	99
Pedro de Ahumada	103
Guillermo de Santa María	106
Baltasar de Obregón	108
Antonio de Ciudad Real	112
Andrés Pérez de Rivas	115
Antonio Tello	121
2.3. Lo chichimeca en Historias de Indias o Nueva España	125
Toribio de Benavente Motolinía	127
Bernardino de Sahagún	130
Diego Durán	136
José de Acosta	138
Diego Muñoz	141
Cristóbal del Castillo	144
Fernando de Alva Ixtlilxóchitl	146
Gerónimo de Mendieta	153
Juan de Torquemada	155
Matías de la Mota Padilla	160
Francisco Javier Clavijero	164
III - LOS CAZADORES-RECOLECTORES DEL NORTE	
3.1. Culturas indígenas en el norte-centro	168
3.1.1. El nomadismo y las zonas de asentamiento	184
3.2. Condiciones geográfico-climáticas de esta área	202
3.2.1. Las áreas intermedias en el norte-centro	220
3.3. Fronteras y distribución lingüística en el norte	235
CONCLUSIONES	248
BIBLIOGRAFÍA	259

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a toda mi familia por todo el apoyo y la paciencia en este proyecto. A los tíos y primos del D.F., por su valiosísima hospitalidad en todos los sentidos. Principalmente a mí tío Francisco Daniel Castellanos Román, por alentar el espíritu de trabajo y esfuerzo.

Al Doctor Víctor M. Castillo Farreras por sus consejos y dirección continua, sobre todo por no abortar un proyecto que buscaba mejorar constantemente y demandaba valor, fortaleza y confianza por parte de este pequeño equipo de trabajo a la distancia.

A la maestra Andrea Sánchez Quintanar que ya no está entre nosotros y sin embargo estuvo interesada en ver concluido este proceso.

A los Doctores Silvia Limón Olvera, Clementina Battcock, Javier Sanchiz Ruiz y Roberto Martínez González por su participación como sinodales de la tesis.

A la Dra. Teresa Lozano Armendares, Coordinadora del Posgrado en Historia, por su siempre amabilísima disposición en trámites administrativos y procesos de culminación académica. A Lupita y Guille, por su labor solidaria a favor del trabajo de docentes y alumnos.

Un agradecimiento especial para la Universidad Nacional Autónoma de México, mi otra *Alma Mater*, por brindarme la oportunidad de formarme como investigador en el campo de la historia. Como institución, la UNAM es orgullo de la educación mexicana por su calidad y su compromiso con el pueblo de México.

INTRODUCCIÓN

El norte y Mesoamérica

A lo largo de la historiografía chichimeca comúnmente aparece una constante de referencias significativas en torno a ese grupo indígena, coronando el universo temático del norte prehispánico de México.¹ Se habla de nomadismo, de grupos de cazadores recolectores, invasores, de pueblos tribales pero sobre todo de gente de guerra. No es novedoso para el estudioso de lo chichimeca descifrar ¿quiénes eran los chichimecas y cuál era su cultura?

Ante esas dudas discutidas por tanto tiempo y por tantos investigadores, en lo chichimeca ha coincidido la creación de una frontera al norte de México basada en elementos culturales o climáticos donde continuamente es cuestionada la presencia mesoamericana. A pesar de eso, el norte prehispánico no ha sido reconocido como un espacio de culturas independientes o con desarrollos regionales autónomos, por la falta de un sustento cultural que permita fortalecer un individualismo etnográfico.

La comunidad académica no ha desprendido ciertos mitos cultivados en torno al origen de esos grupos, su desarrollo durante el Clásico en la cuenca del valle central de México y su polémica presencia en la primera mitad de la Colonia. Por efecto de ese conservadurismo en el historial de los chichimecas, es contradictoria la presencia de una nobleza chichimeca reconocida por los grupos toltecas, purépechas, mexicas, otomíes del centro de México durante la época Postclásica, frente a la negativa imagen de los

¹ El término indígena (de significado: originario del país del que se trata, Diccionario de la Lengua Española, 2001) utilizado a lo largo de la tesis, es aplicado para las sociedades prehispánicas originarias del territorio americano. De igual forma hay otros términos que serán utilizados sólo de forma demostrativa o circunstancial, no conceptualizados en el sentido en que la mayoría de las fuentes los refieren, ejemplos: chichimeca, nómada, cazadores-recolectores y el geográfico norte-centro.

indígenas chichimecas del norte ante los españoles en la conquista y colonización septentrional.

A partir de esta última interpretación de los españoles vemos cómo en las descripciones más comunes de las fuentes chichimecas (vida serrana, alimentación elemental, depredación, culturas de cazadores-recolectores, la condición bélica y la austeridad) los ha situado en un plano marginal. Estas caracterizaciones de lo chichimeca crearon un estigma etnográfico hacia los grupos del norte, a los que no siempre es factible atribuir esa denominación.

Ahí surge una de las hipótesis de este trabajo ¿Quiénes eran los verdaderos chichimecas y cuál fue su territorio y cultura? Aquí se intentará dar respuesta a esta problemática, como parte de un proceso paralelo al cuestionamiento de identificar a los indígenas del norte con los chichimecas, pensando en la distribución espacial y el alcance territorial que tuvieron dentro de un área espacial que a su vez les unificaba: en el clima, la vegetación, sistemas hidrológicos, orográficos, la flora y fauna y, por lo tanto, similares formas de convivencia con el medio ambiente.

Si existió esa integración cultural y socioeconómica con el medio natural en el norte, entonces se abre paso a otra hipótesis acerca de la existencia de sociedades al norte que tuvieron diferentes sistemas de adaptación social y ecológica, a lo largo de un extenso territorio, culminando en una identidad similar.

Para lograr ese propósito es necesario recurrir a una serie de análisis historiográficos centrados en el reconocimiento de los grupos indígenas del norte, sus prácticas y los procesos tecnológicos que les permitían sobrevivir a un espacio geográfico semidesértico y ante climas áridos; interactuando como culturas intermedias con el centro de México y el sur norteamericano.

Eso nos permite discutir la cuestión chichimeca, el nombre, el espacio y las culturas originales de los chichimecas. Este análisis retoma las percepciones de otros autores, comenzando con las posturas contemporáneas que han contribuido a moldear las ideas en boga sobre chichimecas e indígenas del norte, hasta las primeras crónicas coloniales en su labor de historiar e identificar a las culturas chichimecas del norte.

Etnias, espacio, prácticas, sucesos históricos, enigmas, mitos y leyendas de los chichimecas fueron, por mucho tiempo, una etiqueta para los indígenas del norte. Algunas veces ignorando los viejos relatos que enaltecían al chichimeca, quedó para el conocimiento general que ese nombre era el signo y la referencia de la guerra de conquista por el norte, la hazaña a veces entorpecida de la colonización, el gasto infructuoso de riquezas y vidas humanas característicos de este episodio, distinguiendo con el título de la Gran Chichimeca a esta tierra y a su gente como los chichimecas, sin incluirlos entre las sociedades mesoamericanas por un largo tiempo.

Aun cuando en 1943 Paul Kirchhoff definió a Mesoamérica como una amplia gama de poblaciones indígenas con fronteras culturales comunes en una gran área territorial, en el norte constriñó sus límites con ciertas culturas asentadas en los estados de Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas y Jalisco, mientras en el sur lo hizo con ciertas culturas en Guatemala, Honduras y el Salvador.² Conforme han avanzado las investigaciones sobre este espacio cultural, la frontera ha ido modificando sus límites, su significado, así como la denominación y el número de grupos indígenas que en principio lo integraban.

² Paul Kirchhoff, *Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y características culturales*, 1967; Erick Wolf, *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, 1967; Wolfgang Haberland, *Culturas de la América indígena. Mesoamérica y América central*, 1974; Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *Atlas histórico de Mesoamérica*, 1993; también en Lina Odena Güemes, “La composición étnica en el postclásico y la cuestión chichimeca” en Federico Sodi Miranda, *Mesoamérica y el norte de México s. IX-XII*, 1996, p. 451-452.

Adaptando la idea de civilización de otros modelos extranjeros, fueron incluidas en Mesoamérica aquellas culturas que pudieran estar a la par con el canon de “alta cultura”, proyectadas dentro de la historia europea como “civilizaciones clásicas”. Siguiendo este esquema, en el caso de la América prehispánica, conquistadores y colonizadores justificaron el desarrollo de los “reinos e imperios”, a partir de las grandes sociedades indígenas organizadas:³ los mexicas, mayas y los purépechas en Mesoamérica; los chibchas e incas en Sudamérica; los anazasi, hohokam, mogollon y cahokia en el sur norteamericano, consideradas como las culturas civilizadoras del continente.

Mesoamérica ha estado definida y enmarcada por la historia de las sociedades con mayor desarrollo, generando así una división basada en características de tipo cultural, establecidas dentro de un radio de dominio territorial y su influencia en varios centros. La frontera al norte de Mesoamérica, aún con cambios muy significativos por su diferenciación tecnológica y social dado las condiciones de su entorno respecto al centro y sur del país, replanteó la antigua dicotomía de *civilizados* y *bárbaros*, dejando en un plano secundario a los llamados “chichimecas del norte”, al considerarlos fuera del auge cultural de Mesoamérica.⁴

En el siglo XX, la discusión académica respecto a los indígenas del norte en parte estuvo dirigida a definir las fronteras y los límites de los indígenas chichimecas.

³ Charles E. Dibble, *Códice Xólotl*, 1980, Plancha I y II-Bis, p. 28 a 45. Aun cuando los códices indígenas reconocían que había habido una organización parecida a la de reinos, no fueron tomadas en cuenta. Por ejemplo, en las dos primeras planchas de este código hay interesantes datos de cómo el rey chichimeca Xólotl y sus “vasallos” chichimecas eran portadores de una sociedad organizada, con “señoríos” militarizados, ubicados en las antiguas tierras toltecas. Estos “señoríos” rendían tributo a Xólotl, eran poblaciones de cazadores recolectores toltequizados. Así mismo Xólotl y el príncipe Nopaltzin, estaban ubicados en los riscos, entre las serranías o cerros agrestes, no obstante poseían una cultura desarrollada.

⁴ Pedro Armillas “Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica”, en *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*, 1964, p. 62-63. Armillas modificó la propuesta de frontera norte que Kirchhoff había establecido en 1943 y además señaló que la primera demarcación septentrional mesoamericana, surgió a la par de la frontera Colonial a principios del siglo XVI, según la información de descubridores y conquistadores. Para Armillas esta frontera norte tenía un considerable margen de ajuste y reinterpretación debido a los criterios de clasificación y falta de información, la cual se venía modificando desde mediados del siglo XX.

Así pueden observarse mapas con líneas divisorias que marcan la aparente transición entre tres conceptos de espacio-cultura: Mesoamérica, Aridoamérica y Oasisamérica. Aun cuando se plantearon como áreas distintas y separadas culturalmente, esta subdivisión de la frontera ecológica, hoy en día, terminó por crear, conceptualmente, barreras culturales entre nómadas-sedentarios o cazadores-recolectores con sedentarios.

Esta tesis recurre a una problemática surgida de la información de las principales fuentes para el estudio de los chichimecas, partiendo de autores que desde principios del siglo XX han reivindicado la importancia de las relaciones culturales del norte respecto a las culturas mesoamericanas.⁵ El análisis de algunas fuentes coloniales como parte de la primera interpretación hecha por los europeos, testimonios indígenas y narraciones de los conquistadores del norte también fueron incluidos por sus elementos de información con los que contamos para la historia indígena del norte.

La intención de esta revisión historiográfica es plantear una línea de búsqueda de los verdaderos chichimecas y pensar en la identidad de los grupos del norte. Una identidad que se funde en la correspondencia histórica entre los migrantes chichimecas del siglo VIII al XV en los alrededores del altiplano central y los indígenas que tradicionalmente habitaron el norte y fueron llamados chichimecas a partir del siglo XVI, por lo cual es necesario identificar a unos y a otros tanto por su ubicación, las características de cada uno descritas en las fuentes, las condiciones ambientales, los asentamientos arqueológicos y la distribución de las lenguas.

El propósito principal de diferenciarlos es para sustentar la teoría de que “los chichimecas del norte” antes del siglo XVI no eran grupos de cultura nómada, no eran

⁵ El debate entre estas obras enriquece sin duda nuestra percepción para entender la historiografía de lo chichimeca y la historia de los grupos indígenas del norte, y es como sugieren Marie-Areti Hers y María de los Dolores Soto, en donde parte del desarrollo de la historia y la arqueología del norte es muy rica en aportaciones de numerosos investigadores. Ver estas ideas en Marie-Areti Hers y María de los Dolores Soto, “La obra de Beatriz Braniff y el desarrollo de la arqueología en el norte de México”, p. 37-53, en Marie-Areti Hers, *et al.*, *Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, 2000.

“salvajes”, ni tenían culturas rudimentarias o primitivas, tampoco vivieron sólo como cazadores-recolectores. Y en cuanto al supuesto de que fueron sociedades dispersas o aisladas, también encontramos algunas inconsistencias, pues contrario a estas etiquetas, clasificaciones o desacreditaciones etnológicas, fueron sociedades desarrolladas culturalmente, y mantuvieron estrechas relaciones con diferentes sociedades complejas externas a su ámbito espacial en distintas etapas de su historia.⁶

Esta problemática trae consigo una propuesta central, se trata de la ubicación de un área espacial muy importante en el desarrollo de estas sociedades norteñas, la cual fungió como canal conductor de movilizaciones poblacionales, intercambios materiales y culturales. Dicha área es propuesta como norte-centro⁷ y ocupa un lugar primordial entre los grupos del norte como área geográfica, por sus condiciones ambientales y por sus culturas con rasgos comunes.

La referencia a la espacialidad norte-centro no es nueva u original, pues ya la encontramos en una serie de trabajos anteriores,⁸ lo que la hace distinta aquí, es la

⁶ Si bien hay una insistencia en señalar a los indígenas del norte como grupos civilizados, no es con el fin de compararlos con los del centro y sur mexicano, buscando justificar grados de mayor o menor importancia. El postulado de una particular civilización por el avance o el grado de experiencia alcanzado por las sociedades norteñas no pretende exhibirla como tecnológicamente superior o de una cultura inferior, sino como parte de un área cuyos grupos alcanzaron y compartieron un rango de especialización, permitiéndoles mantener una relación con distintos grupos culturales en la época prehispánica.

⁷ El sentido espacial utilizado en esta tesis del área norte-centro corresponde en proporciones territoriales y en el simbolismo cultural, lo mismo que la conocida denominación de la Gran Chichimeca (abarcando al norte del valle central de México en Hidalgo, Querétaro, sus inmediaciones en Guanajuato y Aguascalientes, y rumbo al norte por San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Coahuila, Chihuahua, Sinaloa hasta Nuevo México, Arizona y Utah). El norte-centro también abarca la extensión del llamado desierto de Norteamérica, ver en Hugo A. Velasco Molina, *Las zonas áridas y semiáridas. Sus características y manejos*, 1995, cuya franja semidesértica une el área central del norte al sur, desde Utah-Arizona hasta Querétaro-Hidalgo. La justificación del por qué se ha propuesto esta zona aparece en el capítulo III, apartado 3.2.

⁸ Respecto a la historiografía del norte-centro indígena varios trabajos de investigación han hecho alusión a esta división geográfica, pero en su designación conceptual y territorial difieren a los tratados en esta tesis. Ver referencias a esta discusión en Andrés Fábregas, “Repensar el norte: La Gran Chichimeca”, en *Revista Takwá*, No. 8, Otoño 2005, p. 157-171. Otros autores contemplan la zona centro-norte como propuesta de estudio de las culturas del centro de México y algunas áreas al norte, sin abarcar todo el norte, sino sólo hasta Zacatecas o Durango, en Gabriela Cisneros Guerrero, “Cambios en la Frontera Chichimeca en la Región Centro-Norte de la Nueva España durante el Siglo XVI”, 1998, p. 57-70. Por su parte, Beatriz Braniff, “A Summary of the Archaeology of North-Central Mesoamerica. Guanajuato, Querétaro, and San Luis Potosí”, p. 35-42, también presentó este concepto espacial, en referencia sólo a la parte del Bajío y sus límites en Zacatecas, Nayarit y San Luis, ver en Michael S. Foster and Shirley Gorentein (eds.), *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico*, 2000.

extensión que ahora proponemos abarcando mayores áreas de frontera, en especial, por características climáticas y geográficas que relacionaron a los indígenas de Querétaro e Hidalgo yendo hacia el norte hasta con los indígenas “pueblo” de Nuevo México, Arizona y Utah. Por el contrario, las demarcaciones hechas por otros autores sólo hacen referencia a la frontera norte de la meseta central de México (meseta que abarca los valles de Mezquital, de Toluca, de Tulancingo, de México, de Malpaís, de Puebla, de Tlaxcala y una sub-región del sur)⁹ algunas veces llamándola centro-norte; u otras veces norte-centro pero limitándola al norte a los estados de Zacatecas, Durango o Coahuila, los comunes límites de la frontera norte mesoamericana.

La señalización temporal tratada para los grupos indígenas del norte así como del espacio norte-centro ocupa una mención específica en el largo proceso de interacción que observamos en las distintas etapas históricas que han caracterizado a los grupos norteños. Una periodicidad que abarca las posibles fases del asentamiento del territorio, el desarrollo social, las etapas de consolidación, la nucleación regional, los intercambios económicos y culturales, las migraciones o las conquistas, el refinamiento artesanal, la complejidad social y finalmente el enlace cultural de una gran área como fue el norte-centro, al cual proponemos se hallaba con vigencia dinámica aún al momento de la colonización.¹⁰

Una referencia importante para esta área la vemos en Phil C. Weigand, *Estudio Histórico y cultural de los Huicholes*, 2002.

⁹ Ver a Thomas H. Charlton y Cynthia L. Otis Charlton, “En las cercanías de Teotihuacán. Influencias urbanas dentro de comunidades rurales”, p. 87-106, en Patricia Fournier (coords.), *Arqueología y Complejidad Social*, 2007.

¹⁰ Un ejemplo claro de esa evolución temporal en un estudio particular de cultura lo vemos en Francois Rodríguez Loubet, *Les chichimeques*, 1985, 239 p. También en la perspectiva de estudio a partir de las tumbas de tiro en el norte, cuya fecha más antigua se encuentra en la fase Opeño (1500 a.C.) entre Nayarit-Jalisco, pero que abarcó la misma ruta comercial que iba desde el centro de Jalisco, pasando por Bolaños y hasta Chalchihuites, durante el año 1000 de la era Cristiana. Curiosamente de Zacatecas más al norte, a pesar de las relaciones culturales y comerciales que ya hemos mencionado no se continuó con esta práctica funeraria. Ver en Ma. Teresa Cabrero García, “Una ruta comercial en la Frontera septentrional mesoamericana”, p. 37-43, en Evelyn Childs Rattray (ed.), *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, 1998.

Para no confundir al lector con la constante interpolación temporal entre la etapa prehispánica y la colonial, hace falta precisar la distinción entre ambas pues en la primera encontramos tres momentos donde se define la cohesión cultural del territorio y en la segunda hay un abrupto rompimiento de identidad indígena original y por consiguiente un nuevo proceso de reintegración de territorio y cultura distinto al prehispánico.

Los tres momentos del periodo prehispánico son: en la época final del Preclásico del 200 a.C. y principios del Clásico 300 d.C. donde encontramos en el norte-centro el surgimiento de culturas regionales como las relacionadas a la fase Canutillo (Durango, Zacatecas, Jalisco), Morales en Guanajuato-Querétaro-Hidalgo; también la fase chupícuaro entre 100 y el 600 d.C.¹¹ Durante la época Clásica hay un auge en los centros nucleares, movilidad cultural e intercambios materiales, en rutas de intercambio cada vez más amplias y al final del periodo, la decadencia de los principales centros, posiblemente como parte de la decadencia de Teotihuacán. La época Posclásica aparecen relaciones con los Toltecas y un resurgimiento en los antiguos centros nucleares del norte como con los caxcanes, dando pie a una reorganización regional que mantuvo una importante red de comunicación e intercambios a lo largo del área norte-centro; también otras áreas como Ixtépete y Ameca (1350 d.C.), vigentes hasta la llegada de los españoles.¹²

Y en la etapa Colonial encontramos dos periodos en los que los chichimecas van a tener una participación importante en la reconstrucción del pasado del norte de México: 1) durante la conquista y colonización española del norte en la primera mitad del siglo XVI; y 2) durante la construcción territorial del norte a partir de las identidades

¹¹ Marie-Areti Hers, “Los chichimecas, ¿nómadas o sedentarios?”, p. 33-59 en Andrés Fábregas Puig, *et al.*, *Continuidad y Fragmentación de la Gran Chichimeca. Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca*, 2008.

¹² Phil C. Weigand, *Evolución de una Civilización Prehispánica*, 1993.

y fronteras de los antiguos indígenas en la segunda mitad del siglo XVI y principios del siglo XVII (lo vemos en las toponimias y por los límites entre las provincias).

La finalidad de presentar estas hipótesis y propuestas de tesis acerca de los chichimecas e indígenas del norte, es para entablar un debate en torno al rescate histórico de cultura y civilización de ambos grupos respecto a Mesoamérica, Aridamérica y Oasisamérica.¹³ Con intención de encontrar los elementos necesarios para hablar de una identidad, en referencia a un espacio, etnias y los sucesos que nos permitan dialogar en torno a la homogeneidad cultural, pertenencia de costumbres y tradiciones para ciertos grupos identificables entre sí.

Por ejemplo el uso del arco y la flecha fue un instrumento esencial para la guerra y la cacería. A pesar que data del periodo de los cazadores recolectores nómadas (5000 al 3000 a.C.) se convirtió en una de las particularidades de identidad para los indígenas del norte durante la conquista. Son abundantes las fuentes coloniales, desde el siglo XVI, donde hablan de la generalización de su uso y destreza, llegando a formar parte de la identidad chichimeca, asociada a la identidad territorio-práctica-grupos. Pensamos en este caso en particular debido a que el uso del arco y la flecha fue un instrumento extendido entre todas las sociedades americanas y no sólo en el norte de México.

Hablando de la homogeneidad de territorios y grupos, Angel Palerm y Eric Wolf consideraron a Mesoamérica como un conglomerado de grupos emparentados, con rasgos geográficos paleoambientales propicios para un desarrollo paralelo entre sus habitantes: “Mesoamérica podría ser descrita, más justa y vagamente que como un área

¹³ Una cultura es un conjunto de conocimientos que permiten a alguien desarrollar su juicio crítico; también el término cultura hace referencia a un conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grados de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social. También por cultura entendemos al conjunto de manifestaciones en que se expresa la vida tradicional de un pueblo. Por su parte, una civilización es definida como un estadio cultural propio de las sociedades humanas más avanzadas por el nivel de su ciencia, artes, ideas y costumbres. En otro sentido se entiende como la acción o efecto de civilizar, esto es, elevar el nivel cultural de sociedades poco adelantadas. Definiciones consultadas en La Real Academia de la Lengua Española, *Diccionario de la Real Academia Española*, Tomo I, 2002.

tropical, como un mosaico climático con predominio de tipos fríos, templados y subcálidos, con largas estaciones secas y aridez frecuente”.¹⁴

Para ellos, al norte de Mesoamérica, los chichimecas constituían una variedad étnica, lingüística y cultural que compartía la adaptación a un medio ambiente hasta cierto punto homogéneo. No obstante tras haber considerado a esta zona fronteriza septentrional como esencial en el desarrollo de algunas partes de las costas al noroeste y en algunas partes al norte del valle de México, en 1957 excluyeron a los chichimecas de Mesoamérica, considerándolos agricultores marginales.

De acuerdo con estos investigadores, la expansión agrícola mesoamericana traspasó la frontera norte, penetrando y conteniendo a esos grupos chichimecas del norte. Pero con menor éxito cuando los mismos grupos de chichimecas se movilaron al valle de México en el siglo VII d.C. y posiblemente fueron una de las causas de la caída de Teotihuacán, al igual que en el siglo XII d.C. otra oleada de incursiones chichimecas coadyuvó a la decadencia de los toltecas.

Por mucho tiempo fueron asociados como iguales los conceptos de chichimecas y culturas primitivas. Al encontrarlas como parte de las “Culturas del Desierto”¹⁵, se les llamó nómadas por actividades como la cacería y por sus contactos culturales distantes –en realidad un buen ejemplo de los lazos de unión entre los pueblos norteños del semidesierto– donde el clima y su impacto en el desarrollo ambiental fueron causa de la movilización de poblaciones prehispánicas, como lo sugieren diferentes hipótesis.¹⁶

Junto a la teoría propuesta por Armillas acerca de las migraciones de grupos nómadas y cazadores-recolectores frente a los cambios climáticos, autores como Palerm, Wolf y Phil C. Weigand propusieron que, además de posibles catástrofes

¹⁴ Ángel Palerm y Erick Wolf, “Potencial ecológico y desarrollo cultural de Mesoamérica” en *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, 1990, p. 154.

¹⁵ Beatriz Braniff C., “La frontera septentrional de Mesoamérica” y Jesús Nárez, “Aridoamérica y Oasisamérica”, ver estos artículos en Linda Manzanilla, *Historia Antigua de México*, Vol. I, 2000.

¹⁶ Jesús Nárez, *op. cit.* 2000, p. 126-134.

ambientales, hubo también un auge en la agricultura, expansión hacia tierras cultivables, rutas de intercambio y transferencia de sistemas de riego, obras arquitectónicas defensivas y estados bien organizados. Por las fechas tempranas en el norte, se colige, tuvieron un desarrollo de norte a sur y no de sur a norte.

A partir de datos históricos y arqueológicos, ha cobrado impulso la idea de poblaciones fuertes, con control de la frontera septentrional mediante puestos fortificados, conclusión derivada de la incapacidad de los toltecas o purépechas en un tiempo y después los mexicas para someterlas. O bien en caso contrario, para no haber detenido las migraciones de expansión norteña, emprendidas por las sociedades indígenas consideradas “chichimecas” en el siglo XI.

De ahí la posibilidad de sociedades en el norte con áreas de control político-cultural, como ocurrió con los grupos huastecos entre Tamaulipas, San Luis Potosí, Hidalgo y Veracruz; o con los grupos purépechas en Pátzcuaro, Tzintzunzan hacia el noroeste en Cojumatlán y sus influencias en Guanajuato y Jalisco; los grupos de Teuchitlán, Aztatlán, Tizapan el Alto en la Región del Lago y algunos en el río Bolaños entre Jalisco, Zacatecas y Nayarit; los grupos de chalchihuites entre Zacatecas, Durango y Nayarit; y posiblemente los señalados para Coahuila en Cerro de Potrerillos;¹⁷ en Chihuahua, los grupos de Paquimé, Casas Grandes; y en Sonora, los del cerro de Trincheras.¹⁸

Tomando en cuenta el pasaje de transculturación de los chichimecas, vemos que una causante fueron las alianzas de los toltecas con algunos de estos grupos atrás mencionados, en especial con los que tuvieron un cierto grado de desarrollo social con

¹⁷ En nota informativa de Jorge Castañeda Ochoa, “Descubren arqueología al acecho del sol”, *El Porvenir*, Sección cultura, 15 Marzo de 2006. La nota trata de recientes descubrimientos en este sitio, donde se localizaron vestigios de calendarios solares hallados en petroglifos con datación de alrededor de 4000 años.

¹⁸ Ver a Charles Kelley, “Settlement Patterns in North-central Mexico”, 1956. También ver Palerm y Wolf, *op. cit.*, p. 156-158, 1990; Phil C. Weigand y Acelia de Weigand, *Las raíces profundas de la rebelión en Nueva Galicia*, 1996; y en Lorenzo Ochoa, *Historia Prehispánica de la Huasteca*, 1979.

los cuales pactar. Probablemente fue así porque aquellos con los que acordaron la protección de las fronteras se dedicaron a contener los ataques de otros grupos guerreros del norte, lo cual posiblemente motivó la transformación y la asimilación de la cultura tolteca, tanto a los guardianes fronterizos como a los contenidos norteños. Ese proceso, a la vez, permitió la entrada de relaciones de intercambio cultural o de tecnología de los indígenas norteños al valle de México, junto con las invasiones chichimecas, influyendo quizás en algunos sistemas sociales o técnicas militares en Mesoamérica.¹⁹

Consideramos esas segundas incursiones al valle de Hidalgo como parte de grupos que no vinieron de zonas muy alejadas a la cuenca de México, sino de vecinos como los purépechas u otros pobladores de Jalisco (oeste), los huastecos (noroeste), tlaxcaltecas o cholultecas (al este), porque coinciden esas movilizaciones con un periodo de intercambio al valle central, justo cuando se ha dicho que ocurrieron las migraciones de indígenas chichimecas; independientemente de quiénes fueron con exactitud los verdaderos grupos, a estas migraciones se ha atribuido un papel de cambio cultural en territorio náhua. Ahora bien, los chichimecas son señalados como los indígenas que absorbieron cultura y poder para el siguiente periodo asociado a los tolteca-chichimecas, como señalan Palerm y Wolf:

La capacidad de agresión y destrucción de los chichimecas (aun de aquellos que no habían pasado por esos procesos de transculturación) no puede ser menospreciada, en especial en condiciones de desintegración o en relación con los cultivadores marginales. Sus incursiones podían anular el margen de seguridad agrícola en una zona árida marginal, y obligar a los cultivadores a emigrar o a convertirse a su vez, en cazadores recolectores predatorios, iniciando una especie de reacción en cadena a lo largo de una frontera debilitada. Incluso bajo la protección de los españoles en el s. XVI, una

¹⁹ Ver en los autores Paul Kirchhoff y Berlin Heinrich, *Historia Tolteca chichimeca...*, 1947; también en Wigberto Jiménez Moreno, Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, 1943; Pedro Armillas, *op. cit.*, 1964; Miguel León Portilla, *Estudios de cultura náhuatl*, 1968; José Francisco Román Gutiérrez, "La transformación del concepto chichimeca en el siglo XVI", en *Europa e Iberoamérica: Cinco siglos de intercambios, Vol. III Memorias: IX Congreso Internacional de Historia de América*, 1992.

franja de aldeas agrícolas de la Huasteca fue borrada por las incursiones chichimecas. Finalmente, en algunas zonas como la del Gran Tunal de San Luis Potosí y la del mezquite en Zacatecas-Durango, el rendimiento económico de la caza-recolección puede haber sido mayor que el de una agricultura aleatoria operando bajo incursiones chichimecas. Durante los siglos XVI-XVII, grupos de cazadores-recolectores, obligados por los españoles a convertirse en cultivadores sedentarios, retornaron a sus viejos hábitos en cuanto la presión española se debilitó, o las defensas se derrumbaron bajo ataques procedentes del norte.²⁰

En esta cita los autores resaltaron dos hechos; 1) Los contactos entre grupos nómadas y sedentarios fue un factor de creación y encuentro entre fronteras culturales en el siglo XVI; 2) en el norte, debido a menor población y producción agrícola, el rendimiento económico de la caza-recolección soportaba en gran medida la vida de aquellos grupos. A eso es necesario sumar que cuando la caza y la recolección eran suficientes para el tipo de abasto y producción de alimentos, la agricultura cumplía una parte complementaria de la dieta básica.

Desde esa perspectiva es esencial ver a las sociedades ubicadas entre las fronteras mesoamericanas y sus áreas externas para entender las formas de desarrollo y control en las grandes extensiones territoriales que demostraron una movilidad dinámica intercultural. En el pasado prehispánico no podemos hablar de procesos parcos de contacto cultural o comercial, sino de relaciones entre sociedades que pese a sus diferencias sociales estructurales tuvieron una base común de desarrollo sustentada en la especialización tecnológica respecto a las características del medio ambiente y un desenvolvimiento regional enfocado a sobre explotar los recursos naturales.

Por ejemplo, en un artículo de Roy Ben Brown “El norte de México”²¹, se advierte la importancia del papel de los grupos del norte en el desarrollo de las civilizaciones mesoamericanas. Plantea que mientras la mayoría de los académicos han considerado a Aridoamérica como un área marginal de Mesoamérica, gracias a los

²⁰ Palerm y Wolf, *op. cit.*, p.159-160.

²¹ Artículo que aparece en Barbro Dahlgren y María Dolores Soto de Arechavaleta, *Arqueología del norte y occidente de México*, 1995, p. 23-33.

trabajos de Charles Kelley puede entenderse a Mesoamérica como un área muy vinculada con el norte, al grado de ser heredera de algunas de sus deidades e innovaciones tecnológicas.²²

En ese trabajo, Brown resalta el hallazgo de los hoyos utilizados como hornos, fosas, refugios o concavidades de espacio ritual encontradas en muchas áreas de asentamiento prehispánico, que demuestran cómo en un amplio territorio entre el oeste de Texas, Nuevo México, Arizona y el norte de México compartían el uso de los llamados “*agave roasting pits*”, o “*sotol or mescal pits*”. En los sitios donde se les ha encontrado, variaba la cantidad de hoyos, el diámetro, la profundidad o distancia con los arroyos o poblados. También han sido muchas las explicaciones sobre su utilización, por los artefactos o restos óseos encontrado cerca de ellos, y la mayoría coincide en la recurrencia de los tres principales factores que identifican esta práctica: el agua, el fuego y el maguey.

Como estas mismas fosas han sido localizadas en Mesoamérica, Brown propuso que el entorno cultural considerado como exclusivo para la presencia de estos hoyos, era en realidad una estructura más grande de lo inicialmente planteado y, por lo tanto, el área mesoamericana no podía excluir esas y otras evidencias que emparentaban el sur norteamericano y norte mexicano con el centro de México, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí y Zacatecas.

Al igual que el ejemplo de Brown, existen otros para entender cómo las demarcaciones geográficas y ambientales del norte-centro estuvieron en estrecha

²² Encontramos algunas propuestas de las aportaciones de varias deidades, costumbres rituales, prácticas y técnicas militares en los indígenas del norte en los artículos de Lina Odena Güemes, *op. cit.* 1996, y Johanna Broda, “The Sacred Landscape of Aztec Calendar Festivals: Myth, Nature, and Society”, 1991. En comparación con Brown, las autoras no especifican el área del norte de dónde surgieron, sino que lo atribuyen sólo a los “indígenas del norte”, entre los chichimecas.

relación con sus pobladores, tal como menciona Carlos Manuel Valdés en el caso de uso y consumo del mezquite, el maguey y el nopal en el norte de México.²³

Por eso, ahora es parte de la discusión de los problemas relativos al norte mesoamericano saber qué grupos estaban incluidos en sus fronteras y qué participación tuvieron en la conformación de las culturas dominantes y centralizadoras, como luego serían la teotihuacana, tolteca, purépecha y mexicana. Ubicándonos geográficamente en la cuenca central del México prehispánico, hagamos una breve reflexión del norte al que se refirieron los nahuas en sus descripciones de las migraciones antiguas ¿arribaron los chichimecas del norte, este, oeste o llegaron del sur? ¿Fueron grupos locales, permanentemente asentados en el altiplano central? ¿Alcanzaron con independencia un alto grado de desarrollo cultural o recibieron influencias de grupos externos?

Así, en esa búsqueda por identificar culturas, la denominación chichimeca causa problemas al momento de referirse a la historia de los pueblos norteños, porque hubo una gran cantidad de entidades y culturas que habitaron desde Arizona hasta Hidalgo, con rasgos comunes y con posibilidades de llamarlas a todas chichimecas.

En esta enorme periferia falta por aclarar cuál fue la ruta migratoria y cultural de las clásicas “civilizaciones mesoamericanas”. O, desde otra panorámica, si existió o no un área intermedia entre el sur de los Estados Unidos de Norteamérica y el valle de México. Las zonas de influencia están trazadas hacia el espacio norte-centro: asentamientos, cerámica y artefactos hacen evidente esa extensión cultural al norte y abren el debate de los límites de las antiguas fronteras de Mesoamérica como un área exclusiva de la civilización del maíz, de los sistemas de riego agrícola, de gobiernos complejos y militaristas, o del refinamiento cultural y artístico. Notamos un paulatino alejamiento de la idea de que todas las sociedades que no fueran mesoamericanas eran

²³ Carlos Manuel Valdés, *La gente del mezquite. Los nómadas del noroeste en la colonia*, 1995.

“bárbaras” como ocurrió en las también antiguas sociedades del Mundo Occidental en donde todas las sociedades que no pertenecieran a Grecia eran bárbaras.

La necesidad de establecer una identidad del área específica donde quedaron considerables vestigios de culturas antiguas, fue expresada a través del concepto Mesoamérica. De este modo, fue satisfecho el creciente interés por explicar el curso de las culturas antiguas, siempre en aumento tras los innumerables hallazgos arqueológicos producidos desde entonces.

Como aparecían con frecuencia las similitudes entre los grupos del norte, eso dio pie a contemplar a las dos áreas divididas en el norte de México (Aridoamérica y Oasisamérica) como una sola. Habría que aguardar nuevos trabajos sobre el norte para descifrar si las fronteras climáticas limitaron a las áreas culturales y aislaron a las llamadas tierras chichimecas del norte de otros contextos culturales. Siendo objeto de reflexión el problema del espacio y las fronteras en la época prehispánica, es importante considerar la identidad de diferentes grupos que por ciertas evidencias expuestas en esta tesis, no pudieron quedar aisladas del desarrollo de las culturas mesoamericanas.²⁴

²⁴ Roxana Enríquez Farías considera en su artículo “Las Sociedades Prehispánicas de la Región Centro-Norte de Mesoamérica. Configuración Espacial y Territorialidad a partir de su relación con Teotihuacán”, pp. 41-66, la autora propuso que no deben separarse estas dos áreas ni con Mesoamérica, ni entre cada una de ellas, porque en su análisis historiográfico halló elementos etnológicos y lingüísticos para hablar de culturas emparentadas y con vínculos territoriales. En Ricardo Jarillo Hernández (coord.) *Tiempo y Región. Estudios Históricos y Sociales*, Vol. I, 2007.

I- LA CONTROVERSIA CHICHIMECA

1.1. Los chichimecas que llegaron al valle de México

Los autores dedicados al estudio de la historia chichimeca nos ofrecen un panorama muy diverso en la reconstrucción etnológica de estos grupos, algunos han atribuído en una parte de su investigación motes como el de “civilizados”, iniciadores de una “dinastía de nobleza”; mientras que algunos otros los tuvieron como grupos de “nómadas” o “cazadores-recolectores”. En las fuentes coloniales fue generalizada una identidad geográfico-cultural de los chichimecas, heredándonos una serie de hipótesis todavía no resueltas.

La escasa información prehispánica de los indígenas del norte poco ha ayudado con la problemática de las migraciones chichimecas al valle central de México, por ejemplo; esa carencia documental ha cedido las interpretaciones o las versiones de ese pasaje a los códices históricos de las poblaciones autoproclamadas chichimecas en el centro del país, a las crónicas de eclesiásticos o civiles que escribieron acerca de la historia prehispánica del norte de México.

A eso sumemos que son una buena parte de numerosas investigaciones de historiadores, arqueólogos, antropólogos y etnólogos los continuadores de esa tradición historiográfica quienes encontraron como referente para la historia mexicana, la secuencia generacional de toltecas, a chichimecas, y tepanecas en varias obras históricas: la *Tira de la Peregrinación*, el *Códice Xólotl*, *Códice Quinatzin*, *Historia de la Nación Chichimeca*, los *Anales de Tlatelolco*, la *Historia Tolteca-chichimeca*, *Anales de Cuauhtinchan* entre otros.

Una inquietud para todo estudioso de las culturas prehispánicas y en particular a los de la frontera norte mesoamericana ha sido el saber quiénes eran los chichimecas, desde dónde se les puede situar geográfica y culturalmente. Desafortunadamente la historiografía colonial no refleja del todo la realidad etnológica del norte, por eso, la revisión documental, trae constantemente el debate histórico y arqueológico del origen de grupos o culturas tratando de identificar a los chichimecas de los indígenas norteros.

Ante esa falta de precisión etnográfica, sigue resultando deficiente el conocimiento en el asunto. No está claro quiénes fueron los chichimecas originarios de Aztlán o Chicomostoc; menos aún la ubicación de estos sitios, las rutas precisas de la migración; tampoco el tema de qué rasgos culturales aportaron los chichimecas a las culturas mesoamericanas.

Si bien existen elementos que identifican una gigantesca área territorial al norte como territorio “chichimeca”, también hay numerosas poblaciones en el norte mexicano y sur norteamericano para ubicar a los chichimecas. Pero el problema es no hacer una generalización, como comunmente se ha hecho, pues en muchas regiones en el norte es reconocida una relación cultural compartida en casi todas las sociedades de esta extensa superficie.

Iniciando con este escenario geográfico, los españoles llamaron “chichimecas” a todas las poblaciones del norte a partir de ciertos grupos cercanos al valle de México anteriormente asociados a los mexicas, otomíes, tlaxcaltecas, matlatzincas o tarascos. Entonces, regresando a la preocupación por situar al chichimeca, ¿a qué grupos pertenecían las huestes de Xólotl, quiénes eran aquellos chichimecas venidos del norte y “colonizadores” del centro de México?

Después de conquistada Tenochtitlán los españoles interrogaron a los indígenas sobre los reinos o señoríos del norte y éstos contestaron no saber cuáles, quizás por

encubrimiento o por incomprensión a causa de la deficiencia en la comunicación. En aquel entonces, por supuesto, la ubicación del norte y las fronteras no representaban la misma delimitación política tal como hoy en día figuran el norte de México, los Estados Unidos o Canadá.

La orientación astronómica del norte siempre estuvo identificada entre los indígenas prehispánicos, principalmente en los observatorios y por referencias de las deidades a las que atribuían vientos, heladas y movimientos astronómicos. Quizás la referencia topográfica nórdica para los mexicas estaba a cierta distancia entre Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, Michoacán o Toluca.²⁵

En un principio, cuando los códices y relatos indígenas mencionaron las migraciones de siete grupos indígenas provenientes del norte a conquistar el valle de México ¿de qué norte se hablaba, cuál era la concepción norte entendida por los indígenas y cómo lo explicaron los españoles según su contexto cultural?²⁶

Actualmente sabemos que los chichimecas eran sólo los grupos indígenas con un campo de movilidad espacial cercano al valle de México.²⁷ Entre estos sitios pueden situarse a los pames en Querétaro, los otomíes Hidalgo, los tlaxcaltecas y posiblemente los tarascos. Incluso, a otros grupos cercanos a la cuenca central, donde había asentamientos de posibles chichimecas: guachichiles, totonacas, huastecas o guamares.

Wigberto Jiménez Moreno, en uno de sus artículos sobre Tula, mencionó ciertas migraciones “chichimecas” cercanas al valle central de México y posteriormente a Puebla, grupos tolteca-chichimecas relacionados con poblaciones situadas en el actual

²⁵ Esta confusión en un norte referencial, de los grupos que llegaron al valle de México parece todavía imprecisa, como veremos en este apartado, los chichimecas tenían un lugar de procedencia adyacente a la cuenca central.

²⁶ Nicolás Caretta y Renata Schneider, “¿Qué pasa con la arqueología y la conservación del material arqueológico en el norte de México?”, 2005, 10 p., en www.google.com.mx/arqueologíadelnorte.

²⁷ También ver en estos autores: Jacques Soustelle, *La familia otomí-pame, del centro de México*, IMC, 1993; Pedro Armillas, *op. cit.*, 1964; Marie-Areti Hers, *Los Toltecas en tierras chichimecas*, 1989; además, en Alberto Carrillo Cáceres, *El debate sobre la guerra chichimeca*, 1999; Luz María Mohar B., *Códice mapa Quinatzin*, 2004. Ellos concuerdan con la idea de que los chichimecas de los siglos IX a XII provenían del centro de México.

estado de Morelos, de donde salió Topilzin Quetzatlcóatl alrededor de 1150 d.C. (gente de Xólotl). Este personaje está relacionado con las expediciones militares de los chichimecas que mezclados con los toltecas dominaron algunas regiones de Cholula en Puebla, en Oaxaca, posteriores a las incursiones olmecas y totonacas en esa región.²⁸ Dos grupos chichimecas dominaban el altiplano central, cuando se separaron con fines de conquista: los nonoalca-chichimeca fueron hacia Morelos, Guaquechula y Zongolica; y los tolteca-chichimeca hacia Meztlán y Cholula.

Muchos autores coinciden con las migraciones de estos chichimecas a la caída de Tula, etnias tolteca-chichimeca y nonoalca chichimeca, asentados en Tlaxcala, en el valle de México y en Puebla. En ese mismo tenor, Luis Reyes García y Lina Odena Güemes, expusieron cómo otros pueblos chichimecas se establecieron en la sierra del norte de Puebla, en Zacatlán, Tzauclta y Milpan. El pasaje del asentamiento en estos territorios, coinciden varias fuentes,²⁹ en la parte oriental del territorio ocupado por los chichimecas de Xólotl, lo cual nos indica a los chichimecas establecidos en Tenayuca y posteriormente en los valles de Puebla y Tlaxcala.

²⁸ Wigberto Jiménez Moreno, “Tula y los toltecas según las fuentes históricas”, retoma una idea de Walter Kriekberg con la que concluye su artículo, respecto a los toltecas históricos a manera de representantes de una antigua cultura nahua limitada a los valles de México y Puebla. No se dudaba de la relación de éstos con otras culturas nahuas prehistóricas de la Mesa Central; en Miguel León Portilla, *Lecturas Universitarias*, 1995, p. 130-134. También para entender la propuesta de las migraciones de sur a norte, o lo que sería el regreso de las expediciones militares chichimecas en Puebla y Oaxaca. Además el autor menciona varios testimonios de tradición oral, donde reconocieron un origen chichimeca en sitios como Huatulco, Pochutla y Tututepec en Oaxaca, ver a Víctor de la Cruz “Algunos elementos religiosos nahuas y el estilo mixteca-puebla en el sur del Istmo de Tehuantepec”, p. 33-51, en *Revista Náhuatl*, No. 37, 2003.

²⁹ Cecilia Rossell, en su artículo, “Estilos y escritura en la Historia Tolteca-Chichimeca”, *Revista Desacatos*, #022, 2002, p. 67, en la obra *Tolteca-Chichimeca* se habla de un origen chichimeca hacia el noroeste, grupos culturalmente diversos, que fueron migrando hacia el valle central hasta fusionarse con los toltecas y originando las oleadas expansionistas de tolteca-chichimecas llegados hasta Querétaro, Toluca, Puebla y más al sur. Además, consultar a Wigberto Jiménez Moreno, *op. cit.*, 1995; también a Víctor de la Cruz, *op. cit.* 2003.

Luego esas migraciones fueron extendidas hasta Coixtlauaca, Oaxaca, desde donde provocaron un movimiento migratorio de vuelta hacia el norte, trayendo gente mixteca-popoloca a Cuautinchan, Cholula, Tlaxcala y Texcoco.³⁰

Al inicio de la Colonia, los códices e historias indígenas de los habitantes del valle central llamaban chichimecas a las hordas indígenas hostiles, por las prácticas o costumbres identificadas con los grupos de merodeadores, invasores frecuentes en busca de aprovisionamiento, despojo de aldeas, a los que se buscó controlar a través de la integración por enlace matrimonial o sometimiento de sus poblaciones. Carecemos hasta el momento de elementos que den certeza a la hipótesis de que esos grupos invasores o merodeadores eran exclusivamente del norte.

Dos ideas ameritan un paréntesis: una respecto a las lenguas de estos grupos de chichimecas, porque encontramos en varias referencias bibliográficas³¹ que su lengua era variante del náhuatl, con la cual podían comunicarse; la otra, donde la lengua de estos chichimecas era diferente al náhuatl, cercana al otomí o al huasteco y al irrumpir entre toltecas y nahuas adoptaron como lengua franca el náhuatl.

A partir de estas observaciones, estos chichimecas pudieron venir de algún punto de la grandísima área de habla yuto-azteca, que abarcan áreas tanto del norte en Utah, Arizona, Chihuahua, como de Querétaro, Hidalgo, Puebla o Tlaxcala. O bien, quizás eran poblaciones cercanas a los territorios del Anáhuac, e incluso, radicados ahí desde

³⁰ Luis Reyes García y Lina Odena Güemes, “La zona del Altiplano Central en el Postclásico: la etapa chichimeca” en *Historia Antigua...* vol. III, *op. cit.*, 1995, p. 258-259. También es interesante contemplar dos áreas, de donde pudieron haber llegado esos grupos “chichimecas”: los de la Huasteca, como propone Lorenzo Ochoa, *op. cit.*, 1979; los otros fueron grupos tolteca que a la caída de Tula emigraron al algunas partes de la Huasteca, al Golfo o a Cuextlaxtlan, entre los estados de Veracruz, Oaxaca y Puebla, los mismos que regresaron al valle de México y pertenecían a las siete tribus, ver en Paul Kirchhoff, *Historia tolteca-Chichimeca*, *op. cit.*, 1947.

³¹ Charles Dibble, *op. cit.*, *Códice Xólotl*; Luz María Mohar, *op. cit.*, *Códice Mapa Quinatzin*; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la Nación Chichimeca*, 2000. Por otro lado Leonardo López Luján en su artículo “Las invasiones chichimecas al altiplano central” p. 129-134, menciona a grupos que llegaron al altiplano entre los años 900-1000 d.C. no eran sino de los mismos aldeanos del valle central que regresaban después de muchos años de su colonización agrícola hacia el norte, por supuesto, y junto con estos agricultores migrantes, llegaron grupos de cazadores-recolectores como parte de un proceso de desplazamientos consecutivos repercutiendo en muchas de las poblaciones por las que pasaban. Ver artículo en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *op. cit.*, 1993.

hacía tiempo, y por necesidad o tras algún suceso político se asociaron con los lugareños del valle central hasta subyugarlos.³²

Para Pedro Armillas la expansión agrícola llevó a los mesoamericanos hacia el norte alrededor del 200 al 400 d.C. y posteriormente sucedieron migraciones de los cazadores recolectores al valle de México, propiciadas por agrupaciones huastecas, entre 600 y 900 d.C. También atribuyó a los huastecos muchas innovaciones de las culturas del sur norteamericano, información obtenida por los hallazgos arqueológicos, con mira a enlaces directos entre huastecos e indígenas de la cuenca del Mississippi.³³

Eso colocó a los huastecos como intermediarios entre el Valle Central de México y el norte, señalando la influencia huasteca a partir de esas relaciones, pero no como conquistadores de otras regiones en la segunda oleada de las invasiones chichimecas, pues las fuentes tempranas no adjudicaron la caída de Tula a grupos huastecos.

Armillas fue partidario de que la movilidad chichimeca entre los siglos XII y XIII d.C. fueron grupos otomíes o huastecos, y que debido a la ubicación territorial de donde vinieron consolidaron un bloque regional de poder y fungieron como culturas con espacios de transición cultural, podemos decir, de apertura o limitantes para los grupos norteños (guachichiles, zacatecos, tepehuanes o tarahumaras), en sus contactos con el Altiplano Central.

En su artículo sobre el movimiento poblacional en la Mesoamérica septentrional, Armillas propuso que debía reconsiderarse la participación de los chichimecas en las

³² Dominique Michelet, “La zona del occidente en el Postclásico”, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján *op. cit.*, 1993, p. 163, este autor nos recuerda que la filiación lingüística con los caxcanes y con los habitantes de Paquimé, en Chihuahua fue muy estrecha con el náhuatl hablado por los mexicas del Altiplano Central. Abriendo una posibilidad de procedencia mexicana, y dando coherencia a la hipótesis de Marie-Areti Hers, de que los migrantes mexicas, pudieron ser parte de la cultura chalchihuites.

³³ Pedro Armillas, *op. cit.*, 1964. Ver a Patricio Davila Cabrera, “La frontera noreste de Mesoamérica: un puente cultural hacia el Mississippi”, p. 79-91; y también el artículo de Diana Zaragoza Ocaña, “Interrelación de grupos cazadores-recolectores y sedentarios en la Huasteca”, p. 143-150, ambos artículos en Marie-Areti Hers, *et al.*, *Nómadas y sedentarios...*, *op. cit.*, 2000.

invasiones al valle central a principios del Postclásico. No negó que la llegada de ciertos grupos norteños transformó a las sociedades ahí establecidas pero, al percibir a los chichimecas como sociedades intermedias, les concedió características de poblaciones migrantes con una cultura desarrollada, prácticas de caza y recolección descritas como “sorprendentemente avanzadas”.³⁴

Esta idea podría relacionarse con otra serie de estudios más orientados a la importancia del espacio norteño respecto a la zona mexicana, para entender quiénes debieron ser los chichimecas, no sólo como grupos relacionados con una “denotación geográfica” al norte, sino además evaluar la posibilidad de que los chichimecas ya radicaban o bien en el centro de México, o más al sur, al este u oeste de la cuenca central.³⁵

Paul Kirchhoff había problematizado y propuesto tanto el origen de los toltecas como los sitios de asentamiento durante su periodo de desarrollo. En el debate con Eduard Seler y Walter Kriekberg (para quienes la mayoría de los sitios toltecas eran parte de la mitología antigua, inexistentes y simbólicos), encontró las localidades toltecas como identificables, aunque no las halló todas. En su croquis geográfico de las poblaciones toltecas (con referencia a Tula como capital y centro de tal croquis), ubicó las del este, las del sur y el oeste, pero no las del norte.

De hecho, las referencias del norte no concuerdan con la concepción espacial mencionada en las fuentes, en particular de la *Historia tolteca-chichimeca*; su proximidad está más orientada hacia el oeste, y según Kirchhoff, hay un norte probable a partir del noroeste, hacia Guanajuato, Jalisco y Nayarit. Es hacia este “norte”, en

³⁴ Pedro Armillas, 1964, *op. cit.*, p. 69-74. Esa propuesta, nos hace pensar en dos posibilidades: 1) que los grupos del norte poseían una cultura parecida a la de los grupos del centro cuando se dan los desplazamientos; 2) las migraciones chichimecas no fueron sino reacomodos entre los antiguos grupos del valle central.

³⁵ Lorenzo Ochoa, *op. cit.*, 1979, en su trabajo sobre la huasteca prehispánica, sugirió que los huastecos habitaron en Veracruz, en San Luis Potosí, en Tamaulipas e Hidalgo y por ciertas evidencias, quizás hubo influencias por asentamientos en Puebla y Querétaro.

Culiacán, Guanajuato donde supone estuvo ubicada Colhuacan, posiblemente de donde surgieron Aztatlán y Chicomoztoc.³⁶

Así, las migraciones de los toltecas, de los chichimecas y de los mexicas fueron ubicadas a partir de estos sitios, con la hipótesis de tres grupos que partieron desde algún punto más al norte, sin saber con certeza de dónde, porque hay un Aztatlán y Culiacán hacia Sinaloa, al norte de México, y salvo las imprecisiones diacrónicas en las marchas y periodos de desplazamiento, podría tratarse del origen en un norte lejano, en sitios que eran, así lo sostiene Kirchhoff, de dominio tolteca.³⁷

En algo coinciden Kirchhoff y Armillas respecto a los mexicas, en su relación con los huastecos, hacia el norte. No las consideraban sociedades inmediatas, pero sí mediatas, y tanto mexicas como huastecos estuvieron radicando muy cerca del núcleo tolteca, hacia el norte, aun cuando no aparezca así de explícito en las fuentes.

Se hallaron similitudes culturales y posiblemente relaciones para modificar en algo el esquema de los “chichimecas” y algunas conexiones culturales ya supuestas durante esta tesis (respecto a que los chichimecas eran grupos cercanos a los grupos indígenas de la Meseta Central), pero inciertas hasta la lectura de Kirchhoff, planteadas como potencialmente cuestionables: las relaciones tempranas entre mexicas, huastecos y tarascos, todos como parte de los grupos toltecas, todos de distinto origen, costumbres y lenguas.

Para Kirchhoff los indígenas vecinos a los toltecas que tuvieron un papel importante en el destino de sus relaciones fueron chichimecas, por el papel que jugaron:

Los toltecas “olmequizados” como podríamos llamar a los toltecas de Cholula, fueron los verdaderos, los puros representantes de la alta cultura

³⁶ Paul Kirchhoff, “El imperio tolteca y su caída”, p. 249-272, en Jesús Monjarás Ruíz, Rosa Brambila, Emma Pérez Rocha (recopiladores), *Mesoamérica y el centro de México*, 1985. Para estas conclusiones se basó en la toponimia de algunas poblaciones y de las alusiones en los códices indígenas.

³⁷ *Ibid.*, p. 251.

mesoamericana. En contraposición a ellos se encontraban como toltecas “chichimequizados” los toltecas que avanzaron hacia el noroeste y de esta forma entraron en relación con los chichimecas, quienes habitaban una gran parte del norte de la actual República Mexicana, con los cuales, en cierta medida, se mezclaron o, tal vez, deberíamos mejor decir; que en parte se unieron con ellos, dado que ambos componentes parecen haber permanecido separados, incluso cuando ambos, con el tiempo se asimilaron lingüística y culturalmente entre ellos. Ahora depende de la parte que de esta combinación se escoja y de qué contraste quiera uno obtener –si con los verdaderos chichimecas o con los olmecas- si se habla de estos toltecas chichimequizados simplemente como “toltecas” o como “chichimecas”.³⁸

Existe la posibilidad de relacionar las migraciones toltecas del norte al centro del país como un regreso a sus territorios originales, luego de su conquista del norte. Los sitios donde se piensa que estuvieron e interactuaron con culturas locales es en sitios con características mesoamericanas como Alta Vista o la Quemada, Teuchitlán o Tzintzuntzan.³⁹ En los documentos coloniales los “chichimecas” siempre aparecen merodeando a los otomíes, pames, huastecos, purépecha; curiosamente identificados a sí mismos como herederos de la cultura chichimeca.

En los textos de Kirchhoff encontramos ideas en torno a las filiaciones de los toltecas, a su dominio en el valle de México y los centros culturales que ya estaban gestándose desde el siglo IX d.C. Desde esta perspectiva, la cultura chichimeca interactuó en varios periodos de la época prehispánica con los grupos del lejano norte, como conquistadores, y después como migrantes hacia el valle de México.

Para Lina Odena Güemes al tiempo de las migraciones del norte, los toltecas se relacionaron con centros culturales del Golfo y sur de México. Siguiendo las fuentes

³⁸ *Ibid.*, p. 265.

³⁹ Marie-Areti Hers ha propuesto desde la década de los ochenta, que los toltecas estuvieron en tierras chichimecas estableciendo enclaves de poder político y cultural, dentro de las rutas de intercambio que iban hasta el Suroeste Norteamericano. De igual forma, planteó que fueron parte de estos grupos los que regresaron a reconquistar sus antiguas moradas. Ver los artículos de esta autora en *op. cit.*, *Los toltecas en tierras chichimecas*, 1989 y en Andrés Fábregas Puig, *op. cit.*, “Continuidad y Fragmentación de la Gran Chichimeca”, 2008.

documentales⁴⁰ encontró referencias para el posible lugar de origen de los toltecas hacia las costas del Pacífico, de donde emigraron a Jalisco algunos de sus miembros, luego a Huatulco, Tuxtepec y después regresaron a Tula.

Es frecuente la recurrencia al norte, continuando con la propuesta de Kirchhoff, Güemes concuerda en una migración cercana al valle central, porque se habla de dos pueblos principales de los 20 que componían Tula, uno hacia el norte de Tula y el otro al oeste, es decir los tolteca-chichimeca (norte) y los nonualca-chichimeca (oeste), afiliados con chichimecas de Chicomoztoc de habla otomí.

La composición étnica de los toltecas la resume Güemes, por las referencias de las fuentes históricas sobre esa región, en la filiación de los toltecas con los grupos chichimecas, pero no parece muy explícita la vinculación de esos chichimecas con los indígenas del norte:

...el origen norteño de los tolteca-tolteca: heterogeneidad de la población denominada como chichimeca, (...para el caso de los tolteca y nonoalca-chichimecas y como veremos en otros grupos étnicos denominados con este nombre más adelante); alianza tolteca con chichimecas para la designación del primer rey de Tula; integración poliétnica de esta metrópoli, en la que predominaban como grupos hegemónicos los tolteca-chichimeca y los nonualca-chichimecas.⁴¹

También menciona deidades como Tezcatlipoca vinculadas con culturas del norte como los caxcanes. Y una serie de elementos toltecas que encontraron también en sitios como el valle del Mezquital, hacia la sierra de Pachuca y Guanajuato, de tal manera que esa área sigue abriendo la expectativa si se trató de antiguas relaciones de intercambio o si fue el lugar de donde vinieron los antepasados de los toltecas.

⁴⁰ Lina Odena Güemes, “La composición étnica en el postclásico...”, *op. cit.*, p. 451-452. Güemes mencionó a Sahagún, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Torquemada y la *Historia Tolteca-Chichimeca* entre otras referencias al tratar la historia etnológica de los toltecas.

⁴¹ *Ibid.*, p. 453.

A personajes con características divinas como Tezcatlipoca, Mixcoatl, Yopico, Itzpapalotl, o a sitios mítico-religiosos como Chichimecatlalli, Aztatlán, Chicomoztoc, Teotlalpan, Tlacochealco, Mictlalpan las refieren como sitios de origen, y culto con relación al norte o a los otros puntos cardinales.

Finalmente, la autora deslindó a las culturas del norte de las sociedades migrantes tolteca y mexica. Para ella los protagonistas fueron subgrupos emparentados culturalmente a los habitantes del centro de México en un periodo de movilidad poblacional en busca de alianzas o dominio territorial. Mientras tanto hizo un reconocimiento al contacto y relaciones de los mesoamericanos con las poblaciones del norte de México, derivando en intercambios significativos.

Por su parte, Carlos Martínez Marín observó a los mexicas como grupos con rasgos de culturas mesoamericanas, sedentarias, al tiempo de las migraciones chichimecas. En su opinión, la estructura de las nuevas historias fraguadas en los primeros años de la conquista europea, obligaron a considerar la vinculación de los mexicas con culturas importantes como la tolteca y tarasca.

Destaca la lista de sitios, eventos y nombres sobre la migración mexica desde su origen, así como el establecimiento del señorío hasta la época temprana de la Colonia en todas las fuentes documentales, donde mencionaron la transformación cultural de los chichimecas con los toltecas y otras sociedades nahuas. Señaló las repeticiones temáticas, comparando las diversas migraciones de los grupos prehispánicos, en particular de los chichimecas y mexicas, y cómo fueron dándose los cambios narrativos que generaron la visión centralista de la historia de los mexicas.⁴²

Para Miguel León Portilla, hubo “un choque cultural entre bárbaros y civilizados” exaltando el papel de los grupos nómadas en distintas civilizaciones de la

⁴² Carlos Martínez Marín, “Historiografía de la migración mexica”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Vol. XII, 1976, p. 121-132.

historia universal. Para el caso de la América precortesiana únicamente consideró de suma importancia el choque entre chichimecas con los del centro de México como una causa más para el cambio y desarrollo cultural. Comparando con otros casos de enfrentamientos entre “civilizados y bárbaros” en el resto del continente americano, vemos el de los incas con los araucanos y tehuelches en Sudamérica; o de apaches, comanches y navajo con los herederos de las Culturas Pueblo en Norteamérica, como los contactos relevantes de reacomodo cultural.

La opinión concreta de Miguel León Portilla sobre los “bárbaros” chichimecas, fue la de culturas primitivas, agricultura incipiente, encontrando en las fuentes a sociedades dispersas, reducidas y en general nomádicas. La caída y abandono de Tula, en el siglo XI d.C., así como la dispersión tolteca fueron influenciadas por algunos grupos en Cholula, Guerrero o Michoacán, y menciona cómo los chichimecas llegarían a las ruinas de Tula y ahí encontrarían a pequeñas familias no guerreras, pacíficas, en las cuales no hallaron resistencia, al no tratarse de un gran número de gente o porque había alguna relación con ellos.⁴³

Por la ubicación de estos grupos de “cazadores errantes”, Miguel León Portilla los relacionó como grupos de habla pame, mazahua y otomí, también llamados popoloca, en referencia al “bárbaro indígena”. Cuando estos “nómadas” llegaron con los toltecas, su comunicación era con señas y al poco tiempo, las huestes de Xólotl cambiaron su cultura por la tolteca, adaptando prácticas, sistemas de producción y estilos arquitectónicos y estableciendo relaciones con otros grupos con quienes compartían su cultura. La forma de esa transculturación fue llevada a cabo a través de

⁴³ La visión de Miguel León Portilla, está muy apegada a las descripciones de cronistas y códices coloniales, ver en “Procesos de aculturación de los chichimecas de Xólotl”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Vol. VII, 1968, p. 59-85. Pedro Armillas en su artículo sobre “Chichimecas y Esquimales: la frontera norte de Mesoamérica”, en *La aventura intelectual de Pedro Armillas. Visión antropológica de la Historia de América*, 1987 señaló que los mexicas al llegar al valle de México, no hicieron como conquistadores, sino como refugiados y que allí les dieron tierras porque muy probablemente eran parientes, p. 61.

lazos familiares nobiliarios, en un principio, y después por la fusión familiar entera entre ambas poblaciones.⁴⁴

Miguel León Portilla destacó una conducta mencionada en las crónicas y códices respecto al rechazo de una parte de esos migrantes chichimecas en su adaptación a la agricultura, religión y además costumbres toltecas. Para Portilla esa clara resistencia al cambio dejaba como primitivos y reacios a dejar sus antiguas costumbres a indígenas más proclives a la guerra y seminomadismo. Esta oposición en la aculturación de varios pueblos es mencionada no sólo en los códices Xólotl, Quinatzin y Tlotzin, sino también en crónicas como las de Durán e Ixtlilxóchitl, donde varias sociedades chichimecas se adaptaron culturalmente a los toltecas, pero otras habían estado en contra desplazándose hacia las sierras y sitios agrestes habitados por indígenas con características semejantes.⁴⁵

Las rebeliones o resistencias de la población chichimeca no necesariamente eran un contraste cultural, sino tal vez alianzas entre grupos con cierta identidad y desarrollo social, ya anteriormente establecido. Y en el caso de la imposición de nuevos sistemas de vida eran vistos como negativos, y entonces sí había un choque violento y el rechazo de los chichimecas. Hablamos de cambios en sus estilos de vida, como la intensificación del trabajo, restricciones a su libertad, el laborío en los cultivos, el pago de tributos, la sujeción a un gobernante y culto a distintas divinidades.⁴⁶

La lista de los investigadores de las migraciones chichimecas o mexicas es muy extensa, pero también ha sido muy polémica, enfocada en ubicar los sitios de donde partieron las movilizaciones poblacionales del norte y cómo llegaron a dominar el

⁴⁴ *Ibid*, p. 77-79.

⁴⁵ Charles Dibble, *op. cit.*, *Códice Xólotl*, 1980, p. 17-19; y Luz María Mohar B., *op. cit.*, *Códice Quinatzin*, 2004, p. 53-57.

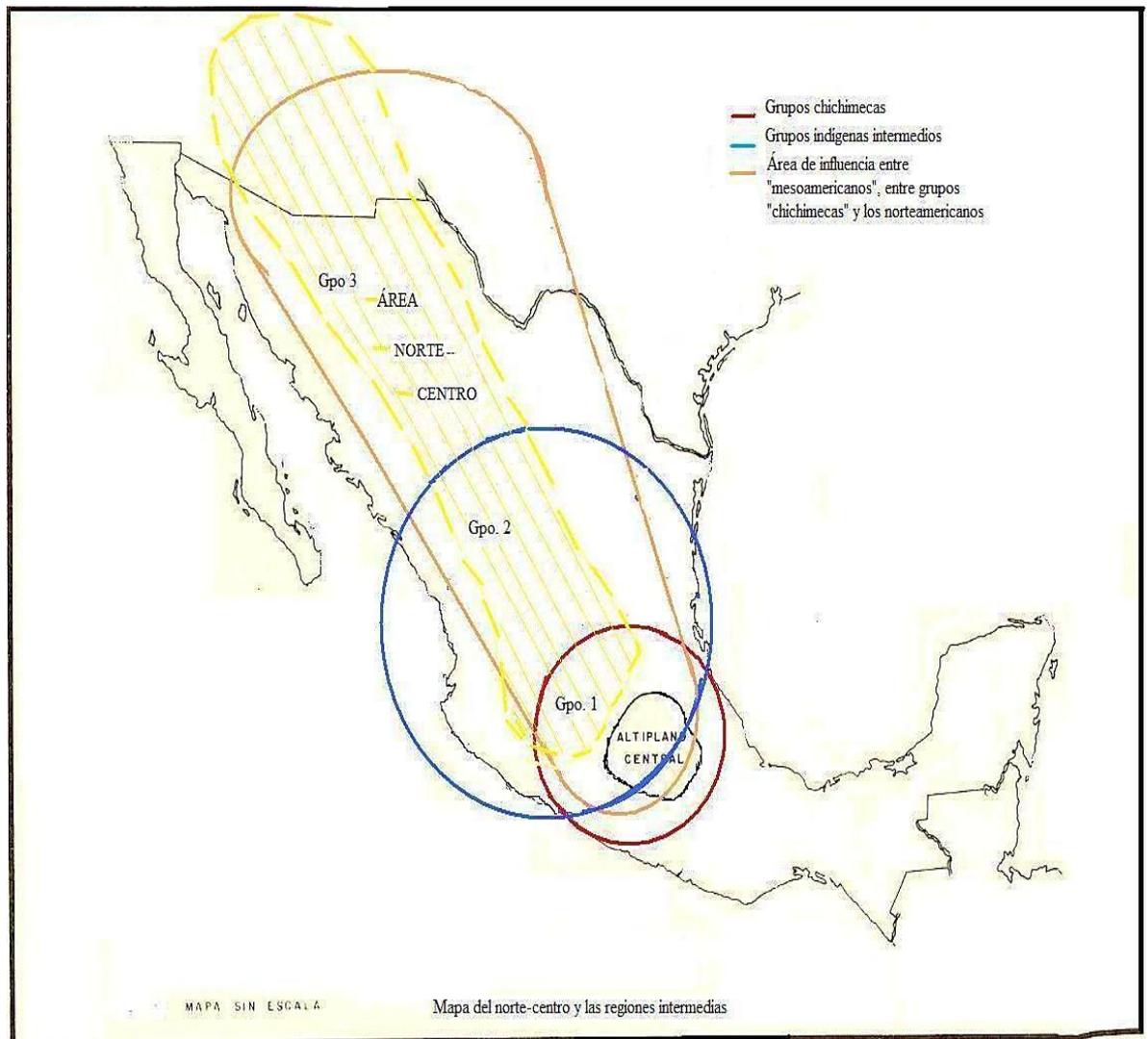
⁴⁶ Charles Dibble, *op. cit.*, luego del establecimiento de los chichimecas en el valle de México, ya con Xólotl y después de él, se tributaba en especie a los señores chichimecas, más adelante los tributos fueron aumentando, lo cual creaba descontento a los grupos recién llegados al valle o con cultura primitiva, característica de los chichimecas, p. 39-40.

centro de México. El análisis de cuáles grupos vinieron en diferentes periodos y cuáles derivaron de la cultura tolteca o mexicana, sigue siendo parte del trabajo de investigación de lo chichimeca, pues la mayoría de las fuentes coloniales conservaron la tónica discursiva de un origen común hacia el norte.

En esta tesis poco se aporta para tal debate, siguiendo la tradición historiográfica de identidad geográfica hacia el norte, sin embargo, proponemos tres diferentes áreas territoriales de donde pudieron provenir estos “conquistadores chichimecas”, por supuesto dentro del área considerada como norte-centro.

Estas tres áreas parten de sur a norte, yendo de Hidalgo a Arizona, y con importantes culturas como Teotihuacán, en Casas Grandes y el Cañón del Chaco (regiones culturalmente dominantes), siendo una gran área conocida como la “Gran Chichimeca”, con centros poblacionales que florecieron desde fines del Preclásico. Posteriormente, en el Clásico con los toltecas y chichimecas. Y después, en la etapa Postclásica, entre otomíes, nahuas o tlaxcaltecas con las culturas regionales del norte y sus enlaces con los “indios pueblo”.

Así, Xólotl y los suyos debieron formar parte de estas hegemonías culturales “chichimecas”, ubicadas a partir de una geografía política moderna del valle de México hacia el norte: el primer grupo correspondió a los actuales estados de Hidalgo (parte del noreste), Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí y parte noreste de Michoacán, pensando en caracterizarlo como el grupo de las periferias; el segundo al noroeste de Michoacán, Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas, Durango, algunas partes al sur Coahuila y Nuevo León como el grupo intermediario entre otra gran área cultural en Norteamérica; el tercer ámbito geográfico lo localizamos entre Chihuahua, Nuevo León y una parte de la huasteca tamaulipeca, que se extiende hasta Texas, Nuevo México, Arizona, Utah, Colorado. Ver en el mapa 1 la división de estas tres áreas.



Mapa 1, Las tres áreas geográficas, Francisco Román Hernández, 2007

Se proponen estos tres conjuntos geográficos y etnológicos para sugerir la cercanía de los diferentes grupos indígenas tanto al valle central de México, como entre las áreas del norte, para considerar quiénes posiblemente fueron los chichimecas referidos en códigos y crónicas respecto a los pobladores del centro del país.

También muestra la ubicación de los pueblos norteños, y las áreas de influencia durante la conquista europea, dentro de los cuales pudo estar el origen de las migraciones. ¿Por qué todas las historias se relacionan con el mismo discurso de migración y aculturación hacia el norte chichimeca? Recordemos cómo una buena parte

de los relatos indígenas estuvo fuertemente influenciada con la historia y vida del europeo. ¿Cuál fue el peso específico de esa irrupción en la interpretación del norte contada por los indígenas?

Dentro de esa narrativa de fundación, los mexicas siempre manifestaron una doble cultura: por una parte, su reconocimiento chichimeca, no sólo una herencia de alto linaje tolteca, sino el carácter mítico de las migraciones y la continuidad de asentarse donde coincidían los paisajes fundacionales;⁴⁷ por otra, sus costumbres en la guerra (por la destreza con el arco y flecha); la importancia de la orientación hacia el norte en deidades y estructuras de culto; el aprovechamiento de la naturaleza; prácticas de cacería y técnicas de conservación de alimentos (la carne, tunas y mezquites secados al sol) y las artes rupestres.

Frente a la imagen de los chichimecas nómadas del norte, estaban los grupos chichimecas sedentarios o los que reconocían en sus mitos un origen chichimeca como los purépechas, tlaxcaltecas, otomíes. Poblaciones del centro de México con construcciones de templos y centros con traza “protourbana”, arraigados en territorios bastos de recursos, un mayor número de poblaciones con distintos niveles de convivencia y de organización política y social.

Las apreciaciones de cronistas y colonizadores nos muestran que los mexicas tenían una gran variedad de nombres relacionados con lo chichimeca, todo apuntando al

⁴⁷ Ángel Julián García Zambrano, *Paisaje mítico y fundacional en las migraciones mesoamericanas*, 2006, la propuesta general del autor es que los grupos mesoamericanos llevaban consigo una tradición de representaciones paisajísticas y geográficas simbólicas de los sitios en donde se asentaban luego de sus migraciones. Surgiendo con ello la búsqueda de ciertos elementos naturales para indicarles el asiento de sus viviendas, determinadas por las características del paisaje. Respecto a las dos principales culturas, toltecas y mexicas, aparece lo que él llama una tríada de esas representaciones mentales que significaban a opinión del autor un ciclo evolutivo de las sociedades y eso trató de demostrar con su trabajo. Así en esta tríada aparecían Aztlán (el nacimiento), Chicomoztoc (pasaje) y Culhuacán (arribo) que aparecen comúnmente en códices y crónicas. Otro de los elementos que envolvía el significado ecológico de estos sitios era Aztlán sitio de agua, tule, carrizos y lagos; Chicomoztoc con el pasaje del umbral hacia la superficie, sitio de cuevas, riscos, grietas y barrancas; Culhuacán como sitio de llegada de los grupos migratorios tuvo una doble representación, la mítica y la histórica que distingue al autor en la primera Culhuacán muy antiguo que referían las fuentes de donde vinieron los antepasados de los toltecas y de donde llegaron tiempo después los antepasados de los mexicas, y en la segunda porque estaba Culhuacán en las riberas de un sistema lacustre, en los valles de Texcoco. Ver de los capítulos I a IV.

mítico Aztlán o Chicomoztoc.⁴⁸ Posteriormente se pudo distinguir a la sociedad mexicana como descendiente de chichimecas, pensando en un origen común con algunas sociedades en “dirección al norte”, principalmente con los toltecas porque fueron culturas con rasgos de sociedades sedentarizadas. Armillas consideró que esa búsqueda de parentesco con antiguos grupos fue muy común:

Puede considerarse también como un hecho alegado para tenerlos como chichimecas, los denodados esfuerzos de los aztecas por obtener entronques genealógicos con los grupos considerados como los más conspicuos descendientes de los toltecas, linaje que perseguían todos los grupos de origen chichimeca para elevar sus estatus social.⁴⁹

Con esta primera limitante de identificación, los indígenas mantuvieron cierta influencia etnocentrista en sus testimonios históricos, ya fuesen ancianos o personas de autoridad quienes intercambiaron estos primeros datos del mundo precolombino. Lo importante fue la asociación del origen de su cultura (es de suponer cercana al centro de México) al glorioso pasado de grupos considerados como sus antecesores por las filiaciones etnológicas y culturales reconocidas entre grupos nahuas.

Por otro lado, la conducta de los europeos fue similar, asociaron a los grupos indígenas dominantes al momento de su llegada (mexicas, texcocanos, tepanecas o purépechas) con antiguos grupos chichimecas que les heredaron la grandeza nobiliaria con que los hallaron.

⁴⁸ En el artículo de Johanna Broda, “The sacred Landscape...”, *op. cit.*, p. 74-118, la autora hizo un estudio donde abarca diferentes aspectos de la cultura mexicana muy relacionada con la orientación a los puntos cardinales, pero sobre todo donde remitían mucho de su origen al pasado de los chichimecas. Por ejemplo, señaló como muchas de las alineaciones de los edificios religiosos estaban orientados hacia el norte; muchas de las festividades calendáricas remitían a dioses y personajes chichimecas como el caso de Mixcoatl con los mexicas y Camaxtli principal dios chichimeca de los tlaxcaltecas. Una hipótesis de Broda hace referencia al paisaje natural como las montañas, las cuevas, volcanes, ríos y otras cosas como el zacate, el mezquite, la caza de ciertos animales, etc., estuvieron muy relacionados con el norte, pero sobre todo muy presentes en la toponimia de las culturas del valle central de México. También vemos esta idea en Ángel Julián García Zambrano, *Paisaje mítico y fundacional...*, *op. cit.*, p. 15-30.

⁴⁹ Pedro Armillas, *op. cit.*, 1987, p.123.

Eso alienta la teoría de los chichimecas como sociedades intermediarias⁵⁰ hasta la época Colonial, con una cultura que les permitió convivir entre los ejes culturales del norte-centro, al sur con el Altiplano Central y al norte con el actual sur Norteamericano. Así, esta ruta intermedia no cesó de fluir y converger, haciendo del norte-centro un *axis mundis* dinámico activo y con una “vida común mesoamericana”.

Este tipo de correspondencia es materia de análisis en el papel de grupos chichimecas como parte de una red intercultural amplia y antigua por las rutas de intercambio entre el norte y sur, al mismo tiempo que enlazaba elementos de identidad espacial y etnológica en sociedades con parecidas tradiciones ecológicas, lingüísticas y culturales (del semidesierto) que fortalecieron sus lazos de parentesco.

Estos grupos indígenas pueden identificarse a partir de una regionalización, pero también de la simbiosis de cada uno de los diferentes grupos sociales con el entorno. A partir de ese momento vemos cómo se nos presentan dos clases de chichimecas a los que hay que distinguir: se trata de los chichimecas “históricos” (o chichimecas del norte) y los chichimecas “historiográficos” (chichimecas del valle central).

Los chichimecas “históricos” son los grupos indígenas que radicaron en el norte de México, y tanto en la época prehispánica como en la Colonia, habitaron el norte; los chichimecas “historiográficos” son los de las fuentes documentales como los chichimecas que llegaron del “norte” y fundaron varios centros culturales en el valle central, de los cuales descendieron mexicas, acolhuas y tepanecas alrededor del siglo XIII. Ambos tipos de chichimecas, aparecieron en las fuentes del siglo XVI, casi haciendo referencia (por confusión) a los mismos chichimecas, salvo que los históricos siguieron en el norte y los historiográficos radicaban en el valle de México.

⁵⁰ En el sentido de que fueron grupos asentados desde el periodo preclásico, cercanos al valle de México, ya fuera al norte o noroeste, y convivieron como transmisores de los rasgos culturales con los indígenas del norte.

Estos chichimecas “históricos” serían todos los pueblos desde Hidalgo y partes del noroeste y noreste, hasta el ahora territorio de Colorado en Norteamérica, grupos social y geográficamente interactivos en toda esta área. Los “historiográficos” serían los grupos indígenas de las fuentes documentales, haciendo referencia a chichimecas migrantes en el valle central de México en dos etapas: 1) los relatos de migración chichimeca durante los siglos VI al IX; y 2) los chichimecas provenientes del norte en el siglo IX a XII.

En algunas fuentes tempranas de la Colonia, aparecen grupos de chichimecas históricos pertenecientes a núcleos de poder político o social en territorio norte-centro como los purépecha Loma Alta, Zacapu, huastecos en Tantoc, los caxcanes en las Ventanas y el Teúl, los tepehuanes en el Zape o los tarahumaras en Casas Grandes. Las investigaciones históricas y arqueológicas han vinculado durante la etapa prehispánica a estas sociedades con los chichimecas historiográficos, los habitantes cercanos a la cuenca central de México.

¿Es posible establecer una relación entre estos dos tipos de chichimecas? La relación más directa debió ser la transferencia de ideologías así como la de intercambios materiales, haciendo evidente el vínculo entre ambos tipos de chichimecas. Los chichimecas historiográficos al estar dentro del rango de “civilizados”, generaron una fuerte contradicción cuando se les vinculaba con la cultura y formas de vida de los indígenas nortños.

La mayoría de las crónicas coloniales (en especial las historias generales) unificaron simbólicamente al chichimeca historiográfico con los indígenas del norte, dejando tras de sí la figura rudimentaria, nómada y salvaje. Para los chichimecas históricos no aparece en las fuentes ningún período de desarrollo, pues no se habían identificado elementos culturales con muestras de algún tipo de transformación en

costumbres o formas de vida. Los estudios y descubrimientos efectuados en el norte desde principios del siglo XX, ahora nos revelan otro panorama de los chichimecas históricos, con periodos tecnológicos o transferencias de conocimientos que indican un dominio o regionalización entre unas cuantas culturas dominantes, con menos densidad demográfica y sitios con áreas de asentamiento reducido. Pero con evidencias de desarrollos sociales dinámicos como movilidad poblacional, una red de intercambios comerciales o influencias ideológicas por ejemplo, antes no tomadas en cuenta.⁵¹

Si reflexionamos en las circunstancias históricas para la interpretación de los indígenas del norte a partir de las fuentes coloniales, y el retraso en la información científica vemos cómo fue considerada un tiempo, una especie de subvalorización intelectual o tecnológica, parte de la ausencia de arquitectura monumental, rastros de sistemas tributarios o de escritura. La capacidad del intelecto y la experiencia acumulada de los pobladores del norte-centro, en otras palabras, el conjunto de saberes, creencias, técnicas, guerras en ecosistemas austeros, fueron asimiladas de manera distinta por los chichimecas históricos.

Los indígenas del norte tuvieron una importante dedicación en energía y costumbres a la vida espiritual, a la observación de los movimientos astronómicos, en festividades rituales, en costumbres y un desenvolvimiento social más sencillo, apegado

⁵¹ Rodolfo Fernández y Daria Deraga, “La zona occidental en el Clásico”, p. 187, en Linda Manzanilla y Leonardo L. Luján, *op. cit.*, *Historia Antigua de México*, Vol. II, 1995. Los autores plantean que durante el periodo de formación de las aldeas, en el Preclásico Temprano, el territorio prehispánico era homogéneo, tanto el altiplano central, el occidente, el norte y sur de México. Pero para el Preclásico Tardío, siglo IV a.C., los mesoamericanos comenzaron su etapa de sistemas de dominio, por lo tanto, la aparición de señoríos; y en el Occidente surgieron durante el siglo V. d.C.: *Una transición que llevó cinco siglos a los pueblos del resto de Mesoamérica, tomó 11 a los de Occidente, donde en el lapso observado, la formación del Estado nunca se dio. En consecuencia, creemos que ahí ocurrieron procesos sociales que compartieron un “coeficiente” de incremento de complejidad social de rango medio, en contraste con los pueblos del resto de Mesoamérica los cuales tuvieron un “coeficiente” mayor.*, p. 177.

a intercambios, peregrinaciones, a la cacería, al cultivo y a la guerra como defensa de la región.⁵²

Es difícil situar al espacio chichimeca solamente con un norte nómada y de cazadores-recolectores prehispánicos, o con una estática cultural inalterable. Hablamos de siglos de convivencia humana y geográfica en continuo desenvolvimiento, pues no hay duda acerca de cómo estos grupos formaron parte de fronteras comunes, a partir del contacto territorial y de la presencia dominante de sociedades radicadas ahí por siglos (los chichimecas históricos).

La explicación para entender por qué en el siglo XVI apareció esa abismal diferencia entre los grupos del centro y del norte, y percibir la ruptura cultural entre dichas áreas, de las alianzas, de los intercambios materiales o políticos, es a partir de que el denominado norte-centro conservó vínculos culturales, los cuáles se iban desarticulando gradualmente de Guanajuato hasta Hidalgo. ¿En qué época podemos ubicar esta diferenciación, o mayor distanciamiento cultural de lo que era el norte-centro en la época del Tardío Preclásico y Clásico con el Postclásico? Historiográficamente comienza a percibirse en el proceso que experimentan los grupos nahuas-chichimecas al asentarse en el corazón del valle central mexicano y adoptando las culturas de esa región.

Esa es una posible causa para notar una diferencia estructural entre ambas regiones, pero no podemos dejar de pensar en que dichos procesos de transformación ni son repentinos, ni son totalizadores, por lo cual aceptamos la idea expresada en el mapa 1, de grupos chichimecas intermediarios no asentados en la cuenca central, sino vecinos al norte, entre los cuales surgieron fronteras de identidad. Y aún cuando entre los indígenas del norte-centro predominaba como base una cultura común, había también

⁵² Solveig A. Turpin “La nucleación cíclica y el espacio sagrado: la evidencia del arte rupestre”, p. 179-206 en William B. Murray (comp.), *Arte Rupestre del Noreste*, 2007.

una territorialidad bien definida por identidades zonales, pues cada sociedad de acuerdo a sus circunstancias aceleraba o detenía el curso de su transformación, tomando rumbos diversos para su identidad y permitiendo a cada sociedad establecer una comunicación particular con el ecosistema.

Esos elementos atrás mencionados, nos permiten establecer un vínculo social del norte con otras regiones mesoamericanas, distintas en cultura y organización, tradiciones y prioridades ambientales, pero finalmente comparables en algunos aspectos de su desarrollo.

La ausencia de esa relación entre los dos tipos de chichimecas está más marcada cuando al considerar a los “chichimecas históricos” constatamos cómo los rasgos originales de antiguas culturas del norte y de los indígenas del Bajío fueron disueltos por los españoles en su camino a la colonización septentrional, dando forma a una parcial homogenización cultural del chihcimeca, en el norte, dejándolos como guerreros y mostrando únicamente una de sus facetas defensivas.

Y en cuanto a los “chichimecas historiográficos” nos viene la confusión de dos grupos, en dos momentos de su historia también distintos, los que llegaron del norte siglos antes de la conquista europea y los que habitaban en el norte, ambos tratados por las fuentes e interpolados en una misma sociedad y cultura, para justificar el curso de la colonización septentrional durante los siglos XVI y XVII.

1.2. Definiciones y denominaciones del concepto chichimeca

El México antiguo generalmente ha sido reconocido gracias al esplendor de los *aztecas* y los *mayas*. Antes de la conquista de los españoles, los mexicas fueron herederos de las culturas toltecas, olmeca y mixteca pero, principalmente, de los grupos nahuas migrantes del norte, los grupos chichimecas. Y esto era sabido por la propia versión que texcocanos, mexicas, otomíes y otros grupos, hacían de su historia y del origen de sus pueblos.⁵³

Michel Chevalier dividió en tres etapas históricas a la cultura mexica en el valle de México. Según este autor, en una primera etapa los toltecas originaron el desarrollo nahua de dominio y expansión territorial; luego menciona una etapa intermedia, corta y algo decisiva con los chichimecas, que llegaron al valle central pero fueron expulsados hacia el este, hacia las montañas de Tlaxcala, donde merodeaban y guerreaban con sus vecinos; una tercera etapa, con el florecimiento y expansión de los mexicas.

Del origen de los toltecas, comentó acerca de su advenimiento del norte, creadores de una cultura más refinada que continuó entre los indígenas de Tenochtitlán, Texcoco, Cholula o Tlaxcala, todos identificados como descendientes de chichimecas.⁵⁴

La discusión sobre el concepto chichimeca ha sido una empresa complicada, tanto por las propuestas de los primeros cronistas de la Nueva España, unificadores del espacio (norte), lenguaje e identidad de ciertos grupos indígenas, como por las hipótesis de los actuales investigadores de los chichimecas y los indígenas del norte.

Tomemos en cuenta los recursos discursivos del siglo XVI, coincidentes en el universo chichimeca, cuando hablaban de grupos migrantes y conquistadores, en

⁵³ Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, 1984. Para ver algo sobre el contraste entre barbarie y civilización y además del reconocimiento mexica a su origen chichimeca y su transculturación con los pueblos del valle de México, “La vida civilizada”, p. 217-227.

⁵⁴ Michel Chevallier, *México antiguo y moderno*, 1983, ver la p. 42.

territorio de los toltecas y otros grupos indígenas del centro de México siglos antes de la conquista de los europeos, difundiendo la postura chichimeca más común.

Una imagen generalizada de los indígenas del norte chichimeca, que recientemente se viene desmitificando, distingue a los habitantes de cada región, y señala las identidades de los antiguos habitantes nortños. La interrogante brinca a escena cuando encontramos en excepcionales crónicas del siglo XVI, pero sobre todo en el siglo XVII que sí hubo esfuerzos con rigor científico por tener un conocimiento verdadero de cada una de las regiones del norte, ampliándose el horizonte de los indígenas sobrevivientes y su adaptación con el entorno. En este punto deberíamos encontrar un avance respecto a la distinción entre los tipos de chichimecas, o bien de los chichimecas con los indígenas nortños, pero ni en la práctica o la teoría la polémica fue más allá, sino hasta siglos después.

A partir de entonces, vemos una interpolación de los indígenas del norte con los antiguos chichimecas migrantes. Catalogados como los habitantes de zonas agrestes, inhóspitas, sin aparentes procesos de agricultura ni de construcción de edificios. Estos fueron los chichimecas de historias y códigos indígenas, de las Relaciones Geográficas, describiendo indígenas nómadas con arcos y semidesnudos.

Las definiciones de bárbaro de algunos cronistas y diccionarios antiguos ayudan a comprender más sobre la idea perfilada de algunas poblaciones indígenas; tal como en la lectura de algunos cronistas, vemos el cambio de ideas y estilos narrativos de los chichimecas y su barbarismo.

Para los españoles (en el caso del cronista Ciudad Real) chichimecas eran todos aquellos indígenas merodeadores que hacían la guerra para no perder sus tierras, recuperarlas o no ser sujetos a misiones, repartimientos o estancias. También para aquellos fuera de una jurisdicción político-territorial y sin grandes edificaciones

arquitectónicas. Es evidente como desde el valle de México, hasta Michoacán o Guadalajara no había sólo chichimecas (para los siglos XV y XVI, grupos desplazados por oleadas migratorias del norte, noroeste o noreste, tuvieron constante fluctuación en las comunidades del altiplano central), sino indígenas vistos desde un bajo rango cultural.

Por ejemplo, en el caso de José de Acosta, el sentido de bárbaro aparece sólo con las connotaciones de salvaje, rudo, violento, malo, inculto. Es clara su inclinación por la parte negativa de la palabra, hecho que no significó ver al chichimeca como enemigo por naturaleza. Exalta la importancia de las diferencias en varios de los grupos indígenas, en particular los “reinos” Inca y el de los mexicas; fuera de ellos, todas las demás “naciones de indios” vivían en behetrías⁵⁵ o subordinadas a estos reinos.

Puntualizó dos cosas importantes, primero que aún estos grupos chichimecas tuvieron el mérito de desafiar a las fuerzas españolas y hasta cierto punto evadirlos, saliendo librados en varias ocasiones; además los hallaba aptos para todo tipo de actividades, por sus condiciones físicas e intelectuales.⁵⁶

En segundo lugar, en opinión de Acosta, los chichimecas fueron parte de los procesos de desarrollo entre los nahuas, pues señaló a chichimecas y otomíes como los primeros pobladores de la Nueva España y a los nahuas como los conquistadores de toltecas y chichimecas originarios del norte.

En Torquemada el concepto de bárbaro fue tomado desde los diferentes significados etimológicos de la palabra, además de salvaje, rudo, silvestre, inculto o montaraz también alude al de bravo, valiente, fuerte, astuto, extranjero, invasor. Esta distinción para concebir el término bárbaro estuvo en la diferencia de tiempos y de

⁵⁵ Término que usa José de Acosta, para referirse a los grupos de chichimecas que vivían en bandas u hordas nómadas, sin ley u organización política, salvo cuando ocasionalmente, se nombraba a un líder que decidiera por el grupo, pero que responde a una organización de grupos autónomos, locales, respecto a un gobierno o monarquía, José de Acosta, *Historia Natural y Moral de Indias*, 2003.

⁵⁶ *Ibid*, esto puede verse en el Libro 7, cap. II.

acceso a la información de fuentes acerca del horizonte cultural de los chichimecas. También ejerce su peso la formación de estos autores, sus periodos de estancia y labores realizadas en el Nuevo Mundo, para entender los juicios desarrollados por los cronistas en torno al barbarismo americano.⁵⁷

Del concepto chichimeca no hubo en Acosta ni en Torquemada un tratado más profundo del realizado por Sahagún y Durán. Situaron a los chichimecas como los más antiguos moradores de entre los indígenas, los diferentes linajes que tuvieron, su paulatina evolución del salvajismo a culturas superiores y su esencia de bárbaros conflictivos sin reino.

En Sahagún vemos descripciones muy singulares. Su tipología chichimeca fue sometida a controversia al hacernos reflexionar no sobre un mismo grupo, un mismo lugar de estos chichimecas; mucho menos la exclusividad de los indígenas del norte como chichimecas, sino la presencia de vecinos al territorio de la Nueva España, antiguos habitantes de la cuenca central entre los chichimecas.⁵⁸

Luego de la identificación etnológica chichimeca, en tiempos de la Colonia, aparecieron con frecuencia definiciones en documentos de la imagen simbólica de los chichimecas. Encontramos diferentes significados a partir de una imagen aparentemente construida de manera homogénea:

Nación de indios, una de las aborígenes, del mismo tronco que los olmecas y xicalancas. Procedían de la tierra de Chichimecin, donde habitaban muchas tribus feroces que se repartieron por los extensos territorios del oeste y norte del país, y después formaron las provincias de Nueva Galicia y otras más septentrionales. Los chichimecas se establecieron en las riberas del río Colorado el año 1170, y se cree que poblaron el valle de Méjico antes que los aztecas. Aun hay descendientes de los primitivos chichimecas en los actuales Estados de Coahuila, Guanajuato, Aguascalientes, Hidalgo, San Luis Potosí, etc. En lengua mejicana *chichimeca* significa *perro de trailla*, de *chico*, perro, y de *mecatl*, sogá. En el Diccionario de Geografía se lee lo

⁵⁷ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, 1975, p. 75.

⁵⁸ Bernardino de Sahagún, *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, 1985, Libro X, p. 597-604.

siguiente, respecto de esa nación: *Indios muy belicosos que no habían podido dominar setenta y tres años de guerras casi continuas con los españoles. Los virreyes de Méjico, para asegurar los caminos a las minas de Zacatecas, habían tomado inútilmente varios arbitrios.*⁵⁹

Las definiciones de carácter enciclopédico muestran el interés por descifrar la traducción y composición de la palabra en sí, tomando las características de los indígenas del norte y agregándolas a las interpretaciones historiográficas de los grupos que conquistaron el centro de México. Eso nos explica las similitudes en las definiciones de chichimeca:

(Chichimecatl: derivado probablemente de *chichiman* o *chichima*, región desconocida). Individuo perteneciente a la numerosa tribu *chichimeca*, que pobló el Anáhuac después de la destrucción del reino de Tollan, y fundó el reino de Acolmacán, cuya capital fue Texcoco. Indios que habitaban al Norte y Noroeste de México, en el siglo XVI... A los que permanecieron rebeldes, lo llamaban mecos e indios bárbaros.⁶⁰

Aun con las variantes encontradas en esta definición, hay elementos que son parte de las características de los indígenas del norte, como es el caso del arco y la flecha, como vemos en la cita anterior, tomada del *Diccionario de Aztequismos*, pues sobre la palabra chichimecatl (venía de arco y flecha), compuesta de *chichi*quilli, flecha o arpón, y mecatl “cuerda con arpón”, para el autor del *Diccionario*, la palabra sería más bien chichiquimecatl, si esa definición fuera correcta. El simbolismo del arco y la flecha fue muy importante para los grupos del norte, tal como se les asoció con lo chichimeca, según autores como Jacques Soustelle.

Otras referencias mencionadas para la definición de la palabra chichimeca vienen con el compuesto de *chichi*, teta, pecho, nodriza. Con frecuencia relacionando al

⁵⁹ Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, 1959.

⁶⁰ Cecilio A. Robledo, *Diccionario de Aztequismos*, 1908. La alusión que hace Robledo del meco, con referencia al bárbaro es notable no sólo para individuos salvajes o nómadas, sino también por el chichiman, en cuanto a una región desconocida. Mencionó el meco, era nombre genérico de los indígenas de la frontera norte; como adjetivo se refería a las rayas pintadas a sus cuerpos. Meco también está asociado al nombre nahua del maguey, patronímico de una región abundante de esta planta.

chichimeca con una especie de hormiga colorada (própia de trierras semidesérticas), corredora y muy fiera; la palabra también fue utilizada por el uso de tintes color rojo para pintarse el cuerpo y el pelo, además de las características físicas de los indígenas del norte.⁶¹ La otra palabra de la que se compone *meca*, *mecatl*, de cuerda, látigo y *mezotl*, de meco,⁶² referente al maguey. De ahí la expresión habitual de mamadores, el que mama:

“El que chupa o mama, tribus nómadas que vivían de los productos de la caza y que remplazaron a los toltecas en el Anáhuac hacia el fin del siglo XII. Los conquistadores españoles designaban con el nombre de chichimecas a las tribus salvajes que vivían en el norte de México”.⁶³

En el debate etimológico de cronistas y posteriores historiadores, tomaron del náhuatl otro tipo de referencias como el de águilas. Según Alva Ixtlilxóchitl se hizo una mala interpretación del glifo correspondiente a los labios *tentl*,⁶⁴ confusión con el término de mamar/mamador, y más bien, significaba los hijos de los chichimecas

⁶¹ *Diccionario de Americanismos*, 1982.

⁶² Guillermo de Santamaría, *op. cit.*, además de citar lo que Cecilio Robledo anotó acerca de la definición de meco también encontró dos enunciados con distintos significados, uno de tono despectivo: “patán, grosero, indecente o deshonesto y obsceno, soez; individuo de condición canallesca”; y otro de carácter etnográfico “Nombre que se ha dado históricamente a los indios bárbaros, principalmente a los del norte. Hoy se oye, aunque raramente, aplicado a apaches o comanches y, por extensión, a quienes se disfrazan de tales bárbaros en danzas y celebraciones indígenas a semejanza de los huehuenches. También se llamaba así a los otomíes”, p. 72.

⁶³ Remi Simeón, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, 1988. Respecto a lo de mamadores se asoció mucho esta acción con una costumbre que tenían los indígenas del norte con el beber la sangre tibia de los animales recién cazados, ver en José Francisco Román Gutiérrez, “Los chichimecas: notas sobre cacería y nomadismo” en Agustín Jacinto Zavala, *Tradición e identidad en la cultura mexicana*, 1995.

⁶⁴ También Lina Odena Güemes menciona esta problemática tratada por Ixtlilxóchitl y sugirió que Cristóbal del Castillo no sólo propuso la denominación del linaje de perro al referirse a los chichimecas, sino de varias fuentes. Fueron muchas las características en torno al significado de chichimeca y en la cual se hacía alusión a animales, sitios, costumbres. Con ellos vinieron una serie de elementos que llegaría a ser parte de la cultura mexicana, otomiana, tlaxcalteca respecto al origen chichimeca, ver su artículo *op. cit.*, “La composición étnica en el postclásico y la cuestión chichimeca”, p. 453-454, 1996.

habidos en las mujeres toltecas; viene de perros, linaje de perros, pueblo de perros, mamadores, de lactante.⁶⁵

Otro ejemplo lo observamos en varias obras enciclopédicas del siglo pasado, donde aparece la definición de los chichimecas, mencionando el papel en los intercambios que tuvieron con las sociedades nahuas:

Del mejicano chichimecatl. Dícese del individuo de una antigua tribu mejicana, que contribuyó a formar el reino de Acolhuacán. Chichimeca o Pame, idioma hablado por los indios chichimecas que habitan los estados mejicanos de San Luis Potosí, Guanajuato e Hidalgo. Pertenece a la familia otomí. Una de las tribus aborígenes de Méjico. Se cree que poblaron el valle de Méjico antes que los aztecas. Hay que distinguir dos clases de chichimecas según los historiadores, los unos bárbaros, incultos y feroces, y los otros más civilizados, de los cuales ascendían los reyes de Texcoco. Vestían pieles de animales, no admitían la poligamia, castigaban el incesto, ofrecían víctimas de osos, tigres, lobos etc., a sus divinidades, pero no humanas; vestían las mujeres con honestidad. Practicaban la cremación de los cadáveres. Tenían forma de gobierno, provincias y señoríos. El de Ixtilxuchil permaneció hasta tiempo de la conquista, y su cacique bautizado por Cortés, se llamó don Fernando, señor de Texcoco, que ayudó al conquistador en la toma y sitio de Méjico. Muchos chichimecas, para no sufrir el yugo de los aztecas, huyeron a los bosques y adoptaron costumbres salvajes. A 200 km. al noroeste de Méjico vivían como salteadores, y costaron mucha sangre a los mejicanos, sin que éstos hubieran podido sujetarles ni avanzar al lado del N., cuando por otra parte, Moctezuma, hacia los otros rumbos, había reducido multitud de señoríos.⁶⁶

Varios datos e ideas resaltan de inmediato en la lectura, como por ejemplo, los tipos de chichimecas, los bárbaros y los civilizados, la imagen salvaje del chichimeca del norte, y su inexpugnabilidad al volverse nómadas. De esta última idea, vemos la exaltación de la capacidad bélica y parte de una sincronía histórica “chichimeca” frente a los “aztecas” causándoles grandes pérdidas humanas al tratar de conquistarlos, y manteniéndose fuera de su dominio.⁶⁷

⁶⁵ Remi Simeón, *op. cit.*; otra referencia sobre el tema de los bebedores de sangre y la discusión etimológica de la palabra chichimeca está en Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua de México*, 1991, p. 52-53, donde asegura que su significado está más como gentilicio.

⁶⁶ *Enciclopedia Universal Ilustrada. Europeo-Americana*, 1979, p. 272.

⁶⁷ *Gran Enciclopedia Larousse*, Tomo 6, España, 1988.

Casi todas las fuentes de la historia chichimeca ven al siglo XIII como el tiempo de las movilizaciones hacia el centro de México y el surgimiento del reino mexica años después. La historia chichimeca de las crónicas se inició de esa manera, en la vinculación de los bárbaros norteños con los grupos más aventajados culturalmente.

También ocurrió entre conquistadores y cronistas españoles la necesidad de borrar de las historias indígenas, lo relacionado con los antiguos linajes indígenas, así como los vínculos de nobleza que pudieran albergar, en parte para quitar el derecho de los primeros ocupantes del territorio, en el sentido antiguo del término latín *idigenae* (hijos de la tierra, los primeros ocupantes o nacidos allí), pues luego sería inconveniente que tanto los chichimecas del norte como los del centro reivindicaran la nobleza de sus antepasados como primeros pobladores, pues eso les crearía derechos para el reclamo de posesión de las propiedades recién adquiridas por los españoles.⁶⁸

En los códices indígenas esa postura de pueblos fundadores está muy presente, avalando una justificación acerca del origen histórico de los chichimecas llegados del norte o de sitios cercanos y las implicaciones legales ante un derecho natural de propiedad bonitaria (posesión por ocupación, usufructo y tradición)⁶⁹ al cual podían apelar ante la jurisdicción real.⁷⁰

Ya fuese un asunto premeditado o no, se llevaba a cabo la desacreditación de los chichimecas y de algún signo de nobleza o herencia de viejos “vasallajes señoriales”,

⁶⁸ Ver esta discusión de nobleza, primeros pobladores y derecho de gentes por la tierra en Giambattista Vico *Principios de una Ciencia Nueva en torno a la Naturaleza Común de la Naciones*, 1987, entre las p. 91-125, en donde nos recuerda las leyes griegas y romanas practicadas dondequiera llegó la cultura Occidental. Estas leyes de dominio entre señores y plebeyos fueron tres: 1) la ley del natural o bonitaria (posesión por tradición según el derecho natural de bienes o de frutos); 2) civil o quiritaria (de los poderes, de praeda, dominio privado de los suelos por las armas, o bien adquirido por leyes civiles); 3) el dominio de los feudos (civil y público, de un soberano que gobierna).

⁶⁹ Sabino Ventura Silva, *Derecho Romano*, 1990.

⁷⁰ Según vimos en estos planteamientos legales, tanto en Vico como de Sabino Ventura, la aplicación de la ley para los indígenas, la defensa de propiedad para el caso del norte no estaba fundamentada en leyes quiritanas o del dominio de feudo, sino sólo por el derecho natural, al cual erradicaron bajo un sin fin de pretextos morales, bélicos y de salvajismo.

mientras otros indígenas apelaban a la reivindicación del título chichimeca, como señal de identidad y antigüedad en la tierra.

En el trabajo de Jacques Soustelle sobre la familia otomí-pame, encontramos que lo chichimeca designaba, en primer lugar, a las tribus de cultura rudimentaria llegadas al altiplano después de la caída de Tula. El soberano de Texcoco tomaba el título de *Chichimecatl Tecuhtli*, señor chichimeca. Era una costumbre entre los señores de Texcoco, de los mexicas, otomíes y tlaxcaltecas, el dar título y rango a partir de los diferentes tipos de chichimeca, tanto en sus linajes como en lo referente a su tradición histórica. Soustelle, siguiendo a Sahagún, nos señala el contexto de identificación:

...llama chichimecas a las tribus montañosas que llevaban una vida ruda y salvaje; entre ellas se distinguían a los *Tamime*, cazadores y en poca medida agricultores, que hablaban un poco náhuatl o un poco otomí además de su lengua particular, y los *teochichimecas*, cazadores, comedores de miel, de raíces y de mezquite. Las costumbres de esos pueblos nos son casi descritas en los mismos términos que las de los chichimecas de Xólotl. Entre los teochichimecas, unos además de su lengua propia, hablaban náhuatl, otros otomí (otonchichimecas), otros huasteca. De esta manera esas poblaciones salvajes se asimilaban a las tribus civilizadas circundantes. El término de chichimeca es todavía aplicado por Sahagún a las tribus siguientes, los náhuatl descendientes de los toltecas, los náhuatl de Chalco, los de Huetxontzinco y de Tlaxcala, emparentados con los chichimecas de Texcoco, los toltecas, los otomíes y los tarascos de Michoacán, los mazahuas.⁷¹

Soustelle encontró a partir de las crónicas del siglo XVI, que se llamaba chichimecas a los mexicas, pero en su opinión la gente de Colhuacán, era la chichimeca. También eran calificados de chichimecas los huastecos, los totonacos, una tribu cazadora en Cuahutitlán a principios del s. XIII, una tribu salvaje de la Sierra Nevada en Toluca. Los otomíes eran llamados chichimecas y en esa imprecisión extendida a muchos grupos, finalmente Soustelle mencionó a tres grupos indígenas del norte considerados chichimecas: 1) Al oeste, desde Acámbaro y Pénjamo, los guachichiles se

⁷¹ Jacques Soustelle, *op. cit.*, IMC, 1993, p. 515.

ubicaban entre Guadalajara, Zacatecas y San Luis Potosí; 2) en la Sierra Gorda, los pames-jonaz; y 3) al norte y al este de los anteriores, de San Luis Potosí, Nuevo León y Tamaulipas, los caysanes, mascorros, guascamas, negritos, pisones, janambres y juamaves entre otros.⁷²

Paul Kirchhoff, en su definición de los chichimecas, nos brindó una importante visión de los grupos culturales y la comprensión del pensamiento de los grupos centrales llamados chichimecas. En el apartado anterior (1.1) vimos en Kirchhoff una descripción tanto toponímica como cultural de estos grupos chichimecas.

Es muy importante notar que no asoció a los toltecas, mexicas o huastecos, con los chichimecas, pues guardaba cierto recelo en unificar a estas culturas con los indígenas norteros. Mencionó a los “chichimecas toltequizados” o bien, los “tolteca chichimequizados” como parte de la influencia chichimeca difundida en el centro de Mesoamérica en varios periodos. Justo en tiempos del apogeo tolteca y después de su caída, los identificó como nómadas conquistadores entre las montañas cercanas a Tula, donde estaban los sitios de caza de los verdaderos chichimecas.⁷³

Los chichimecas del valle de México están ubicados con más cercanía entre toltecas y mexicas, pero en lo que respecta a los grupos que se asentaron en territorio tolteca según Soustelle están más identificados con los otomíes. Y aquellos antiguos migrantes, asentados en Tula permanecieron ahí y después, los chichimecas vecinos fueron colonizando esos territorios hasta mezclarse definitivamente con los grupos del altiplano central.

Para Kirchhoff las incursiones bélicas de grupos primitivos del norte (chichimecas) no pudieron efectuarse o le parecen improbables, según observamos en la siguiente cita:

⁷² *Ibid.*, p. 553.

⁷³ Paul Kirchhoff, “El imperio tolteca ...”, *op. cit.*, 1985, p. 266.

En suma, se puede mostrar que las únicas tribus chichimecas que adoptaron la alta cultura -y esto únicamente después de que este proceso de asimilación cultural estuvo terminado, o sea sólo después de que fueron exchichimecas-, desempeñaron un papel independiente como conquistadores, lo que tenemos intención de probar en otro trabajo. El ejemplo más contundente de esto serían los chichimecas de Michoacán.

Dado que los chichimecas han sido descritos como muy populosos en su paso al sedentarismo y a la agricultura –seguramente primero en las áreas inmediatas a la frontera- debe haber conducido a un gran cambio en la correlación de fuerzas, y a su preponderancia sobre los pueblos toltecas más antiguos, al mismo tiempo también a una peligrosa sobrepoblación, misma que en esta frontera climática sólo necesitaba una serie de años especialmente malos para ocasionar una crisis cuya única solución era la migración o la conquista de nuevas áreas. Así pues, fueron los pueblos del oeste del imperio tolteca los que causaron su caída y los que desempeñaron los papeles más importantes en el siguiente periodo de la historia antigua de México.⁷⁴

Notamos la constante mención de migraciones poblacionales de norte a sur, no causadas por indígenas chichimecas del norte, sino chichimecas de las periferias del valle central, antecesores de los toltecas que habitaban en Guanajuato, Jalisco y Michoacán. Incluso, dentro de estos grupos, posiblemente hubo otros dentro del mismo “imperio” tolteca que hayan agudizado su decadencia. Estas ideas estaban apoyadas por la localización de ciudades toltecas cerca de Guadalajara, planteando que las migraciones (consideradas míticas, o provenientes del lejano norte por los chichimecas) tuvieron su origen entre grupos toltequizados.

Grupos nahuas formaban parte de las poblaciones del oeste, en frontera con los chichimecas del bajío, posiblemente sujetos por el dominio tolteca. La migración llevada a cabo, primero a Aztlán, después a Colhuacán y luego a Tula, con la cual inicia su historia en el valle de México, debió ser resultado de cambios sociales y tensiones que se daban entre distintas culturas o bien por cuestiones ambientales.⁷⁵

⁷⁴ *Ibid.*, p. 268.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 270-271.

A la par de Kirchhoff, Wigberto Jiménez Moreno realizó una serie de investigaciones y trabajos encaminados por la arqueología y la historia a rescatar el pasado de los indígenas del norte desde una postura distinta a la que se venía planteando; como consecuencia, los trabajos etnológicos y lingüísticos tomaron otro rumbo. Su aportación a la historia prehispánica del norte resultó fundamental para los estudios multidisciplinarios sobre los chichimecas y la metodología empleada. De este modo, comenzó la búsqueda de identidad de las sociedades norteñas “fuera de Mesoamérica”.

La participación de Jiménez Moreno en la Sociedad Mexicana de Antropología en 1943 fue esencial para inaugurar, junto con una serie de investigadores, el futuro de las reflexiones acerca de los indígenas del norte. El libro *El norte de México y el Sur de los Estados Unidos* no es sobre chichimecas sino, en general, de los indígenas del norte, en el cual Jiménez Moreno y demás colaboradores en esta obra apostaron por dos vertientes valiosas: 1) la identidad de los indígenas del norte y sus civilizaciones; y 2) la relación prehispánica del norte mexicano con el sur norteamericano.⁷⁶

Posteriormente vinieron los trabajos de Pedro Armillas y Beatriz Braniff C., reivindicando el papel de los indígenas del norte en la conformación de las civilizaciones mesoamericanas. Armillas planteó que las sociedades del norte fueron más complejas de lo señalado, tuvieron redes de comunicación regionales con vías de mayor alcance, fueron sedentarias y de identidad sólida, que no se desvaneció tras su relación con culturas del Suroeste Norteamericano, ni con las del valle de México.

Para Braniff los chichimecas fueron sociedades dinámicas en fronteras fluctuantes que respondieron de manera uniforme a las expediciones colonizadoras de

⁷⁶ Además de Jiménez Moreno y Kirchhoff, autores como Jorge A. Vivó, Atanasio Saravia, Donal D. Brand, Ralph L. Beals, Daniel F. Rubin de la Borbolla, Roberto J. Weitlaner, entre otros, que hicieron de esta gran obra el libro de cabecera para los estudiosos del norte de México, como miembros la Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos... op. cit.*, 1943.

los indígenas del valle central. En el caso de Braniff, siguió fehacientemente el concepto de la “Gran Chichimeca”, realizando por ello diversas obras acerca de los chichimecas y continuando la tradición de la Sociedad Mexicana de Antropología, iniciada en 1943. Braniff elaboró *Antropología del Desierto* en 1976 y después *La Gran Chichimeca: el lugar de las rocas secas* en 2001, donde conjugó su propia aportación científica al tema con el resultado de otras investigaciones, descubrimientos e hipótesis acerca de los indígenas del norte y su relación con el sur norteamericano.⁷⁷

La obra y figura de Braniff han contribuido enormemente en la relación de los estudios arqueológicos, con los históricos, antropológicos de la “Gran Chichimeca”, influyendo en las distintas posturas de investigación de los chichimecas del norte, como ha sido la idea de reconsiderar las fronteras de influencia mesoamericana o bien, delineando las posturas adoptadas por algunos investigadores, las rutas interculturales entre Mesoamérica, el norte de México y el Suroeste Norteamericano.⁷⁸

Otros dos investigadores cuyo trabajo se basa en el norte de México son Charles Kelley y Phil C. Weigand, quienes desde su particular campo de estudio geográfico han llevado a otro horizonte el tema de los indígenas, de los chichimecas y de las áreas culturales de influencia. Kelley junto con Ellen Abbott Kelley e Isabell Kelly, trabajaron varios corredores prehispánicos culturales, entre ellos el del norte-centro (tema de esta tesis) y del norte de la costa del Pacífico llamado Aztatlán.

El principal interés de sus trabajos fue establecer las condiciones de intercambio que existieron entre el sur norteamericano con los llamados chichimecas del norte y a su vez con los grupos mesoamericanos del valle central. Gracias a su labor se fortalecieron los estudios arqueológicos regionales, poniendo interés en las distintas áreas donde los

⁷⁷ Miguel Olmos Aguilar, “Reseña de *La Gran Chichimeca: el lugar de las rocas secas*, de Beatriz Braniff C.”, en la Revista *Frontera Norte*, 2003, p. 211-216.

⁷⁸ Beatriz Braniff C., “Sugerencias para la ubicación geográfica e histórica de los ensayos sobre las culturas del norte” p-113-118, en Revista *Desacatos*, 2002.

indígenas (según los hallazgos arqueológicos) aparecían como sociedades con desarrollo autónomo, y con importantes rutas de enlace intercultural.⁷⁹

Phil C. Weigand es uno de los arqueólogos que mucho han aportado para el entendimiento etnológico y geográfico del norte y el occidente, a partir de la identificación de la cultura y el territorio, frente al apabullante etnocentrismo prehispánico y colonial del centro de México. Sus trabajos han develado fases de desarrollos locales muy activos, los sitios clave en las rutas de intercambio, y la esencial comunicación entre regiones distantes, las cuales siempre se habían visto como aisladas y como centros colonizados por los “indígenas mesoamericanos”.

Sus trabajos se enfocaron en las fronteras norteñas, desde Michoacán hasta Arizona y Colorado, siguiendo la ruta de la turquesa, el cinabrio y el cobre, entre otros. Uno de sus hallazgos más trascendentales fue de algunos elementos de vinculación entre todas las culturas prehispánicas. Razón por la cual pudiera hablarse de un desarrollo común muy antiguo, que no pudo concretarse a causa de las diferencias geográficas y las circunstancias socio-políticas, climáticas o migratorias de cada región. Ese resultado lo animó a esbozar los principios básicos de una gran civilización en Mesoamérica que abarcaba el norte, mostrando una esencia de las sociedades prehispánicas basadas en una relación diádica, esto es del hombre y la especialización en plantas domesticadas, proceso que no ocurrió como un hecho aislado, ni espontáneo, sino bajo un proceso de larga duración.⁸⁰

⁷⁹ Ver en Charles J. Kelley, *op. cit.*, 1956 y 1975. También en Charles Kelley y Abbott Kelley, “FloreCIMIENTO y Decadencia del Clásico desde la perspectiva de la Frontera Noroccidental de Mesoamérica”, en Joseph B. Mountjoy y Donal L. Brockington (eds.), *El auge y la caída del Clásico en el México Central*, 1987.

⁸⁰ Phil C. Weigand, “La antigua ecúmene mesoamericana: ¿un ejemplo de sobre-especialización?”, p. 23 a 42 en *Estudio Histórico y Cultural sobre los Huicholes*, 2002. A grandes rasgos la definición de este término ecúmene según Weigand responde a un antiguo sistema mundial integrado por varias civilizaciones relacionadas entre sí, que tienen ciertos elementos que la identifican o la vuelven identificable a partir de elementos comunes. En su artículo estos elementos comunes para Mesoamérica fueron la relación tan estrecha entre el hombre y la domesticación de las plantas, conformando una diáda, que hacía de esta área cultural una excepción, porque en otras partes del mundo la ecúmene estaba

El trabajo de una asidua colaboradora de Beatriz Braniff y prolífica arqueóloga de los indígenas del norte, Marie-Areti Hers, se ha orientado a los estudios interdisciplinarios de los chichimecas, produciendo trabajos relevantes para sustentar muchas investigaciones y teorías en parte discutidas en este trabajo. Destacan sus hallazgos e interpretaciones de la historia y arqueología de Sinaloa, Tepic, Colima, Zacatecas, Durango e Hidalgo, en donde ha encontrado elementos para señalar la relación de lo que fue la Gran Chichimeca con el sur de Norteamérica. Entre algunas de sus obras, están las más influyentes para demostrar cómo algunos sitios arqueológicos y grupos etnológicos fueron enclaves de teotihuacanos y toltecas durante clásico.⁸¹

Los toltecas en tierra chichimeca, y Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff, son los textos más recurrentes de la autora acerca de los chichimecas. Aunado a estos, otros importantes trabajos en los sitios Alta Vista y La Quemada en Zacatecas, el Cerro del Huistle en Huejuquilla, Jalisco, en Nayarit y en el valle Guadiana en Durango. En particular, para esta tesis son muy valiosos los datos de su apartado “La zona noroccidental en el Clásico”,⁸² porque planteó cambios culturales de los indígenas del norte como sociedades sedentarias, agricultoras, con rasgos de civilización desde el período Formativo, con rutas de intercambio, pero sobre todo como culturas regionales arraigadas, influenciadas por indígenas del valle central

conformada por una tríada: hombre-domesticación de plantas-domesticación de animales. En base a esto Weigand dice que tanto las culturas “mesoamericanas” como las del norte de México superaban esa tríada, primero porque casi no hubo domesticación y sin embargo, la cacería fue significativa para estas culturas, pero que además desarrollaron otros sistemas para la producción de alimentos, otras manifestaciones culturales que al igual que las que menciona el autor, unificaron a estas culturas y que hasta el presente se han ignorado, una de ellas es que los grupos indígenas con las diferencias culturales que pudieran tener, eran sociedades comunicadas y relacionadas, al grado de que sin tener todavía forma de demostrarlo completamente, los del norte tuvieron prácticas, conocimientos, sistemas de gobierno o creencias iguales a los de otras áreas culturales.

⁸¹ Entre la obra de Hers están estudios para los coras en Nayarit, 1977; *Los toltecas en tierras chichimecas*, 1989, estudios sobre los sitios de Chalchihuites y varias investigaciones de los otomíes en Hidalgo.

⁸² Marie-Areti Hers, “La zona noroccidental en el Clásico”, p.226-259, en *op. cit.*, Linda Manzanilla y Leonardo López Lujan, *Historia antigua de México*, Vol. II, 1995.

desde el 100 d.C. hasta el 900 d.C., aproximadamente, y que de nueva cuenta se movilizaron al sur entre el 900 y el 1200 d.C.

La evolución cultural que Hers propone para los indígenas del norte tuvo que ver con “migraciones repentinas del sur, un conservadurismo regional y aislamientos notables, salvo contactos con la costa”, y luego de nueve siglos de ocupación de los asentamientos dominantes del norte, los mesoamericanos abandonaron la región dejando sus espacios a los nómadas locales.⁸³ Es importante mencionar esta teoría, porque a falta de muchos estudios y propuestas de interpretación, sigue siendo un fuerte tema de debate en la historiografía de los indígenas del norte. Hers coincide con los autores atrás mencionados, en el norte como un gran territorio donde los asentamientos tuvieron cierta homogeneidad, sobre todo en algunas de las poblaciones del territorio norte-centro. De la confusión antigua entre chichimecas e indígenas del norte, considero que tal debate ha opacado el esclarecimiento de su pasado etnológico.

Otra arqueóloga que planteó la existencia de la civilización en el norte es Ma. Teresa Cabrero García, quien ha estado a cargo de los trabajos arqueológicos de la región de Bolaños, y en otros sitios de Jalisco. Su obra principal, ahora en dos tomos *Civilización en el Norte de México. Arqueología de la cañada de Bolaños (Zacatecas y Jalisco)*, representa un trabajo muy importante tanto en lo regional como para el norte de México. Partícipe de varios proyectos académicos, se ha dedicado a rescatar la importancia de varios sitios estratégicos entre los indígenas norteños, aportando para su estudio, la inclusión de áreas culturales poco comprendidas.

Tanto en los aspectos socio-culturales, como desde el punto de vista arquitectónico, su trabajo es interdisciplinario y crítico respecto a la postura de atraso cultural en los indígenas del norte. Una de sus principales aportaciones, siguiendo el

⁸³ *Ibid.*, p. 239-246.

ejemplo de los antiguos habitantes de Bolaños, fue el del sedentarismo y el de los sistemas complejos de convivencia entre los grupos del norte. Otro elemento primordial en Cabrero, son las redefiniciones de las áreas culturales, partiendo de la discusión de las fronteras mesoamericanas.

En opinión de Cabrero, el elemento unificador en las áreas culturales dentro de la delimitación espacial de frontera son los sistemas de subsistencia indígenas respecto de las regiones nucleares, claves del desarrollo, intercambio y tendencias de cómo se llevó a cabo el desarrollo regional. Aunque no habla del área norte-centro en específico, halló una importante relación de tres zonas de interacción que dieron dinamismo a la región centro del norte, estableciendo las relaciones entre el centro, occidente, noroeste mexicanos y el sur Norteamericano: 1) Bolaños, Juchipila y valle de Malpaso; 2) Chalchihuites, Nayarit; 3) Durango y Sinaloa.⁸⁴

Durante las últimas décadas los trabajos históricos han estado muy enfocados en la relectura de las fuentes documentales. Con la intención de hallar datos etnológicos que nos permitan comprender mejor a los indígenas del norte. Y en esas matizadas búsquedas de cada investigador, encontramos los distintos temas o teorías que han orientado conclusiones conjuntas, haciendo escuela o corrientes ideológicas. Por ejemplo, la lectura llana o superficial de las diferentes crónicas y documentos archivísticos han descrito a los indígenas del norte como chichimecas. Comúnmente vemos esfuerzos historiográficos que se encargan de hacer análisis de grupos o regiones particulares a partir de los archivos locales (*La Sierra Tepehuana: asentamientos y movimientos de población, La gente del Mezquite. Los nómadas del noroeste de la Colonia*, por ejemplo)⁸⁵, o bien de contextualizar en base a todas las fuentes posibles de

⁸⁴ Ma. Teresa Cabrero G., *Civilización en el norte de México. Arqueología de la cañada del río Bolaños (Zacatecas y Jalisco)*, 1989, p. 31-60.

⁸⁵ El libro de los tepehuanes es de Chantal Cramaussel (coords.), 2006; y el de la gente del mezquite Carlos Manuel Valdés, 1995.

grandes áreas o rutas con contenido histórico (como La Gran Chichimeca, El Camino Real de Tierra Adentro).⁸⁶

En una de las principales obras de Philip W. Powell⁸⁷ hay un mayor conocimiento de los indígenas del norte, denominando a los chichimecas por naciones, según eran identificados, distinguiendo en el siglo XVI a las principales naciones chichimecas del norte: pames, xiximes, tepehuanes, coras, guamares, zacatecos, guachichiles, yaquis, comanches, pimas entre otras. Acerca de estos grupos comentó:

Su modo de vida hacía de él un enemigo evanescente, sumamente peligroso por su maestría con el arco y la flecha y por su conocimiento de la tierra en que peleaba. Hasta sus prácticas religiosas, por primitivas que fueran, influyeron en la tenacidad con que combatió a los invasores, blancos e indios, de sus territorios de caza. Su preparación desde niño, sus alimentos, su tipo de refugios, sus relaciones con las tribus vecinas, su concepto de los hombres blancos y de los indios sedentarios, sus juegos y otras diversiones: todo esto fue o llegó a ser determinante del tipo de guerra (y de resistencia) que opuso a los pueblos sedentarios procedentes del sur.⁸⁸

Powell brindó una panorámica general y completa de la guerra de los indígenas del norte en contra de los españoles aproximadamente entre 1550 y 1600, donde además de caracterizar a los chichimecas, analizó la dinámica del conflicto también con los españoles para hacerse del control del territorio septentrional. A lo largo del trabajo, se enfocó en las principales naciones indígenas chichimecas en el inicio y desarrollo de la colonización: los pames, los guamares, los zacatecos y los guachichiles.

Estas cuatro “naciones” ocuparon la atención en su libro por tres razones: 1) fueron las que más indígenas agruparon en la resistencia bélica; 2) estaban en sitios mineros importantes y fijaron la primera frontera al norte, creando la frontera chichimeca; 3) esta región fue la primera base de establecimientos españoles de donde

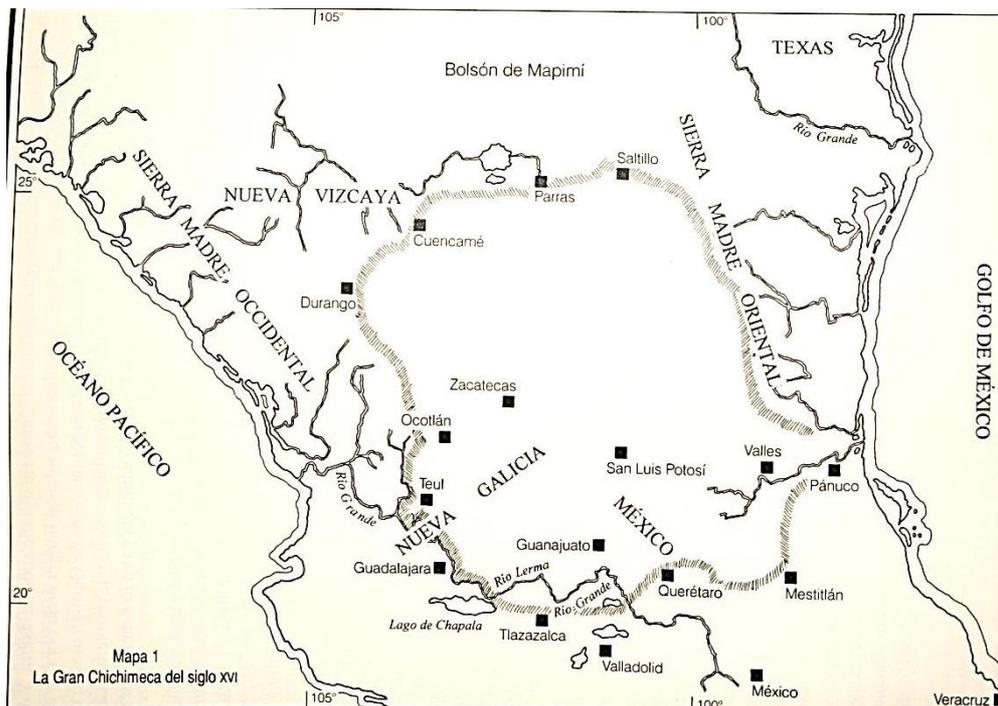
⁸⁶ Para La Gran Chichimeca, están las obras de Beatriz Braniff, 2001 y Philip Wayne Powell, 1982. Y para El Camino Real de Tierra Adentro están las obras de Gabrielle G. Palmer, USA, 1993 y también Hal E. Jackson, USA, 2006.

⁸⁷ Philip W. Powell, *La guerra chichimeca 1550-1600*, 1977.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 48.

partirían otras expediciones y, tiempo después, esos territorios se convirtieron en el paso obligado hacia el norte.

Su trabajo documental se enfocó en los procesos de colonización y la imposición de la civilización europea opacando el papel del indígena en los aspectos socio-culturales que determinaron esta gran región. La imagen del chichimeca, en estas cuatro naciones, apareció como una limitante en el avance de dominio español.



Mapa 2, Philip W. Powell, La Gran chichimeca, 1977

La historia de Powell estuvo apegada a la literatura de las crónicas, dando vida a la dinámica social que se generaba entre los indígenas despatriados, mestizos, los españoles y criollos. Su contribución está en la importancia que desencadenaron los descubrimientos de las minas, la consecuencia económica, los caminos a las minas, prácticamente los mismos que tuvieron con anterioridad los indígenas y las guerrillas, en los caminos por donde transitaba el sustento de la economía Colonial, que al poco tiempo cambió a estancias agrícolas y ganaderas, poblados mineros, ciudades, presidios, misiones y nuevas rancherías.

Otro estudioso del universo chichimeca en el norte de México para la época temprana de la Colonia es José Francisco Román Gutiérrez quien ha investigado sobre la evolución del concepto chichimeca, y la cosmovisión de los indígenas del norte de México en el siglo XVI. Román Gutiérrez planteó una revisión minuciosa respecto a la postura de las fuentes españolas y modernas sobre lo chichimeca.

Vio con interés la interacción entre europeos e indígenas, principalmente por el ostentoso aparato del gobierno real y eclesiástico que generaron en el espacio septentrional; y también acerca del carácter de los grupos indígenas, representantes de la frontera para la colonización, y principalmente en la explotación minera. En el artículo “Notas de cacería y nomadismo”, expuso entre otras cosas, la dinámica en la cacería, los desplazamientos, la organización indígena, el asombro para los españoles como testigos de esas experiencias, y posteriormente, a través de esa admiración, las generalidades del chichimeca.

En su opinión, los europeos fueron configurando el horizonte cultural chichimeca en el siglo XVI, basados en experiencias de contacto con los grupos del norte, hablaron de sociedades en esencia bélicas, con estrategias de sobrevivencia muy sofisticadas a partir de la invasión conquistadora. Con su trabajo nos acerca a la complejidad cultural que tuvieron los indígenas del semidesierto, y lo hace no sólo a través de la adaptación al entorno geográfico, sino también desde el ordenamiento celeste, pues ha sugerido que los nómadas de una forma asombrosa se habían especializado en la observación y clasificación astronómica.⁸⁹

Definió a los chichimecas como grupos de doble carácter social, tanto nómadas como de sedentarios con un alto grado de adaptación ecológica que les permitió contar con sistemas tecnológicos propios de zonas áridas o semiáridas, especializados en: la

⁸⁹ J. Francisco Román Gutiérrez, “Sobre la Conquista y colonización de la Nueva Galicia”, en José Cepeda Adán (com.), *Cuadernos de Investigación Histórica*, No. 13, 1990, p. 237-269.

caza, la guerra, conservación de alimentos, construcción de espacios de viviendas, habilidad para desplazarse, destreza para el cultivo y el manejo de sistemas de riego. Es decir, no transformaron radicalmente sus prácticas alimenticias, la forma de sus viviendas o sus costumbres religiosas, porque mantuvieron un orden de acuerdo a sus estilos milenarios de vida, evolucionando paulatinamente en la aplicación de una sabiduría tecnológica de aprovechamiento al máximo de los recursos y en la experimentación de múltiples formas de innovación en beneficio de la producción comunal.

Para este autor, algunos de los chichimecas fueron grupos seminómadas de guachichiles, zacatecos, tepehuanes, acaxeos, xiximes y otros más sedentarios como los caxcanes, tecoxines, teules y tepeques del norte que para el siglo XVI integraban una primera frontera que se conoció como chichimeca. Estos grupos fueron transformándose en una amplia región del norte-centro y en cortos periodos tras la conquista, tuvieron caracterizados estilos de vida ecológica. Según el autor, esta primera frontera chichimeca se vio trasfigurada a partir de los siglos XVII y hasta el XIX, pues grupos indígenas del norte de México se fueron extendiendo hasta Norteamérica, en California, Arizona, Utah, Colorado, Texas, propiciados por los continuos desplazamientos territoriales durante la colonización.

Esta extensión chichimeca, respondió a dos fenómenos que Román Gutiérrez ha continuado reflexionando acerca de los chichimecas; uno por los rasgos tradicionales de identificación usados por los españoles desde los pames entre Hidalgo, Guanajuato y San Luis Potosí hasta con los indios pueblo, los hopi, kikapues, apache, comanches y mezcateros en los cañones y las estepas norteamericanas. Otro, conforme la colonización avanzaba al norte muchos grupos de estos considerados chichimecas en el siglo XVI se fueron desplazando en conjunto y llegaron hasta zonas anazasi, hopi; o

entre los californianos los washoe, shoshoni, serranos, yokuts; y grupos texanos como los navajo, kiowa, Wichita, comanche, tonkawa o Natchez.⁹⁰

Su aportación al conocimiento de lo chichimeca, la vemos en la reconstrucción del horizonte cultural de los indígenas en el siglo XVI; por el papel de las fuentes documentales de ese siglo, y abarcando también, el sincretismo indígena-español a partir del universo interno de los indígenas omitidos en los documentos coloniales. Así como el lado humanista, civilizador y sociocultural de estos indígenas fue posible, al incluir a los chichimecas sobrevivientes y desplazados en el aparato productivo de los colonizadores, así como el sistema espiritual de la conquista.

El historiador Carlos Manuel Valdés hizo un gran trabajo histórico de los indígenas del norte basándose en documentos coloniales y en estudios recientes, tanto del medio ambiente así como de investigaciones antropológicas, mostrando a los indígenas norteros en su contexto natural del semidesierto. Fueron los ciclos estacionales, los tipos de flora, fauna, suelos, semillas, y los artefactos utilizados para este tipo de medio y de grupos, para plantear un universo distinto del indígena nortero, es decir, basado en sistemas complejos de subsistencia.

El discurso utilizado por Valdés enaltece el nivel de vida en el gran norte, nos permite ver el otro lado de la vida semisedentaria, la planeación indígena en los parajes austeros y la superposición cultural desde otra perspectiva sociocultural cuando los españoles estuvieron colonizando el norte del México. El estudio de estos grupos ubicados en Saltillo y sus inmediaciones, entre indígenas guachichiles, macaguas, depos, bobosarigames, catujanes, etc., planteó un ejemplo de tecnología alimenticia empleada en aquellas regiones.

⁹⁰ La propuesta de identidad que planteó Román Gutiérrez fueron varias costumbres halladas por los españoles a lo largo del territorio como la forma de preparar los mismos alimentos, prácticas de cacería, de guerra o costumbres cotidianas, *Ibid.*, p. 256-257. Ver también acerca de los grupos de estas regiones en Harold E. Driver, *op. cit.*

Una gran parte de esa tecnología giró en torno al uso y consumo del mezquite, como elemento de identidad para los grupos de una amplia región al norte.⁹¹ La representación cultural del mezquite, para muchos de los indígenas del norte, tuvo lugar porque el árbol existió en abundancia y además de la importante riqueza nutrimental de su fruto, tuvo múltiples formas de preparación como complemento alimenticio, para la dieta necesaria del semidesierto.

Además de los esfuerzos individuales encontramos compendios, coediciones y trabajos conjuntos acerca de los chichimecas. Existe una gran cantidad de obras colectivas (además de las ya citadas), con enfoque multidisciplinario sobre los chichimecas, o bien, temas teóricos, generalizados, demasiado postmodernos o eclécticos para la tradición académica.

En la obra *Historia Antigua de México*,⁹² algunos capítulos tratan en particular de los chichimecas. En el volumen II, aparecen las áreas culturales en general durante el periodo Clásico, donde encontramos los momentos formativos de las sociedades norteñas: las áreas son el Occidente, La Gran Chichimeca, Aridoamérica. Oasisamérica y el Altiplano central.

En el volumen III, tenemos tres puntos de vista desde donde reconstruyen parcialmente la división etnológica entre los chichimecas y los indígenas del norte. El periodo temporal es el Postclásico, la etapa en donde los indígenas del occidente, se vuelven independientes e influyentes para el altiplano central; las migraciones de indígenas del norte con los toltecas y una segunda oleada de movimiento poblacional de los nonoalcas hacia Cholula.⁹³ Los autores trataron el conglomerado social tolteca

⁹¹ Ver en particular su capítulo “El mundo indígena”, 69-132, en *La Gente del Mezquite...*, *op. cit.*, 1995.

⁹² Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *Historia antigua de México*, *op. cit.*, Vols. I-V, 2000-2003.

⁹³ Xavier Noguez, “La zona del Altiplano central en el Postclásico: la etapa tolteca”, en Linda Manzanilla, *Historia Antigua de México...* *op. cit.*, 2000, ver en página 206, explica el autor como la aportación de Jiménez Moreno es una de las más completas y aceptadas hasta la fecha del posible origen de los toltecas y su filiación con el noroeste mexicano.

acaecido con las migraciones y los cambios culturales en señoríos militares que los llevó al dominio territorial en la cuenca central y también su expansión tanto en el norte como en toda Mesoamérica; y por último, la etapa chichimeca.

La etapa chichimeca abarca la época del Potsclásico (alrededor del siglo X/XI al XV d.C.) y está caracterizada por una polémica muy extensa referente a las hipótesis del origen, desplazamientos y guerras. Sugieren que el radio de asentamientos y enlaces políticos de los sí llamados chichimecas, vinieron de áreas vecinas al valle central, y cómo los grupos de autonombrados chichimecas, no rebasaban esta espacialidad. La ubicación territorial propuesta por varios autores de la obra *Historia Antigua de México* estuvo enfocada en las regiones de Tula, Texcoco, Tlaxcala, Oaxaca, Puebla, Querétaro y ciertas partes de la Huasteca y Veracruz.

Algunos de los apartados tratan el significado del nombre, las migraciones, las divisiones internas, los señoríos, la cosmogonía y religión de los chichimecas en el centro de México. La imagen mostrada a partir de esta descripción, clasificación y divisiones de los chichimecas nos remite a grupos de chichimecas con características totalmente mesoamericanistas, es decir, la primera parte de su historia, de las migraciones narradas en los testimonios indígenas y la información de los cronistas de hechos previos a la llegada de los europeos, no la imagen de los chichimecas del norte al momento de la conquista y colonización en el norte.

Dos ideas rescatamos de la *Historia Antigua de México* de la relación entre los norteños y chichimecas: 1) que al norte hubo desarrollo de grupos sedentarios, con jerarquización, religión y gobierno más allá del simple estado cultural del nomadismo; 2) por sus rutas de intercambio, el fenómeno migratorio fue más como un sistema político de interacción, relacionándose con grupos sedentarios del sur y llevando con

ello un equilibrio ideológico y tecnológico para las culturas del norte, en oposición a los famosos signos de inestabilidad, de salvajismo o nomadismo primitivo.⁹⁴

Contamos también con la memoria de la *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro Occidente de México*, acerca de las regiones de Querétaro, Michoacán, Guanajuato, Jalisco, Nayarit, Zacatecas y Durango, donde hallamos temas relacionados con diferentes actividades de la vida socio-cultural indígena en estos sitios. Los trabajos presentados fueron un adelanto de las problemáticas para futuras discusiones de sitios arqueológicos, etnias, cerámica y contactos culturales, así como a la delimitación de las fronteras en la llamada zona marginal.⁹⁵

En esta memoria, además, se propusieron líneas de investigación para la zona Occidental como las áreas de influencia iniciadas por Charles Kelley, centradas una en Michoacán, otra en Jalisco, otra entre Chalchihuites-Durango y, finalmente, entre Nayarit y Sinaloa. Para esas áreas, insistieron en el importante intercambio de manifestaciones culturales y la persistente aparición de rasgos comunes. En esa línea son las aportaciones de Marie-Areti Hers en “Caracterización de la cultura Chalchihuites”; de Brigitte Fangere en “Entre nómadas y sedentarios: la zona vertiente sur del río Lerma” y Guillermo Ahuja O. con “Algunos comentarios sobre la relación del Occidente de México y el Altiplano Central”.

A su vez, Charles D. Trombold, en “Algunos patrones emergentes en la arqueología de la frontera norte mesoamericana”, aborda el estudio del valle de Malpaso, como una zona de frontera y de transición, con un estatus cultural en menor escala, pero casi tan importante para el norte como fueron los casos de Teotihuacán o Tula.⁹⁶

⁹⁴ Luis Reyes García y L. Odena Güemes, en Linda Manzanilla, *Historia Antigua de México, ... op. cit.*, 2000, p. 237-271.

⁹⁵ *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México*, INAH, 1988.

⁹⁶ Hers, 23-38; Fangere, 147-150; Ahuja O., 357-361; Trombold, 377-400.

El libro *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Norwest Mexico*,⁹⁷ incluye autores dedicados a la investigación del occidente y norte de México, buscando una perspectiva regionalista, dando relieve a la cultura de cada área, aun cuando lleva el título de la Gran Mesoamérica. El libro tuvo como objeto debatir y reflexionar acerca de varios problemas que abarcan años de la investigación indígena, en especial del norte. Iniciando con el concepto de Mesoamérica, las fronteras culturales, las áreas de estudio y la definición de las civilizaciones en la región norteña.

Los autores coinciden en un desarrollo de áreas intermedias que contribuyeron al desarrollo del norte prehispánico, no desde un ámbito aislado, tomando en cuenta los periodos donde más se contribuyó a ese desarrollo, como fue el Clásico, y proponiendo a cada región como enclave para las civilizaciones mesoamericanas, siguiendo lo que consideraron una ruta de intercambio muy significativa y duradera: Guanajuato, Michoacán, Jalisco, La Costa del Pacífico, Zacatecas, Durango, Chihuahua, Arizona y Utah.

Otro aspecto interesante de esta compilación está en las relaciones señaladas por los autores, a través del análisis de los sitios, sus suelos y ecosistemas. El planteamiento es interesante para pensar cuáles áreas de tránsito fueron más idóneas para los intercambios comerciales o culturales, si a partir de las tierras bajas o valles del semidesierto, o bien si en las tierras altas, las sierras, cañadas o cadenas montañosas. Esta separación ecológica nos hace pensar en cuáles fueron las mejores rutas de comunicación entre los grupos o, por el contrario, si ese factor geográfico-ambiental fue motivo para separar culturalmente a los de las planicies con los de las sierras, o quizás, no hubo una separación entre estos ecosistemas, haciendo compatible las influencias en estas áreas.

⁹⁷ Michel S. Foster y Shirley Gorenstein (eds.), *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Norwest Mexico*, 2000.

Finalmente acerca de las obras colectivas, cerramos este recuento con las memorias del encuentro interdisciplinario en homenaje a Beatriz Braniff y el libro *Nómadas y Sedentarios en el Norte de México*. Retomamos esta coedición para puntualizar dos hipótesis surgidas de la lectura de algunos artículos. Ensayos que entretejieron un valioso filón acerca de los indígenas del norte.

La primera hipótesis tiene que ver con el título de la obra, pues encontramos la separación ideológica entre los indígenas del norte y los chichimecas. Asimismo, la mayoría de los trabajos no son acerca de los chichimecas, sino las relaciones de los indígenas del norte con chichimecas y los indígenas del suroeste Norteamericano.

Este avance teórico para identificar, separar y construir la imagen del otro, surgió en la obra de de la Sociedad Mexicana de Antropología, publicada en 1943, y continuó en otros eventos y publicaciones, como la del INAH, en Querétaro, en el año de 1988 y la de Foster-Gorenstein en el 2000. Ahí ya no se habla de los chichimecas para mencionar a los indígenas nortños. Vemos cómo resaltan los regionalismos y cambiaron la perspectiva de identidad respecto de los chichimecas.

La segunda hipótesis, consiste en la ratificación de algunas ideas de esta tesis en los trabajos de algunos autores. La idea de homogeneidad en algunos elementos lingüísticos, artísticos (como la cerámica o instrumentos de viento), tecnológicos (agricultura y riego en el semidesierto) y culturales en el norte, son muestra de rasgos identificables de una civilización. Entendemos así a las rutas de intercambio no sólo a partir de zonas del traslado de mercancías o grupos migratorios, sino de un sistema de convivencia que implicaba apropiarse o compartir la cultural originada en una región.

El norte, al igual que el centro o sur, experimentó la necesidad de explotar la turquesa, la obsidiana, las conchas marinas, el cobre, la plata o el oro; tanto como para representar su ideología y religión a través de instrumentos sonoros, cantos, danzas,

pipas, o la cerámica. El norte compartió sistemas de comercio, guerra, riego, cultivo, arquitectura y plurilingüismo.

Estuvo la región envuelta en dinámicas interactivas y mantuvo una sociabilidad compartida con las consideradas fronteras de Mesoamérica. La lectura de estos compendios arroja esos indicios. Además, en algunos casos sustentaron el panorama cultural, incluyendo la llamada “Gran Chichimeca”, en un régimen de convivencia compartida con otras áreas, en distintos períodos y con distintos resultados como el de las rutas de intercambio, la migración y las áreas de influencia regional hasta el lejano norte.

Hay algunos académicos conservadores hacia el concepto chichimeca, viéndolo como parte de grupos carentes de unidad cultural, aislados en una entidad territorial como Aridoamérica u Oasisamérica, o bien como los indígenas en general de La Gran Chichimeca. En un trabajo que presentaron Jonatan Ignacio Gamboa Herrera, Juan Francisco Morales Rodríguez y Edgar Rodríguez Castillo problematizaron la historiografía del término chichimeca, sugiriendo que ese nombre es una figura retórica difícil de sustraer a las culturas del norte.⁹⁸

Para estos tres autores las culturas del norte no salieron en mucho tiempo del atraso cultural, manteniéndose en fases relativamente estáticas como nómadas y cazadores-recolectores. Si bien los concibieron como sociedades milenarias, quizás con influencias de otras culturas en su origen, respondieron finalmente a la condición natural de salvajismo en medios ecológicos austeros, aun ante los contactos y adaptaciones con otras manifestaciones culturales.

⁹⁸ Jonatan Ignacio Gamboa Herrera, Juan Francisco Morales Rodríguez y Edgar Rodríguez Castillo, “El origen y el Salvaje”, trabajo presentado en XVIII Encuentro de Investigadores del pensamiento Novohispano, SLP, 2005. Ven a los grupos del norte unificados sólo espacialmente por La Gran Chichimeca, pero culturalmente ajenos a los chichimecas del centro de México.

1.3. Juicios de las civilizaciones indígenas del norte

En los apartados anteriores, iniciamos la discusión con la identidad de los chichimecas, los que aparecen en la historiografía indígena y mestiza (indígenas vecinos al valle central de México) y los chichimecas del norte (indígenas que ocuparon gran parte del territorio norte-centro). La diferenciación de estos dos tipos de chichimecas tuvo como objetivo presentar dos áreas espaciales habitadas aparentemente por una misma forma cultural de vida, además de preguntarnos si se trataron de sociedades nómadas, seminómadas, sedentarios, cultivadores y si hubo relación entre ellos.

Estas ideas además de presentarnos una especie de fronteras entre chichimecas (recordemos el mapa 1), pretenden reforzar la propuesta de cómo tanto los chichimecas del centro de México y los chichimecas del norte compartieron fronteras geográficas y climáticas, probablemente influyendo en la movilidad poblacional prehispánica, así como en la conquista y colonización europea en la fundación de ciudades, pueblos, y villas que marcaron una diferencia cultural importante entre los dos tipos de chichimecas.

Respecto a la discusión del lugar de donde procedieron ambas culturas chichimecas, han concluido los investigadores que la civilización de los indígenas del norte surgió con las relaciones de intercambio con Norteamérica y con el altiplano central de México. Esa idea prevalece y pone en entredicho la existencia de antiguas culturas locales que continuaron ahí asentados, sobreviviendo a eventos como bruscos cambios climáticos, invasiones bélicas o la transculturación pasiva de sus pobladores. De los chichimecas del norte se tiene una idea errónea de que estas culturas poco o en nada participaron creativamente en su propia identidad y cultura, hallándose

simplemente como intermediarios del intercambio comercial o ideológico entre Norteamérica y el altiplano central.

Estas posturas dominaron los debates teóricos hasta finales del siglo XX. Hoy continúa siendo escasa la reflexión y el planteamiento general de identificar e incluir a las culturas del norte de México dentro de las civilizaciones mesoamericanas del periodo prehispánico. Incluso, hablar de la existencia de civilización en el norte en referencia a los chichimecas históricos es muy cuestionable. No aparecen las culturas del norte y, mucho menos, los esbozos de su civilización en enciclopedias o colecciones de historia antigua, salvo como civilizaciones bélicas de chichimecas que frenaron la colonización española al norte.

Aun cuando el estereotipo de chichimeca ha cambiado, no están lejanas las referencias teóricas aplicadas a los conceptos de cacería, recolección, nomadismo y austeridad hacia los indígenas del norte. Tampoco está resuelta la posibilidad de disolver el paradigma del norte-chichimeca, cuando encontramos varias manifestaciones de civilización entre los indígenas del norte, que en un momento fueron sólo atribuidas a los llamados grupos mesoamericanos.

Dentro de la clasificación del nivel cultural de unas sociedades como bárbaras o civilizadas, vemos la posibilidad de considerar al norte como un espacio con manifestaciones de tecnologías o cultos especializados: como la alimenticia (aprovechamiento máximo de la flora, fauna y la conservación de los alimentos), la arquitectura circular o las tumbas de tiro en regiones como Jalisco y Durango, la destreza en el uso del arco y las flechas, el juego de pelota, y posiblemente también las emblemáticas figura del chac mool y del tzompantli.⁹⁹

⁹⁹ Phil C. Weigand, *op. cit.*, *Evolución de una Civilización...*, 1993. Acerca del chac mool y el zompantli; ver a Marie-Areti Hers, “Los chichimecas: ¿nómadas o sedentarios?”, *op. cit.*, 2008. La teoría de Hers acerca de los chichimecas orientada por los importantes hallazgos arqueológicos en el norte y la relectura de Sahagún en este artículo, propone que hubo oleadas de “colonización” de antiguos

Para hablar de civilización en un grupo humano hace falta tener en cuenta una serie de factores que nos permitan hacer válido o no la posibilidad de su existencia. Primero un sistema de comunicación, la continuidad en costumbres, la identidad de los grupos y del espacio, finalmente la vigencia de un proceso que mantiene siempre presente a los elementos culturales para dar cohesión a la historia de esos grupos, los logros e innovaciones, para la sobrevivencia y los rumbos a seguir.

La civilización es el estadio de conocimientos de uno o varios grupos con los cuales hace vida en común, da sentido de identidad y permite construir un puente epistemológico social con el medio ambiente donde se desarrolla. En las culturas del norte podemos dar cuenta de algunas de estas ideas de la civilización, en particular porque fueron sociedades con particulares sistemas de tradición oral, identificados con el medio ambiente, y aunque no existen los testimonios directos o fuentes de escritura de estas sociedades, sabemos por los restos arqueológicos que hubo complejidad social, complejidad espiritual y una importante comprensión astronómica que nos revela ciertos atisbos de domesticación de plantas, cultos religiosos y de dominio ambiental.

Los puntos que debemos debatir son ¿hasta dónde podemos hablar de la existencia de la civilización en el norte? ¿Únicamente aquellos sitios que cuentan con restos arqueológicos complejos fueron civilizados? ¿Son suficientes los elementos de estudio o investigación para aceptar que hubo una civilización en el norte?

En esta problemática, no es posible establecer cuáles fueron las diferencias intelectuales entre los indígenas de otras regiones respecto a las del norte. Así como no podemos medir la evolución cultural a partir de un desarrollo paulatino y cronológico, esto es unilateral. Hubo también en el norte, circunstancias determinantes de cambio: el

mesoamericanos a principios de nuestra era hacia el norte, estableciéndose en Chalchihuites y la Quemada, y estos migrantes fueron los antecesores de los toteca-chichimeca, quienes retornaron al centro siglos después, pasando y entablado relaciones con los purépechas y después con los Teotihuacanos y posteriormente llegando a Tula. Hers consideró que estos tolteca-chichimecas formaron parte (antes y después) de la civilización mesoamericana.

aumento poblacional, migraciones, intercambios y lucha territorial que propiciaron transformaciones; igual como ocurrió a otros grupos prehispánicos.¹⁰⁰

Reconocer una evolución gradual en las sociedades norteñas nos ayuda al entendimiento de varios tipos de fronteras culturales. Y de sociedades fronterizas como los conductores de la comunicación entre los distintos tipos de culturas regionales que significaron un opuesto de identidad común con Mesoamérica.¹⁰¹ Nuestras observaciones parten de tomar en cuenta a estos sitios de frontera cultural, como centros con núcleos de control y poder local, como pequeños focos de análisis de las civilizaciones del norte, pensemos por ejemplo, los dos casos más singulares en la historiografía de los indígenas del norte. Uno lo vemos en Phil C Weigand y su estudio del área de Teuchitlán, donde su estudio regional abarca la continuidad de los grupos humanos y los cambios culturales en que se vieron envueltos. El otro es de Ma. Teresa Cabrero García y el estudio del área de Bolaños, haciendo un estudio parecido al de Weigand para mostrarnos una de las civilizaciones del norte.¹⁰²

La exclusión de las sociedades del norte ha sido un grave problema para el estudio arqueológico y la reconstrucción histórica, pues la línea de frontera generalmente limitaba Mesoamérica con Aridoamérica u Oasisamérica. Dibujada tan sólo por las características arquitectónicas de sitios famosos (Chupicuaro, La Quemada,

¹⁰⁰ Como ocurrió a olmecas, mayas, mixtecos, mexicas o purépechas, ver en Walter Kriekberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, 1975, p. 40 a 45. Otro autor que propuso la importancia de la densidad poblacional y la tecnología para soportar tales impactos demográficos es Carl H. Langebaek, porque para él, los procesos de complejidad social sólo se pueden explicar cuando la sociedad en crecimiento descifra la vegecultura, la semicultura y llega al desarrollo social, encerrando en un círculo de control de natalidad y de control ambiental ese aumento en su población. La acumulación y la producción de excedentes fue la clave para el soporte de ese aumento poblacional. Ver en *Noticias de caciques mayores, origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*, 1992.

¹⁰¹ Phil C. Weigand describe esta situación al comienzo su artículo “Arqueología en los Altos de Jalisco: El Peñol de Chiquihuitillo y su contexto regional”, p. 269-285 poniendo el ejemplo en los Altos de Jalisco, sitio considerado como una de las fronteras mesoamericanas al norte. Weigand considera que la definición Mesoamérica depende en mucho de una lista de rasgos y que la zona de frontera norte se definió en gran medida por elementos negativos, o mejor dicho, por los rasgos que la mayoría de sus grupos indígenas no poseían; en Williams Eduardo y C. Weigand, Phil, *Arqueología y etnohistoria. La región del Lerma*, 1999.

¹⁰² Ver en las obras de Phil C. Weigand, *op. cit.*, *Evolución de una Civilización... 1993*. Además ver Ma. Teresa Cabrero G., *op. cit.*, *Civilización en el norte de México... 1989*.

Alta Vista, Casas Grandes). Es decir, pocos sitios, entre grupos aislados, considerados nómadas y primitivos aunque con ciertos rasgos de organización, agricultura incipiente y arquitectura importada por los mesoamericanos.

Esta marginalidad chichimeca no encajó con las evidencias de los códices, los documentos y las visitas a las zonas arqueológicas revisadas por Gamio, Wigberto Jiménez Moreno, Paul Kirchhoff y Pedro Armillas. Las migraciones chichimecas, toltecas y mexicas al valle de México ponían en entredicho la cultura y el papel de los chichimecas en Mesoamérica.

Durante las migraciones del siglo IX a XII d.C. los indígenas tuvieron rasgos culturales avanzados, haciendo evidente la contradicción tan abismal con los chichimecas mencionados en aras de la conquista española.

En el intento por entender los cambios de los indígenas del norte ante una realidad cultural opuesta a la de los señoríos de Xólotl, y ante la reivindicación de la nobleza chichimeca proclamada por los gobernantes del valle de México tras la conquista, autores como Francisco Román Gutiérrez, Dominique Michelet, Jean Marie Le Clézio, trataron el tema migratorio y de etnología chichimecas desde una óptica retrospectiva de la conquista y colonización. Buscaban en el discurso e intenciones de los españoles, una desacreditación nobiliaria hacia los “señoríos chichimecas”, encauzada contra indígenas descendientes de chichimecas y contra los autoproclamados herederos de su grandeza, para erradicar privilegios de propiedad territorial y derechos sociales como los otorgados a tlaxcaltecas, mexicas o texcocanos, quienes gozaban de derechos señoriales.¹⁰³

¹⁰³ Carta que envía Juan Bautista de Orozco al Rey en 1575, con provisiones para poner fin a la Guerra Chichimeca. El documento original se encuentra en el Archivo de Indias de Sevilla, en la Audiencia de México, legajo número 69. Referencia tomada de J. Francisco Román Gutiérrez, *op. cit.*, 1992. En esta carta menciona Juan Bautista la importancia de los territorios del norte y la urgencia de su conquista y pacificación. En palabras de Juan Bautista: *Para lo cual presupongo que estas tierras que habitan los indios de guerra las más de ellas están descubiertas y son sabidas, conocidas y andadas por españoles y*

Notamos una transformación en los documentos donde la posición del chichimeca era asimilada como de sociedades civilizadas, en la *Relación de Michoacán*, la *Historia tolteca-chichimeca*, la crónica de Tezozomoc, e Ixtlilxóchitl.¹⁰⁴ Posteriormente, la temática y discusión acerca de los chichimecas estuvo relacionada con nomadismo, barbarie e invasión,¹⁰⁵ donde se precisa que estos grupos indígenas tuvieron una gran movilidad geográfica hasta el valle de Tula en el siglo IX d.C., mesclándose con los grupos de la región.

Esa transculturación cambió el estado cultural de los chichimecas, y en poco tiempo aceleró procesos de transformación en un sólo grupo, un mismo espacio, y una misma cultura que derivó en la compleja civilización tolteca. En este desorden de ideas y datos, hay un margen de siete siglos (IX al XVI), de numerosos grupos indígenas

se sabe que en ellas hay valles de muy buenos pastos para ganados con tierra y ríos de riego para labores y de muy saludables y buenos templos y de muchos montes y de donde se sabe que está la mayor riqueza de toda la Nueva España, por las muchas minas y vetas que están descubiertas que se podrían beneficiar y como es cosa notoria la plata se halla ordinariamente en los cerros y no en lo de más. Y las dichas tierras son de templos donde se pueden sembrar y coger todas las cosas de Castilla, las cuales si se pacificasen y poblasen se haría muy señalado servicio a vuestra majestad por la grande utilidad y provecho que de ello resultaría, además que hay muchos indios a quien se podrá predicar el santo evangelio. Y conviene, para que esta tierra se pacifique y los indios no vengan a hacernos guerra dentro a nuestras casas y tierras, antes se alejen de ellas, que vuestra majestad provea como se pueblen sus tierras de ellos pues como está referido son útiles. Por otro lado en los casos de grupos otomíes o matlatzincas que anduvieron de conquistadores y de los favores otorgados por tales acciones y las mercedes obtenidas en ello ver a Cayetano Reyes García, “La Conquista y aculturación de los chichimecas del Bajío”, en Eduardo Williams y Phil C. Weigand, *Arqueología y Etnohistoria...*, 1999, *op. cit.*

¹⁰⁴ Jean Marie Le Clézio, “Historia y mito en el mundo chichimeca”, en Agustín Jacinto Zavala (coord.), *Tradición e identidad en la cultura mexicana*, 1995, p.113-116.

¹⁰⁵ Aunque los términos invasión o migración son conceptos que deben ser atendidos con especial cautela, según palabras de Dominique Michelet “Apuntes para el análisis de las migraciones en el México prehispánico” en Thomas Calvo y Gustavo L., *Movimientos de Población en el occidente de México*, 1988, p.13-22; el caso de las migraciones es un elemento común en la historia mítica de varias poblaciones indígenas que relataban su origen a partir de la llegada de grupos bélicos transformando a la sociedad ahí preestablecida. Michelet ejemplifica el caso de Malpaís, la zona Zacapu en Michoacán donde a partir del estudio arqueológico del lugar contrasta esa información con los documentos coloniales y encontró datos importantes sobre la posibilidad de interacción cultural entre los grupos que ya habitaban ahí y los que probablemente llegaron. En primer lugar, aunque no es su principal objetivo, menciona que la tradición oral purépecha habla de un periodo de migración muy semejante al de los mexicas, con la fundación de Tenochtitlán; por otro lado, que previo a esa migración (probablemente del valle de México o de otra área mesoamericana) ya había ahí áreas de grupos con cultura desarrollada en la construcción de templos y en técnica de cultivo, donde debió darse un periodo largo de aculturación. En Zacapu había en un radio de 50 km² y 17 sitios arqueológicos que cubrían 11 km² en área de asentamiento, de los cuales 6 eran de hábitat disperso y 11 con hábitat nucleado. Eso nos da una idea de la distribución, la movilidad de población y la conducta de los modelos de asentamiento, pensando en migraciones de bajo impacto, en especial para la transformación radical de los grupos indígenas ahí ya asentados.

(toltecas, otomíes, huastecos, caxcanes, guachichiles, acaxees, zacatecos, tepehuanos, coras, huicholes, tarahumaras, pimas), entre quienes pudieron hallarse las migraciones civilizadoras. Al menos hablamos de cuatro culturas (los del norte-centro, occidente, el bajo/centro-norte y los del valle central), como posibles actores del desarrollo del norte hacia el centro de México. Y diferentes zonas (centro, occidente, norte de México y el sur norteamericano) para enfrentarnos al debate inicial del horizonte chichimeca.

Era frecuente en la narrativa española hablar de las diferencias entre culturas: las carentes de estructuras arquitectónicas monumentales, organización social jerarquizada o traza urbana entraron en el rango de incivilizadas; y en el canon de civilizadas, las de grandes construcciones de tipo urbano, numerosa población, mercados, artesanías, complejidad política y control territorial.

Esa tradición dio paso a la clasificación de los chichimecas del norte como sociedades primitivas, asociadas a esquemas europeos de salvajismo tribal. La generalidad hacia el indígena norteño produjo una particular forma de política de control y sojuzgamiento militar, reduccionismos poblacionales o exterminio. También una segregación en las nuevas poblaciones españolas, al grado de dotarles de barrios marginales y bajo la tutela de evangelizadores o caciques indígenas tlaxcaltecas y otomíes.

Por estas ideas negativas de los chichimecas, se dio la interpretación historiográfica entre los antiguos migrantes al valle de México fusionada a los indígenas del norte en el siglo XVI. Ya hemos dicho que los chichimecas historiográficos fueron vecinos del valle de México. También, que los chichimecas del norte fueron sociedades cuya regionalización estuvo caracterizada por ejercer de sociedades intermediarias en un amplio territorio. Pero a principios de la época colonial, la guerra de conquista y el

nomadismo obligado matizaron a la mayoría de los grupos indígenas septentrionales como los indómitos chichimecas.

La opinión de algunos autores en el estudio de las sociedades nortañas para definir las como parte del desarrollo de la civilización mesoamericana, ha sido todavía de indefinición, como el caso de Susan Deeds, al considerar escasa la información sobre las sociedades prehispánicas en el norte de México y sureste de los Estados Unidos de Norteamérica, encontrando que sí hay elementos civilizatorios porque fueron sociedades agrupadas en rancherías, comunidades con intercambios regionales, la existencia de pueblos con grandes construcciones de adobe, complejos ceremoniales, estructuras sociopolíticas jerarquizadas, prácticas agrícolas en suelos sedimentarios y el uso de canales de riego. Pero sin dotarlas de cohesión e identidad territorial fuera de Aridoamérica.¹⁰⁶

La información arqueológica hallada entre varias regiones (del norte-centro), hace posible el estudio y comparación en sitios con culturas de una estructura social parecida y tecnologías también comunes en esta área geográfica por el tipo de medio ambiente donde se desarrollaron.

Es decir, el dominio territorial no se ejercía desde un poder centralizado y único, el sistema de organización en el norte partió de una distribución poblacional, y varios núcleos de control regional para dominio y usufructo de grandes áreas. Por eso se entiende que los conquistadores consideraron este sistema como propio de sociedades nómadas, de cazadoras-recolectores, sin estratos sociales jerárquicos y sin estructuras políticas o culturales.

Actualmente esta interpretación ha pasado a segundo término; la arqueología ha demostrado que esas “sociedades aisladas” a principios de la Colonia eran más

¹⁰⁶ Susan M. Deeds, “Como historiar con poca historia y menos arqueología: clasificación de los acaxeos, xiximes, tepehuanes, tarahumaras y conchos”, p. 381-391, en *op. cit.*, Marie-Areti Hers *et al.*, Nómadas y sedentarios..., 2000.

desarrolladas culturalmente. De ahí el hallazgo de señoríos,¹⁰⁷ observatorios astronómicos, áreas nucleares, un mayor número de asentamientos y sustratos materiales e ideológicos de culturas auténticas de la región. Regresando a Susan Deeds, ella vio que era clara la ambigüedad del norteño: “Aunque ninguno de los grupos tenía sistemas complejos para acumular excedentes de producción o para transmitir recursos a un grupo poderoso, tampoco eran sociedades sin distinciones sociales”.¹⁰⁸ En los documentos coloniales como la relación de Pedro de Ahumada, y en la crónica de Guillermo de Santa María mencionan como los “chichimecas” norteños tributaban a cierto indígena principal de Mazapil.¹⁰⁹

Para Ángel Palerm y Erick Wolf había un desarrollo social de carácter cíclico en los grupos del norte, pues cambiaban de nómadas a sedentarios o viceversa, por evidencias encontradas en la historia y arqueología septentrional en la época prehispánica y Colonial. Su planteamiento está muy relacionado con los desplazamientos y la transformación de sociedades receptoras de migrantes, observando también, influencias recíprocas en la forma de vida de los viajeros.

Esa fue una práctica común en todas las poblaciones nativas de América. La movilidad poblacional mostraba diferentes indicios, según la región o el grupo que se tratara. Para el norte pretendemos encontrar si acaso el tipo de movilidad poblacional común fue por cuestiones de intercambio, de relaciones político-religiosas o fue solamente la intrusión de grupos en distintos territorios al sur para su invasión y dominio.

La respuesta que tratamos de presentar en el capítulo 3 tiene por objeto dar una explicación de si hay las condiciones para decir que independientemente de las causas

¹⁰⁷ Armillas, 1974; Dominique Michelet, “La zona del occidente en el Postclásico”, *op. cit.*, 2000.

¹⁰⁸ Susan M. Deeds, *op. cit.*, 2000, p. 392.

¹⁰⁹ Pedro Ahumada. Rebelión de los zacatecos y los guachichiles (1562), 1952; Alberto Carrillo Cáceres, *Guerra de los Chichimecas (México 1575-Zirosto 1580)*, Fray Guillermo de Santamaría, 2003

de la movilidad poblacional de los indígenas del norte, se trató de grupos que culturalmente portaban manifestaciones de una civilización distintiva y antigua. Aun cuando trataremos de explicar esta y otras problemáticas como dónde surgió esta civilización del norte, cuándo o si acaso, ocurrió como propuso Hers, las migraciones chichimecas al valle central, fueron el regreso siglos después de los antiguos mesoamericanos que colonizaron el norte.

Creemos poco probable llegar al fondo del asunto en este trabajo, pero vemos cercano el esfuerzo para fomentar la postura de grupos indígenas locales que (ya sea influenciados por otros grupos o no) habitaron en territorio del norte-centro probablemente desde el 2000 a.C. y aun cuando hubo movilidad poblacional, permanecieron al menos una parte de los primeros grupos semisedentarios del norte.¹¹⁰

La problemática de valorización tanto de la tecnología como de las estrategias de vida alcanzadas por los pueblos prehispánicos, tiene sus principios en el progreso social, a partir de los sistemas de producción.¹¹¹ Así, el papel del medio ambiente y las características que llevaron a los individuos a determinar sus acciones, la cultura y el destino de sociedad, influyeron en el desenvolvimiento de las culturas prehispánicas.

En especial, esas condiciones son importantes al momento de pensar en el concepto de civilización entre los indígenas del norte, y también de los chichimecas del centro del país. Ambas manifestaciones culturales son identificables tanto en las fuentes

¹¹⁰ Hay evidencias de ocupación del occidente de México que datan del 3000 al 1500 a.C. (entre Nayarit, Jalisco, Sinaloa y Michoacán), y en San Luis Potosí aproximadamente coincide con éste por los artefactos líticos del 4000 a.C. La lítica encontrada en esos lugares son indicadores de que estas zonas continuaron habitadas en periodos posteriores, ver esta información en Karen Hardy, "Colecciones líticas de superficie del occidente de México", p. 123-138, y también de Phil C. Weigand, "Minería prehispánica en las regiones noroccidentales de Mesoamérica, con énfasis en la turquesa", p. 115-139; ambos artículos en Eduardo Williams y Phil C. Weigand, *Arqueología del Occidente de México*, 1995. Hay información de hallazgos de turquesa líquida en excavaciones en Guerrero alrededor del 600 a.C y otras en Jalisco alrededor del 300 a.C. a 200 d.C. Aproximadamente del 200 d.C. hay una actividad minera importante en Chalchihuites, quizás con Teotihuacán de turquesa química u otros minerales, lo cierto es que hay más centros con los cuales pudieron tener contacto con otros centros mineros como Pachuca y Querétaro. Para el 500 y el 900 esta red de intercambios había llegado hasta Nuevo México y Arizona con los hohokam y anazasi.

¹¹¹ Carl H. Langebaek, *op. cit.*, 1992, p. 105-106.

coloniales como en recientes investigaciones arqueológicas. Esta tesis busca rasgos de la civilización en los indígenas del norte como el resultado de la interacción entre los dos grupos inmersos en el debate chichimeca, tanto por las fronteras espaciales como las estrategias de adaptación socio-ecológicas.

Otra causa de evaluación para indicar el nivel cultural fue la medición poblacional, pues está visto que es mayor el número de individuos entre los considerados sedentarios y cultivadores que entre los “nómadas cazadores recolectores”. Ante esa teoría debemos ver dos hechos desapercibidos: uno referente al rescate arqueológico del norte, y la abundante reaparición de asentamientos prehispánicos (ver mapas 3 y 4, de los registros arqueológicos del norte de México I y II); otro tiene que ver con la hipótesis de la radical destrucción de los asentamientos indígenas en el norte por parte de los españoles.

La pregunta obligada es ¿por qué a los principales centros de asentamiento del norte se les destruyó, sepultó o borró drásticamente? Y la respuesta está en el auge novedoso de los trabajos arqueológicos, pues las excavaciones han rescatando pequeñas edificaciones de tipo urbano, o han trazado los restos de ciudadelas en cerros, montes y cañadas.¹¹²

Ya fueran sociedades más rudimentarias o sencillas respecto al centro y sur de México, el norte-centro llegó a ser un área donde florecieron sociedades dentro de un corredor cultural, caracterizado por el semidesierto y una geografía de lomeríos y estepas. Sorprendentemente estos relieves que también incuyen similares tipos de flora albergaron grupos indígenas que tuvieron núcleos de poder de Arizona hasta Hidalgo. La diferencia está en que para principios de la época Colonial en Hidalgo, hubo señores principales, descendientes de chichimecas, disputando en 1569, territorios fundados por

¹¹² Como ejemplo están los casos zacatecanos de Cerro las Ventanas en Juchipila; el cerro del Teúl, en Jiménez del Teúl; El cerro del Huistle entre Monte Escobedo, Zacatecas y Jalisco; en Alta Vista, con la excavación de una gran parte del sitio.

sus ancestros chichimecas en una amplísima extensión territorial. Alegaban que esos territorios eran parte de una herencia nobiliaria muy antigua, y reclamaban ante las autoridades los cacicazgos cercanos a Tulancingo.

Otros reclamos fueron documentados en Tlachco, Querétaro; en algunos poblados de Michoacán; en Jilotepec, Guanajuato; y un caso más entre los caxcanes en Jalpa y el Teúl, Zacatecas, por parte del indígena Tenamaxtle.¹¹³ Lo interesante para investigar en el futuro es la falta de este tipo de reclamos y defensas territoriales. En el norte estas solicitudes o luchas no abundaron en las crónicas o los archivos, sino en las revueltas y resistencias armadas.

Esto nos hace pensar en un gradual desvanecimiento de la importancia nobiliaria y de lucha jurídica de los chichimecas en el norte (como ya había señalado Pedro Armillas en su ensayo “Chichimecas y esquimales: la frontera al norte de Mesoamérica” sobre la debilidad de los núcleos de poder hacia el norte) en Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, y Zacatecas. Es muy importante encontrar los datos que hablen de propiedades chichimecas y vayan señalando la diferencia de las comunidades, como en Hidalgo o Texcoco, demarcadas por áreas de descendientes de chichimecas.¹¹⁴

Pero al mismo tiempo que las zonas de poder tienden a desdibujarse hacia el norte, también encontramos al centro, un proceso de reivindicación en las altas esferas de nobleza chichimeca en relación con sus linajes, títulos de propiedades y reclamos de

¹¹³ Para el caso de Tulancingo ver a Pedro Carrasco, *op. cit.* 1963; de Tlachco, Querétaro donde hubo un gran pleito entre caciques indígenas por gobernar a mediados del XVI este pueblo, recurriendo a la herencia de linajes, sobre todo su cercanía a sus antepasados chichimecas, tanto otomíes, pames o tarascos. También ver en Lourdes Somohano Martínez, “La movilidad poblacional en Tlachco, Querétaro, siglos XVI y principios del XVII”, en Revista *Papeles de Población*, 2006 p. 241 a 243; para Michoacán ver Enciclopedia de los Municipios de México, Michoacán, Patzcuaro, *op. cit.*, 2005, p. 3; de Jalpa y el Teúl ver a Miguel León Portilla, *La flecha en el Blanco*, 1995, con los reclamos de libertad y respeto de la soberanía, tierras y riquezas de los caxacanes ante el rey de España, a mediados del siglo XVI.

¹¹⁴ Pedro Carrasco, “Los caciques chichimecas de Tulancingo”, *op. cit.*, 1963, p. 85-91. En esta breve exposición del caso resalta la mención de los oficiales al momento de presentar a los testigos y la relación de los barrios cercanos a los territorios notariados, dijeron ser todos de filiación étnica de Culhuacan y Mexicatzinco poblados por culhuas y mexicas. Carrasco además hace el rastreo de la secuencia de caciques y encuentra que algunos fueron mencionados por Torquemada y en expedientes del Ramo de Indios en el AGI.

“cacicazgos”, al menos en los documentos, quizás bajo la consciencia de los indígenas de la importancia de las genealogías para los españoles como empresa de poder y riqueza tan ejercida en la Nueva España.

De acuerdo con este desvanecimiento nobiliario, pudo haberse dado la acreditación de propiedad en muchas poblaciones donde era disputado el reconocimiento de nobleza prehispánica y el derecho de propiedad: asunto muy antiguo y tal vez justificado para el valle de México.

En conclusión si pensamos en la posibilidad de homogeneidad cultural en el norte en períodos anteriores a las migraciones chichimecas, luego de éstas, comienzan a vislumbrarse rupturas en la cultura por el auge de un militarismo exacerbado, y el aumento poblacional de los centros más prósperos del occidente y el centro de México en la lucha por el dominio regional.

Las movilizaciones poblacionales llevaron consigo una serie de cambios estructurales en las culturas de todas las regiones, y eso fue muestra del desvanecimiento cultural en el norte, comenzando con la transculturación y distintos tipos de intercambios entre las poblaciones del norte-centro. Las viejas relaciones tradicionales en el norte, mutaron al volverse más dinámicas y compartir estilos de vida cercanos a los del valle central.

En torno a esos cambios fue como se produjo un estado diferenciado entre los grupos del Altiplano Central y los grupos norteños. Brigitte Bohem de Lameiras dio cuenta del desarrollo y estratificación social de los chichimecas en el área central, respecto a otras áreas, contando con sistemas agrohidráulicos, terrazas, almacenamiento, represas, planeación urbana por la concentración poblacional:

En cada sitio los vestigios materiales atestiguan la diferenciación social surgida entre los especialistas intelectuales y manuales y la desaparición de la homogeneidad cultural y social. Las elites se destacaron del resto de la

población por sus espacios habitacionales y por los objetos de su consumo, el cual incluyó manufacturas de uso ritual y suntuario con materias primas y la elaboración locales y foráneas.¹¹⁵

La autora no especificó si estos grupos vinieron del norte; sólo hace referencia al norte por ser parte de la tradición historiográfica, pero los ubica primero establecidos en Teotihuacán y luego en Tula. Sus relaciones estuvieron muy vinculadas con algunas áreas del norte: la Huasteca, Pánuco, Zacatecas, Durango y Sinaloa.¹¹⁶

El desfase cultural pudo tener distintos matices generando relaciones comerciales, guerras o alianzas regionales. Por lo tanto el ritmo y las necesidades de los norteños en su desarrollo, continuó con su propia velocidad de acuerdo a las características ambientales y culturales.¹¹⁷

Es importante seguir la búsqueda de lazos de ascendencia y descendencia chichimeca a través de documentos tempranos de la Colonia en el norte, para encontrar reclamos de propiedad, como ocurrió en los casos de cacicazgos chichimecas en los alrededores del Valle de México haciendo petición del respeto de sus tierras, restitución de propiedad y reconocimiento nobiliario, entre los “caciques” chichimecas de Tulancingo,¹¹⁸ otros en Puebla y el más conocido caso de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, cuya familia estuvo haciendo reclamos y peticiones de propiedades y cacicazgos de Texcoco, por generaciones, al grado de llegar a una especie de Marquesado.

¹¹⁵ Brigitte B. de Lameiras “El riego y el Estado en el México Prehispánico”, p. 27, en Pedro Carrasco et al, *La sociedad indígena en el centro y occidente de México*, 1986.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 30.

¹¹⁷ Rodolfo Fernández y Daria Deraga, “La zona Occidental en el Clásico”, *op. cit.*, p. 188-191.

¹¹⁸ Pedro Carrasco, “Los caciques chichimecas...”, *op. cit.*, 1963.

Los casos jurídicos de las relaciones señoriales chichimecas del valle de México a otras partes del norte, no llegaron. Este reclamo nobiliario no brincó hacia la frontera norte de Mesoamérica.¹¹⁹

Tras discernir el rango de civilización de los indígenas del norte, notamos confusión en muchos trabajos históricos respecto a reconocer que hubo una, posiblemente homogénea o con diferentes características en esta gran región. La historia oficial prehispánica de México, no concibe aún el carácter de civilización en el norte, mucho menos completamente dentro del esquema mesoamericano.

No hay duda de la presencia de indicios esenciales para hablar de civilización en la región norte-centro donde las áreas culturales, curiosamente adecuadas a los límites actuales de los estados de la república, representan los eslabones particulares de cada grupo indígena, y en dónde ese principio básico, la formación de identidad y el reconocimiento de la cultura son los conceptos principales en el proceso de creación y de conformación para cualquier civilización.

¹¹⁹ Aquí cabe preguntarse si en el norte no hubo reclamos o peticiones de restitución de los territorios chichimecas, porque no quedaron restos de los principales asentamientos, exterminaron o exiliaron a las familias; o bien, porque en el norte no había chichimecas como tales, descendencia de nobleza y señorío. Falta determinar si los reclamos o peticiones existentes en el norte, no fueron hechos bajo título y motivos chichimecas.

II- LOS CHICHIMECAS

3.3. Consideraciones y Problemáticas

El nombre chichimeca evoca tres elementos culturales como son el espacio geográfico, los grupos indígenas y sus características sociales (habilidades y rudeza). A lo largo de estas reflexiones hemos centrado la atención en la validez de esos tres puntos al momento de hablar de los chichimecas, pues resulta difícil no pensar en ellos, tomando en cuenta la carga histórica que tienen por su origen y la evolución gradual acaecida hasta nuestros días. Debemos orientar ahora la mirada hacia los chichimecas, pensando en áreas más específicas (norte-centro), en grupos específicos (indígenas del norte e indígenas del centro de México) y en aspectos de desarrollo cultural anteriormente no aceptables de los chichimecas (sedentarización- desarrollo social).

A pesar de la creencia común de una aparente inmovilidad en la cultura chichimeca del norte, hubo cambios notables: ya ha transcurrido tiempo desde que eran identificados nada más escasos cinco sitios de complejo asentamiento chichimecas, al día de hoy, encontramos un aumento de sitios en el norte-centro, fungiendo como enclaves para las culturas dominantes del centro u occidente de México. Los indígenas de estos sitios formaron un bloque de interacción a lo largo del territorio para mantener el control en este corredor central, conteniendo tanto los ataques de grupos guerreros regionales como las migraciones de conquista de indígenas de otras culturas.

A partir del permanente contacto entre los indígenas del norte, dentro o fuera de este espacio del norte-centro, florecieron culturas sólidas, con factores comunes entre ellas. De tal forma que ahora nos permite vislumbrar los esbozos de una civilización a

partir de una fuerte identidad entre los indígenas del norte con el territorio, antes de la llegada de los españoles.

Para entender cuáles elementos formaron parte de esta identidad, pensemos en el territorio, la adaptación al semidesierto (asentamientos y alimentación), el consumo y dependencia del mezquite, nopal y maguey, la cerámica, la cestería, la utilización de los hoyos fosas, el intercambio de productos minerales por la concha, los plumajes y piedras de uso ritual, por mencionar algunos aspectos.

También encontramos muy característico dentro del proceso de conquista y colonización del siglo XVI, la perspectiva de unos cuantos españoles en sus crónicas acerca de los indígenas del norte, logrando en la imaginaria colectiva una unificación de identidad bajo algunas características y costumbres halladas a lo largo de este territorio norte-centro: semidesnudo-desnudo, nómada, guerrero de arco y flecha, sin organización política y viviendo entre sierras o peñascos.

Pensemos por un momento en esta situación, ¿cómo pudieron los españoles y sus indígenas aliados hacer tabla rasa de todos los grupos indígenas situados entre Hidalgo y Querétaro y hasta Nuevo México, Arizona o Utah y darles la misma identidad chichimeca? La primera respuesta evidente sería porque había elementos comunes de vida que les daban una misma identidad. Una segunda, que las intempestivas caravanas de europeos e indígenas aliados desplazaban a los nativos norteños hacia la sierra y los peñascos para evitar exterminio o aprisionamiento; y una tercera muy común en la que aparecen esas señales identificables fueron los desplazamientos indígenas forzados (nomadismo) y la resistencia a la conquista (feroces guerreros).¹²⁰

Antes de mencionar el problema de los chichimecas en las fuentes coloniales, comencemos por referir los períodos de dinamismo cultural que pudieron dar cohesión

¹²⁰ Marie-Areti Hers “Los Chichimecas: ¿nómadas o sedentarios?”, p. 33-59, *op. cit.*, 2008.

al espacio norte-centro. Phil C. Weigand ha explicado que la actividad minera con más vida comenzó alrededor del 300 a.C. al 200 d.C. en la zona del Bajío, y que para el 300 d.C. y 800 d.C. la región minera más grande en el caso del norte (Chalchihuites, Zacatecas) ya tenía enlazada una ruta de intercambio que alcanzó su mayor área de influencia en el 500 d.C. al norte con Durango, Chihuahua, Arizona y Nuevo México; al occidente con Nayarit, Jalisco y Michoacán; y al sur posiblemente con Guanajuato, Querétaro e Hidalgo. Pero que las actividades mineras y comerciales entre Mesoamérica y el norte de México tenían una antigüedad de 2000 años.¹²¹

Por otro lado, Weigand indicó que son tres aspectos de esa relación de intercambios entre Mesoamérica y el norte, donde podemos ver una continuidad interespatial importantísima para entender el comportamiento de intercambio que perduró hasta la colonización española en su primera etapa de viajes hacia el norte, aspectos como: la minería; el comercio a larga distancia; y la guerra.

Debido a los códices y testimonios indígenas en el siglo XVI se recuperaron algunas relaciones históricas de las migraciones de los verdaderos grupos chichimecas, con fechas aproximadas del 600 d.C., donde hacen mención de incursiones al valle central de México. Es posible por estos testimonios, encontrarnos con que muchos de los grupos indígenas del centro de México compartían enlaces políticos con los indígenas del norte desde períodos antiguos, y mantuvieron un papel de sociedades intermediarias en contacto con el valle central y sus alrededores. La siguiente cita de Nigel Davies ejemplifica la situación de los chichimecas del centro de México:

The interaction between settled peoples and their Chichimec neighbors is the key factor in Mesoamerican history, for the Toltecs were not only the people to have been exposed to incursions from marginal Mesoamerica. The Aztec Empire was to some extent screened from a direct Chichimec menace by

¹²¹ Phil C. Weigand y Acelia García de Weigand “Dinámica socioeconómica de la frontera prehispánica de Mesoamérica”, p. 113-124, en *op. cit.*, Marie-Areti Hers, *et al.*, *Nómadas y Sedentarios...*, 2000.

Otomí buffer states. But the Tarascan kingdom of Michoacán had to undertake punitive expedition against the nomad Chichimecs, with whom it shared a common frontier.¹²²

Además de los señalamientos de Davies, otras posturas de contacto con los chichimecas destacaron la relación entre la arquitectura y los tipos de asentamientos del centro de México con los de menor escala del norte. También hallamos influencias a lo largo del norte-centro en estructuras tipo trincheras y templos en las cimas de cerros, cañadas, terrazas escalonadas, observatorios astronómicos con pequeños asentamientos alrededor. Lo mismo puede plantearse en relación a los estilos decorativos en cerámicas, vestimentas, algunas costumbres y, por supuesto, en el periodo de inestabilidad social desde finales de la época Clásica (alrededor del 700 al 900 d.C.), que contribuyó a la caída de importantes “centros urbanos” en Chihuahua, Zacatecas, Nayarit y Sinaloa.¹²³

Veremos en algunos casos que hubo un resurgimiento de algunos sitios, o bien, no hubo abandonos definitivos como está descrito en la conquista del norte. Se produjeron fuertes cambios en los antiguos asentamientos indígenas y sus centros nucleares, más, porque resguardaban a grupos identificados con ellos que los merodeaban a la llegada de los conquistadores.¹²⁴ Marie Le Clézio, Francisco Román Gutiérrez y Tomas Calvo plantearon plantearon la forma en que los españoles utilizaron el pretexto del abandono territorial como recurso de justificación para uso y ocupación.

¹²² Nigel Davies, *The Toltec Heritage. From the fall of Tula to Rise of Tenochtitlan*, 1980, p. 322. Davies debatió también la confusión presentada sobre los chichimecas, las clases de chichimecas y quiénes eran estos grupos. Él propuso que los indígenas del norte no eran chichimecas, ni tampoco se hallaban en el nivel cultural de simples cazadores-recolectores.

¹²³ Ver en Jesús Náñez, *Casas Grandes*, 1991. El autor habla de la estrecha relación en las culturas de Oasis América entre las cuales considera a una parte del Suroeste de los Estados Unidos y en México, en Sonora, Chihuahua, Durango y Zacatecas, en lo que fue una prolongación de las culturas Anasazi e indios Pueblo. También hallamos evidencias en autores como, Charles Kelley, *op. cit.*, 1975; Phil C. Weigand, *op. cit.*, 1985; Beatriz Braniff, *op. cit.*, 1989; Marie-Areti Hers, *op. cit.*, 1989; quiénes consideraron al norte como zona de conflictos interétnicos y consecuencia del declive de algunos importantes núcleos poblacionales.

¹²⁴ Peter Jiménez Betts, “Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas: una visión periférica”, en *op. cit.*, Weigand Phil C., *Mining Societies as interactive...*, 1991.

Los primeros conquistadores y evangelizadores sólo hablaron de barbarie, salvajismo, nomadismo y bestialidad, para justificar la guerra de conquista y dar fe a las autoridades de la necesidad de colonizar los territorios del norte en su abandono y desaprovechamiento.

En ese mismo siglo, los pobladores del norte respondieron a la invasión española de distinta manera a como ocurrió en el sur. Esa diferencia nos permite entender la respuesta bélica indígena, particularmente la unidad de los grupos y regiones.

Durante la conquista europea de Tenochtitlán, ni los aliados ni los pueblos tributarios respondieron al núcleo del poder mexica.¹²⁵ Igual sucedió con el núcleo de poder purépecha, al cual no todas sus poblaciones vecinas atendieron la llamada del Cazonci, dejando vulnerable la integridad del territorio michoacano.

Ocurrió igual a los indígenas totonacas, mixtecos, mayas, sin encontrar una solución a la caída de imponentes núcleos políticos, los cuales no lograron unificar o congregar a un buen número de guerreros para combatir la invasión europea. O quizás baste dar todo el mérito a la estrategia de los conquistadores para derrotar a los “ingenuos nativos americanos”.

Esa denunciada inocencia o ingenuidad es en parte mítica, como lo demostraron muchas batallas libradas contra los conquistadores, en las cuales influyó mucho el papel estratégico de los indígenas aliados a los españoles para someter a los rebeldes indígenas. En el proceso de confrontación entre indígenas del norte y conquistadores, los norteros lograron efectuar algunas importantes ofensivas, finalmente sin lograr detener el exitoso avance colonizador.

¹²⁵ Sobre este asunto bélico, trataron José Lameiras, *El encuentro entre la piedra y el Acero: La Mesoamérica militarista del siglo XVI, opuesta a la irrupción europea.*, 1994; y Salvador Álvarez, “Conquista y encomienda en la Nueva Galicia durante la primera mitad del siglo XVI: “barbaros” y “civilizados” en las fronteras mesoamericanas”, *Revista Relaciones*, 2008, p. 50.

Hay una hipótesis en este contexto de agrupación, asociación y respuesta a la avanzada de conquista española en el caso del norte. Tras la caída de Tenochtiltán y Tzintzuntzan, la expedición rumbo al norte hizo eco en un importante enclave de los indígenas del norte-centro. Eso resultó tras las alianzas entre grupos del Bajío, de la sierra del occidente de México y otros más del norte-centro para frenar el avance invasor, con las guerras del Teúl y las del Mixtón alrededor de 1527-1540.¹²⁶

Si bien esta unificación regional tuvo diversos significados, la más elemental fue el evitar el exterminio, la esclavitud o la pérdida de sus territorios ya fuera porque los gobiernos locales coexistieron bajo una especie de redes de relación político-cultural antes de la expedición conquistadora; o bien, todos esos grupos respondieran repentinamente a la amenaza de invasión, logrando sorprendentes estrategias de organización y comunicación, lo cual nos habla de un norte unificado, al menos en algunas regiones, quizás desde épocas anteriores.

¹²⁶ Salvador Álvarez hace un análisis profundo para explicar las razones del pacífico y prematuro descenso de los señoríos nucleares mesoamericanos, y los complejos intentos para someter al norte de México. Algunos de los puntos más sensibles que tocó, fueron las diferencias político-estamentales entre las dos áreas, la diferencia poblacional, la estructura militar y finalmente la posible existencia en el norte de una “Confederación Chimalhuacana” propuesta por José López Portillo y Weber a principios del siglo XX. En el caso de los mesoamericanos, el autor cree que fueron los sistemas de *calpulli* y *altépetl*, los que facilitaron a los españoles mantener la paz y adaptar a los señores indígenas aliados en cabildos y delegaciones, dividiendo los territorios y manteniéndolos en orden. Además, fue el gran número de “indígenas amigos, aliados”, lo que les permitió controlar el centro, el sur, y conquistar el norte. De no haber contado con los miles de indígenas en su ejército, en la movilización de familias o pueblos aliados, hubiera sido imposible la conquista y dominio del norte. Finalmente dos ideas importantes retomamos de esta lectura, una trata de que toda civilización en el mundo ha tenido unos *bárbaros cercanos*, es decir grupos indígenas que convivía con los civilizados y compartían casi el mismo nivel cultural, excepto por el sistema del *altépetl* (pago de tributos, en la forma como se daba en las grandes urbes, o sistemas de dominio). Estos bárbaros vivían en sitios más dispersos, y no fueron ni dominados o asimilados totalmente, como ocurrió con algunos grupos mixtecos, otros en Yucatán, Michoacán y las costas del Pacífico. La otra idea es la Confederación Chimalhuacana, que representaba una alianza político-militar basada en gobiernos teocráticos. Al parecer no existieron los sistemas de *calpulli* o *altépetl* para el norte, ni otra forma de figura gubernativa que haya servido a los españoles tras la conquista, permitiéndoles continuar con viejas estructuras, cuando según ellos, no las había. Esta confederación motivó la rebelión del Mixtón según Weber y organizó la lucha. Álvarez comentó que salvo Weigand, otros historiadores y arqueólogos no vieron muy viable esta idea. No podemos ignorar la magnitud de agrupación de los indígenas en torno a las huestes caxcanas, según Salvador Álvarez, el virrey Mendoza contaba en 1541 con alrededor de 51000 mil guerreros aproximadamente, haciéndonos suponer que los indígenas en rebelión eran un número menor, pero casi tan considerable como de españoles y aliados.

Aun cuando los chichimecas habitaron el valle central y sus alrededores, por ahora, sí podemos hablar de un norte prehispánico configurado a partir de su relación con chichimecas, toltecas, y toltecas-chichimecas. Entre los indígenas del norte, es difícil saber si hubo un período específico de dominio por parte de alguna de sus culturas regionales, únicamente sabemos que fue un espacio interactivo en el que sus grupos compartieron fronteras, influencias ideológicas, reflejadas en las cerámicas, en los productos de intercambio y en las rutas de intercambio establecidas.

Por eso es tan notable la capacidad de respuesta ante la repentina invasión española. Así como fue notable que tras la derrota de los indígenas chichimecas del norte, y tras los inicios de la colonización, surgió una nueva simbología interpretativa de lo chichimeca en referencia a lo primitivo, lo salvaje y conflictivo entre los indígenas reducidos, despojados de tierras y recursos. La faceta de los chichimecas en lo sucesivo sería el de grupos infieles y nómadas por conquistar, civilizar y hacer de sus territorios las nuevas rutas de la civilización católica.

A partir del siglo XVI la realidad social novohispana privó a los indígenas del norte de una visión histórica más profunda, provocando en ellos una readaptación social de encomienda o esclavitud. Los documentos históricos mencionaron un norte con semblante a marginación, editando a conveniencia los hechos de una historiografía con postura épica de conquista, rebeldía, asaltos y conversión religiosa.

Por eso la “cultura chichimeca” del norte, carecía de historia, toda vez que estuvieron disociados los actores de la guerra norteña con la imagen de las antiguas poblaciones de cultos chichimecas y sus migraciones hacia el valle central. Con la excepción de que las crónicas coloniales cuando se referían a los primeros mexicanos o primeros pobladores, tuvieron a los chichimecas como culturas antiguas, más no civilizadas (con la única excepción de los toltecas).

Ahora bien, en la práctica de convivencia entre españoles e indígenas del norte, las percepciones culturales de los españoles hacia esos reducidos indígenas fueron cambiando. Hubo una forzada adaptación a las nuevas formas de vida en los indígenas que asombraron a los europeos en muchos casos, por su rápido aprendizaje y prestanza al orden público y legal a que fueron sometidos. Así como a la curiosa respuesta indígena de asimilación tecnológica y remplazo de prácticas y costumbres europeas. Muestra de la imposibilidad de que los norteños hubieran permanecido arcaicos y sin cambios en su cultura (y desechando el estereotipo de pasividad en la “cultura chichimeca”).¹²⁷

Los indígenas del norte-centro continuaban casi en gran parte sus actividades cotidianas en tiempos de la conquista, pues una cultura y su estructura epistemológica no se transforman radicalmente en pocos años, a no ser por una conquista o una catástrofe natural. Tal parece que la sabiduría de los norteños, se mantuvo vigente hasta mediados de los años 1530, cuando Nuño de Guzmán abandonaba las costas del Pacífico para dirigirse a Jalisco y Zacatecas.

A partir de ese momento la noticia aterradora de las acciones del paso de Guzmán y su ejército por pueblos y aldeas, de saqueo, quema, muerte y esclavitud, motivaron a los indígenas caxcanes a encabezar una guerra y a abandonar hogares y estilos de vida. Asimismo, la participación de indígenas aliados a los españoles en esa conquista, coadyuvó junto con el interés español por acabar con las evidencias históricas y tradiciones de las poblaciones en el norte, a sabiendas de que por sus méritos en la pacificación y guerra obtendrían beneficios. Por eso creemos que ayudaron en la desacreditación cultural de los “chichimecas del norte”, para eliminar una posible disputa por el gobierno entre indígenas y la posesión territorial.

¹²⁷ Ver un ejemplo en Pedro Ángeles Jiménez, “Entre Apaches y Comanches: algunos aspectos de la evangelización franciscana y la política imperial en la misión de San Sabá”, p. 419-439, en Marie-Areti Hers, *et al.*, *Nómadas y Sedentarios... op. cit.*, 2000.

Todas estas suposiciones e hipótesis surgen con la inquietud de pensar en un territorio comunicado, enterado de lo que ocurría en el centro, sobre todo de la envergadura de lo ocurrido a los centros poblacionales más grandes del centro y sur. Así como no dejaron pasar por alto estas rutas, otrora de intercambio cultural o material, los europeos retomaron los viejos caminos por la necesidad de comunicación, transporte de mercancías y el dominio territorial.

Las migraciones poblacionales antes y después de los españoles siguieron los mismos caminos, enlazando constantemente un territorio con carácter estratégico y de filiación cultural a lo largo del tiempo, al grado de que hoy en día sigue dándose la migración poblacional tanto al centro del país o como a los Estados Unidos de Norteamérica por cuestiones laborales, económicas o de búsqueda de oportunidades de una vida mejor.

La movilidad poblacional en la época prehispánica nos hace preguntarnos con frecuencia cuál fue la secuencia direccional de tales migraciones o desplazamientos de los patrones culturales de la civilización y de los grupos indígenas.

Sobre todo porque se ha adjudicado a las migraciones chichimecas una gran influencia en la civilización del valle de México, lo cual ha motivado expectación. Ahora planteamos a los chichimecas originales (del centro de México) como una cultura de tradición receptora de la civilización mesoamericana; pues a partir de ellas se abrió un portal cultural desde el final del Preclásico hacia el lejano norte (abarcando el norte-centro) y estableciendo una serie de fronteras de graduación cultural hasta la actual Arizona.¹²⁸

¹²⁸ Sucedió en las grandes civilizaciones del viejo continente, una irrupción de poblaciones bárbaras consideradas salvajes o primitivas entre los persas y los griegos; después entre los visigodos y ostrogodos al imperio romano, de los mongoles a Medio Oriente y a Europa. Sobre la visión de las invasiones bárbaras y sus diferentes consecuencias en las civilizaciones que atravesaron por su etapa de las invasiones bárbaras ver en Claudio Azzara, *Las invasiones bárbaras*, España, Universidad de Valencia, 2005, 217 p.; también este tema es tratado por Miguel León-Portilla, *op. cit.*, 1976.

La ambigüedad entre bárbaros o civilizados, atendiendo el sentido de civilidad para un pueblo que guarda sabiduría y experiencia con la naturaleza, ha sido inscrita generalmente en la perspectiva de sociedades consideradas dominantes o conquistadoras. Nos inquieta saber en este sentido, si los indígenas del norte fueron conquistadores, en especial por la especialización guerrera que les ha caracterizado, dejando de lado su apelativo de “culturas primitivas” y retomando su papel conquistador en las antiguas migraciones, o bien, su carácter defensivo a lo largo de la colonización nortea.

Pretendemos mostrar en los siguientes apartados que los chichimecas de las fuentes coloniales (aun cuando nos dan datos aislados, casi imperceptibles) eran grupos con ciertos rasgos culturales propios de los de indígenas mesoamericanos. No pueden aceptarse los contactos de los indígenas norteaños con los del valle central sin haberse sometido a una relativa transformación cultural, ni ante los chichimecas (sus enlaces), ni ante huastecos, tarascos, otomíes y mexicas. Así como tampoco debieron oponerse del todo a ciertos intercambios culturales con grupos sedentarios más allá del norte mexicano. En los procesos de interacción entre los indígenas del norte-centro con culturas de otras regiones, observamos continuidad en un estado de desarrollo ideológico a la par de un conservadurismo material ligado al medio ambiente.

Finalmente en nuestra controversial imagen de aquellos chichimecas nómadas y cazadores-recolectores frente a los chichimecas civilizados del centro, impactó mucho la ubicación geográfica de ambos en la historia de los pueblos del norte, es decir, se hallaban conectados por la frontera territorial del norte-centro con el centro del país. Esa conexión resultó emblemática porque ejerció como una importante red interactiva de intercambios entre los grupos indígenas al norte, occidente y centro en la época prehispánica.

De igual forma ocurrió durante la conquista del norte, donde hasta cierto punto seguían correlacionados los descendientes de los chichimecas del valle central con los principales centros poblacionales al norte. En el siglo XVI se politizó la imagen negativa de los chichimecas, quitando a los indígenas del norte el reclamo de nobleza y linaje señorial. Hay casos de reclamo y juicios únicamente por parte de las colonias de indígenas aliados llevados al norte para poblar y pacificar los nuevos asentamientos (curiosamente indígenas descendientes de chichimecas) como fueron los otomíes, tlaxcaltecas y mexicas. No fueron reclamos por descendencia chichimeca, buscando reclamar antiguos títulos de propiedad de lo que hubiera sido la “restitución” de las tierras de sus ancestros “los chichimecas del norte”, sino de reclamos por incumplimientos en los capitulados de propiedad otorgados por la corona, invasiones a los predios concedidos y la enajenación de bienes pactados con los españoles. Sobre todo a título personal, de grupo cultural “convertido” y no como parte de los chichimecas, por ejemplo.

Los reclamos de los aliados dieron parte a la ley española para imponer prioridades de propiedad y poder entre las nuevas poblaciones indígenas, sin posibilidad para los antiguos habitantes norteños de reivindicar sus viejas dinastías.

2.2. Lo chichimeca según conquistadores y evangelizadores del norte

En el presente apartado presentamos algunas fuentes históricas coloniales en las que se narran las vivencias de conquistadores y evangelizadores en territorio del norte. El objetivo de esta recopilación es obtener diferentes percepciones sobre los indígenas a partir de la visión de los españoles y testimonios de indígenas aliados durante la colonización. Estas crónicas llenas de la experiencia etnológica, nos muestran una “realidad chichimeca” con testigos presenciales al haber convivido o viajado en las fronteras del norte.

Más adelante en el apartado 2.3, observaremos algunas citas de los cronistas de la Nueva España, en particular, obras de carácter más general que no abarcaron un grupo, una zona, sino acerca de la mayoría de los grupos indígenas, de sus orígenes, migraciones, guerras, mezclas y características culturales. En su mayoría, las crónicas generales no surgieron de la experiencia directa, de viajes o contacto con las poblaciones septentrionales, pero sí se vieron envueltas en el debate histórico de los “indios chichimecas” a causa de la constante violencia desatada por la lucha de los territorios en el norte.¹²⁹

La intención de presentar los extractos de estos documentos es ver, desde otra perspectiva, las distintas posturas sobre los chichimecas, cómo se fue generando un discurso común a partir de los panoramas regionales en las narraciones de la resistencia y la guerra.

¹²⁹ Como característica de estas crónicas generales se tendrá a aquellas obras que abarcaban la historia de varias regiones o áreas, grupos, periodos y que incluían todos los ámbitos de los grupos del Nuevo Mundo, que intentaban tratar la historia, condiciones ambientales, costumbres o aspectos de la cultura, lenguas, etc. Además incluían una opinión del papel de los españoles en el descubrimiento, conquista, la fundación de provincias, pueblos, estancias, reducciones y encomiendas.

Es importante tomar en cuenta las distintas líneas de tradición y tiempo de cronistas e historiadores de la Colonia, para destacar si fue testigo directo, o de qué forma contribuyó con la narrativa y en qué momento de la evolución del concepto chichimeca se le puede ubicar. Se pretende destacar la importancia historiográfica de quiénes dedicaron su interés tanto en los chichimecas y en los indígenas del norte llamados chichimecas.

Aparecen en un aproximado orden cronológico, tomando en cuenta el tiempo de su publicación o su escritura. Podemos ver obras de religiosos o civiles, así como a las regiones y los grupos a que hacen referencia. Es notoria la continuidad de ideas acerca de lo chichimeca, la opinión de cada uno de ellos sobre el espacio en que se desenvolvían, cómo eran los grupos y las hazañas capaces de realizar y soportar.

Hay un denominador común de cultura en todo este conjunto de cronistas: la correspondencia geográfica con el norte-centro, es decir, los cronistas de este apartado estuvieron al menos en algún sitio de esta área propuesta y los cronistas del siguiente apartado, por lo menos hacen referencia a uno o más sitios referentes al norte-centro. De forma breve, se mencionan características comunes de los indígenas de esos territorios.

Es notorio que las crónicas de los siglos XVI y XVII, quizás las más influyentes para su época y los periodos subsecuentes, marcaron una opinión sobre lo chichimeca y la idea acerca del origen de los indígenas del norte en toda la historiografía colonial. Porque las fuentes escritas en general (la regional y directa, así como la general y analítica), tuvieron por objetivo moldear una opinión histórica y etnológica de los indígenas del norte. Los dos tipos de crónica se centraron en los chichimecas y, en ambas, se vislumbra la riqueza narrativa volcada en los indígenas: unas desde la mirada presencial e ilustrativa del entorno inmediato; otras, donde los cronistas contaron con

más elementos para comparar y conjeturar sobre los temas de historia indígena, racional e interpretativa.

La riqueza de estos testimonios radica en la opinión legada de detalles culturales, sucesos históricos y conocimientos que difícilmente obtendríamos en otras fuentes. La interpretación de los cronistas ahora nos resulta comprensible por la carencia de información, o el enfrentamiento con un territorio y grupos novedosos. Y aunque escasos en muchos sentidos, los relatos son un baluarte esencial para entender el horizonte prehispánico del norte. Se puede observar una realidad fragmentada pero salvaguardada en su escritura tras el contacto entre las dos culturas.

Los indígenas del norte según Alvar Núñez Cabeza de Vaca

Llegó Cabeza de Vaca en 1528 en la expedición de Pánfilo de Narváez por territorios de la Florida, en la Bahía Apalache. De acuerdo a la narración de sus vivencias, trató mucho con los indígenas, a quienes no llamó chichimecas, ni se hace mención alguna, pero para él eran los más salvajes. En 1535, junto con otros tres sobrevivientes de esa expedición, huyó de esa región hacia Mississippi, luego Texas y después Nuevo México hasta llegar al río Sinaloa en 1536. Su obra la redactó en 1547, y sirvió como guía para posteriores expediciones al norte, como las de Hernando de Soto y Francisco Vázquez de Coronado.

De los indígenas dejó asentado los distintos tipos de poblaciones encontradas. El término usado para los indígenas fue el de “indios”, no aparecen en esta edición tonos despectivos ni de bárbaros, ni de chichimecas, lo más cercano a una referencia contraria

a ellas fue el de salvajes, pero sólo, hacia aquellos peleadores con saña en contra de los españoles o indígenas que viajaban con ellos.

En su recorrido de la Florida a los Apalache encontró indígenas con penachos de muchas formas, la mayoría de ellos desnudos o tapados con cueros de venado, las mujeres con algo de mantas. Usaban como armas el arco, flechas, una especie de macanas, lanzas y cerbatanas. Las tierras eran muy fértiles, en muchas poblaciones encontraron cercanas a ellas sembradíos de maíz, molcajetes (o especie de “vasos” grandes) para molerlo. Aprovechaban una gran cantidad de los frutos de los árboles para alimentarse además de sus siembras, porque según Cabeza de Vaca, en cada pueblo había maíz, frijol, calabaza una gran cantidad de raíces, hierbas y suficiente fauna para su consumo.¹³⁰ A lo largo de esa ruta así encontraban a los nativos:

Cuantos indios vimos desde la Florida aquí todos son flecheros; y como son tan crecidos en cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes. Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza. Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once a doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran.¹³¹

Luego se hicieron a la mar, y tal parece llegaron a las costas del Mississippi, en donde encontraron importantes poblaciones indígenas sioux (según el editor del libro), parte de los pueblos migrantes al sur y oeste. Con dificultad y naufragios, además de casi fallecida la mayoría de los viajeros, llegaron a la isla de Mal Hado, de ahí y de los males sufridos por Cabeza de Vaca, adoptó el oficio de mercader, junto con unos cuantos españoles y pequeños grupos de indígenas y así iban de población en población librándose de ataques, enfermedades y hambrunas.

¹³⁰ Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de N.S. Fe y entre las gentes más bárbaras del Nuevo Orbe*, 1944.

¹³¹ *Ibid*, p. 19.

A su paso encontraron pocas poblaciones de escasos recursos, motivo para sus continuos desplazamientos, pues no todas dependían del cultivo, y era escasa la recolección. Más adelante habló de los sitios de morada y las formas de habitarlos:

Toda es gente de guerra y tienen tanta astucia para guardarse de sus enemigos, como ternían si fuesen criados en Italia y en continua guerra. Cuando están en parte de sus enemigos los pueden ofender, asientan sus casas a la orilla del monte más áspero y de mayor espesura que por allí hallan, y junto a él hacen foso, y en éste duermen. Toda la gente de guerra está cubierta con leña menuda, y hacen sus saeteras, y están tan cubiertos y disimulados, que aunque estén cabe ellos no los ven, y hacen un camino muy angosto y entra hasta en medio del monte, y allí hacen lugar para que duerman la mujeres y niños, y cuando viene la noche encienden lumbres en sus casas para que si hobiere espías crean que están en ellas, y antes del alba tornan a encender los mismos fuegos; y si acaso los enemigos vienen a dar en las mismas casas, los que están en el foso salen a ellos y hacen desde las trincheras mucho daño, sin que los de fuera los vean ni los puedan hallar; y cuando no hay montes en que ellos puedan de esta manera esconderse y hacer sus celadas, asientan en llano en la parte que mejor les parece y cercanse de trincheras cubiertas de leña menuda y hacen sus saeteras, con que flechan a los indios, y estos reparos hacen para de noche.¹³²

Describió a los indígenas aguenes y quevenes, poniéndoles en comparación con muchos de otras regiones y a estos los destacó por su presteza para la guerra, contra indígenas y españoles, su forma de andar era agachados por el suelo con sus arcos y al flechar hablaban y pegaban brincos de un lado a otro. Las cuerdas de sus arcos eran de nervios de venados; la mayoría de esos indígenas eran temerarios, más porque no ambicionaban las cosas de los españoles. Eran de gran fortaleza ante las heridas y las acometidas de guerra, diestros de oído, vista, resistentes al hambre, la sed y al frío.

Las poblaciones desde las islas de Mal Hado eran caoques, han, chorroco, doguenes, mendica, quevenes, mariames, guaycones, iguales, atayos, acubadados, quitotes, avavares, maliacones, cutalchcichies, susolas, comos, camoles e higos. Las lenguas fueron diversas, aunque no describió Cabeza de Vaca si se trató de una lengua común, alguna parecida a otra.

¹³² *Ibid*, p. 49-50.

Varias de esas naciones, señala Cabeza de Vaca, tenían prácticas y consumo de productos conocidos en el valle central y norte de México, como la forma de preparar la harina y pan del mezquite, el nopal y la tuna. También era usanza de algunos pueblos del norte de México, y en las llanuras, cazar el bisonte, además de la práctica de cocer alimentos por medio de calabazas, en las cuales echaban piedras calientes.¹³³

Cabeza de Vaca y sus tres compañeros expedicionarios, luego de ejercer de mercaderes, hicieron de chamanes, brujos o curanderos porque los indígenas los tomaron por tales y eso les ayudó en su viaje dándoles seguridad entre los nativos de aquellas regiones, tanto que luego traían con ellos de “tres o cuatro mil” personas acompañándolos.¹³⁴ En su travesía hacia el sur siguieron un camino del maíz (bautizado por ellos), pues conforme iban hacia ese rumbo, había cultivos de maíz en mayores proporciones.

Llegaron a un pueblo en donde se alimentaban la tercera parte del año de polvos de paja (podría haber sido pinole, harina de maíz, piñón o mezquite). En ese término del viaje, en Texas o Nuevo México, siguieron hacia el sur y pasaron por poblaciones con casas de tierra o de esteras de cañas, tierras de cultivo: maíz, frijol, calabaza y donde había mucho venado, mantas de algodón, cuentas con conchas del mar del sur o turquesa de pueblos más hacia el norte.

Ya en Sinaloa y próximos a su encuentro con los españoles, atestiguaron cómo la mayoría de los territorios fértiles y extensos estaban abandonados, las tierras

¹³³ Muchos grupos del norte, tenían como práctica y costumbre usar ollas de barro, cestas de mimbre y en el caso de éstos las calabazas para la cocción de los alimentos, echando en ellos piedras calientes. La tradición de los pueblos cesteros se dio principalmente entre los anazasi y tuvo un desarrollo desde el 450 hasta el 1100 d.C. en los territorios de las culturas pueblo entre Arizona, Utah, Nuevo México y Colorado. Esta influencia de las vasijas de mimbre se extendió hasta una gran diversidad de pueblos del norte de México, que aprovechaban de distintas formas esta tecnología.

¹³⁴ Cabeza de Vaca, *op. cit.*, ver estas referencias entre las p. 51-57.

despobladas porque los indígenas habían huido a la sierra y tierras ásperas, para escapar de las torturas, asesinato y esclavización de los conquistadores.¹³⁵

Los chichimecas según Pedro de Ahumada

En su “Relación de los hechos de guerra contra los chichimecas”, describe los problemas y revueltas ocasionados por los zacatecos y guachichiles en Guanajuato, Jalisco, Zacatecas, San Luis y Durango. Este documento habla de alianzas entre diversos grupos de esas regiones: los pames, los caxcanes, los acaxes y aún con poblaciones más lejanas al sur. Eran rebeliones para frenar y acabar con las villas españolas, las poblaciones de indígenas aliados y de recuperar sus territorios.

El tenor del documento alude a cómo hubo muchos líderes indígenas previamente cristianizados o convertidos, porque algunos tenían nombre castellanizado: Sain de Susticacán, don Juan de los Chalchihuites, don Cristóbal de Papantón cacique de Manquex, don Francisco de Sombrerete, el cacique San Salvador y el de Yuca de Nachancayal, don Juan de Avino.¹³⁶

Un dato interesante de su Relación, es el de “cacicazgos” representados por un personaje aparentemente avezado en estrategia, con representación de alto rango entre los distintos grupos indígenas. Señores principales representantes de su grupo, trataban por ellos y simbolizaban una especie de ley o estado cultural, tal vez muestra de las reminiscencias de las antiguas redes de poder local. Era una justificación del autor en

¹³⁵ *Ibid*, p. 58-65.

¹³⁶ Pedro de Ahumada, *op. cit.*, 1952.

asuntos de guerra el que hubiera líderes, capitanes o cabecillas de un grupo, ante la creencia común de la carencia de tales señores gobernantes entre los chichimecas.

Menciona a los indígenas de Zacatecas como vecinos de los caxcanes y guachichiles, quizás justificando la estrategia geográfica de la alianza entre ellos, formando contingentes para destruir haciendas, estancias, sementeras y minas que se iban ocupando. Según Ahumada, los zacatecos persuadieron a caxcanes y demás indios para la guerra contra los españoles. Y aunque los caxcanes se mantenían un tanto al margen, era tanto el ataque de estos zacatecos y demás confederados atacando por todos los caminos, logrando sumar a la mayoría de los indígenas de la región. Ahumada describe:

Los indios de guerra... habitan en los despoblados, andan desnudos, hechos salvajes, no tienen ley, ni casas, ni contratación, ni labran la tierra, ni trabajan más que en la caza, y de ella y de las frutas silvestres y raíces de la tierra se sustentan. Su principal mantenimiento son las tunas y el mezquite... Son estos indios principalmente dos naciones, que son zacatecos y guachichiles. Todos son valientes, y belicosos y ejercitados en el arco desde que saben andar. Dan de mamar a los niños hasta que matan un conejo o liebre con el arco, que lo hacen desde los cinco o seis años, y así son grandes punteros. Los más belicosos y osados son los zacatecos. Estos, aunque llegan a la comarca de las minas de los Zacatecas y corren hasta Pénjamo y Ayo, que caen en esta gobernación con muchas rancherías de ellos que están poblados en los confines y vecindad de los pueblos caxcanes del Nuevo Reino de Galicia, traen su principal origen de la tierra adentro, San Martín y Avino y del Peñol Blanco y sus comarcas, y así en aquella parte es la mayor cantidad de esta nación, y son más lucidos y valientes de cuerpo, y más atrevidos en la guerra que todos los de esta parte de las minas de Zacatecas. Extiéndanse principalmente los indios de esta nación en todo lo de San Martín y Avino y Valle del Peñol Blanco, y en toda la tierra que confina con el Malpais y Valle de Guadiana, y de allí hasta las minas de Zacatecas en el Río Grande de Sain y en comarca del Valle de Tlaltenango y Teocaltiche, que están entre las minas dichas de Zacatecas y Guadalajara, hasta Pénjamo y Ayo, quedan todas estas rancherías como venimos de Zacatecas a la mano derecha del camino que es la parte sur.¹³⁷

Ahumada mencionó a los caxcanes con un nivel cultural parecido al de los mexicas, aludiendo a ellos como gente política. Por su parte, de los guachichiles

¹³⁷ *Ibid.*

describió su movilidad, de un lugar a otro, sin lugar fijo, desnudos, y sin ser tan hostiles como los zacatecos. Al parecer una parte de esos estaba en Mazapil, en el decir de algunos testigos, el haber visto alrededor de seis mil flecheros, y en constante guerra con los zacatecos, de quienes cogían prisioneros y se los comían. Sobre esto último, dice Ahumada, preguntó entre los de la región qué grupos comían carne humana y al parecer sólo los guachichiles.

La otra parte de ellos estaba en las Salinas (San Luis Potosí), divididos en rancherías de ciento y ciento o más individuos abarcando una gran extensión territorial. Una tercera parte estaba desde la Ciénega Grande hasta el Portezuelo y el Tunal Grande, entre zacatecos y otros chichimecas (no especifica cuáles), desnudos, disipados y habitando en las serranías desde el Tunal Grande hasta las minas de Ixmiquilpan y Meztlán, y más al norte en Pánuco, en tierra semidesértica.

Ahumada resalta mucho la confederación de estos indios por lo extenso de su presencia en la región, así como la cantidad de poblaciones involucradas; pero, sobre todo, la existencia de algún tipo de señoríos a los cuales rendían cuentas o los organizaban, como menciona el caso de unos guachichiles a cuyo señor entregaban lo saqueado y el cual vivía en prolíficas tierras de abundancia y en donde recaudaba los tesoros obtenidos de la guerra y el asalto.

Como referencia sobre la autoría de la obra, *La Guerra de los Chichimecas*, (atribuida a Gonzalo de las Casas), Alberro Carrillo Cáceres hizo un trabajo exhaustivo para determinar quién era el verdadero autor, esclareciendo la tan debatida polémica de su autoría. Además de presentar el texto facsímil de fray Guillermo de Santa María, Cáceres complementó con otras cartas y textos breves sobre la pacificación de los indígenas, escritos por Santa María, reseñó lo acaecido en la guerra del Mixtón y la negociación justa de los territorios, aludiendo al respeto de ciertas costumbres y trato humano para con los chichimecas.¹³⁹

De los chichimecas, Santa María relató sitios, hechos y costumbres de los indígenas que merodeaban los caminos, atacaban las recién fundadas villas y ciudades mineras, comerciantes o ganaderas y resultaban conflictivas durante la conquista del norte entre los años 1575-1580:

Este nombre de Chichimecas es genérico, puesto por los mexicanos en ignominia de todos los indios que andan vagos, sin tener casa ni sementera. Se podrían comparar a los árabes. Es compuesto de chicha, que quiere decir perro y mecatl, cuerda o sogá, como si dijese Perro que trae la sogá arrastrando... Estos chichimecas se dividen en muchas naciones y parcialidades y en diversas lenguas y siempre unos contra otros han traído y traen guerras, sobre bien livianas causas, aunque algunas veces confederan y hacen amigos para hacerse más fuertes contra otros sus enemigos, y después se tornan a enemistar y esto les acontece muchas veces y aún entre una

¹³⁸ Hasta la aparición del trabajo de Alberto Carrillo Cáceres, *op. cit.*, *El debate sobre la Guerra...*, 1999, se atribuía esta obra a Gonzalo de las Casas, quién también anduvo involucrado en esas expediciones de conquista. Tras la investigación Carrillo Cáceres, se tuvo evidencia suficiente para demostrar que el autor de esta obra era Guillermo de Santa María; al respecto véase Alberto Carrillo Cáceres, *Guerra de los Chichimecas...*, *op. cit.*, 2003. Por su parte en la edición y obra a nombre de Gonzalo de las Casas, *La guerra de los chichimecas*, presentaba José F. Ramírez, conjetura sobre quién podía ser el autor, edición realizada por Luis González Obregón en 1944. Obra que hasta hace unas décadas era atribuida al mencionado de las Casas.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 37 a 42. Entre muchos de los contenidos temáticos que rescata el trabajo de Carrillo Cáceres, presentó un análisis muy amplio de la cultura material, de la etnografía, y la cultura de las poblaciones ahí mencionadas, y en particular el pensamiento de Guillermo de Santa María sobre los indígenas del norte, incluyó la obra completa, donde expresaba sus experiencias con los indígenas y el tenor que debía seguir la guerra y pacificación en ellos.

misma lengua y parcialidad que sobre le partir una presa o cosa que ellos hayan hecho de común pelean y se apartan unos de otros porque no les da pena dejar sus casa ni sementera, pues no lo tienen antes les da más cómodo huir solos como animales o aves de rapiña, que no se juntan unos con otros para mejor mantenerse y hallar su comida y así estos nunca se juntarían si la necesidad de la guerra no les compeliere juntos.

La nación de estos chichimecas cercanos otros, digo a la Ciudad de México son los que llaman pamies...un buen pedazo de tierra, y gente. Están mezclados entre otomís y tarascos. Los españoles les pusieron este nombre de Pamí que en su lengua quiere decir –no- porque esta negativa la usan mucho y así se ha quedado con él. Su habitación o clima comienza de 20 grados de latitud poco más o menos que por lo más cercano es el río de S. Juan abajo comienza en la provincia de Mechuacan en pueblos sujetos. Acambaro que son Sant Agustín y Santa María y en Irapundario, y aún llegan a términos de Vcareo que es destotra parte del Río grande y de allí van a pueblos sujetos a Xilotepec que son Querétaro y el Tulumán S.p.o por el Río de san Juan abajo y tocan Ixmiquilpan y pescadero de mestitlán y por aquellas serranías hasta el fin de Pánuco y vuelven por los pueblos de Pavón, Aposinquia y a Sichu y a los Samues que son de la misma lengua y cuevas pintadas donde acaban, es la gente para menos y menos dañosa de todas los Chichimecas por el mas daño que han hecho ha sido engañados de yeguas, vacas que han comido en la sábana de San Juan, y en Izmiquilpa y en las más estancias.¹⁴⁰

Luego de los pames habló de los guamares, quienes alcanzaban una gran extensión territorial, pues iban desde una parte de Querétaro, Tamaulipas, Guanajuato, San Luis Potosí, Michoacán y Zacatecas, que tenían alianza con los copuces, guasabanes y sansas, de filiación guachichil. Los guachichiles fueron los que más territorio y poblaciones abarcaban de todos los chichimecas, entre Guanajuato, San Luis Potosí, Tamaulipas, Jalisco, Zacatecas, Durango, Coahuila y parte de Nuevo León. También habló de los zacatecos en los territorios de Aguascalientes, Zacatecas, Jalisco, Coahuila, Chihuahua y Durango. En estos tres grupos detalló costumbres, desnudez, sitios de habitación, la guerra y las atrocidades realizadas contra los conquistadores.

¹⁴⁰ Gonzalo de las Casas, *op. cit.*, p. 21-23. En la obra de Carrillo Cáceres, menciona como Guillermo de Santa María recurre mucho a la idea del espacio geográfico, en lo que respecta a un norte que unificaba a estos grupos indígenas chichimecas, por lo menos desde Durango hasta Ixmiquilpan en Hidalgo, que nos sugiere la identidad de los chichimecas territorialmente durante el siglo XVI.

Los indígenas del norte según Baltasar de Obregón

Baltasar de Obregón anduvo en las expediciones de conquista con Francisco de Coronado en Sinaloa, Sonora, California, Cibola y Quivira (Nuevo México) desde el año de 1538 y en 1570. Su obra fue publicada en 1584. Al final del primer capítulo mencionó que en el valle de México, y comarcas aledañas, hubo una sequía severa antes de la llegada de los españoles, la cual causó muchos estragos entre los otomíes, matlatzincas, totonacas, tepehuanes y otros grupos mencionados por Obregón como rústicos, pobres, viles y villanos conquistadores de los culhua más civilizados. En su opinión, los antiguos pueblos indígenas del noroccidente eran la raíz de origen que se narraba en las historias de los mexicas.

Después de la conquista de Tenochtitlán, según Obregón, fueron dos las causas que motivaron las expediciones y conquistas al norte por los españoles: 1) Cortés sabía del origen de los mexicas y los antiguos movimientos de población del norte hacia el valle central; 2) los relatos y crónicas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y sus compañeros por esas tierras y poblaciones.¹⁴¹

Obregón refirió la salida de las expediciones de Francisco Vázquez de Coronado, de Culiacán, en su paso por Cibola (Nuevo México),¹⁴² y 80 leguas al norte hasta Ciboro cercano al río Tibuvox, donde hallaron gran cantidad de pueblos, portadores de mantas de algodón y cueros de “vaca” (búfalo), criadores de aves de la tierra y con productos de cultivo. Luego encontraron otro pueblo llamado Acuco en el valle hondo, entre Cibola y el río Tibuvox, con circuito de tres y media leguas, descrito como de muy fuertes estructuras, con quinientas casas y con muchas tierras de laborío, maíz, frijol, calabaza, piciete, algodón, además estanques y todo lo necesario para su manutención.

¹⁴¹ Baltasar de Obregón, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*, 1984, p. 11 a 15.

¹⁴² Braniff, *La gran chichimeca...*, p. 125.

Luego en la Provincia de Tibuvx, contaron otros veinte y dos pueblos, con cien vecinos cada uno.¹⁴³

Próximo a esta provincia había un pueblo, el mejor de los descubiertos hasta ese momento por los colonizadores, llamado Cicuil, ubicado entre la sierra y con grandes edificaciones, muy poblado y de gente bien vestida, con muchos cultivos. Era población amurallada, como fortaleza bien defendida. Este pueblo no había quedado sujeto al dominio de los españoles ni, al parecer, de otras poblaciones indígenas.

Luego de este pueblo llegaron a unos grandes llanos en donde encontraron una gran cantidad de búfalos, a los cuales siguieron llamando “vacas”. En el río Uraba, cerca de la sierra nevada encontraron un pueblo abandonado, grande y de edificaciones en ruinas, de tipo defensivo o bélico también. Estos llanos eran de Bisonte, y abarcaban 400 leguas.

Esas llanuras eran secas, frías o ventosas y sólo en algunas partes de la cordillera de las sierras había mejores condiciones ambientales; además, esta descripción podría corresponder a muchos grupos “chichimecas” que iban encontrando:

...son menos fríos y participan de agua y mejores pastos y temples en los cuales asisten, cunden y habitan indios querechos, vaqueros rústicos, viles y villanos, los cuales imitan los gitanos en tener su asiento y asistencia en un lugar, porque andan de ordinario de unas a otras partes; llevan consigo toda su hacienda, cargada en recuas de perros del tamaño de alanos de Castilla sirven con enjalmas de cuero de las vacas, cargan en ellos sus pabellones de cuero que casi imitan a los caseros de por acá; llevan las varas, estacas y aderezos de ellos, así mismo el menaje de sus casas y menester y la carne y otras cosas que comen, en cantidad de casi cuatro arrobas...el mantenimiento de estos vaqueros es de la carne de este ganado y la mayor parte de ella la comen cruda y tostada al sol y al fuego. Comen y se sustentan de caza de venados, liebres, conejos y otros géneros de caza y sabandijas silvestres. Su ordinaria y continua habitación es en las paradas y habitaciones de las vacas que es en las lagunas, ojos de aguas saladas y ríos... los gitanos andan desnudos y ellas traen faldellines de cuero de vacas

¹⁴³ Jorge Briones Franco, “El papel del mito en la configuración del espacio Novohispano”, p. 64-70, Revista Clío, la expedición de Coronado en la que participó Baltasar de Obregón recorrió los actuales estados de Culiacán, Sonora, Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma y Kansas.

y de venados y ellos traen algunos cueros ceñidos a la cintura con que tapan sus lugares secretos.¹⁴⁴

Según Obregón algunas poblaciones indígenas tenían muchas similitudes culturales con grupos del Bajío y valle central. A excepción de haber visto a algunos grupos cuya vida dependía de seguir al bisonte y al venado, no hace mención del nomadismo de los tradicionales chichimecas, ni en el norte, ni más al sur.

De su llegada a Quibira y avance más al norte, habló del descubrimiento de Tucayan, llamado Mohoce, de gente vestida, de buenas casas, pueblo de cultivos, algodón, gente civilizada (“pulida”) y habitante de tierras muy fértiles. En el río del Tizón encontraron gente también muy hábil y aventajada; habla de varios pueblos como los tarabucies, usuarios de la lana de unos grandes carneros. Según Obregón lo más lejos del recorrido de Coronado fue pasando San Felipe, Nuevo México y comarcas cercanas, en Quibira y Tegüex.

De la calidad, temple y modos de vida de la gente serrana de Topia, en Culiacán, (tierras descubiertas por Nuño de Guzmán), Obregón la consideró como tierra muy caliente y los indígenas inclinados a la vida de los riscos. En su opinión, estos indígenas estaban muy alejados de la vida de los llanos. Sus territorios estaban en un valle hondo lleno de arroyos y ríos, con abundantes tierras de laborío, en los cuales había maíz, frijol, calabazas y manzanas silvestres, de los cuales aprovechaban sus antiguos habitantes. Según informes dados a los conquistadores por los comarcanos de esos lugares, los indígenas eran pocos y las tierras ásperas e irregulares.

Baltasar de Obregón no llamó chichimecas a los indígenas del norte, ni a los rebeldes, los nómadas, ni a los portadores de arco y flecha, ni aun a los salteadores, asesinos o a los indígenas desnudos entre los peñascos. Percibimos una opinión distinta del típico chichimeca en muchas de las poblaciones encontradas, cuando eran grandes y

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 23.

había edificios u otras artesanías dignas de mencionar, los distinguía como “gente pulida”.

A muchos los describió con vestidos de algodón, otros de cuero para cubrir sus partes nobles. El vestido lo tomó como un elemento de alta cultura, muy apegado a una gran adaptación ambiental, en particular, porque cubrían su cuerpo entero en sitios de mayor frío, contrario a la desnudez o semidesnudez en sitios calurosos.

No continuó Obregón con la narrativa de los primitivos chichimecas, porque describió la conquista, el descubrimiento más al norte, en Nuevo México, la Provincia de Navajo, los Llanos de Nuestra Señora de la Luz, siguiendo los Ríos Colorado o Salado, como tierra de indígenas guerreros y con culturas organizadas. Tampoco hay el uso de conceptos como “bárbaros”, “salvajes” o “primitivos” empleados por otros cronistas.

De todas las poblaciones mencionadas y descritas (a los habitantes de desiertos, en sitios de calor extremo, entre los peñascos y huyendo) las refirió como sedentarias y de cultivadores. ¿A qué se debió esta ausencia de las definiciones clásicas y despectivas de los indígenas nortños, incluso de los que habitaban alrededor del valle de México, en el Bajío, o del norte-centro?

El motivo para no llamarlas despectivamente primitivas o bárbaras quizás sería por el breve contacto con otras fuentes, su convivencia con los indígenas donde se crió y/o su participación como testigo directo de aquellas poblaciones nortñas. Conoció varias culturas distinguiendo grandes poblaciones con arquitectura, con trazados urbanos, con cultivos, artesanías y otras con pequeñas comunidades dependientes de la caza. Describió sus experiencias al mismo tiempo que ocurrían otras conquistas al norte, donde siempre había el tono negativo de muchos de los indígenas. No se observa dicha conducta en el escrito de Obregón.

Lo chichimeca según Antonio de Ciudad Real

En la obra de Ciudad Real, las referencias de lo chichimeca no son muy frecuentes para la Cuenca de México, Tlaxcala, Tula o Querétaro. El autor no identifica ni linajes, descendencia o vínculos de los indígenas del centro con los chichimecas. Será por el momento social en que tuvo lugar la elaboración de sus escritos o por la generalidad narrada de las visitas y viajes del comisario visitador Fray Alonso Ponce, no hay profundidad en el tema de lo chichimeca, tan presente en otros cronistas.¹⁴⁵ Los comentarios de tipo despectivo están dirigidos a hacer una diferenciación indígena entre salvajes y civilizados comparando a los pueblos del valle central con los chichimecas del norte.

En las descripciones de provincias y poblaciones hechas por el comisario visitador y el cronista, hay una considerable información geográfica y cultural de los sitios visitados. Les asombró lo difundido del idioma náhuatl, la gran presencia de los otomíes y el esparcimiento de ese idioma en toda la Provincia de México y en otras regiones al norte.

Una primera referencia a lo chichimeca surgió en la primera visita a la provincia de Michoacán, cuando le solicitaban a Ponce ir a Zacatecas a solucionar algunos problemas y mandó a fray Cristóbal de Cea primero como Custodio del Convento y

¹⁴⁵ Antonio de Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, 1976, Tomo I. Este tratado comprende el periodo de 1584 y 1589, y terminó de ser escrito en 1590.

después junto con algunas gentes más a lidiar en contra de algunos chichimecas hostiles en Zacatecas.¹⁴⁶

Hay algunas referencias de las guerras y ataques en los caminos de las provincias de México a Querétaro, a Michoacán a Guadalajara, Zacatecas y sitios del recorrido del comisario. La mayoría de estos sitios y demás poblados no eran muy grandes; estaban habitados por otomíes, mexicanos, tarascos y unos pocos españoles generalmente. En algunos sitios había, además, mazahuas, matlatzincas o chichimecas-pames.

La imagen de los chichimecas está muy presente entre los indígenas vecinos de estas provincias y poblados como grupos merodeadores y asaltantes, maleantes inconversos y defensores de los reducidos territorios en los que en ese tiempo se encontraban. La frontera de los chichimecas trazada por Ciudad Real está a lo largo del Río Lerma y hasta su cauce con Santiago, siempre camino a Zacatecas y otras provincias más al norte. Su referencia de los chichimecas era la de salteadores de caminos, astutos ladrones de vestimentas y de mujeres.

En esta parte de la obra de Ciudad Real se advierte a los chichimecas como los indígenas cercanos a la Nueva España, al Bajío o en el occidente, irrumpiendo en los poblados de indígenas y españoles vecinos al valle de México.

En Ciudad Real aparecen características de la imagen chichimeca que ya se iba percibiendo en las crónicas: el uso del arco y la flecha, las rancherías, el salvajismo, y sus alianzas para la guerra. No mencionó algunas otras como las de nomadismo, ni los refiere viviendo en cuevas o riscos e hizo alusión a ellos desde el aspecto bélico (por demás evidente al problematizar las empresas españolas) en esta frontera del Lerma-Santiago como “tierra de guerra”:

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 32.

Chichimecas es vocablo mexicano y nombre genérico, debajo del cual se comprenden muchas naciones de indios bárbaros de diferentes lenguas que se ocupan en robar, saltar y matar en lo de México hacia Zacatecas y de la otra parte, y a un lado y otro; todos estos indios de guerra son llamados comúnmente chichimecas, de los españoles y aun de los indios mexicanos y tarascos; la habitación y morada de estos chichimecas es una ranchería y casillas de paja en las sierras o junto a sierras en lugares ásperos y fragosos, por estar más seguros, y nunca en llanos, intimicísimos sobre manera de estar en pueblos o congregaciones. Todos los chichimecas, hombres y mujeres y niños, son gente de guerra, porque todos se ayudan para hacer la munición y flechería, y es cosa muy de notar que cada nación de los chichimecas se diferencia en las flechas, en la forma y marca que les echan, de suerte que así como difieren en las lenguas, así difieren en las flecherías; los primeros y segundos tiros, y aun los terceros del chichimeca, van con tanta fuerza que casi hacen la operación que un arcabuz, porque pasan con una flecha una res vacuna de parte a parte, y se ha visto pasar cuatro dobleces de cota de malla y coserle a un soldado el muslo con entrambos arzones, y pasar de parte a parte un frasco de cuerno, en que llevan pólvora, y enclavarlo en la silla.

Es gente bien dispuesta, morena, robusta, ligera y para mucho trabajo, tienen los rostros rayados, lo cual hacen por galanía y por su contento, aunque a nosotros nos parecen muy feos así; ya (según dicen) andan muchos dellos a caballo, y así a caballo flechan, aunque el tiro de esta manera no es tan cierto como a pie; gustan mucho de comer carne y así destruyen el ganado vacuno (que por el ovejuno poco se les da) y a falta desto, comen caballo y mulas ... para pelear no tienen necesidad de llevar consigo vituallas ni aparatos de guerra, como los españoles, sino solamente arco y flechas, porque donde quiera que llegan hallan que comer raíces, yerbas, tunas y lechuguillas, que son maguey silvestre, y mezquite, que es la fruta de un árbol de que hacen pan, con lo cual se sustentan y viven sanos, recios y valientes... De muchas naciones de chichimecas se pondrán aquí algunas, las más conocidas, si son éstas: pamíes, zacatecos, atanatoyas, huaxabanes, copuces, tepehuanes y huachichiles, los cuales son más valientes y atrevidos y los mayores salteadores de todos; no es mucha la tierra que estos tienen, pero bien la defienden, todos caen en la banda del norte de México...¹⁴⁷

En su descripción, tal como hicieron muchos de su época, coincidieron con la ubicación de los chichimecas del siglo XVI, con la frontera colonial al norte de Zacatecas, Durango, San Luis Potosí, Chihuahua, Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 159 a 162.

Los indígenas del norte según Andrés Pérez de Ribas

Desde su llegada a América en 1604, pasó 16 años como misionero entre los indígenas del norte, entre Durango, Sinaloa, Sonora y Chihuahua, en la conquista, pacificación y evangelización de los indígenas apostados en las sierras de esos lugares. La obra de *Los triunfos de la Fe entre las gentes más bárbaras* la escribió en 1645 y de ella quedaron datos muy importantes de geografía, etnología e historia de aquellos indígenas.¹⁴⁸

De acuerdo con Pérez de Ribas, las condiciones ambientales de Culiacán y provincias cercanas eran muy calurosas la mayor parte del año, de pocas lluvias pero tierra favorecida por el regadío de los muchos ríos en la región. Asimismo, asentó que la tierra era muy llana, con vegetación de arcabucos, breñas y árboles silvestres, algunos de palo colorado del Brasil y ébano, entre otros.

También había ahí manchas extensas de cuatro a seis leguas de selva muy espesa e inhabitable, pero también valles alrededor de los ríos en donde asistía una variada fauna para el complemento alimenticio de los indígenas. Gracias a las crecidas o desbordamientos de los ríos resultaban buenas pescas y aprovisionamiento de productos marinos. Además, los indígenas estaban preparados para los desbordamientos, acondicionando encima de los árboles estancias de días o semanas mientras bajaban las aguas.

Mencionó la importancia de las salinas en el área y de la cual sacaban para su sustento y trueque con otras poblaciones de productos básicos requeridos. Salinas terrestres hechas por las inundaciones y otra gran cantidad sacada del mar y las costas. En las sierras encontraron los españoles muchas vetas de minerales, pero descubiertas no pudieron abrir minas inmediatamente por dificultades de abasto y la resistencia de

¹⁴⁸ Andrés Pérez de Ribas, *op. cit.*, ver nota del editor.

los indígenas. A éstos, los llamó bárbaros pues anteriormente varios cronistas o conquistadores ya habían expresado su parecer de los habitantes originales de las costas de Nayarit y Sinaloa, los más recios, salvajes e inexpugnables.

Gracias a la experiencia de Pérez de Ribas pudo lograrse la pacificación de una de las poblaciones más indómita para su conquista, los zuaques, y en la que logró fundar una misión; ese era el grupo más peligroso de aquella región, además de los tepehuanes con numerosas guerrillas en su haber, los cuales fueron reducidos años después por medio de engaños o fuertes represiones.

Al comienzo de su obra sobre la evangelización en el noroeste de la Nueva España, hizo algunas observaciones en torno a las fronteras entre los indígenas de Sinaloa, especificando el uso del término *nación* entre esas poblaciones. Desde luego, ese concepto difería radicalmente en su aplicación al contexto europeo en donde surgió, pues el evangelizador se encontraba con sociedades diferentes, con características distintas y divididas por rasgos culturales que, entre ellos mismos, hacían respetar sus espacios.¹⁴⁹

En su travesía de exploración y conquista encontró poblaciones indígenas en las riberas de grandes ríos, con buen abasto de agua y siembra; poblaciones que estaban separadas entre sí por dos a tres leguas; sus casas eran de materiales de la región, hechas de varas entretejidas y atadas con bejucos, las cuales reforzaban con barro así como el techo de madera.

Cultivaban maíz, calabaza, frijol y a través de la recolección obtenían mucho mezquite, maguey, nopales, tuna y pitahayas. Al hablar de otras naciones más bárbaras:

Dije de estas naciones, que ordinariamente habitan a las riberas y las orillas de los ríos, porque hay otras (y son las más bárbaras que se han visto, ni descubierto en el orbe) que ni labran tierras, ni siembran como las otras, ni

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 126.

tienen género de casa o vivienda, ni defensa de las inclemencias del cielo: y el modo de vivir de éstos, cuanto es más extraño del humano y de las demás gentes del mundo, es más digno de saberse...y éstos unos viven en espesuras de breñas, montes y arcabucos; otros en las marinas y médanos de arena de mar: sustentándose los primeros con caza, raíces o frutillas silvestres, y bebiendo de algunos charcos o lagunillas de agua recogida de las lluvias; y los marítimos de su pesca de mar y a veces de langostas, culebras y otros animales, teniendo por pan el pescado fresco, otro que tienen seco y salado...Estas son las comidas y sustento de algunas de estas peregrinas naciones: y es caso muy digno de reparo, que con tener tan poca y regalada comida, son las más corpulentas (particularmente estos marítimos y montaraces) y de más alta estatura de todas las naciones de Nueva España, y aun de las de Europa, y muy sueltas y ligeras: y con ese corto y parco sustento y ajeno de regalo, viven muchos años hasta la edad decrepita.¹⁵⁰

La embriaguez de los indígenas era una de las prácticas más condenables, a los ojos del jesuita. Era frecuente que poblaciones enteras consumieran bebidas embriagantes en fiestas o celebraciones. Preparaban vino con tuna, pitahaya, mezquite, maguey y de unos panales que, a juicio de Pérez de Ribas, era la bebida más exquisita. En esas borracheras no participaban ni mujeres, ni jóvenes o niños; eran más comunes estas celebraciones por motivos de la guerra, conocidos como *mitotes*.

Ese era otro de sus vicios, según el autor: constantes guerras entre indígenas vecinos y aun con los más alejados. Ese casi permanente estado bélico los llegaba a dejar incomunicados, limitando los contactos con indígenas de otras regiones, pues todo el tiempo amenazaban y asaltaban pueblos sin distinción y sin hacer omisión de mujeres o niños.

Sus armas eran el arco y las flechas a las que envenenaban para mayor efecto; sembraban los caminos de púas de madera envenenadas, enterradas y escondidas entre hierbas para herir los pies de los enemigos. También usaban una macana y una especie de chuzos (como a manera de lanzas), no usaban el hierro, y para la defensa traían una especie de traje con pie de cocodrilo o caimán muy duros, en la muñeca del brazo

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 127-128. Aquí refirió otras dos formas de afrontar las adversidades del tiempo, como el improvisar una especie de paraguas o refugio para soportar lluvia y sol, que era hacer juntando un gran manojo de hierbas y entretejiéndolas para hacer una especie de lona que les protegía y resguardaba cuanto era necesario.

izquierdo se ponían unas vendas de cuero para resistir el golpe o rebote de la cuerda del arco. Por último, para la guerra se pintaban el cuerpo con colores vistosos y sobre su cabeza colocaban atuendos y tocados adornados con plumas.¹⁵¹

Otra característica de esos indígenas bárbaros era cierta pomiscuidad sexual, no desmedida, ni exagerada, pero observada en lo que él llamó matrimonios entre los indígenas. Regía la monogamia, salvo entre algunos principales o brujos mujeriegos. Por momentos encontró en esos indígenas mucha tolerancia y buena conducción. De los indígenas más fieros, bárbaros y salvajes de Sinaloa señaló:

...ni son tan bárbaros estos indios, que no admiren en los Ministros Evangélicos, la pureza y la limpieza de vida y costumbres que guardan y la reconocen de tal suerte, que el más mínimo desmán en ella los escandalizara tanto, que lo publicaran a voces y gritos. La otra especie de este vicio inmundo... algunos se vestían como mujeres...Leyes, ni reyes que castigasen tales vicios y pecados, no los tuvieron, ni se hallaba entre ellos género de autoridad y gobierno político que los castigase. Es verdad que reconocían algunos caciques principales, que eran como cabezas y capitanes de familias o rancherías, cuya autoridad sólo consistía en determinar alguna guerra, o acometiendo contra enemigos, o en asentar paces con otra nación...no supieron género de letras o pintura, ni arte. El de la agricultura sólo se extendía a las sementeras que quedan dichas. Y para sembrar esas semillas y limpiar la tierra no tenían otros instrumentos, que los de unas cuchillas anchas y largas de palo, con que movían la tierra; en que también ayudaban a los varones las mujeres. Estas usaban el arte de hilar y tejer algodón u otras yerbas silvestres, como el cáñamo de Castilla o pita; y de esta hacían algunas mantas, no en telares, que aun ese arte no alcanzaron; sino con traza trabajosa, hincando unas estacas en el suelo, de donde tiraban de la tela...¹⁵²

Pocos de ellos eran caníbales. Para Pérez de Ribas los más aficionados a esas prácticas fueron los acaxes, pues bajo cualquier pretexto o circunstancia lo hacían; en otras poblaciones la antropofagia era parte de un ritual de guerra o ceremonias especiales. Los hombres andaban desnudos, las mujeres sólo de la cintura para arriba,

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 130 a 132.

¹⁵² *Ibid.*, p 132-133.

en la parte baja usaban pieles, hierbas o mantas. Ambos traían largas cabelleras y eran muypreciadas para ellos.

Contrario a la imagen del bárbaro, incluso para los mismos cronistas, vemos detalles de gran sensibilidad, cuando hallaban orden, pocas atrocidades y prácticas humanistas. Así, por ejemplo, el padre Ribas se congratuló de la falta de hurtos, blasfemias, injusticias, riñas o pendencias sin sentido, codicias y atrocidades entre familias. Por lo general, estaban en concordia y si acaso había hurto era sobre bienes menores y de consumo (una calabaza, sandía o mazorcas de maíz), producto a veces de falta de comunicación.

En lo correspondiente a la caza encontró en estos indígenas mucha maestría, tanto en el uso del arco y en métodos del cercado de presas, así como el acorralamiento de animales por incendio. La mayoría de los indígenas salían a cazar colectivamente, para lo cual convocaban uno o más pueblos y las presas obtenidas se repartían entre todos en medio de fiestas y celebraciones.

Había tres juegos comunes: el juego de patolis (parecido al de naipes o dados); el de “correr al palo”, que les ejercitaba para la guerra, este consistía en el encuentro de dos grupos recorriendo de ida y vuelta un espacio de dos a tres leguas; y el juego de pelota, con una gran pelota de hule, el golpe de cadera, en la plaza principal, dos equipos contrarios de cuatro, seis u ocho, juego parecido a los de otras poblaciones indígenas.

El ejercicio de la carga, aunque no era un juego, era una práctica que les mantenía ejercitados, formando una especie de callo en el hueso de la espalda casi a la altura de la cabeza que les permitía soportar cargas muy pesadas llevando un palo

atravesado, al cual ataban leños o arbustos y soportaba ese callo y los brazos, con dicha carga caminaban entre cuatro o más leguas.¹⁵³

Hay dos aspectos muy importantes acerca de la idolatría aplicable a los indígenas en el norte, porque la estructura social era muy similar en grupos de la región: por una parte, no identificaron una religión o divinidades particulares; por otra, era de mucho peso el papel de los hechiceros o curanderos en la población, para rechazar la conversión al cristianismo, para alzarse en guerra, incitarlos a huir o engañar a los españoles.

Los hechiceros fueron los voceros, los líderes, los transmisores de los conocimientos a otras generaciones, los predicadores de costumbres y creencias, pues ellos decidían los destinos, las fiestas, los gobernantes, los nombres, cargos o las guerras que emprenderían.

En la información que escribió Pérez de Ribas destaca el considerar a los pueblos de Sinaloa como los más antiguos antes de la llegada de los españoles y, por narraciones de los indígenas más viejos, decían haber venido sus antepasados del norte. Era conocimiento general entre ellos que los mexicas habían venido del norte y pasado por sus tierras. Para Ribas eso parecía cierto por lo parecido de su lengua con la mexicana:

De todo lo cual se infieren dos cosas. La primera, que casi todas estas naciones comunicaron en puestos y en lenguas con la Mexicana y aunque las artes y las gramáticas de ellas son diferentes; pero en muchos de sus preceptos concuerdan. La segunda es, que todas estas naciones con la Mexicana salieron a poblar este nuevo mundo de la banda del norte y hallaron por esta parte paso de tierra firme y continente (aunque no se ha conocido hasta ahora) con la América; o sólo se divide esta del la del antiguo orbe, por algún angosto brazo de mar, por el cual con facilidad pudieron pasar así hombres como fieras y animales, que en este nuevo mundo se hallan.¹⁵⁴

¹⁵³ *Ibid.*, Acerca de la caza y los deportes que practicaban, ver en p. 134 a 138.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 143.

Atribuyó a la participación del demonio la existencia de varias lenguas en esas naciones, como un intento de dividirlos y mantenerles en su infidelidad e idolatría, pues en barrios de una misma población había diferencias y modismos de la lengua de uso común entre ellos. A pesar de considerar a los indígenas de Sinaloa como de los más bárbaros, Pérez de Ribas encontró en esas lenguas orden y reglas gramaticales, la formación de tiempos y casos, derivaciones de nombres y estructuras como en las lenguas más elegantes.

Por último, respecto a este tema explicó que eran lenguas difíciles de aprender por sus numerosos vocablos y reglas uniformes e invariables, como en cualquier otra lengua. Para asegurar el éxito a quienes fueran a evangelizar en ese territorio, recomendaba el aprendizaje de las lenguas indígenas, pues al hablarles en su idioma no sólo sería más eficaz la conversión sino además les librarían de la muerte, de alborotos y podrían hacer entrar en razón los indígenas.¹⁵⁵

Lo chichimeca según Antonio Tello

Escribió su obra en 1651, a la edad de 86 años. De los indígenas del norte apuntó que antes de la llegada de los españoles andaban vestidos casi al estilo de los nahuas, con sus prácticas salvajes, y armas parecidas a los mexicas.¹⁵⁶ Destacó la hermosura de las mujeres indígenas de la región, y en cuanto a la manera de ser de los indígenas en general asentó:

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 144.

¹⁵⁶ Fray Antonio Tello, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*, 1973, Vol. I, p.15.

De la otra banda del Río Grande que dixe arriba, a la parte del Norte, habitan los indios bárbaros llamados chichimecas, que es gente fiera y brutal, muy dada a la idolatría, que anda desnuda, sin tener asiento en parte ninguna; duermen en la húmeda tierra sin tener con qué cubrirse, andan siempre vagueando al modo de los nómadas, si bien hoy los más cercanos a nosotros y los que los religiosos doctrinan, tienen alguna policía; su habitación más ordinaria son los montes, sierras y tierras ásperas, su ejercicio la caza; sus armas arco, flechas, macanas y unas adarguillas texidas de hilo y cañas aforradas de algodón, pintadas y adornadas alrededor de plumas de diversos colores; su comida es todo cuanto hallan: raíces, venados, caballos, cuervos, hombres, culebras, víboras, sapos, zorrillos y hasta las heces de las tripas de los venados que matan. No perdonan cosa viviente, las carnes las comen crudas y la uña del dedo pulgar les sirve de cuchillo para desollar los animales que matan, para lo qual la dexan crecer mucho.

... andan siempre en carnes, embijados y pintados de diversos colores, porque como su habitación ordinaria es en los montes, los mosquitos y tábanos no los ofendan; los arcos de que usan en sus guerras son grandes, las flechas son de cañas de carrizo y en las puntas pedernales o varas tostadas o algún hueso de pescado en lugar de hierro, porque no le tiene, y porque las pinturas que las ponen se diferencian unas naciones de otras, y algunos las envenenan con yerbas, de tal manera, que por poco que yeran con ellas, si no se sabe la contrahierba, sin remedio los heridos perecen y algunos se les caen las carnes a pedazos... Después que esta provincia de Xalisco se recogió a los límites que hemos dicho, las más cercanas naciones de esta gente bárbara y que le tocan, sin las que están de la otra banda del Río Grande a la parte del Norte, como queda dicho, y son las siguientes: Coanos, Tepecanos, Tepeguanes, Visuritas, Caramotas, Huainamotas, Tequares y Coras, de las cuales naciones hay muchos pueblos cristianos por la gracia de Dios Nuestro Señor y predicación de los religiosos, y no con pequeños trabajos y penalidades que padecieron.¹⁵⁷

En la cita podemos ver una serie de datos muy importantes: comer las tripas de algunos animales, el tipo de arcos y flechas, las puntas de éstas, técnicas de adaptación al entorno como el pintarse el cuerpo para ahuyentar a ciertas variedades de mosquitos, o protegerse del sol. Sin duda las referencias de Tello acerca de los nortehños dejaron una impresión distinta de ellos, pues eran una especie de indígenas con muestras de adelanto cultural.

Sobre el origen de los primeros pobladores, señaló Tello que los chichimecas eran más bárbaros que los mexicas. No obstante su vida guerrera y nómada, fueron políticos y de ritos gentílicos, sembraban y cultivaban la tierra hasta las laderas de los

¹⁵⁷ *Ibid.*, 17, 18 y 19.

montes y poblaban gran parte de los territorios del norte; estos chichimecas habitaban algunos sitios del sur, “más allá del mar de Levante y hasta el mar del Poniente”, en gran cantidad de poblaciones.

Según Tello, diez familias mexicas vivían en Aztatlán (la cual, escribió el cronista franciscano, nadie había visto y sólo había escuchado que su ubicación estaba hacia el Septentrión) y algunas salieron de allí en el año 1113 d.C., cruzando por tierras ásperas y desérticas. Tras muchos años de peregrinación, llegaron a Hueyculhuacan, donde estuvieron tres años y después continuaron su travesía hasta llegar a un fértil valle donde fundaron Chicomoztoc “lugar de las siete cuevas”, donde habitaron diez años y conquistaron a los indios de la región.

De ahí cruzaron por las provincias de Sinaloa, Petatlán, Culiacán, Chiametla, Tzenticpac, Xalisco, valle de Banderas, Xala, Ahuacatlán, Atoyac, Iztapatlán, Coyolam, Tzaqualco, Coculam, Amec, Ayahualulco, Etzatlán. Tequila, Tlala, Itztlán, Ocotlán Atemajac, Tonalam, Cuitzeo del Río, Tototlán, Mexcala, Chapalac y Xocotepec. A su paso mezclaban sus culturas con los moradores de esas regiones.

Algunas familias permanecieron en Chicomoztoc, donde los grupos se dividieron al seguir unos hacia Sinaloa, y otros continuaron su marcha el valle de Matlahuacalam, luego a Pánuco, donde hallaron muchos pueblos y pelearon contra ellos. Después, su peregrinaje continuó por los llanos de Chimalco (Puana, Xuchil, Nombre de Dios, donde estaban los pueblos de Popiolcomic, Chimalco, Matahuacalam, Cohuatlicamac) y de ahí siguieron hacia Sayn, Fresnillo, Truxillo, Valparaíso, Zacatecas, Malpaso, Villa de Jerez y valle de Tuitlán (donde crearon una gran ciudad fortificada). En éste, afirma Tello, estuvieron veinte años, conquistando los valles de Tlaltenango, Teutl, Xuchicpila y Teocaltech.

Los naturales de estos valles se fueron a poblar las serranías de Tepec, Xora y Ahucatitlán (en su tiempo San Pedro Analco). Tello señaló que las principales poblaciones creadas por los mexicanos en el valle de Xúchil fueron Tlaltenango, Tepechitlán y el Teul (donde erigieron otra gran fortaleza). Luego de fundada Xuchipila, dejaron poblaciones como Tenango, Xalpa, Mecatabazco, Tayagua, Apozol, Mezquituta, Moyagua, Cuixpalam.¹⁵⁸

Los mexicas hicieron la guerra a los tecuexes y sus aliados zacatecas y guachichiles; éstos fueron derrotados y emprendieron la retirada hacia las sierras y peñascos, mientras que los vencedores fundaron Nochistlán, Teocaltiche, luego fueron a Mitin, Xaloztotitlán, Mextiticacán, Yahualica, Tlacotlán, Theocaltitlán, Iztlaguacán, Quaqualua, Ocotic y Acatic. Luego de esto, conquistaron y poblaron las naciones vecinas a estas, dejando cultura y miembros de sus familias y continuaron hacia el sur a Michoacán, entraron por Huascatos, Pénjamo, Numarán, Conguripo, Tzintzontzan.

Conquistaron también estos pueblos, donde moraron unos años y al emprender nuevamente su peregrinación dejaron algunas familias en esos sitios y se dirigieron hacia Yuriria, Cuiseo, Acámbaro, Coroneo, hasta Chiapa, donde encontraron algunas de las primeras familias de su pueblo que habían salido antes que ellos. Regresaron a Jalisco, luego continuaron su recorrido pasando por Colima y de ahí a las lagunas de México en donde se hicieron nombrar aztecas por llamarse su lugar de origen Aztatlán.

Hasta aquí el viaje migratorio de los mexicas que nos describió Tello, al norte, occidente, bajío y vecindades del México Tenochtitlán mencionados, pero sobre todo de ciertos aspectos etnológicos y políticos de los indígenas en su trayecto de norte a sur.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 21 a 28.

2.3. Los chichimecas en historias de Indias o Nueva España

En el apartado anterior vimos algunas crónicas que dejaron una opinión presencial de los indígenas del norte. Observamos dos posturas en esas descripciones, la referente a indígenas que tras ser desplazados y orillados a la guerra o al nomadismo denotaban rasgos de culturas “más civilizadas”, y la más conocida de la cultura uniforme del chichimeca, bárbara y salvaje del norte. A diferencia de esas crónicas, las siguientes son parte esencial del contexto de los chichimecas en especial por la visión global de los autores que buscaban asentar la historia indígena y de la Colonia en la Nueva España.

El análisis de muchas de estas fuentes ya han sido objeto de estudios historiográficos de los chichimecas, desde Clavijero en 1779, Orozco y Berra 1880, Kirchhoff, 1943, Jiménez Moreno, 1943, hasta unas más contemporáneas por Armillas, 1964, Braniff, 1975, Kelley, 1976, Powell, 1977, Weigand, 1978, Hers, 1989 y Cabrero 1989, entre otros. Con propuestas arqueológicas y etnológicas preocupadas por definir a las culturas del norte respecto a los chichimecas historiográficos.

Mientras tanto, la investigación histórica hecha a partir de las fuentes del siglo XVI de exploradores, conquistadores y evangelizadores de los chichimecas del norte ha sido realizada por autores como Miguel León Portilla, 1967; Peter Bakewell, 1971; Philip W. Powel, 1980; Román Gutiérrez, 1992; Manuel Valdés, 1995; Carrillo Cáceres, 1999; donde reflejaron culturas de nómadas chichimecas y su transformación social a raíz de la colonización.

Tanto en las crónicas de aquellos que viajaron y conocieron el norte (el caso de los personajes del apartado anterior) como los autores que no presenciaron directamente esa realidad al norte, vemos que incluyeron en sus obras históricas los relatos de las

culturas chichimecas de antes de la llegada de los españoles, y nos dejaron un amplio panorama de lo prehispánico y lo colonial.¹⁵⁹

La importancia de las crónicas de carácter general es el complemento de ideas e información de aquellos cronistas que viajaron por el norte, pues dieron nuevas interpretaciones a las primeras observaciones de los chichimecas norteños. Complementadas con los testimonios indígenas, los códices o pinturas, tienen una estructura narrativa fundamentada en las entrevistas a indígenas del centro de México considerados civilizados.

Es necesario pensar en la carga histórica y cultural de los dos tipos de crónicas en estos apartados. Observamos un triple escenario descriptivo: 1) la etapa más antigua de los indígenas migrantes del norte mezclados con los indígenas sedentarios del valle central; 2) los pueblos previamente asentados en el norte y su desarrollo en alianzas, guerras y cambios culturales; 3) finalmente, la etapa chichimeca a la llegada de los europeos, las primeras noticias, los contactos y la conquista tanto al norte como en el centro de la Nueva España.

Francisco Román Gutiérrez por ejemplo, propuso dos líneas de interpretación en las fuentes del XVI, respecto a lo dicho de los chichimecas, pues por una parte los indígenas hicieron una versión propia de la historia, tanto en los códices como en testimonios de las Relaciones de sus pueblos. Observamos obras como la de Juan Bautista Pomar, Cristóbal del Castillo y Fernano de Alva Ixtlilxóchitl.

Por otro lado, están las crónicas y documentos ajustados a necesidades específicas de conquista, o desde el contexto religioso marcando las diferencias raciales,

¹⁵⁹ J. Francisco Román Gutiérrez, “La transformación del concepto chichimeca durante el siglo XVI”, p. 39-55, en *Europa e Iberoamérica: Cinco siglos de intercambios*, Vol. III Memorias: IX Congreso Internacional de Historia de América, 1992; también ver en Alberto Carrillo Cáceres, “Aculturación de los chichimecas del Bajío”, 2000.

los contextos culturales, estándares de barbarie o civilidad generando una opinión uniforme respecto a la sociedad indígena colonial.¹⁶⁰

En las obras de Motolinía, Durán, Acosta y Mendieta notamos la continuidad y características del concepto chichimeca generalizado entre los indígenas prehispánicos del norte y descripciones continuadas en la historiografía española durante la colonización. También son importantes las referencias sobre las migraciones mexicas y el origen etnológico de los chichimecas, mencionadas por los cronistas que recopilaron la historia de los indígenas que llegaron del norte.

El hilo conector entre estos cronistas fue una misma interpretación histórica a partir de relatos continuados, que dieron seguimiento al proceso de conquista, evangelización y colonización desde mediados del siglo XVI y hasta finales del XVIII en el norte. Vemos, a contraluz, las diferencias entre unos y otros debido a la diferente época en que escribieron su crónica, las distintas vertientes ideológicas y los propósitos con que las llevaron a cabo, culminando con el cometido final de asentar una historia cuyo destinatario estaba en tierras trasatlánticas.

Lo chichimeca según Toribio de Benavente Motolinía

Motolinía, en su *Historia de los Indios de la Nueva España*,¹⁶¹ trata del origen de los primeros pobladores de Nueva España. En diferentes memoriales, escritos desde 1528, así como el primer borrador de su *Historia*, aborda el tema y lo plantea como un

¹⁶⁰ Román Gutiérrez, *op. cit.*, 1992, p. 47-48.

¹⁶¹ Nancy Joe Dyer sugirió que Motolinía escribía ya desde 1528 el epistolario posteriormente enviado a España, donde incluye temas sobre la etnología indígena, que por esas fechas sería el principio del borrador de sus memoriales, así, de 1536 a 1541 concluyó su obra; en la *Historia de los Indios*. 1989, "Fuentes escritas en las Historia de Toribio de Benavente (Motolinía), p. 415-423.

movimiento de tres grupos vinculados entre sí: los chichimecas, los culhua y los mexicanos. La llegada u origen de los chichimecas puede ubicarse alrededor de 800 años antes de la fecha que Motolinía comenzó a escribir, aproximadamente en el 728 d.C. En general, los caracterizó como moradores de esa tierra, sin escritura ni historia, por ser gente bárbara y salvaje:

Estos chichimecas no se halla que tuviesen casa ni lugar, ni vestidos ni maíz ni otro género de pan o semillas. Habitaban en cuevas y en los montes: manteníanse de raíces del campo y de venados, conejos, liebres y culebras, y esto comían crudo seco al sol, e aun hoy día hay gentes que viven de esta manera, según que más largamente podrá dar cuenta a vuestra ilustrísima señoría del portador de ésta, porque él con otros tres o cuatro compañeros atravesaron ochocientas leguas, trayéndolos Dios, maravillosamente, y descubrieron mucha tierra en la parte a do agora han ido españoles, y en esta sazón han llegado cartas cómo han hallado principios de grandes pueblos y de mucha gente... Tenían y reconocían estos chichimecas a uno por mayor, al cual obedecían como pater familias. Tomaban a sola una por mujer, e no propia pariente; no tenían sacrificios de sangre, ni ídolos, más de llamar al sol y tenerlo por Dios, al cual ofrecían aves, culebras y mariposas; esto es lo que de estos primeros chichimecas se ha podido alcanzar. Los segundos o segunda generación son como dije, de Culhua, los cuales de cierto no se sabe de dónde vinieron; dícese no ser naturales, sino que fueron de los primeros después que ya los chichimecas habitaban la tierra treinta años antes, de manera que hay memoria de estos de Culhua 770 años.¹⁶²

Motolinía refiere cómo los culhua, poblaron y cultivaron la tierra, se asentaron en Tulancingo y luego cerca de ahí fundaron Tula, además de unificarse con chichimecas en parentelas y matrimonios muchos años después. Los mexicas estaban emparentados con los culhua, eran diestros, cultos y aventajados a pesar de provenir del norte. Narra los sitios por los que se fueron desplazando hasta llegar a Tenochtitlán, lo mismo las sucesiones de reyes o señores principales que hubo, desde la llegada de los culhua y los mexicas. También mencionó que los mexicas decían provenir de un pueblo llamado Chicomuztotl (Chicomoztoc) o lugar de las “siete cuevas” y descendientes de su padre Iztacmixcoatl y su madre Ilancue (Ilancueitl) de los cuales hubo seis hijos:

¹⁶² Fray Toribio Motolinía, *El libro perdido*, 1989, 648 p.

Gelhua, Tenuch, Ulmecatlh, Xiclancatl, Mixtecatl y Otomitlh, de los cuales se esparcieron y formaron grandes pueblos.

En la explicación del cronista por los linajes y ubicación de estos grupos, a los únicos identificados con los chichimecas fueron los otomíes, de los cuales dijo ser una de las mayores generaciones de la Nueva España, habitantes en gran número de las montañas de la Nueva España. Los principales centros eran Xilotepec, Tula y Otomba. Así, luego apuntó: “De este sexto hijo Otomitlh dicen que salieron los chichimecas, y en la verdad estas dos generaciones son las de más bajo metal y de más servil gente de toda la Nueva España; pero hábiles para recibir la fe...y al bautismo”.¹⁶³

Motolinía vivió seis años entre los tlaxcaltecas y los cholultecas, realizó varios viajes por la sierra al norte entre Veracruz y Tamaulipas. En sus descripciones de los nuevos pueblos y las nuevas tierras, habló de las gentes, hizo una cronología y sitios de los que tuvo noticia. Por ejemplo, en 1537 enviaron 5 frailes a la costa del Mar del Norte, entre Veracruz, Tabasco y Campeche; en 1538 tres frailes al mar del sur; a fines del mismo 1538, dos frailes más al sur, por la vuelta hacia el norte por las costas de Jalisco y Nueva Galicia; en 1539, dos frailes a Michoacán con los chichimecas, quienes descubrieron 30 pueblos pequeños a partir de los cuales pareció establecer una especie de frontera. De ellos anotó:

Después de estos pueblos se siguen unos llanos, los mayores que hay en toda la Nueva España: son tierra estéril, aunque poblada toda de gente muy pobre, y muy desnuda, que no cubren sino sus vergüenzas; y en tiempo de frío se cubren con cueros de venado, que en todos esos llanos hay mucho en número de ellos, y de liebres y conejos, y culebras y víboras; y de esto comen asado, que cocido ninguna cosa comen, ni tienen choza, ni casa, ni hogar, más de que se abrigan bajo de algunos árboles. Y aun de éstos no hay muchos sino tunales, que son unos árboles que tienen las hojas del grueso de dos dedos, unas más y otras menos, tan largas como un pie de hombre, y tan anchas como un palmo...Estos indios que digo, por ser la tierra tan estéril que a tiempo carece de agua, beben del zumo de esta hoja de nopal. Hay

¹⁶³ *Ibid.*, p. 24 y 26.

también en aquellos llanos muchas turmas de tierra, las cuales no sé yo que en parte ninguna de esta Nueva España se hayan hallado sino allí.¹⁶⁴

Mencionó dos generaciones de chichimecas, la primera fue una época temprana en donde había nómadas cazadores-recolectores y una segunda donde de los culhua tenían una antigüedad de 770 años, cuando aún no se formaba la dimensión territorial, ni tampoco la identidad de los chichimecas belicosos del norte.

Los chichimecas fueron ubicados con los otomíes por relaciones de linaje, aun cuando sus referencias geográficas no se extendían más allá de Hidalgo, Querétaro o Michoacán. Vemos así una importante noción espacial de los chichimecas para ese primer encuentro con los territorios norteños en la identificación propuesta en apartados anteriores, donde los verdaderos chichimecas tuvieron una cercanía al valle de México y su filiación con grupos locales (otomíes, huastecas, pames o tlaxcaltecas).

Lo chichimeca según Bernardino de Sahagún

En el libro X, capítulo XXIX de su *Historia General*, habla de las generaciones de pobladores de las tierras en la Nueva España. Comenzó con los toltecas, considerados para entonces los primeros pobladores de las culturas mexicanas. Sahagún mencionó que todos esos toltecas se nombraban chichimecas y se llamaban toltecas como referencia a su arte y habilidad de construcción y refinada cultura. Otro dato de Sahagún son los artefactos de estilo tolteca encontrados en grandes cantidades en varias culturas

¹⁶⁴ Fray Toribio de Benavente Motolinía, *Relaciones de la Nueva España*, 1956, p.105 a 113.

indígenas fuera del valle de México, como indicio del esparcimiento tolteca: “estuvieron desparramados por todos lados en la Nueva España”.

Esa dispersión de utillaje fue debido a los numerosos asentamientos y grupos cercanos a Tula con algún tipo de parentesco o filiación a los toltecas.¹⁶⁵ Su dios principal era Quetzatlcoatl y a éste ofrecían en sacrificio culebras y mariposas. Los toltecas no hablaban fluido el náhuatl, Sahagún los definió como “ladinos en lengua mexicana, más no bárbaros”; por este motivo, ya sugería que todos los de habla náhuatl eran descendientes de los toltecas.

Es muy importante la descripción de los tipos de chichimeca. Las cuatro caracterizaciones de éstos, vendrán a generar parte de las consecuentes definiciones y clasificaciones de otros cronistas, colonizadores y posteriores investigadores. A pesar de ser sólo cuatro, habla de más subvariedades que sugieren una tipificación interesante: otomíes, tamime, teochichimecas y zacachichimecas.

Dice de los otomíes que tenían policía y vivían en poblados organizados en repúblicas, usaban vestimenta y calzado muy elaborados. Había estratificación social, con jerarquía comunitaria representada principalmente por sacerdotes y adivinos. Tenían sementeras y trojes y eran dedicados en las artes culinarias, hacían buenos y especiales recintos de habitación, adoración y doctrina de los muchachos.

Sahagún describe prácticas muy hermanadas con las de los mexicas, el uso de la punta de maguey para el autosacrificio, los baños por la noche o madrugada de agua fría, el ornamento en rostro orejas y demás según rango, ocupación y práctica; el corte de pelo y tocado por edades u oficios. Por otro lado, las prácticas de las mujeres en cuanto al tocado, la pintura del cuerpo y las perforaciones eran también similares a las de los mexicas.

¹⁶⁵ Paul Kirchhoff, *op. cit.*, 1985.

Su principal alimento frijol, maíz, ají, sal y tamales, frijoles cocidos, perritos, conejos, venados y topos. Los “defectos” de estos indígenas para Sahagún fueron la codicia, torpeza, inconstantes y desobligados cuando no andaban de caza. Sacaban aguamiel para hacer bebidas y embriagarse o realizar trueques con ella. Al igual utilizaban las mazorcas tiernas o maduras recolectadas de los maizales. Cuando no había cosecha se alimentaban de las tunas, hierbas y raíces, además aprovechaban los zorrillos, culebras, sabandijas, lirones, ratones del campo y monte, lagartijas abejones y langostas de muchas especies.¹⁶⁶

Del grupo tamime, halló de su gente y su vocablo la referencia de tiradores de arco y flecha, eran deudos y de la generación teochichimeca; fueron republicanos, aun cuando pasaban la mayor parte del tiempo en cuevas o peñascos, algunos de los principales habitaban en chozas o casas de paja. Eran cultivadores y tal parece, un tiempo trabajaron y convivieron con otomíes y nahuas porque hablaban los dos idiomas.

Eran cazadores y vasallos o tributarios de señores en las tierras en las que vivían, pagaban tributo de caza, eran grandes conocedores de hierbas y raíces, tenían en común un garrote que llamaban mazacoatl, traían unas petaquillas y andaban vendiendo sus hierbas, no se rapaban el pelo, se lo dejaban crecer y lo traían tendido.

A partir de los teochichimecas, Sahagún utiliza el concepto de bárbaro para referirse a esta variedad de chichimeca. Comienza su descripción refiriendo al teochichimeca, también a otros bárbaros llamados zacachichimecas que significaba hombres silvestres y habitantes apartados de los pueblos, en campos, cabañas, montes y cuevas. No tenían asentamiento fijo, sino que andaban vagabundeando. Tenían un señor principal, al cual le daban tributo de caza, éste vivía en grandes casas de paja o cuevas,

¹⁶⁶ Bernardino de Sahagún, *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, 1982, p. 599. Su obra fue escrita entre 1540 y 1577, año en que fue concluida.

tenían una sola mujer y no cometían adulterio. El personaje principal traía puesta una piel de tigre, gato montés y la demás gente vestía pellejos de animales.

Siempre cargaban sus arcos y flechas, usaban cotaras de hoja de palma como calzado. Además los llamó lapidarios porque conocían y trabajaban una gran variedad de piedras como adorno, armamento, así como de los espejos de obsidiana colgados en la espalda y el pecho cuando emprendían sus recorridos, tanto para hacerse señales y evitar ser sorprendidos, así como para guiarse unos a otros en grandes extensiones de terreno.

Tenían gran conocimiento de hierbas y raíces; a ellos se debía el uso y descubrimiento del peyote y de algunos hongos alucinógenos. Eran oficiales de pluma, algunas muy pulidas, unas que trabajaban con las pieles de los animales. Las mujeres cocinaban y ellos se guardaban de las humaredas para conservar mejor la vista para la cacería; eran muy diestros y certeros en el manejo del arco y la flecha.

Su principal sustento consistía en el nopal, la tuna y raíces como el címatl, tzioactli, nequámetl, mezquite, palmitos y flor de la palma, así como la miel que obtenían de diversos frutos del desierto. La carne procedente de la cacería la comían asada, también secaban y salaban grandes cantidades para asegurar su consumo para largos períodos. Sahagún atribuyó a ese tipo de dieta la buena salud de los chichimecas, su fuerza y el vivir mucho tiempo. Morían de viejos o de enfermedad; si en tres o cuatro días no sanaban de sus males, los mataban flechándolos.

Por su poco comer y poco vestir andaban muy ligeros, no eran ni gordos o perezosos, los partos de las mujeres eran rudos y prácticos, daban a las niñas a los 4 o 5 años a otro muchacho de su edad y a los niños de un año le daban arco y flecha para que jugara y aprendiera a usarlo cazando lagartijas o sabandijas pequeñas. Usaban maleficios o hechizos, traían el cabello largo, trenzado y no se trasquilaban.

Otras variedades de chichimecas mencionados por Sahagún, son los nahuachichimecas, hablaban idioma náhuatl y chichimeca; los otonchichimecas hablaban la lengua otomí y la chichimeca; los cuextecachichimecas hablaban la cuasteca (huasteca) y la chichimeca. Todos éstos vivían bajo policía y tenían repúblicas, señores, caciques y principales, poblados con sus casas, abundantes en el sustento diario y vestido, su rasgo común era portar y usar el arco y las flechas.¹⁶⁷

De alguna forma a éstos dedica una buena parte descriptiva y no los llamó bárbaros por sus costumbres (porque es notorio cómo le sorprendían algunas cualidades de estos grupos), sino por el significado de su nombre y por lo dicho en los testimonios indígenas. Sahagún los clasificó como diferentes a los mexicas y con menos civilidad.

Cuando describe a los nahuas, observó que se llamaban a sí mismos chichimecas y eran de la generación de los toltecas que permanecieron en esos territorios cuando los toltecas salieron de sus poblados; los nahuas hablaban tosca la lengua mexicana, eran hábiles y estaban organizados política y socialmente por “caciques” o “principales”. De los nahuas no refiere sitios ni lugares de procedencia o ubicación, ni siquiera por el topónimo o gentilicio y aunque los refiere como descendientes de chichimecas, no especifica otros referentes espaciales o culturales.

A los michoacanos no los tuvo por bárbaros, en su parentesco con los chichimecas, a excepción de su dios principal Taras, por eso se decían tarasca(o), en náhuatl significa Mixcoatl, dios de los chichimecas al cual ofrendaban animales. Se les llamaba también quaochpanme, hombres de cabeza rapada, vivían en buenas tierras porque era rica en recursos, sus trajes lucían sencillos y eran muy hábiles en todos los oficios, les elogió mucho por su belleza física; por último, tenían un sistema de vasallaje y a un rey o principal gobernante.¹⁶⁸

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 599-600.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 601 y 609.

Finalmente describió a todos los tipos de grupos indígenas del valle, del sur y de las costas de México, en particular de los mexicas desde sus peregrinaciones y de cómo los dioses los guiaron, del contacto con otros pueblos y su final asentamiento en Tenochtitlán con la fundación de un reino. De eso, mencionó:

Todas las dichas familias se llamaban chichimecas, y aun de tal nombre se jactan y glorían, y es porque todas anduvieron peregrinando como chichimecas por las tierras antes dichas, y de allí volvieron para estas partes aunque a la verdad no se llamaban tierras de chichimecas, por donde ellos anduvieron, sino Tleotlalpan, Tlacoachcalco, Mictlampan, que quiere decir campos llanos y espaciosos que están hacia el norte. Llamáronse tierras de chichimecas porque por allí suelen habitar ahora los chichimecas, que son unas gentes bárbaras que se sustentan de la caza que toman, y no pueblan; y aunque los mexicanos se dicen chichimecas, empero propiamente se dicen atlacachichimeca, que quiere decir pescadores que vinieron de lejas tierras. Las gentes nahuas, que son las que entienden la lengua mexicana, también se llaman chichimecas porque vinieron de las tierras ya dichas, donde están las siete cuevas que ya están referidas, y son las que nombran aquí: tepanecas, acolhuacas, chalcas, y los hombres de tierra caliente y los tlateputzcas que son los que viven tras de las sierras, hacia el oriente, como son los tlaxcaltecas, uexotzincas y chololtecas, y otros muchos; y todos traían arcos y flechas. Los toltecas también se llaman chichimecas, y los otomíes y michoacas ni más ni menos; pero los que están hacia el nacimiento del sol se nombran olmeca, uixtotin, nonoalca, y no se dicen chichimecas.¹⁶⁹

En esta cita de Sahagún notamos el interés del cronista acerca del lugar de origen de los chichimecas, debido a la numerosa cantidad de grupos indígenas que se decían descendientes de chichimecas, o se reconocían como tales. Este mismo interés fue continuado por otros cronistas de la Colonia y tiempo después, por los investigadores preocupados por definir un origen geográfico y las movilizaciones de los chichimecas.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 614.

Lo chichimeca según Diego Durán

Varios cronistas muestran la continuidad en algunos temas recurrentes de los indígenas septentrionales, tanto de hechos históricos como de los tipos de climas, costumbres y nomadismo. Inmerso en esa dinámica de la época, Durán también percibió la necesidad de complementar su trabajo con las obras de sus antecesores, interesándose por tener la opinión de los indígenas como principales fuentes para aportar elementos esenciales de sus culturas.

Durán consideró que la procedencia de los primeros pobladores era el de las tribus exiliadas de judíos o hebreos, como parte de las fábulas míticas en aquellas descripciones de la tradición bibliográfica de la época. Esos primeros hombres fueron parte de los siete grupos que salieron de siete cuevas y se esparcieron por todo el valle de México, de éstos vinieron en peregrinaciones uno por uno en distinto tiempo y lugar, primero los xochimilcas, luego los chalcas, los tepanecas, los culhua, los tlaluic, los tlaxcaltecas y al final los mexicanos.

Durán sugirió los sitios y comunidades donde se fueron asentando, pero al describir a los tlaxcaltecas, ubicados en la actual Tlaxcala y Cholula, señaló a grupos de chichimecas cazadores y campesinos por la forma cómo vivían en las sierras o montes de forma salvaje:

...llamaronlos desta manera a causa quellos vivian en los riscos y en los más ásperos lugares del monte, donde vivian una vida bestial, sin ninguna policia ni consideración humana, buscando la comida como las bestias del mesmo monte, desnudos en cueros sin ninguna cobertura de sus partes verendas, andando todo el dia á caza de conejos, venados, liebres, comadreas, topos, gatos monteses, pájaros, culebras, lagartijas, ratones, langostas, gusanos y yerbas, raíces, con lo cual se sustentaban, y toda la vida se les iba en esto... y así ellas quando iban con sus maridos, dejaban el hijuelo colgado de una rama de un árbol, metido en una cestilla de juncos, bien harto de leche, hasta que volvía con la caza estos chichimecas eran tan pocos y tan apartados unos de otros, que no tenían entre sí ninguna

conversación, no adoraban Dioses ningunos, ni rito de ningun género, ni tampoco tenían ni conocían superior...¹⁷⁰

Estos indígenas dormían en las cuevas de los montes, debajo de los matorrales, sin otro oficio más que el de conseguir los alimentos del día. Eran pocos esos chichimecas, vivían apartados unos de otros, tenían poca comunicación, no adoraban dioses, no tenían ritos y rendían culto al sol y hacían sacrificio a él de algún animal cazado. A estos chichimecas hicieron la guerra los tlaxcaltecas y con astucias los mataron, desterraron o aculturizaron con alianzas familiares.¹⁷¹ De los mexicanos en su trayecto al valle central, dijo que trescientos años después de la salida de los primeros grupos, encontraron toda la tierra poblada, que habían salido de la mítica Aztlán, o también llamada Chicomoztoc, que eran grupos guerreros, de honra y grandeza. Así, de los mexicanos anotó:

Pasaron y rodearon toda la tierra de los chichimecas, sin dejar cosa por ver en toda la tierra nueva y llanos de Cibola, no les contentando nada della, y vinieron aportar á la provincia que agora se dice Mechoacan, a un lugar que pusieron pazcuaro.¹⁷²

En el relato de Durán, su lugar de procedencia es al lejano norte, a muchos años de travesía, los pueblos mexicanos se fueron dividiendo y abandonaron una parte de su población por donde pasaron camino a la tierra prometida, de eso dice:

Dividida la nación mexicana en tres partes, la una quedó en Mechoacan y pobló aquella provincia, inventando lengua particular para no ser tenidos ni conocidos por mexicanos...y la otra parte quedando en Malinalco: la que aportó a Coatepec fue muy poca gente, aunque valerosa y de grande ánimo,

¹⁷⁰ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, Vol. I, cap. II, 1995, p. 65-66.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 61-68. Hay dos observaciones esenciales por hacer, Durán no refiere a ninguna de los grupos que vienen de las siete cuevas como chichimecas, sino a tribus de policía (política y razón), con señoríos y desarrolladas culturalmente. Por otro lado menciona el contacto y relación con los indígenas del norte y la interacción al tiempo de sus migraciones.

¹⁷² *Ibid.*, p. 72.

la cual auia dexado poca en un sitio que llamaban Ocopita y en otro que llamaban Acualcinco...Entrando que entraron en la tierra de Tula, se inquietaron los chichimecas y serranos de aquellos lugares y mostraron enojo y pesadumbre, especialmente la nación Otomí.¹⁷³

Los mexicas construyeron edificios y poblaron Tula, pero luego por guía de su Dios siguieron de provincia en provincia hasta que llegaron a Tenochtitlán, donde por fin radicaron. En su viaje a Tenochtitlán, Durán no mencionó que hubiera chichimecas en sitios como Atlitlatacpan, Xaltocan, Ecatepec, Tultepec, Tepanecas, Azcapotzalco, Tacuba, Coyoacán ni Chapultepec, ni que los mexicas fueran chichimecas en sus inicios. Durán escribió entre 1579 y 1581 su *Historia de las Indias de la Nueva España*.

Es notable que Durán no relacionó a los toltecas con los chichimecas, ni a los toltecas con los mexicas, la imagen del chichimeca como grupo aislado de las culturas civilizadas fue una manifiesta exposición durante la conquista y colonización al norte de la Nueva España.

Lo chichimeca según José de Acosta

Estuvo este jesuita en la Nueva España y también en Perú a fines del siglo XVI. Terminó su obra *Historia natural y moral de las indias* en 1590, plasmando en ella la visión de reinos que a su parecer fueron los más importantes del Nuevo Mundo: los mexicanos y los incas. Habiendo convivido en estas dos diferentes culturas y regiones, el análisis de José de Acosta, enriqueció mucho la perspectiva indígena, respecto a costumbres, al mundo natural y la historia de los antiguos habitantes; en ese tenor su perspectiva sobre los chichimecas nos resulta esencial.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 75.

Hay varias cosas por notar: Acosta sugiere que cuando un pueblo sin rey cría capitanes y príncipes para la guerra, sea el caso del Perú, o de Nueva España, eran pueblos bárbaros desorganizados, condición obligada para transformar su escala jerárquica, ante la carencia de un reino establecido, comparación hecha por él del barbarismo americano con el europeo.

En América reconoció sólo dos reinos y a todas las demás poblaciones como sus subordinadas, y en caso contrario, los identificó como grupos indómitos con cultura primitiva. A partir de ahí, hizo una división teórica sobre los tipos de gobiernos y políticas empleadas en las sociedades indígenas, como es el caso de los reinos Inca y mexicano, sobre ellos dice:

El primero y principal, y mejor, ha sido de reino o monarquía, como fue el de los Ingas, y el de Moctezuma, aunque todos eran en mucha parte, tiránicos. El segundo es de behetrías o comunidades, donde se gobiernan por consejo de muchos, y son como consejos. Éstos, en tiempo de guerra, eligen un capitán, a quien toda una nación o provincia obedece. En tiempo de paz, cada pueblo o congregación se rige por sí, y tiene algunos principales a quienes respeta el vulgo; y cuando mucho, júntanse algunos de éstos en negocios que les parecen de importancia, a ver lo que les conviene. El tercer género de gobierno es totalmente bárbaro, y son indios sin ley, ni rey, ni asiento, sino que andan a manadas como fieras salvajes. Cuanto yo he podido comprender, los primeros moradores de estas Indias, fueron de este género, como lo son hoy día gran parte de los brasiles, y los chiriguanas y chunchos, e yscancyngas y pilcozones, y la mayor parte de los floridos, y en la Nueva España todos los chichimecos ...¹⁷⁴

Reino o monarquía, behetrías y bárbaros salvajes son las fases evolutivas en las formas de gobierno propuestas por Acosta desde dos perspectivas, aludiendo a los indios que evolucionan en sus formas de vida y los permanentemente salvajes, como fue el caso de toda la América a excepción de los Incas y los Mexicanos. Acosta es explícito cuando encontró en la Nueva España tres géneros de gobierno, pero no lo dice con toda claridad y certeza para el caso de centro y sur América.

¹⁷⁴ José de Acosta, *op. cit.*, 2003, Libro 7, cap. XIX, p. 401-402.

En Acosta hay muchos fragmentos casi transcritos de la crónica de Durán, y seguramente de otros autores pero, para nuestro interés, lo referente a los chichimecas está muy específico como podremos ver en la siguiente cita, con una descripción detallada de los “bárbaros” chichimecas donde distingue una graduación cultural de los indígenas en general.

En su *Historia Natural y Moral* hay una fuerte opinión favorable hacia los indígenas, con respecto a su condición humana, poco comprendida y aceptada por españoles y europeos en general. Torquemada también trata estas mismas descripciones de los indígenas, retomando las obras de Durán y Acosta, vio las diferencias tanto uno como con el otro, y observó de la información obtenida:

Los antiguos y primeros moradores de las provincias que llamamos Nueva España, fueron hombres muy bárbaros y silvestres, que sólo se mantenían de la caza, y por eso les pusieron nombre de chichimecas. No sembraban ni cultivaban la tierra, ni vivían juntos, porque todo su ejercicio y vida era cazar, y en esto eran diestrísimos. Habitaban en los riscos y más ásperos lugares de las montañas, viviendo bestialmente, sin ninguna policía, desnudos totalmente. Cazaban venados, liebres, conejos, comadrejas, topos, gatos monteses, pájaros, y aun inmundicias como culebras, lagartos, ratones, langostas y gusanos, y de esto y de yerbas y raíces, se sustentaban. Dormían por los montes, en las cuevas y entre las matas; las mujeres iban con los maridos a los mismos ejercicios de caza, dejando a los hijuelos colgados de una rama de un árbol, metidos en una cestilla de juncos, bien hartos de leche, hasta que volvían con la caza. No tenían superior ni le reconocían, ni adoraban dioses ni tenían ritos ni religión alguna. Viniendo al propósito, estos chichimecas y otomíes, de quien se ha dicho que eran los primeros moradores de la Nueva España, como no cogían ni sembraban, dejaron la mejor tierra y más fértil, sin poblarla, y esa ocuparon las naciones que vinieron de fuera, que por ser gente política la llaman nahuatlaca, que quiere decir gente que se explica y habla claro, a diferencia de esa otra bárbara y sin razón. Vinieron estos segundos pobladores nahuatlacas, de otra tierra remota hacia el Norte, donde agora se ha descubierto un reino que llaman el Nuevo México. Hay en aquella tierra dos provincias: la una llaman Aztlán, que quiere decir lugar de garzas; la otra llamada Teuculhuacan, que quiere decir tierra de los que tienen abuelos divinos.¹⁷⁵

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 420 a 422.

En esta cita alude a grupos del norte que llevaban a cabo estas acciones. Es difícil identificar si se trata de una generalización de los indígenas vecinos al valle de México, otomíes, matlatzincas, tarascos o tlaxcaltecas, o si hacía referencia sólo a los nómadas cazadores recolectores del norte que describen otros cronistas.

Acosta, en capítulos anteriores, mencionó que tiempo atrás se habían acabado los chichimecas en el valle de México; los sobrevivientes, fueron “civilizados” e incorporados a las naciones de indios evangelizados y reducidos en pueblos.

Trata la salida de los siete pueblos y como fueron poblando el centro de México, de las guerras y los sucesos acontecidos en los períodos en que fueron arribando, y el proceso cultural y político gestado en torno a los mexicas. Primero lo xuchimilcas (gente de sementeras de flores), luego el resto: lo chalcas (gente de las bocas); los tepanecas (gente del puente); los aculhua (gente corva, por un cerro encorvado de su tierra) que fundaron Texcoco; los tlatluicas (gente de la sierra) “lo más toscos de todos”; los tlaxcaltecas (gente de pan). Tras enunciarlos, Acosta emitió este juicio: “Al tiempo que todas estas naciones poblaban, los chichimecas, antiguos pobladores, no mostraron contradicción, ni hicieron resistencia, solamente se extrañaban, y como admirados, se escondían en lo más alto de las peñas...”¹⁷⁶

Los chichimecas según Fray Diego Muñoz

En su descripción de la Provincia de los apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán, trató también de las cosas de los chichimecas de la región más

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 423.

septentrional, siguiendo el curso de los ríos hasta el lago de Chapala, pasando por la provincia de Guadalajara, hasta poblados y reales de minas de Tlaltenango, Jalpa o Juchipila. Entre varios tópicos, a manera de apéndice, expuso la geografía de las veredas que iban al norte, al poniente y el oriente de Michoacán a Guadalajara, haciendo mención de los antiguos *pueblos de indios*, en los cuales se asentaron los españoles y de otros donde sólo quedaron los indígenas.

Así vemos la diferencia numérica entre unos y otros, como indicadores de la rápida interpolación de los colonizadores en territorios y poblados indígenas, también en la conversión indígena entre 1580 y 1600. En Michoacán eran 6 monasterios en pueblos de españoles e indígenas y 21 sólo en los pueblos indígenas; en Jalisco 6 monasterios en pueblos de españoles e indígenas y 26 en los pueblos indígenas.¹⁷⁷

En frontera con las provincias y otros pueblos de paz, merodeaban los chichimecas y en la descripción de éstos, mencionó características y costumbres:

Es gente infiel, de bestial fiereza, y que no teniendo asiento cierto, especial en verano, andan discurriendo de una parte a otra, no sabiendo qué son riquezas y deleites, como aquellos que viven desnudos, sin cubrirse aun las partes deshonestas; duermen en la tierra desnuda, empantanada con perpetua sanidad; sufren mortales fríos, nieves, hambres y calores, y por ningún suceso adverso que les acaezca, se entristecen; comen carnes de venados, vacas, caballos, mulas, víboras y de otros animales ponzoñosos, y ésa cuando más bien aderezada, por lavar y medio cruda, despedazándola con las uñas, dientes y manos a manera de lebreles. Diferencian de los Indios de paz en lengua, costumbres y disposición de cuerpo, fuerzas y ferocidad, por la mala influencia de alguna estrella; son dispuestos, nervosos, fornidos, desbarbados; pueden ser tenidos por monstruos de naturaleza, porque en sus costumbres son tan diferentes de hombres, cuando su ingenio es tan semejante al de brutos; son los más déllos borrachos, ladrones, homicidas y crueles: no tienen reyes ni Señores; andan juntos en manadas movedizas, partidas en cuadrillas y capitanes, grandes salteadores; no tienen ninguna ley ni religión...¹⁷⁸

¹⁷⁷ Diego Muñoz, *op. cit.*, 1950, p. 17, 18 y 19.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 13.

Una parte la dedicó a los misioneros franciscanos muertos en su labor evangelizadora, y en particular, resaltó de quienes murieron naturalmente y asesinados por los chichimecas. De los 35 franciscanos andariegos por esas provincias sin precisar las fechas de su llegada o muerte, 9 fueron asesinados por chichimecas, y en particular algunos de ellos por indígenas ya convertidos, como ocurrió en Guadalajara, Zacatecas, Culiacán y Guainamota (costa del mar del sur de la provincia de Jalisco), por ciertas negligencias o descontentos.¹⁷⁹

Otras características descritas de estos indígenas fronterizos en las Provincias de San Pedro y San Pablo fueron las del vocablo chichimeca y algunas de sus costumbres:

Chichimeca es nombre común, entre los Indios, del que no es bautizado, y éste tiene todos los infieles que poseén la más larga y ancha parte de la tierra que hay en las Indias, abundante, en diferentes partes, de venas de plata finísima, y mucha y muy buena yerba para ganado... Adoran ídolos de piedra y barro, de feas y horrendas figuras, a quien ofrecen abominables sacrificios, sangrándose las orejas y otras partes del cuerpo. Es gente dextrísima en el flechar, y que encendidos en la batalla con espantable ferocidad, menosprecian el resto de los que se les ponen delante... Son más valientes que astutos y mañosos, y tienen entre sí guerras civiles muy sangrientas y enemistades inmortales, así nuevas como antiguas, heredadas de mano en mano de sus antepasados... La guerra que traen más continua y con mayores fuerzas y fama, derramamiento de sangre y recia contención, es con españoles, causada, demás de la enemistad derivada de los antepasados a los sucesores, por entrarles en su tierra, cebados de la codicia de las ricas minas de plata, que las más veces les causa cruel y miserable muerte.

No usan arma ninguna ofensiva, ni defensiva de hierro, que no alcancen; pelean desnudos, embijados con matices de diferentes colores, con solos arcos medidos a su estatura, labrados con pedernales, de que también son las puntas de las flechas... Hacen de frutas, deshechas en agua, vino de mal sabor, color y olor, con que comúnmente se emborrachan, que mixturándole ciertas raíces, cobra grandísimo vigor y fortaleza, y estando borrachos, dan infernales aullidos y voces. Su común habitación en invierno en sierras de horribles muelles de peñas que parecen encadenadas, porque se van continuando unas con otras, fragosos, enhiestos y desesperados valles, bosques muy espesos de árboles espinosos y nocivos, cumbres altas y despeñados, desapacibles collados, barrancas estrechas y de increíble profundidad y aspereza. Los caminos, si alguno hay, cortados y estrechos, temerosos de ver e imposibles de andar, por ser muy embarazados con grandes peñas y saltos, inútiles de todo punto para gente de pié y de caballo,

¹⁷⁹ *Ibid.*, Ver estos datos en las páginas p. 25 a 50.

que solo se ve, lo que parece increíble, que anda por ellos los Chichimecas con ligereza que gamos y cabras montesas.¹⁸⁰

La postura de los indígenas del norte en este fraile sí evoca la generalidad de los chichimecas de la época. Tratándose de características de fines del siglo XVI, se observa en su obra el reproche o rechazo a ciertos grupos en donde más se hizo daño a los frailes y demás españoles muertos en manos de aquellos indígenas. Por otro lado el esfuerzo evangelizador parecía redimir aquel menosprecio por los grupos más aislados y reticentes a la conversión o pacificación, según escribe Muñoz, pues muchos de esos pueblos, menos belicosos, fueron convertidos por la paz.

Su versión de los chichimecas pudo dimensionar dos géneros en los cuales presenció lo atroz y lo privilegiado, en cuanto al papel de los religiosos ganando terreno en partes del norte bárbaro en Michoacán y Jalisco. La parte salvaje sin duda no fue redimida en lo inmediato, pues para la segunda mitad del siglo XVI la frontera con los chichimecas no se hallaba tan extendida al norte a causa de las batallas libradas contra ellos. La lucha más cruenta estaba en ese momento en contra de los chichimecas de las fronteras norte y occidente de Michoacán y Jalisco, con los grupos de Guanajuato, San Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas, Durango y Nayarit.

Lo chichimeca según Cristóbal del Castillo

Fue uno de los cronistas de ascendencia indígena que trataron la historia de los pueblos chichimecas y mexicas, dejándonos una valiosa interpretación de la historia de los

¹⁸⁰ Diego Muñoz, *op. cit.*, 1950, p. 12 a 16.

pueblos indígenas antes de la conquista de Tenochtitlán. Cristóbal del Castillo escribió su obra a finales del siglo XVI, casi a la edad de 80 años, entre 1597-1600.¹⁸¹

En su historia, los chichimecas no aparecen como un grupo aislado, particular o identificado por el norte o prácticas rudimentarias. Los chichimecas aparecen como el nombre del lugar de donde vinieron los mexicas, no llamados así en el tiempo de sus migraciones, ni tenochcas, sino por los gentilicios de Aztlán, Chicomostoc, Chichimecatlalpan:

[Cuando] de allá vinieron su nombre era, se nombraban, aztecas chicomoztocas, pues de donde salieron, cuando vivieron, [fue de] Chicomóztoc Aztlán. Y después se nombraron colhuaques chichimecas, a causa de que llegaron ahí, al Huel Colhuacan, Huel Chihimecatlalpan; por eso se nombraron colhuaques chichimecas chicomoztocas aztecas. Y después se nombraron de dos formas. Primeramente tenochcas, por causa de quien los venía guiando, su gobernante y su guía, cuando vinieron a llegar al lugar que llamaron Tenochtitlan. Y también después todos los pobladores – los azcapotzalcas, los tepanecas que se llaman en conjunto tlacopanecas, y todos sus súbditos, los coyohualques, los atlacuihuayancalques-, los nombraron *mexixquilquani*, comedores de mastuerzo, porque comían mastuerzo por hambre. Y sólo después [los] llamaron correctamente mexicas, ya no los juzgaron comedores de mastuerzo, sólo mexicas, mexiltin.¹⁸²

El orden que dieron a los nombres estuvo relacionado con los desplazamientos tempranos de los indígenas del norte, rumbo al noreste, al sur y al valle de México. No mencionó el autor distancia u otras referencias geográficas de dónde estuvieron estos sitios; sin embargo, aparecen Aztlán y Chicomoztoc en primer orden.

Del Castillo habla del inicio del viaje de los chichimecas: “vinieron a salir por donde se parte el mar” y de ahí cruzaron la tierra.¹⁸³ Hay varias posibilidades para interpretar esto, pues en otras crónicas o fuentes contemporáneas ubicaron estos sitios,

¹⁸¹ Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e historia de la conquista*, 2001.

¹⁸² *Ibid.*, p. 87 y 89, esta primera parte corresponde a la “Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos”.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 87.

el lugar donde se parte el mar, por los ríos Lerma, el Balsas o el Pánuco, ya fuera el cauce principal o alguno de sus ramales, o por las cercanías de Guanajuato, Querétaro, Hidalgo o al valle de México.

Después fueron colhuaques chichimecas, en referencia a Colhuacán y Chichimecatlalpan, posiblemente más cercanos al valle de México.¹⁸⁴ Este proceso ocurrió durante sus migraciones, cuando contaban con el culto a Huitzilopochtli que Cristóbal del Castillo consideró como el más antiguo de los chichimecas.¹⁸⁵

Al final mencionó cómo “sus abuelos y sus padres texcocanos” habían venido mereciendo tierras y esparciendo descendientes radicados en todos lados. Igual ocurrió con los teochichimecas, asentados en muchos sitios, hacia Huei-Colhuacán, Huei-Mollan Xallixco, donde se ponía el sol, con los chichimecas temime y popolocas, de los cuales Castillo consideró que tenían diferentes lenguas. Esas últimas referencias sin duda están citadas de Sahagún pero resultan interesantes porque en todas ellas hay una orientación norte-occidente, otra vez recurrente hacia los sitios de origen.

Lo chichimeca según Fernando de Alva Ixtlilxóchitl

Este autor, descendiente proclamado de los chichimecas de Xólotl y de los toltecas, redactó su obra resaltando la grandeza de los señores de Texcoco, elevando el estatus de nobleza como descendiente de gobernantes toltecas y por ende de la nobleza de los

¹⁸⁴ Ya en el trabajo de Kirchhoff y de otros investigadores, hallaron estos sitios cerca de Tula. Finalmente respecto a su transformación cultural, fueron adaptándose en varios aspectos a las tradiciones chichimecas como el sacrificio humano, la conquista bélica, el canibalismo y culto a Huitzilopochtli. Paul Krchhoff, *Historia Tolteca-chichimeca, op. cit.*

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 92-115, en la definición de los nombres de este dios era tlacatecóltil (hombre búho), Tetzauhtéotl (dios espantoso, de mal agüero).

chichimecas. La primera parte de su obra, la *Historia de la Nación Chichimeca*, data de 1600, cuando contaba con 22 años; *La relación sucinta en forma de memorial...*, (relacionada con la historia de Texcoco) es de 1608 y la tercera parte, quizás la última de las historias generales escritas por él, fue *La sumaria relación de la historia general* en 1625, al mismo tiempo continuaba con la *Historia de la Nación Chichimeca*.¹⁸⁶

La mayoría de las obras de Alva Ixtlilxóchitl fueron escritas para justificar la línea de ascendencia y propiedad de varios territorios del reino de Texcoco, los cuales habían pertenecido a sus antepasados, pero esa suposición quizás vale la pena reconsiderarla por su carácter historiográfico. Le hacía falta a Ixtlilxóchitl presentar la relación de sus antecedentes familiares como parte de la nobleza indígena para reivindicar y defender su riqueza. Pero los pleitos jurídicos y afectaciones de las propiedades se vinieron dando con demasiada presión y pérdidas, desde 1643 hasta 1690, cuando el autor tenía edad avanzada. Sus descendientes continuaron los litigios cuando Ixtlilxóchitl ya no pudo atender su reivindicación ante los tribunales novohispanos en virtud de su avanzada edad.

Las críticas o juicios a la obra de este cronista han sido hasta cierto punto tendenciosos, poniendo el énfasis en las imprecisiones históricas y el tinte europeizante de los relatos que hizo, pues trató de sincronizar muchos eventos de la historia de Europa con los acaecidos en América, forzando fechas de su propia historia para hacerla coincidir con acontecimientos significativos de la cultura Occidental. A pesar de las críticas, la historia escrita por Ixtlilxóchitl podría también dejarnos una importante perspectiva de la historia tolteca, arraigada en la tradición histórica chichimeca, de las cuales surgieron los principales señoríos en el valle de México.

¹⁸⁶ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras Históricas*, 1985, Tomo II; ver el estudio preliminar de Edmundo O'Gorman.

Según el autor en la primera parte de la *Historia de la nación chichimeca*, los primeros pobladores del centro de México fueron los gigantes, luego los olmeca-xicalanca y después los tolteca. Estos últimos, venidos del norte (posiblemente desde California) después de un siglo de migración y de dejar pobladores en los mejores lugares y puestos de avance para habitarlos, llegaron hasta Tolan.¹⁸⁷ Luego de siete años, aproximadamente para 510 d.C., eligieron a su primer rey.

Presentó la sucesión de reyes toltecas hasta su caída en 980-1010 d.C. Decadencia que no atribuyó a la venida de los grupos chichimecas del “norte”, sino a una prolongada sequía de veintiseis años que alteró los sistemas productivos, a los conflictos internos entre los mismos toltecas y la oportunidad para hacerse del gobierno y poder toltecas por parte de algunas comunidades inconformes con los gobernantes.¹⁸⁸

Luego de un periodo de conflicto y decadencia de los antiguos centros hegemónicos tolteca, llegó aproximadamente en el 963 el chichimeca Xólotl con sus huestes guerreras, además de una gran población. Exploraron el valle de México, encontraron grupos indígenas toltecas escasos y dispersos, se asentaron en las sierras de Xocotitlán, Chiuhnauhtecatl, Malinolacan, Itzocan, Atlixcahuacan, Tenalcatitlan y otras de los alrededores.

A partir de la llegada de los grupos de Xólotl y de posteriores migraciones de otros grupos chichimecas, también arribaron varios grupos acolhuas, tepanecas y otomíes, originando importantes reinos y naciones. De los chichimecas tenemos una serie de denominaciones e ideas un poco distintas a las tradicionales imágenes de los siglos XVI y XVII:

Y este apellido y nombre chichimeca lo tuvieron desde su origen, que es vocablo propio de esta nación que quiere decir los águilas, y no lo que suena

¹⁸⁷ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, 2000, p. 61-64.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 66-68.

en la lengua mexicana, ni la interpretación bárbara que le quieren dar por las pinturas y caracteres, porque allí no significa los mamones, sino los hijos de los chichimecas habidos en las mujeres tultecas; aprovechándose los históricos de los labios que concluyen la partícula *te* para poder pronunciar tepilhuan.¹⁸⁹

Más adelante, siguiendo con el del concepto chichimeca, refirió algunas de las prácticas de ciertos reyes toltecas mezclados con los señores nahuas, en uno de los rituales de nombramiento de nuevos gobernantes en la cuenca central:

... y después de haberle puesto en la cabeza las cosas referidas, salían a ciertos campos en donde tenía acorraladas cantidad de fieras de todo género, con quienes peleaban y hacían mil gentilezas y después de haber matado y despedazado, corrido, saltado, y flechádose unos a otros y hecho otras cosas de regocijo a su modo, iban a los palacios, que eran unas cuevas grandes, en dónde comían todo género de caza asada en barbacoa, y no, como algunos piensan, seca al sol; porque siempre los chichimecas usaron el fuego y era ley entre ellos, que cuando tomaban posesión de alguna tierra encendían fuego, sobre las más altas sierras y montañas... Los cuales andaban por familias y los que no tenían cuevas, que era su principal habitación, hacían sus chozas de paja; y la caza que cazaban los de cada familia, la comían todos juntos excepto, las pieles que eran del que la cazaba... Casaban con sola una mujer y ésta no parienta en ningún grado, aunque después sus descendientes casaron con primas hermanas y tías, costumbre que tomaron de los tultecas. Y finalmente fue y ha sido la nación más belicosa que ha habido en este nuevo mundo, por cuya causa señorearon de todas las demás.¹⁹⁰

Observamos en su obra la intención de reivindicar el estado cultural de los predecesores chichimecas, atribuyéndoles muchas características de abolengo y tradición en su pueblo. Opinó en contra de los juicios de rechazo a los chichimecas. Porque veía la persistencia de rituales propios del norte chichimeca en algunas prácticas en grupos indígenas del valle central de México.

Aparte de su acentuada insistencia en un refinamiento de la cultura chichimeca durante sus migraciones al centro del país, también hizo mucho énfasis en cómo esa cultura chichimeca influyó a las culturas tolteca y mexica para alcanzar poder y

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 70.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 81-82.

esplendor. Aun cuando su obra es una relación histórica esencial en la tradición historiográfica texcocana, podemos ver la perspectiva de poblaciones milenariamente arraigadas en esta área y en las que persistió la tradición oral.¹⁹¹

Ixtlilxóchitl dio por finalizado el periodo del reino de los chichimecas con la toma de gobierno de Nezahualcoyotl, dando paso al gran periodo tolteca con los texcocanos, los mexicas y tepanecas. La fecha de ese periodo es en 1426-1427, a partir de la cual floreció el dominio de Azcapotzalco, que anteriormente habían estado bajo el dominio chichimeca, extendiéndose hacia todo el Anáhuac.¹⁹²

El discurso de Ixtlilxóchitl acerca de los chichimecas estuvo definido en la escritura de la *Nación Chichimeca* al tratar de defender la parte noble de ascendencia, sin escapar del todo de la parte negativa del universo historiográfico de los chichimecas. Tenía muy presente la situación del debate del concepto chichimeca, porque desprestigiaban e interpretaban mal la palabra, al relacionarla con el sentido peyorativo que le dieron de bajo nivel cultural en los indígenas del norte de México.

Situación que comentó en *La Sumaria Relación*, por eso al describir la migración del norte hacia el sur de los toltecas alrededor del 439 d.C., en esa travesía hacia donde habían vivido los quinametin, ya destruidos, los chichimecas del norte eran sus vecinos, y los toltecas dejaron grandes y prósperos territorios a los cuales no entraban los feroces vecinos chichimecas.¹⁹³

¹⁹¹ Con esta referencia no pretendo justificar la intención o la forma de redactar su obra, sino dos tipos de rechazo a su obra que han contribuido a ignorar algunas de las aportaciones de este texcocano. Por una parte el rechazo de los mexicas y sus descendientes luego de la conquista, y por el otro el de los españoles al apropiarse de las tierras de Texcoco o sus alrededores y por supuesto de los descendientes de los conquistadores. Cuando hago referencia a la aportación del autor en la historiografía chichimeca, no lo hago sólo en torno a las fuentes escritas, sino a la tradición histórica oral prevaeciente entre esa población, no obstante el tiempo de redacción de su obra, pudo estar muy presente entre la población indígena o mestiza.

¹⁹² Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, 1985, p. 76.

¹⁹³ *Ibid.*, p. 266. Aquí observamos esta separación conceptual del autor respecto a los chichimecas, pero más, la noción de que chichimecas eran los vecinos, asentados en los alrededores del valle de México.

Durante ese viaje no llegaron directamente a Tulantzingo sino que primero pasaron por Jalisco, luego por Chimalhuacan, Tuxpan, Quiyahuitztlan, Anahua, Zacatlán, Tizapan, Tepetla, Mezatépec y luego a Tulantzingo alrededor de 556 d.C. Luego de fundada Tula, acordaron visitar a algunos reinos vecinos. Uno de ellos estaba en las tierras de Ziuhcóhuac y Huejutla, junto a Pánuco y Tampico, cercanos a los nombrados chichimecas por Ixtlilxóchitl, “competidores” de los toltecas a quienes habían hecho previos ataques, y tras hacer relaciones de parentesco con ellos trataban de evitar futuras incursiones bélicas.

Las migraciones chichimecas tuvieron como referencia geográfica al norte, a partir del corazón de la Nueva España, o desde Texcoco: “...tenían sus reinos y señoríos hacia la banda del septentrión, que corría más de dos mil leguas de largo y de ancho casi mil leguas...”.¹⁹⁴ Las características de estos grupos son idénticas en otras fuentes y en las que seguramente se fundamentó, gente bárbara y feroz de naciones fuertes. Vestían pieles de animales, usaban una especie de sandalias, comían presas de caza y otros alimentos muy comunes como el pan de mezquite; sus casas eran cuevas o casas con el techo de paja. Sus armas el arco y una cerbatana muy eficiente usadas por los señores principales; no practicaban el sacrificio humano.

Había muchos géneros de chichimecas no identificados por Ixtlilxóchitl ya fuese por grupo o nación, encontró ciertos rasgos distintivos en unos pueblos y otros. Por ejemplo, dice, hubo unos más bárbaros que otros, y otros indómitos parecidos a los gitanos, sin rey ni señor; grupos de caníbales. Diferenció a aquellos chichimecas septentrionales porque no eran “...de linaje de los de esta tierra, porque tienen sus repúblicas, ciudades y reinos y provincias, y guardan sus ciertas leyes, no dejando llegar a esos en sus tierras, siempre los echan y los traen muy oprimidos, no dejándolos en los

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 289.

poblados, sino en tierras ásperas y desiertos...”.¹⁹⁵ Al hablar de los chichimecas de Xólotl comentó:

A estos hombres valerosos y de mucho gobierno cumplen su palabra y no la quebrantan, virtuosos y amigos de sus amigos, altos de pensamientos y obras, los señores de esta tierra por sublimarse decían que eran chichimecos invencibles y obedecidos por toda la tierra, e llamar a un rey, como chichimeco, era como decirle la más suprema palabra que se puede decir; y todos los valientes se preciaban de ese nombre, como parece en sus cantos y historias, que aún hasta hoy cantan los naturales, especialmente de una nación que llaman canto de mercaderes, por ser de peregrinación... Otros muchos cantos hay donde se hecha de ver ser la nación de más alta y prosapia generación y valerosa de cuantos hay en la Nueva España, ni hubo.¹⁹⁶

Si bien esta diferenciación estaba muy clara en Ixtlilxóchitl, también lo era la conciencia de nobleza entre los señores ancianos y autoridades de varios pueblos, el nombrarse descendientes de chichimecas, porque más adelante enfatizó mucho los dos linajes que habían originado los reinos del valle central: los chichimecas y los toltecas. De ellos surgieron muchas generaciones, de los chichimecas del valle central salieron los auténticos chichimecas, aculhuas y aztlanecas, llamados mexicanos, tlaxcaltecas, tepehuas, totonaques, cuextecos, mexcas, michuaques, otomíes, mazahuas, matlatzincas y otras más eran chichimecas; los toltecas eran texcocanos, cholultecas, mixtecas, tepanecas, xochimilcas, toxpanecas, xicalancas, chonchones, tenimes, cuauhtemaltecas, tecolotecas y más.¹⁹⁷

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 290, Esa clase de chichimecas el autor menciona que fueron encontrados por los españoles en el siglo XVI en el norte. Un dato interesante es que a esos indígenas sin señor o gobierno, trataron varias veces los españoles de adaptarlos a costumbres de los chichimecas del centro de México, con reinos y señores, pero rechazaban esas imposiciones.

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 290-291.

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 307.

Lo chichimeca en Gerónimo de Mendieta

Pasó la segunda mitad del siglo XVI en la Nueva España y concluyó su obra en 1603-1604. Franciscano desde muy joven, viajó a la Nueva España en 1554. Mendieta relató su crónica a partir del trabajo de fray Andrés de Olmos y los testimonios recopilados entre los viejos caciques (principalmente de señoríos considerados chichimecas) México, Tezcoco, Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, Tepeaca y Tlalmanalco. El lugar de origen de los primeros pobladores (según relatos de indígenas de Texcoco) fue en Aculma, el Aculhua “mítico”, cercano a Texcoco, donde estaba Chicomoztoc (en eso coincide con las ubicaciones proporcionadas por la investigación de Kirchhoff).

De la migración de los antiguos pobladores al valle de México, concuerda Mendieta en dirección noroeste, a la parte de Jalisco, al poniente Novohispano, salieron de Chicomoztoc y fueron poblando periódicamente, adaptándose a culturas, tierras y pueblos a donde llegaban. También destacó cómo los texcocanos afirmaban ser los primeros moradores de su tierra, de origen chichimeca:

Dice Don Andrés de Olmos que quien más le satisfizo acerca de esta materia fue un indio principal viejo de texcuco llamado D. Andrés el cual preguntado por él lo que sabía acerca de la venida de sus pasados respondió: que lo que de los antiguos había entendido, era que todos habían venido de lejos tierras en doce o trece capitanías o escuadrones, y que unos se adelantaban y andaban más que otros, y que así llegaron primero los chichimecos sus abuelos a tierra de Texcuco, y la habitaron, no para hacer luego casas, sino que habitaban en chozas o cuevas, y no sembraban, ni cocían, ni asaban la carne, hasta que después otras gentes, que ellos llamaban culhuaque, vinieron, de ellos tomaron el sembrar, y asar de la carne, y otras cosas. Después de éstos, dice que llegaron los mexicanos y trajeron los ídolos (que antes no sabían los chichimecos de sacrificios, sino que al sol solamente ofrecían yerba o otra cosa), y que chichimecos cundieron y poblaron la tierra, viviendo comúnmente de caza (como muy diestros que eran en tomarla, y lo son agora, de arco y flecha), sin sembrar ni coger, como el día de hoy los hay muchos en diversas partes, andando desnudos y sucios, la estatura de los hombres y lo demás de salvajes.¹⁹⁸

¹⁹⁸ Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indiana*, p. 268. La cita está tomada del testimonio de un indígena texcocano recopilado por Andrés de Olmos, del cual lo retoma Mendieta.

Con estas migraciones del norte, también trajeron consigo el culto a ciertos dioses, como Huitzilopochtli, Tezcatlipoca y Camaxtli, de la generación de los chichimecas, principalmente otomíes.¹⁹⁹ De la genealogía de los indígenas de Chicomoztoc, refirió la partida de distintas generaciones dispersas tiempo después en el centro y sur de México. La otomí fue la más grande, en opinión del cronista porque otomíes había en todas las montañas alrededor de México estaban llenas de ellos, sin contar Jilotepec y Tula, sus principales centros.

Respecto a los chichimecas está más enfocado en el punto de vista historiográfico, esto es, basado en la información de los códices indígenas. Su descripción de los chichimecas del norte fue sólo en algunos aspectos coincidente con otros cronistas, por la referencia de un indígena texcocano contando su parecer sobre el tema.

Esta diferencia descriptiva fue resultado de la interacción con pueblos indígenas chichimecas en el valle de México. Toda referencia a lo chichimeca venía por la línea de nobleza e importancia entre los mexicas, texcocanos, cholultecas y tlaxcaltecas. La identificación de estos chichimecas como primeros pobladores, representaba la evolución de grupos con un refinamiento cultural, no despreciado por este fraile, salvo por algunas prácticas como el sacrificio humano de colhuas y mexicanos, y el paganismo.

¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 201.

Lo chichimeca según Juan de Torquemada

Fray Juan de Torquemada redactó la *Monarquía Indiana* entre los años de 1613 y 1615 y fue impresa en España. Es considerada una valiosa obra por el carácter histórico en ella, tanto por la cultura indígena, como el papel de los españoles en el Nuevo Mundo.

Los conceptos de bárbaro y chichimeca en este cronista son interesantes, porque si bien hay diferentes apreciaciones personales (experiencia propia, o erudición de la consulta de otras fuentes) en las descripciones de estos indígenas, incluyó datos no tratados a fondo como la explicación del barbarismo de estos chichimecas.

Sus reflexiones en torno a la barbaridad, la llegada de los chichimecas, el problema de las lenguas de esos grupos migrantes, los antiguos habitantes en el centro de México y la imagen de lo chichimeca, buscaban dar una interpretación del viejo mundo indígena. Por eso su preocupación de hablar del origen en los primeros pueblos y su identificación con los chichimecas, respecto a los indígenas del norte durante la conquista como vemos a continuación:

Aunque una cosa se ha de tener por infalible y es, que todos concuerdan que son advenedizos y que su origen es de hacia aquellas partes de Jalisco que es al poniente, respecto de México... unos dicen que salieron de aquella gran cueva que ellos llaman Chicomoztotl (que quiere decir, Siete Cuevas) y que vinieron sus pasados, poco a poco, tomando, dejando o mudando sus nombres conforme a los sitios o tierras que hallaban. Los de Tetzcuco dicen ser los primeros moradores y ser chichimecas (como verdad es, como se verá adelante en la prosecución desta historia) y al presente algunos de la misma lengua.²⁰⁰

Torquemada desaprueba la hipótesis de que las siete familias de Chicomoztoc fueran parte de un mismo grupo, basado en la comparación lingüística, al encontrar

²⁰⁰ Fray Juan de Torquemada, *op. cit.*, Vol. I, lib. 1, cap. XI, pp. 47-48.

tantas diferencias en las leguas. Torquemada pudo constatar esas diferencias durante sus estancias entre esos diferentes pueblos.

Aún y cuando hubiera sido una y la misma familia, con el tiempo debieron separarse a tal grado de ser incompatibles al momento en que el fraile viajaba por las fronteras del norte de la Nueva España. La importancia de esta hipótesis está sostenida en estudios lingüísticos actuales, donde encontraron dentro de las lenguas chichimecas un tronco común. Si bien no necesariamente nos encontramos con un mismo linaje en la descendencia de estos pueblos, sí hubo estrechas relaciones entre ellos revelando intercambios y/o mezclas poblacionales.

Nos adelanta una interesante referencia histórica con respecto al orden del origen de las culturas indígenas pues, siguiendo a este cronista, los primeros habitantes en el valle de México fueron los toltecas, seguidos de los chichimecas y los nahuas creadores del dominio mexicano:

Y vemos que los aculhuas confiesan otros primero que ellos (que son los chichimecas) y los chichimecas a los tultecas, a cuyo fin y acabamiento llegaron. También los tlaxcaltecas (que tienen la misma lengua nahual) que los mexicanos y los tetzcucanos (aunque algo más tosca y serrana), confiesan que sus antecesores vinieron de la parte del norueste (que es entre el norte y el poniente) y tienen por armas dos saetas; y las tenían guardadas con grande veneración... teniendo estos tlaxcaltecas estas dos saetas por principal señal para saber si habían de vencer, prosiguiendo la batalla, o si habrían de retirarse y salirse afuera...²⁰¹

Cuando habla de Xólotl, describió a los indígenas chichimecas retomando a Durán, Sahagún, Acosta e Ixtlilxóchitl, y destacó el origen de los grupos y aspectos culturales de los chichimecas. En una de las referencias tomadas de Sahagún, Torquemada mencionó a los chichimecas cuando desalojaron a los tlaxcaltecas,

²⁰¹ *Ibid.*, p. 50-51.

evidenciando a los teochichimecas como los más beligerantes. Sobre el tema de lo chichimeca, escribió:

... que hacia la parte norte de la Nueva España hubo unas provincias cuya principal ciudad fue Amaqueme y cuyos moradores en común y genérico vocablo fueron llamados chichimecas, gente desnuda de ropas de lana, algodón, ni otra cosa que sea de paño o lienzo; pero vestida de pieles de animales; feroces en el aspecto y grandes guerreros, cuyas armas son arcos y flechas. Su sustento ordinario es la caza, que siempre siguen y matan; y su habitación en lugares cavernosos, porque como el principal ejercicio de su vida es montar, no les queda tiempo para edificar casas. Tomaron ese nombre de chichimecas estas gentes (que así se nombraron) del efecto que significa su nombre; porque chichimecatl tanto quiere decir como chupador o mamador; porque chichiztli es acto de mamar o mamadura; y chichinaliztli es el acto de chupar o chupadura y así se llama el pecho y teta de la mujer y la de cualquier otro animal chichihualli; porque estas gentes en sus principios se comían las carnes de los animales que mataban crudas y les chupaban la sangre a manera del que mama, por eso se llamaron chichimecas, que quiere decir chupadores y mamadores. De este nombre techichinami, que es chupador o el que chupa, estas gentes (según se lee de ellos en sus antiguas pinturas) no alcanzaron tan artificiosa idolatría; ... Estas chichimecas naciones fueron gobernadas y regidas de valerosos y esforzados capitanes y señores, entre los cuales fueron Icuahutzin, el cual gobernó su señorío ciento ochenta años. Luego su hijo Mocoeloquichtli que gobernó ciento cincuenta y seis años, luego Tlamacazin que gobernó ciento cincuenta y tres y murió el mismo año que se destruyeron los toltecas. Este dejó dos hijos Achcauhtzin y Xolotl...²⁰²

Del capítulo XV al XXII de la *Monarquía Indiana*, habló de la ocupación de los chichimecas en el valle central e hizo una interesante reflexión, justificación y quizás una teoría del por qué en toda sociedad hay una evolución comenzando del barbarismo y desarrollando sus formas de vida al sedentarismo.

En su visión de lo chichimeca vemos dos hechos relevantes: todos los pueblos atravesaron por un periodo bárbaro en su desarrollo; la existencia de un personaje en particular que les llevó a la civilidad o a transformar su estado salvaje en uno culturalmente más desarrollado.²⁰³

²⁰² *Ibid.*, cap. XV, p. 58-59.

²⁰³ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, 1985. Ver la parte de “Historia de los señores toltecas”, p. 263-274 y Las relaciones chichimecas, p. 417-430. Encontraremos en Ixtlilxóchitl otra interesante interpretación de la historia chichimeca, aun cuando denota ciertas influencias descriptivas en la narrativa

Además, expuso los casos de Italia, España, Atenas, Creta donde pasó exactamente igual como a los chichimecas, hablando del fenómeno en la naturaleza humana de liderazgo:

De estos ejemplos, antiguos y modernos, parece claramente no haber naciones en el mundo, por rudas y bárbaras, groseras y fieras, bravas y brutales que sean, que no puedan ser reducidas a modo político y vida sociable, haciéndose domésticas, mansas y tratables. De todas las referidas y una de las que caben con mucha propiedad en esta historia, es la de los chichimecas, que en sus principios se halla haber vivido (como dejamos dicho) dearramados y esparcidos en cuevas y rancherías de piedras y riscos y no en pueblos que tuviesen forma de ciudad y calles, con casas labradas de piedras y otros materiales requisitos; y éstos (como adelante veremos) se redujeron a otras moradas, que hacían forma de pueblos y ciudades, siendo en sus principios muy semejantes a los referidos en este capítulo, así en su desnudez, comida, vida brutal y bárbara.²⁰⁴

De aquí observamos la preocupación de Torquemada por insertar la historia de los chichimecas en un contexto histórico comprensible para su propia cultura y para la experiencia histórica de sus contemporáneos. En la valoración de la obra de Ixtlilxóchitl, es considerable la aportación al profundizar sobre los chichimecas y hacer reflexiones históricas y filosóficas de esas culturas.

Si bien Acosta inicia una distinta forma de considerar el gobierno de los bárbaros y de incluirlos en un proceso evolutivo como sociedad, Torquemada lo extiende al análisis comparativo a un fenómeno social y eso derivará en posteriores disertaciones por los orígenes del salvajismo y barbarismo inherente a la condición humana.

Por otro lado vemos la exaltación de la figura de Xólotl en el sentido mesiánico, del individuo reivindicador (comparando con otras culturas del Viejo Mundo) para la

y secuencia temática, se observa un alejamiento por lo menos en las fuentes utilizadas tanto de Sahagún, Durán y Acosta en lo referente a los chichimecas. No trata Ixtlilxóchitl con profundidad del mundo cultural chichimeca, salvo breves descripciones ya mencionadas. Torquemada se apoya principalmente en la historia tolteca, desde la llegada de éstos, lo sucedido con Xólotl y con los sucesivos gobernantes.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 74.

civilización de los chichimecas, porque al parecer ocurrió en todas las culturas del mundo.

Torquemada reflexionó en el término bárbaro aplicado a los chichimecas desde una perspectiva humanística, sin dejar de lado el tono despectivo hacia esos grupos indígenas. Añadió una justificación de carácter antropológico al sentido natural de bárbaro,²⁰⁵ y tuvo como tales a los grupos carentes de letras y sabiduría de su propia cultura. El hecho de considerar bárbaras a las culturas en el Nuevo Mundo, partía del entendimiento (tratándose de tierras diferentes, así como de culturas diferentes para aplicar la filosofía griega) de grupos indígenas a quienes los europeos también consideraban “extraños” y con un lenguaje diferente:

También quiero que se advierta que no deben ser llamados bárbaros por el extraño lenguaje que usan y ajeno al castellano o latino; porque por esta razón todos se pueden llamar bárbaros, pues sabemos por muy cierto, que todos nos diferenciamos unos de otros; y si el castellano llamare bárbaro al indio, por hablar lengua diferente que la que él habla, también el indio, por esta misma razón, llamará bárbaro al castellano, pues es su lenguaje ajeno al que el indio habla; y también se suele llamar bárbaro uno comparado a otro, porque es extraño en la manera de hablar cuando el uno no pronuncia bien la lengua del otro, y también cuanto a la conversación que no se conciertan bien en el hablar, tratar y conservar uno con otro.²⁰⁶

Resulta esclarecedor el reproche de los malos entendidos de conquistadores y evangelizadores en relación con los indígenas, reproche hecho por Acosta, acusando a los frailes de mal interpretar a las culturas indígenas. Por eso eran importantes las obras de ciertos frailes para una mejor comprensión de estas culturas, y lograr un mejor proceso de evangelización. No fueron los únicos, esa denuncia de la incomprensión de la lengua nativa para doctrinar, pacificar y civilizar fue una petición y sugerencia de varios cronistas (Bartolomé de las Casas, Pérez de Ribas, Miguel del Barco, etc.)

²⁰⁵ *Ibid.*, Libro 14, cap. XXVIII, p. 385-386.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 386-387.

Torquemada señaló que los chichimecas eran pueblos aislados, sin política, sin ley, sin gobierno, sin ciudades, sin señores, sin vida social, ni muchas otras actividades que vuelven civilizada a una nación, como el contacto, la comunicación o la convivencia. Es lógico, ante estas definiciones, encontrar que la tradición de la época clásica hecha por griegos, romanos y la filosofía escolástica, predominó en los frailes cronistas, matizando rigurosamente a estas sociedades de austeras.

Atendiendo a la exigencia historiográfica de remitirse a los indígenas del norte, el escrutinio de este cronista, no encajaba del todo en los modelos de civilidad observado en los descendientes de chichimecas que vivían en el valle de México.

Lo chichimeca en Matías de la Mota Padilla

Para 1742 la historia de este cronista, fue una importante interpretación de los hechos coloniales de principios de la conquista, y en particular de la historia de los chichimecas, por los distintos matices, datos posteriores y estudios hechos acerca de la colonización de Nueva Galicia. Dentro de los primeros capítulos trató sobre el origen de los pueblos y retomó lo dicho por los informantes de los conquistadores y evangelizadores.

La mayoría coincidía en un sitio de procedencia “de lo más interno del norte” de Aztatlán, varias familias de ahí pasando en varios periodos por Nuevo México, por Jalisco, Michoacán y hasta Texcoco. Luego una segunda migración de aquél Aztatlán

vinieron otras familias por Topia, Zacatecas, Teocaltiche, Querétaro y hasta llegar a la Laguna de México.²⁰⁷ De estas oleadas mencionó:

...unos y otros hacían migraciones de diez, veinte y treinta años, daban guerra a las naciones que hallaban dispersas; y estas, como menos unidas entre sí, se ponían en fuga y se retiraban á los montes quebrados y barrancos, dejándoles á los mexicanos sus poblaciones; otros, vencidos y cautivos, se subyugaban á los mexicanos, y quedaban entre ellos, de que nació mezclarse y pervertirse la lengua azteca, que es la que más extendida está en el reino de Nueva-Galicia, aunque no con la perfección que en México, y en las rancherías de indios, adonde los mexicanos no se atrevieron á entrar, se conservaron en su nativo lenguaje, como son en la sierra de Michoacán, la lengua tarasca; y en serranías cercanas á México, la otomí, y dentro del reino de la Nueva Galicia quedaron algunas otras naciones, como son las cocas, tequexes, choras, tecualmes y nayaritas, y otras, que después de pacificada la tierra, han dejado de labrarse, porque ya reducidos los de la lengua azteca, que era la mayor nación, se han mixturado; de suerte que ya todos los mas hablan solo una lengua en la Nueva Galicia, excepto en la Provincia de Nayarit; que está en el centro de dicho reino, en donde por su aspereza ha sido lugar de refugio de indios, tal, que estando reducido todo lo demas del reino de la Nueva Galicia, el Nayarit ha sido incontrastable hasta el año 720 y 722, que se pacificó...²⁰⁸

Mota Padilla desde el segundo capítulo describió la “Conquista de Nueva Galicia” y la historia del principio de colonización al norte por Nuño de Guzmán en 1529, otros capitanes conquistadores e indígenas aliados, empezando por Jilotepec, para llegar a Michoacán. La gran estrategia y alianzas con los indígenas ya convertidos al cristianismo permitieron al ejército de Guzmán abrirse camino entre las poblaciones indígenas guerreras de Michoacán y Guanajuato. Ese fue el caso del señorío de Coynan, donde a pesar de la confederación de los principales de Cuitzeo y Jacona, y preparados para la resistencia, no hubo un enfrentamiento, pues por medio de las astucias de los conquistadores, lograron la sumisión de los coynianos por la paz y un tanto con guerra el triunfo en Cuitzeo.

²⁰⁷ Matías de la Mota Padilla, *Historia del Reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional*, 1973, p. 21.

²⁰⁸ *Ibidem*.

Gracias a esos puntos estratégicos, comenzó a expandirse la población hacia el Bajío y Occidente de México, en los principales centros indígenas de estos territorios, siguiendo rutas importantes y la ubicación del camino de la Provincia de México hacia las tierras incógnitas en el norte.²⁰⁹

En su camino al norte, el ejército español de Guzmán y sus aliados siguieron por Ponzitlan, encontraron otros pueblos y conquistaron Cuyutlan, Cuezcomatitlan, Tlaxomulco, siempre con paz y rápido sometimiento. Luego de fundar los pueblos en Tonalá y Tlaquepaque, mandó una parte de su ejército al norte para penetrar en el valle de Acatic, siguieron por Tzapotlan y para tierra chichimeca, donde reconociesen esas tierras hasta llegar a Tepic.

Mientras Guzmán pacificaba y sometía buena parte de Michoacán y Jalisco, Pedro Almendes Chirinos anduvo por el oeste en las costas y las provincias más orientadas al norte de Colima, como eran Jalisco, Tepic y Sinaloa. Pero fue a partir de Xalostotitlan, Mitin, Tecautitlan, Lagos y Comanja en donde los chichimecas fueron vistos como bárbaros y salvajes:

... andaban desnudos, no sembraban, y los que se tenían en algo más que los que habitaban como las fieras en el campo, tenían unos jacalillos pegados á la tierra, que hoy llaman toritos movedizos, como los hatos de los arrieros, por cuya rusticidad, aun los demas indios los llamaban chichimecos, que lo mismo es chichimeco que perros altaneros, por la ninguna residencia; causa por la que no le fue fácil por entonces a Chirinos su reducción, ni aun siquiera el que le oyesen; porque si á los lejos se dejaban ver, al acercarse á ellos se remontaban, y en aquellas lomas estériles y en carrujadas en cuya situación está hoy el santuario de Nuestra Señora de San Juan, dieron mucho que hacer los indios a los nuestros como cazadores, poniendo paradas para cogerlos á las manos; así se pudieron apresar algunos indios que serian ciento; de los que se cogió lengua y dieron razón de que aquellas gentes vivían sin rey, sin cacique, sin república, y sin que hubiese quien les

²⁰⁹ *Ibid.*, p. 23 a 33. Un dato interesante es que a la caída de Cuitzeo, se asentaron poblaciones y estancias españolas en los fértiles valles de Coynan y Cuitzeo, dicho por Padilla, había muchos pueblos y en los cuales hicieron una de las alcandías mayores. Los de principal mención y los que pudieran ser cabeceras de esos valles eran Jacona, Coynan y Cuitzeo, ciertos pueblos subordinados eran Tzapotlan, Ahuacatlán, Tototlán, Ayo, Ototlán, Zula, Ocotlán, Jamain, Ixtican, Mexcalla, Atotonilco el Bajo, Ponzitlan, Atotonilco el Alto y la Barca (pueblos de 15 mil indios aproximadamente según Padilla).

dominase... Después de que se descubrió Zacatecas, fué preciso andar estas tierras por ser camino para México, y aun para Guadalajara; y porque los chichimecos salían á robar, fue preciso para contenerlos, que saliesen escuadras a perseguirlos.²¹⁰

Padilla aporta datos interesantes en su obra, donde habló de poblaciones indígenas desde Guadalajara hasta Jerez y Zacatecas por el oriente, las cuales no oponían resistencia a su conquista. Quizás lo más común fueron los asaltos de los chichimecas a las caravanas en camino y, todavía más, de pueblos doblegados a los europeos sin resistencia.

Dos cosas vemos en esta cita, el parámetro de un primer norte estuvo siempre de centro a occidente y norte, principalmente a las costas de Jalisco y Tepic, siendo estos puntos los referentes al parámetro de invulnerabilidad para Padilla. Más que otras regiones, ese fue el bastión inexpugnable de los más fieros chichimecas, en contraste con los dóciles zacatecos o un poco más problemáticos guachichiles.

Dentro del testimonio de Mota Padilla, es interesante y atractivo ver la representación de los indígenas del norte, no dividido por las fronteras que los cronistas del siglo XVI nos presentaron. Es curioso leer la forma y efectividad de las conquistas de Guzmán mencionadas en Padilla, por haber sometido a la mayoría por convenios y tratos de paz, lo cual siempre en la historia de las conquistas es poco creíble.²¹¹

²¹⁰ *Ibid.*, p. 50.

²¹¹ Las acciones de conquista de Nuño de Guzmán no fueron precisamente pacíficas o todas por vías de la imposición militar sin que haya habido actos violentos, muchos evangelizadores se quejaron ante autoridades reales (incluso al mismo rey) del efecto de la violencia, asesinato y crueldad con los indígenas en su conquista del norte, tanto que hubo peticiones para cambiar de capitán para tal empresa, sobre este asunto, ver en Francisco Román Gutiérrez, *op. cit.*, 1993, “Los franciscanos y la naturaleza indígena”, p. 289-293. Por otro lado, a la llegada de Guzmán a Michoacán en 1526 cometió una serie de cruentos asesinatos (entre ellos los del último Caltzontzin) que obligó a la huída de una gran parte de la población en Pátzcuaro, a los cerros y montañas, dejando despoblados sus sitios de asentamiento, ver en Enciclopedia de los Municipios de México: Michoacán. Pátzcuaro, p. 2, 2005.

Lo chichimeca según Francisco Javier Clavijero

Este historiador terminó y vio impresa la obra *Historia Antigua de México* entre los años 1779-1781; la visión de las sociedades prehispánicas en Clavijero está muy enriquecida en cuanto a la revisión de las fuentes y el aparato crítico en su trabajo.

La postura de la migración en las primeras sociedades fue muy debatida, pues señaló la existencia de muchas fábulas e historias poco fiables. Clavijero es más preciso en situar los nombres de las poblaciones mencionadas en las historias de los pueblos indígenas. Siguiendo la descripción de Ixtlilxóchitl, los toltecas vinieron del norte o noroeste de Nuevo México en el 511 d.C., e iban dejando puestos de avanzada en los mejores sitios y así fueron viajando rumbo al sur por 104 años hasta la llegada a Tulanzingo, a 18 leguas de Tenochtitlán.²¹²

Para Clavijero, los toltecas fueron los inventores mayoritarios de la mitología mexicana; también los constructores de las pirámides de Cholula y Teotihuacán. Al parecer el reinado tolteca duró cuatro siglos. Luego de una gran sequía y varios estragos en esas poblaciones, se produjeron migraciones a diferentes territorios, quedándose varias familias toltecas en Tula y otras esparcidas por el valle de México. Los descendientes de la nobleza de los toltecas se emparentaron con otros señoríos del valle, en Texcoco.

Los chichimecas, durante un siglo, estuvieron arribando al valle de México. Eran iguales a sus predecesores toltecas y también a posteriores migrantes en los territorios septentrionales de Amaquemecan:

Eran estos chichimecas, según se colige de su historia, de un carácter muy singular; porque unían a cierta especie de policía, muchos accidentes de barbarie. Vivían bajo las órdenes de un soberano y de jefes y de

²¹² Francisco Javier Clavijero, *op. cit.*, 1991, p. 48-49.

gobernadores depositarios de su autoridad, con tanta subordinación como cualquier nación culta. Hacían distinción entre la nobleza y la plebe, y respetaban a aquellos a quienes su nacimiento, su valor o la gracia del príncipe elevaba sobre la común condición. Tenían sus poblaciones como se deja entender, de chozas miserables; pero no ejercían la agricultura ni otras artes que caracterizan la vida civil. Vivía de la caza y de los frutos y raíces que la tierra inculta les ofrecía. Su vestido eran la pieles de las fieras que cazaban, y sus armas el arco y la flecha. Su religión se reducía al simple culto del sol, al cual ofrecían al reconocimiento de su divinidad, las flores y hierbas que hallaban nacidas en el campo. Sus costumbres eran más dulces de lo que lleva la condición de un pueblo cazador.²¹³

De la etimología del término chichimeca cuestiona el problema de la definición tradicional en interpretaciones como la de Torquemada, Betancourt y otros. Para Clavijero el término chichimeca es más un gentilicio, porque de las otras definiciones anteriores (de nómadas, mamadores, perros o bárbaros), le parecían poco viables por el hecho de ser nombre de nobleza o grandeza para algunas culturas. Clavijero consideró a los grupos nahuas originarios de Aztlán, causantes del cambio cultural de los chichimecas, más porque eran culturas mutuamente afiliadas.

Desde su llegada, Xólotl y los demás chichimecas radicaron en territorios toltecas. Hubo alianzas matrimoniales entre estos grupos y, al poco tiempo, los chichimecas adoptaban las costumbres toltecas. Después de unas décadas, llegaron otros grupos de habla náhuatl; entre éstos, los más avezados eran los acolhuas, quienes una vez integrados a la hegemonía de Xólotl constituyeron un solo grupo identificado como Acolhua.

Los acolhuaques, como gran cultura, son el resultado de esa fusión de grupos nahuas. Los chichimecas fueron muy resistentes al sedentarismo y la agricultura (según Clavijero); quisieron seguir con las prácticas de la cacería y la vida salvaje en las serranías o entre los montes, mezclados con los otomíes con ese mismo estilo de vida.²¹⁴

²¹³ *Ibid.*, p. 52.

²¹⁴ *Ibid.*, p. 54-55.

Clavijero concibió al estilo de vida de los otomíes como algo cercano al de los antiguos chichimecas, y de la mezcla cultural entre ellos fue redefinida la cultura:

Los otomíes, que hacían una de las más numerosas naciones, fueron también a lo que parece de los más antiguos y por ventura los primeros que se internaron en los países de América que hoy pertenecen a la corona de España; pero se mantuvieron por muchos siglos en la barbarie, viviendo dispersos en las cavernas de los montes y manteniéndose de la caza, con cuyo ejercicio eran diestrísimos. Ocuparon un espacio de tierra fuera de los términos de Anáhuac de más de cien leguas, desde las montañas de Izmiquilpan hacia el noroeste, teniendo al oriente y al poniente otras naciones igualmente salvajes.²¹⁵

A pesar de reconocerlos con la identidad de los chichimecas salvajes, los otomíes en el siglo XV optaron por una vida en sociedad con otros grupos del valle de México, donde se civilizaron y fueron sometidos a los acolhuas; fundaron importantes centros culturales como Xilotepec y Huichapan, en donde floreció una parte importante de estos grupos. Clavijero mencionó la continuidad de algunos grupos otomíes con el estilo de vida atribuido a los chichimecas y por eso la confusión de los españoles con los chichimecas del norte.

La lectura de lo chichimeca, tanto en los cronistas en el norte, como los que no estuvieron en esas latitudes, resulta provechosa porque nos permite reconsiderar una imagen de estas culturas “bárbaras” difícil de borrar aun en nuestros días. En base a esas descripciones, el norte ha tenido distintas interpretaciones, desde donde reflexionamos la identidad y el origen de los chichimecas.

Si bien las descripciones en los dos tipos de crónica que revisamos, trataron de una misma estructura narrativa en torno a los conocimientos de lo chichimeca, cada cronista llevó a cabo anexos complementarios de información enriqueciendo y

²¹⁵ *Ibid.*, p. 61.

matizando sus descripciones al grado de rescatar la visión en conjunto de los dos tipos de chichimecas que ahora proponemos.

¿Qué significa ahora para nosotros saber quiénes eran los chichimecas referidos en las crónicas, quiénes los cronistas que iniciaron tal o cual tema de debate u omitieron tales o cuales detalles? Esto es muy importante y podría ser materia para próximas investigaciones ¿Por qué cada uno de estos cronistas escribió sólo ciertos aspectos, o lo que consideró adecuado, y descartó otras variantes consideradas por otro autor? El contenido temático de cada autor ya representa en sí mismo materia de estudio para comprender la obra y las ideas que tuvieron del espacio, las culturas, los acontecimientos y los cambios entre las distintas sociedades indígenas.

Son dos los cronistas más completos para abordar el hilo de identidad y la distinción de los chichimecas historiográficos y los chichimecas históricos, Bernardino de Sahagún y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. En la lectura y análisis de sus obras históricas, los chichimecas no representaron el papel clásico del “bárbaro” del norte. En ambos autores hay tal diferenciación, Sahagún deja claro la existencia de diferentes clases de chichimecas. Ixtlilxóchitl planteó cómo a la llegada de los toltecas a las tierras de la cuenca central, sólo ocasionalmente entraban los feroces chichimecas –grupos vecinos ya establecidos o de merodeadores a dicha cuenca–, por las ancestrales relaciones o bien porque eran de la misma familia, aun cuando tenían distintos niveles de desarrollo cultural.

III- LOS “CAZADORES-RECOLECTORES” DEL NORTE

3.1. Culturas indígenas en el norte-centro de México

El norte de México ha influido en las prácticas culturales de ocupación del espacio, donde destacan factores como una geografía irregular y clima muy contrastante. La mayoría de las culturas asentadas en esa parte del continente, atravesaron por una serie de transformaciones en sus estilos de vida, creando respuestas para vivir en parajes nevados, estepas, praderas, sierras, valles, costas, lagunas y desiertos.

En los últimos tres mil años, la separación etnológica y cultural fue más contundente entre ciertas áreas, resaltando a su vez las divergencias humanas y propiciando desplazamientos que tendían a orillar a los trashumantes a detectar las mejores áreas de recursos y las temperaturas más propicias.

Desde entonces, permanecieron ocupadas (temporal o permanentemente) muchas de las zonas donde se ha detectado presencia indígena de mucha antigüedad. Nos encontramos en el complejo proceso de adaptación y supervivencia, en sociedades que mantuvieron rasgos culturales muy arraigados a pesar de las relaciones políticas, los intercambios o guerras con otros grupos.

Podemos hablar de fronteras en el norte a partir de cierto control de los recursos naturales y dominio del entorno de los grupos indígenas, distribuidos a lo largo del territorio norte, al menos desde el 500 a.C.²¹⁶ A través de ese proceso, surgieron

²¹⁶ Ver en Jesús Náñez, “Aridoamérica y Oasisamérica”, en *op. cit.* Linda Manzanilla, 2000, p. 127. Náñez describe el territorio aridoamericano (siguiendo una propuesta de Beatriz Braniff) del Suroeste Norteamericano, el occidente de México y en frontera con la cuenca central; lo que nosotros hemos propuesto como el norte-centro. La temporalidad de Aridoamérica abarca etapas antiguas de hallazgos como objetos de lítica y entierros desde 1500 a.C.

demarcaciones cuya vigencia se mantuvo prácticamente hasta el tiempo de los llamados chichimecas. El establecimiento de fronteras precolombinas es un asunto complejo hoy en día. Sin embargo, está la evidencia de aquellos grupos, distribuidos en un enorme territorio que sigue teniendo hoy en día algún parecido en las condiciones ambientales de esas primeras etapas.

Dentro de esa demarcación hay una espacialidad concreta donde la tradición y las relaciones sociales fueron una continua alianza entre sociedades que se reconocieron a partir de sus costumbres y la adaptación con el entorno. Esta espacialidad fue la del norte-centro,²¹⁷ albergando comunidades identificadas por el tipo de convivencia con el territorio, por prácticas sociales comunes, patrones de asentamiento y dietas alimenticias propias de esos parajes.²¹⁸

Desde el Periodo Formativo²¹⁹ de las culturas prehispánicas, los pueblos de la zona norte-centro compartieron el semidesierto que va desde el sur de los Estados Unidos de Norteamérica hasta los territorios queretano e hidalguense en México. Ese hecho muestra otro aspecto fundamental: la relación de ambas regiones, el norte de México y el sur de los Estados Unidos de Norteamérica, no sólo ha sido geográfica, sino entre las culturas que lo habitaron:

²¹⁷ El área norte-centro surge con la identificación de espacio-culturas que tuvieron un desarrollo común, y vivieron dentro de la llamada la Gran Chichimeca, o el Norte Chichimeca, La Tierra de los Chichimecas. La definición y conceptualización que pretendo mostrar es que el norte-centro no sólo hace referencia al espacio habitado por algunos de los grupos indígenas nortños, sino a una civilización identificada y adaptada a este espacio.

²¹⁸ Hay una línea que citaré de David Philips, de su ensayo “Arqueología del Noroeste de México: Un Rudo Ensayo”, sintetizando en este párrafo lo que he sugerido: *Mesoamérica era diversa, pero el norte era uniforme*. En esa breve presentación, Phillips engloba el problema de estudio e interpretación del norte en varias disciplinas, pero sobre todo el problema a ambos lados de la frontera México-Estados Unidos de Norteamérica, el tardío interés y recuperación del tema prehispánico. El link en la red para éste es <http://www.unm.edu/~dap/nwm/introduccion.html>, 2009.

²¹⁹ Para el periodo Formativo ver a Beatriz Braniff, “El Formativo en el norte de México”; y Michel S. Foster “El Formativo en el noroeste de México: una perspectiva”, ver ambos artículos en Marta Carmona (coord.) *El preclásico o formativo: Avances y retrospectivas. Seminario de Arqueología “Dr. Román Piña Chan”*, 1989.

En términos generales esta amplia faja territorial fue el hogar de los primitivos grupos recolectores, cazadores y pescadores, que se adaptaron a las zonas ecológicas de la región creando variantes locales, pero dentro de un patrón cultural fundamentalmente desértico; puesto que Sonora, Chihuahua, Baja California y Sinaloa, pueden ser considerados geográficamente como una extensión sureña modificada de los desiertos y estepas de Norteamérica, la cual se prolonga por Durango, Zacatecas, Guanajuato y San Luis Potosí.

En casi toda la región predomina el clima seco (Bs) o un clima desértico (Bw), propios de zonas áridas y semiáridas, por lo general; exceptuándose la Sierra Madre Occidental y las montañas septentrionales del sur de Baja California, las cuales tienen un clima templado húmedo (Cw). Dentro de la región, la Mesa del Norte es una zona árida y desértica, en la cual predomina una vegetación estacional compuesta de agaves, yuca, cactus, mezquite, acacias y pastos herbáceos, que se prolonga hasta el sur de Sonora y norte de Sinaloa, pero que podría aplicarse igualmente a casi toda la región; mientras que en la Sierra Madre Occidental hay una zona de bosques de coníferas, con juníperos, robles y pinos principalmente, los cuales contrastan y limitan con las tierras esteparias áridas.²²⁰

De acuerdo a estas características geográficas, se ha creído que los indígenas del norte fueron nómadas, cazadores y recolectores. Hoy día, los estudios del espacio y la cultura nómada orientan la problemática de los indígenas del norte en otras direcciones: localizar los asentamientos, identificar las condiciones ambientales donde vivieron, aproximarse a las características de sus áreas de habitación y explicar las relaciones regionales que dieron pie a su movilidad poblacional.

El propósito de entender la dinámica histórica de la región y sus pobladores, es porque a pesar de la diversidad climática, en un ambiente en apariencia hostil, los indígenas encontraron los medios para asegurarse la vida y la subsistencia en el lugar. Por ejemplo, algunos productos vegetales característicos del semidesierto como nopal, mezquite, maguey y una gran variedad de cactus, junto al frijol, chile, calabaza y maíz, fueron un importante sustento para esas comunidades y dieron la posibilidad de sedentarización.²²¹

²²⁰ Piña Chan, Román, *Una visión del México prehispánico*, p. 303-304.

²²¹ Pedro Armillas sugiere esta hipótesis donde considera que las sociedades del norte eran de escasa población, agricultura marginal, regadío limitado, esto es agricultores sedentarios con prácticas de caza y la recolección como otras de sus principales actividades de subsistencia. Según él y gracias a diversos casos de antropología y etnología cuando los años de la agricultura eran malos, era bueno para otro tipo

Su alimentación era complementada con otras raíces, semillas, frutos y presas de caza, obteniendo por este medio lo necesario para sobrevivir y permanecer en la región. Algunos autores han considerado las dietas de los grupos nómadas más prácticas, sanas y nutritivas que las de grupos agrícolas.²²² En general, cuando no era tiempo de depresión climática, la variedad de productos alimenticios era muy amplia.²²³ Debido al medio ambiente, la mayoría de estos productos eran encontrados casi en la mayoría del área norte-centro, quizás manifestando sólo cambios estacionales, variedades de especímenes, de uso o consumo, adaptadas en sus climas y suelos.

Una propuesta por debatir, es que la mayoría de las sociedades indígenas en el norte no desconocían (y en su caso estaban apegadas a) el sedentarismo.²²⁴ Sólo formaban parte de su movilidad poblacional los desplazamientos en ciertas épocas de cambios climáticos radicales, o como defensa ante la hostilidad de grupos externos (el nomadismo estacional o nomadismo por destierro). El sistema de subsistencia de la caza-recolección, en síntesis, era una modalidad de sus estados de vida, no el sistema en sí mismo.²²⁵

de vegetación en productos del semidesierto, equilibrando la vida en esas regiones. Con posibilidades de habitación y no de migraciones definitivas. Presenta dos casos muy interesantes, el de los pápagos en Arizona y el de los pames de zonas en fronteras agrícolas y en donde los menos adaptados, menos especializados, dependían poco de las cosechas y por eso tenían más probabilidades de sobrevivir en la misma región cuando habían drásticos cambios climatológicos. *La aventura intelectual de Pedro Armillas, op. cit.*, 1987, p. 41-45.

²²² Ver esta comparación y explicación alimenticia de los indígenas del semidesierto en T. Douglas Price and Anne Birgitte Gebauer, "New Perspectives on the Transition to Agriculture", p. 3-20, en el libro que coeditan, *Last Hunters First Farmers. New Perspectives on the Prehistoric Transition to Agriculture*, 1995.

²²³ Carlos Manuel Valdés, *op. cit.*, 1995. El autor sugiere una lista alimenticia, la dieta para cada estación del año, pero sobre todo, de dietas propias de los territorios que habitaban los indígenas del norte, p. 35-49 y p. 69-85.

²²⁴ Dominique Chemin, "Unas consideraciones sobre los pames y su historia", p. 29-39, en Torre, Lidia, *XI'oi, Coloquio Pame. Los pames de San Luis Potosí y Querétaro*, 1996. En este artículo la autora en base al trabajo de François Rodríguez Loubet en S.L.P., concluyó sobre los pames que: "Tenían un sistema de vida de cazadores recolectores, aunque eran, en su mayoría, sedentarios. Aquí, la colonización española, la sedentarización forzada de las poblaciones autóctonas, así como la introducción de técnicas de pueblos sedentarios no impidieron que grupos y técnicas de cazadores recolectores se propagaran hasta fines del siglo XVIII de nuestra era: en toda la región se siguieron fabricando herramientas líticas, sobre todo puntas de flecha, idénticas a las de las fases precedentes.", p. 32-33.

²²⁵ Para entender la dinámica de las sociedades de cazadores recolectores, pero sobre todo para entender los sistemas de producción en esos grupos, véase Robert L. Berinnger, *Hunter-Gatherers Archaeological*

El sedentarismo como forma de vida en las poblaciones del norte, debió tener un significado distinto al de otras áreas culturales, y aunque estuvo presente, no obviaba el hecho de que fueran sociedades que realizaban desplazamientos pero no definitivamente, sobre todo, por su conocimiento de la geografía y la alimentación, permitiéndoles habitar los mejores territorios, llevando a cabo viajes entre grupos emparentados geográfica y socialmente.

Varios cronistas y conquistadores del norte, describieron durante sus primeros encuentros que hallaron pequeñas poblaciones bien ubicadas, cerca de ríos, cuencas y valles productivos, y no la imagen posterior, que dejaría asentado por siglos que “los chichimecas vivían en los desiertos y en las serranías”.²²⁶

Uno de los motivos por el cual los indígenas reconocidos como chichimecas fueron identificados por su preferencia a habitar y poblar en las serranías, tuvo su origen en una cuestión política, pues al tener el dominio serrano, lograban hacerse del control de la región. Basta con observar cómo tradicionalmente construyeron sus templos, fortificaciones y asentamientos en los cerros más representativos. Esta conducta étnico-social está presente a lo largo del territorio norte-centro, evocando diferentes estilos y modelos arquitectónicos alrededor del 1200 a.C. al 200 d.C.²²⁷ Esta misma tradición

an Evolutionary Theory, 1991, en el apartado “Middle-Range Theory and Hunter-Gatherers”, p. 61-85, donde trata los patrones de conducta estacional de los indígenas en la movilidad espacial, basada en distintos sistemas de producción de recursos, y las diferencias que entre ellos había, distinguiéndolos entre forrajeros (colectores con más alto índice de movilidad espacial) y recolectores (especializados en técnicas de almacenamiento y en una tecnología del curado de los alimentos); además ver también Pedro Armillas, *op.cit.*, 1964, con algunas referencias a la movilidad por causas climáticas; también a Braniff, *op. cit.*, 1989; Valdés, *op. cit.*, 1995; y Nájera, *op. cit.*, 2000.

²²⁶ En estudios actuales es posible ubicar asentamientos principales y estacionarios en áreas hidrográficas sustentables, es decir, la mayoría de los sitios arqueológicos hoy identificados contaban con ríos cercanos, lagos, lagunas o manantiales que proporcionaban los abastos indispensables. Ver descripciones de Cabeza de Vaca, 1528; Nuño de Guzmán, 1570; Pérez de Ribas, 1647; Eduardo Williams y Phil C. Weigand, *op. cit.*, 1996; María Teresa Cabrero G., *op. cit.*, 1989.

²²⁷ Los indígenas del norte-centro tuvieron durante la época Preclásica, asentamientos en cerros, en las Sierras, cerca de lagos o ríos, posiblemente como menciona Ángel Julián García Zambrano, *op. cit.*, *Pasaje mítico y paisaje fundacional...*, 2006, como referentes religiosos y políticos de fundación en sus áreas de asentamiento. Aun cuando estas consideraciones son hechas por el autor a partir de las fuentes indígenas que tratan las migraciones de los chichimecas hacia el valle central, según su tradición historiográfica, hoy sabemos por las investigaciones arqueológicas la existencia de una amplia ocupación

estuvo presente en el valle de México durante el fin del período teotihuacano, al igual que durante las migraciones chichimecas y su arribo con los toltecas.²²⁸

El tema del nomadismo y del sedentarismo surgió en tiempos de la Colonia, pues llegó a ser un discurso tradicional decir que los chichimecas del norte preferían habitar las áreas inhóspitas del desierto y las ásperas sierras, como reflejo esencial del primitivo estado cultural en que se hallaban. Pero es una realidad que ante la guerra de conquista e intentos de sujeción a los españoles, los indígenas se vieron empujados a esas áreas de difícil acceso para el europeo: a partir de ahí, fue común relacionarlos con esos paisajes.

Al interpretar los códices y las descripciones indígenas, los cronistas volvieron a encontrar la referencia sobre los chichimecas que habían llegado siglos antes al valle de México, buscando asentarse en los cerros, la sierra, los riscos, en cuevas o peñascos, hecho que estuvo muy presente en algunas de sus obras.²²⁹

Ante esa doble interpretación, recientemente han surgido hallazgos e indicios de ciertos grupos indígenas del norte-centro que habitaron en los parajes geográficos antes mencionados, creando un rasgo particular traducido como parámetro de frontera de civilización, sobre todo para los chichimecas. Han sido muchas las causas para tratar de entender cómo fueron establecidos los límites entre las culturas prehispánicas; se han

de los sistemas montañosos y serranos en la región norte-centro, lo cual nos habla de una relación política-ambiental para la ocupación de tales espacios.

²²⁸ Brigitte Bohem de Lameiras, en el apartado “Las tendencias geopolíticas del postclásico”, p. 250-251, en *Formación del Estado en el México Prehispánico*, 1986. La autora cree que uno de esos movimientos de apropiación de las serranías (a su vez eran “fuentes de corrientes y depósitos de agua, cuyos cursos y causes se dispararon hacia varios rumbos...”) fue el primero que siguieron las huestes chichimecas a su entrada en la cuenca de México, para dirigirse después a las áreas lacustres propiamente, estando en ese momento en manos de los indígenas del valle central. Patrón repetido por otros grupos indígenas filiales a ellos, en regiones como en Tlaxcala y Puebla, Michoacán y Jalisco.

²²⁹ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras Históricas*, *op. cit.*, 1985, p. 293 y 294, donde habla de la llegada del chichimeca Xólotl y sus moradas temporales en sierras, montañas y cuevas; de igual forma Ana María Mohar B., *Códice Mapa Quinatzin*, 2004, *op. cit.*, ver p. 38 a 43; Luis Reyes García, *Cuauhtinchan del siglo XII al XVI*, 1988, ver en las p. 32 a 36, donde principalmente menciona montañas y cuevas, pero no menciona riscos, sierras o sitios agrestes; Leonardo López Luján, “Las invasiones chichimecas al altiplano central”, p. 129-134, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *Atlas arqueológico de Mesoamérica*, *op. cit.*

discutido en su momento una serie de hipótesis en relación a las fronteras septentrionales, tomando como referencia, por ejemplo, las características de los sitios de asentamiento o la agricultura, como factor de identidad para los chichimecas norteños.

Ángel Palerm y Eric Wolf establecieron dos características para diferenciar a los pueblos en zonas áridas, ubicados en la frontera hacia el norte de Mesoamérica y compartiendo características homogéneas en cuanto a su estructura social y medio ambiente: por un lado, la abundancia del maguey, nopal, mezquite, palma del desierto, biznaga y una gran variedad de cactus, así como el chile; por otro, que en todo el territorio mesoamericano el cultivo de temporal podía darse dos o tres veces al año, porque eran zonas abundantes en agua y habían desarrollado una especialización en los sistemas de riego; para el norte sólo una.²³⁰

Curiosamente esta frontera fue ubicada en el siglo XVI al hacer referencia a una transición climática que marcaba la diferencia entre las culturas del centro, centro-norte de México con los del norte-centro y norte. Palerm y Wolf consideraron:

...la frontera norte de Mesoamérica ofrece una situación muy dinámica y compleja. La frontera cultural no coincidió siempre con la natural y sus desplazamientos de sur a norte y viceversa no dependieron de supuestos cambios climáticos, ni exclusivamente de innovaciones tecnológicas, sino también del grado de integración sociopolítica y del poder militar relativo de los pueblos mesoamericanos, de los cultivadores marginales y de los chichimecas.²³¹

Pedro Armillas dio particular énfasis a la teoría del cambio climático desde una perspectiva general, pues encontró en varias regiones culturales una movilidad

²³⁰ Palerm y Wolf, *op. cit.*, 161. Estos autores presentaron la frontera norte de Mesoamérica como una divisoria ecológica, geográfica, etnológica y cultural ubicada a partir de los Altos de Jalisco, entre los ríos Pánuco y Santiago. A pesar de que tal frontera es muy parecida a la mencionada por Armillas, lo importante de sus propuestas es el cuestionamiento de dicha frontera mesoamericana y la hipótesis de migraciones poblacionales no sólo debidas a los cambios ecológicos.

²³¹ *Ibid.*, p. 161 y 162.

geográfica que influyó en las conductas migratorias de los pueblos del norte. Se basó en estudios paleoambientales, en cotejos arqueológicos y documentos coloniales de las áreas de asentamientos para ubicar periodos, núcleos de poder y zonas de interacción.²³²

Los planteamientos de quienes han tratado de explicar los asentamientos de los indígenas del norte, aportan ciertos datos para entender los desplazamientos poblacionales en virtud de las exigencias ambientales, intercambios sociales o materiales.

Es preciso saber si la movilidad poblacional fue a grandes distancias o tan sólo de desplazamientos regionales a sitios abundantes en agua y alimento. Esta inquietud surge porque el término chichimeca siempre es asociado a grupos nómadas, es decir, a sociedades consideradas aldeanas del norte-centro.

Ahora bien siguiendo la teoría del nomadismo, al norte de México, y el sur Norteamericano, vemos un tipo de seminomadismo estacional, donde la interacción geográfica no era al azar sino de ciclos de aprovisionamiento en áreas bien identificadas. Sus procesos de cacería y persecución de manadas del bisonte, venados u otros grandes herbívoros, es el único indicio de prácticas nomádicas relacionadas con animales, no pastoriles, ni de domesticación.

La domesticación en la América precolombina se dio con escasos animales y con sistemas distintos al viejo Mundo, domesticaron camélidos en Perú, alguna especie de borrego en Norteamérica ciertas aves o perros en el centro o sur de México. Tampoco hubo prácticas pastoriles en los indígenas del norte asociadas al nomadismo.²³³ Lo más cercano que conocemos en el norte fue el seminomadismo

²³² Armillas, *La aventura intelectual...*, *op. cit.*, 1987, p. 40-41. Su teoría de las oscilaciones climáticas en los siglos IV y V d.C., donde los grupos del Altiplano central, migraron hacia las tierras del norte, en intentos de una expansión agrícola. También véase Carlos Viramontes Anzúres, *De chichimecas pames y jonaces...*, *op. cit.*, p. 21-29.

²³³ Raúl Valadez Azúa, *La domesticación de animales*, 1996, p. 71 a 76. Se lee en este autor que en el caso de Norteamérica se han encontrados escasos datos de la domesticación de una variedad del reno y

(desplazamientos esporádicos o trashumancia de una parte de la población) y sus áreas de asentamiento estratégico quizás por causas distintas a los *númidas* de África, los nómadas del Medio Oriente o Asia.²³⁴



Mapa 3, Sitios arqueológicos en el norte I, INAH, 2006

ovinos; en México la domesticación se dio principalmente en aves y en pequeños animales: el guajolote y el perro; en Sudamérica la llama y la alpaca, así como varios tipos de aves.

²³⁴ Jorge Silva Castillo, *Nómadas y pueblos sedentarios*, 1982.

Al entender esta variedad del nomadismo resulta imprescindible explicar la dinámica de los asentamientos en el norte-centro en diversos períodos de la historia de sus habitantes. La idea de la presencia de sitios y fronteras prehispánicas, está expresada en los mapas (ver mapa 3 y 4) de sitios arqueológicos en el norte, revelando regiones más del tipo semisedentarias, con mayor población y distancias cercanas.

Al contrario, en el norte, lo que se pensó como simples refugios nomádicos o escasos asentamientos estacionales, fueron regiones habitadas en su mayoría por poblaciones pequeñas y con mayor distanciamiento entre unas y otras (oscilando entre los 5 y los 100 km).²³⁵ En estos mapas es inevitable pensar en el contraste de lo comúnmente conocido acerca de zonas y asentamientos arqueológicos en el centro-norte y norte-centro (de acuerdo a los sitios más representativos desde mediados del siglo XX: Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, Durango y Chihuahua).²³⁶ Una vez comparado con este mapa y lo encontrado en documentos coloniales, hablamos sólo de grandes sitios, con una arquitectura monumental y una amplia área de influencia.

Sitios mencionados o registrados por su papel de áreas de tránsito hacia el norte, donde se dieron guerras y centros de rebelión (como fueron los casos de la sierra al sur de Zacatecas en el siglo XVI, en la sierra de Durango y del Nayar en el siglo XVII y, en la de Sinaloa en el siglo XVIII).²³⁷ También, porque fueron las más antiguas y mejores rutas de intercambio, justo dando forma al famoso camino Real de Tierra Adentro.

²³⁵ Lo que observamos en los mapas 3 (I) y 4 (II): *Mapa de Sitios Arqueológicos en los Estados del Norte de México*, INAH, DRPMZA-BI-PRV-SIG-19, (I) 2006 y INAH, DRPMZA-BI-PRV-SIG-20, (II) 2006, son las manchas de asentamiento, los contrastes entre la zona del centro del país con los del norte. Vemos distancias, número de registro de sitios y una lógica de rutas por región comunicando todo el norte-centro.

²³⁶ La arqueología del norte estuvo mucho tiempo restringida a escasos sitios, los más notorios, conocidos desde tiempos de la Colonia. También de tiempos de la Colonia se destruyeron importantes sitios o se olvidaron muchos más. Véase por ejemplo los casos mencionados en Carlos R. Margain, "Zonas Arqueológicas de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes y Zacatecas", p.145, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos...*, op. cit., 1943.

²³⁷ Ver referencias en Miguel Othón de Mendizábal, "Colonización al Oriente de Jalisco y Zacatecas", p. 40-49 y Atanasio Saravia, "La Nueva Vizcaya, Durango Oriental", p. 52-83, ambos artículos mencionan datos y hechos de las rebeliones y las guerras de indígenas de esas regiones en contra de los españoles, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos...* op. cit. 1943.

Aun cuando en el norte encontramos menor número de registros de zonas arqueológicas, sí hubo muchas poblaciones, algunas efímeras y otro número importante no trabajado para su rescate. Hablamos de asentamientos con pequeñas familias, distribuidas en un espacio de entre 5 a 20 km. de distancia.



Mapa 4, de sitios arqueológicos en el norte II, INAH²³⁸

²³⁸ Los puntos verdes muestran los sitios en donde hay un registro arqueológico, las manchas de puntos verdes en el caso de la cuenca de México (mapa 3 del INAH) rebasan por mucho las que apreciamos para el norte de México (mapa 4 del INAH).

Debido a las grandes extensiones territoriales de separación entre las principales zonas de asentamiento, cabe la posibilidad de que haya habido sociedades semisedentarias ubicadas entre ellas, para el control espacial, o como bases intermedias de comunicación.

A la llegada de los españoles, esas poblaciones menores y semisedentarias fueron obligadas a movilizarse y dirigirse a otras poblaciones, principalmente las que agrupaban a muchos habitantes, con centro ceremonial importante, con poderosos grupos guerreros para su defensa.

Luego de concentradas ahí y alcanzados por los ejércitos de los españoles, fueron obligados a dirigirse a las serranías. Por ejemplo, José Francisco Román Gutiérrez analizó cómo los conquistadores de Nueva Galicia describieron las distancias y las características de los chichimecas, quienes andaban en las serranías, asechando las poblaciones indígenas convertidas y las poblaciones de españoles.

En esas descripciones, algunas distancias mencionadas por los conquistadores fueron “una legua entre unos y otros, de dos en dos casas”; otro ejemplo, en un diámetro de “entre veinticinco a treinta leguas, estaba poblado por rancherías de gente a dos y tres leguas entre ellos”.²³⁹

Otro caso de patrón de asentamientos por zona, lo vemos en Michoacán, donde había varios pueblos sujetos a una cabecera jurisdiccional, representando un esquema de cercanía de poblados y densidad demográfica, marcando distancias entre unos y otros subordinados por un centro de control:

²³⁹ José Francisco Román Gutiérrez, “Los chichimecas: notas sobre cacería y nomadismo” en *op. cit.*, 1995, p. 100-101. Otro dato que resalta Francisco Román Gutiérrez sobre las distancias entre poblaciones, es acerca de una ocupación territorial basada en las circunstancias ambientales, como respuesta a una organización social y militar estratégica de distribución entre los grupos locales.

a) La comparación entre el número de casas de la cabecera y el número de casas a no más de una legua de distancia nos ofrece un panorama del tipo de asentamiento de los núcleos jurisdiccionales: las cabeceras o núcleos jurisdiccionales más concentrados son el de Turicato y Uruapan: mientras que Comanjá, Erongaricuaró y Huaniqueo tienen mayor dispersión de sus cabeceras: entre un 12% y un 28% de su población está nucleada y el resto a una distancia de una legua máximo... b) en cuanto las cabeceras dependientes o subalternas de cada jurisdicción, predomina el patrón concentrado en las cabeceras subalternas de Turicato y Uruapan; en las cabeceras subalternas de Erongaricuaró y Comanjá, el patrón es equilibrado con 50% de la población nucleada y el otro 50% dispersa a no más de una legua; Huaniqueo tiene las cabeceras subalternas con mayor dispersión en un área de una legua máximo.²⁴⁰

Los tipos de asentamientos prehispánicos del norte-centro estuvieron muy relacionados con la bonanza o aridez del territorio pero, por los indicios de importantes sistemas acuíferos, eso determinó en mucho la creación de amplios núcleos de poder como en los casos de Tula (Hidalgo); El Cerrito y San Juan del Río (Querétaro); Loma Alta, Azcapu, (Michoacán); Chupicuaro, Morales, Peralta, La Gloria, El Coporo, Carabino (Guanajuato); Teuchitlán, Etzatlán, cultura Bolaños, Huejuquilla (Jalisco); Villa de los Reyes, Tantoc, El tamuín (San Luis Potosí); Cerro Encantado en (Aguscalientes); El Teúl, La Quemada, Alta-Vista (Zacatecas), el Río el Tunal, Cerro Hervideros, El Zape (Durango); Casas Grandes, La Junta, Villa Ahumada, Cerro Juanaqueña (Chihuahua), Casa Grande, Snaketown (Arizona); Cueva Murciélago, Pueblo Bonito, Cañón del Chaco, Taos, Pecos (Nuevo México); Mesa Verde (Colorado).²⁴¹

Debido a las características ambientales del norte, la distribución de esas sociedades coincidió con la de pequeñas sociedades cultivadoras, complementadas con

²⁴⁰ Sergio Navarrete Pellicer “Algunas implicaciones de los cambios en los patrones de asentamiento indígena durante el siglo XVI: especulación aritmética e historia conjetural”, en op. cit., Thomas Calvo y Gustavo L. (coords.), *Movimientos de Población...*, 1988, p. 108-109.

²⁴¹ La mayoría de estos sitios tuvo su desarrollo entre fines del Preclásico y el Clásico, en algunos casos continuaron su presencia hasta la Colonia. Beatriz Braniff, *op. cit.*, “A Summary of the Archaeology of North-Central Mesoamerica. Guanajuato, Querétaro, and San Luis Potosí”, p. 35-42, en Michael S. Foster and Shirley Gorentein (eds.), *Greater Mesoamerica...*, 2000. También Linda S. Cordell, “De las aldeas primitivas a los grandes poblados en el Noroeste”, 155-210, en Beatriz Braniff, *La Gran Chichimeca... op. cit.*, 2001.

la caza-recolección con formas de producción más autosuficientes llamadas “rancherías”²⁴².

La estructura, jerarquía y acomodo de esas rancherías variaba de una región a otra y de un grupo cultural a otro. En la mayoría de los casos estos pequeños establecimientos fueron reducidos centros de población con arquitectura simple y rasgos culturales característicos del área donde se ubicaban. Generalmente los mapas arqueológicos más representativos en México sitúan lo que fueron las capitales de los principales grupos indígenas del país, a veces con un radio de dominio cercano a ellos (a excepción de cuando se habla de “imperios” o “reinados”).

Poco han tratado para el norte el conjunto y proyección de los centros capitales con sus puntos de distribución poblacional, o los radios locales de intercambio alcanzados con otros asentamientos. Hace falta proyectar el esquema de esas áreas y señalar la importante red de rutas de distribución y comunicación más amplias de la zona norte-centro.

Esta región vivió, en términos generales, dos etapas en la unificación de los grupos ahí asentados, interactuando como corredor geográfico y en donde se exponen las hipótesis de este apartado: a) en la época prehispánica, principalmente durante el Clásico, fue cauce de rutas de comunicación de los indígenas tanto por los afluentes acuíferos, los sistemas orográficos y los valles semidesérticos que los conectaban; b) en la época Colonial a la llegada de los españoles el mismo cauce y rumbo hacia el norte, fue el conocido Camino Real de la Plata, que articuló regionalmente otros caminos hacia el norte, especialmente los que conducían hacia Texas, en el noreste, y California, en el noroeste.

²⁴² Sin duda este concepto apareció en las descripciones que los primeros conquistadores hicieron, Cabeza de Vaca, 1547; Pedro de Ahumada, 1562; Pérez de Ribas, 1645; por otro lado encontramos en los investigadores más contemporáneos como Pedro Armillas, *op. cit.*, 1964; Philip W. Powell, *op. cit.*, 1977; Peter Gerhard, *op. cit.*, 1996.

La ocupación diacrónica en estas zonas, indica importantes niveles de perfeccionamiento y en el caso de sus habitantes prehispánicos, de culturas que alcanzaron un nivel de adaptación desarrollado en el semidesierto. En realidad esta idea ha sido opacada desde la llegada de los europeos, y las interpretaciones históricas sobre los indígenas guiaron a los estudiosos a clasificar Mesoamérica como un área más adelantada y el norte culturalmente como un área marginada. Esa situación aterrizó por muchos años en la imagen de indígenas con una cultura prehistórica, y en el origen de nuevas poblaciones mestizas durante la Colonia a lo largo de una ruta antigua de los pueblos del semidesierto.

Un ejercicio muy ilustrativo es ubicar los asentamientos prehispánicos relacionados con las poblaciones coloniales. Aun cuando se pierden de vista las originales poblaciones indígenas, vemos una interpolación temprana y tardía entre ambos tipos de asentamientos. Dentro de ese análisis, las evidencias arqueológicas y la documentación colonial nos ayudan a entender cómo influyeron las distancias, dimensiones y la espacialidad de los distintos tipos de asentamientos y sus pobladores, pensando en cómo eran los indígenas del norte-centro y cuáles fueron las premisas de los colonizadores para apropiarse de los territorios norteños.

En muchos casos, las poblaciones originales indígenas no se movieron, fueron transformadas o se dejaron como periferias de las nuevas villas o ciudades españolas. Las viejas localidades de los indígenas indicaban la riqueza del lugar, la distribución espacial y una identidad cultural; por otro lado, estas centenarias ocupaciones indígenas llegarían a propiciar la división por provincias en la Colonia, obispados y reinos hasta la consecuente etapa moderna. En cierta forma, los estados de la República Mexicana, continuaron con esa antigua identidad de sus grupos indígenas originales, en algunos

casos conservando el nombre autóctono, características ambientales de las culturas regionales que mantenían la esencia de sus primeros ocupantes.²⁴³

En consecuencia, es difícil aceptar que los indígenas del norte fueron nómadas, cazadores-recolectores, en constante desplazamiento, sin moradas fijas o sedentarias. O bien, con carencia de estructura social, política o de asentamientos fijos debido al atraso y la pobreza de su condición existencial. Así, tras discutir la inexistencia de un nomadismo clásico, la presencia de culturas identificadas o desarrolladas a partir de sus condiciones geográficas, y el reconocimiento de grupos nucleares en áreas extensas (posiblemente tributarias, o de alianza socio-política) como las del norte-centro, ahora nos cuestionamos qué vínculos existían entre los grupos prehispánicos llamados chichimecas.

²⁴³ Las antiguas historias de la entidad, tanto por las etnias y las lenguas identificadas por los españoles, en la conquista, descubrimiento y fundación de poblados, dieron el primer ordenamiento de identidad a la división regional. Proceso de ocupación, organización y gobierno que ambiguamente no perdió su esencia prehispánica en el norte y lo más extraordinario, originado por los colonizadores, en muchos sentidos respetaron nombres o elementos del entorno. Ver ejemplo de este tipo de procesos durante la Colonia en el norte en Chantal Cramaussel, “De cómo los Españoles clasificaban a los Indios. Naciones y Encomiendas en la Nueva Vizcaya Central”, p. 275-303, en Marie-Areti Hers, *et al.*, *Nómadas y Sedentarios en el Norte de México... op. cit.*, 2000.

3.1.1. El nomadismo y las zonas de asentamiento

Los pueblos siempre han dependido de la viabilidad del medio ambiente. Las estrategias de supervivencia, de igual forma, han estado ligadas a la conducta social para asegurar la vida comunal. El nomadismo y la sedentarización surgieron como formas de convivencia con el medio, en respuesta del hombre a determinados parajes geográficos y climáticos. En eso, han influido los diferentes tipos de respuesta de cada grupo humano según su propia civilización en tiempo y espacio.

Las motivaciones de nómadas o sedentarios consistían siempre en la satisfacción de las mismas necesidades; el alimento, la reproducción y el sustento del grupo. Lo que cambiaba eran los sistemas de acopio, el modo de producción y la administración de los recursos aplicados a una evolución cognoscitiva llevada gradualmente a la experimentación en el campo. Así, sin importar la época, el lugar o los actores, estas dos formas de subsistencia han estado coexistiendo a lo largo de la historia de los grupos humanos.

En América la presencia humana está propuesta en tres fechas sustentadas por distintas hipótesis: una del año 40,000 a.C. por los restos humanos más antiguos con aplicación del carbono 14 y porque en un período de 30 mil años (70000 al 35000 a.C. aproximadamente) la glaciación de Wisconsin unió Asia y América; otra para 60,000 a.C. en donde se han encontrado evidencias de restos humanos y de animales con hendiduras de herramientas humanas, tanto en Estados Unidos de Norteamérica, como en Brasil.

Finalmente, la de más rango de antigüedad, del 200,000 a 300,000 años a.C., en hallazgos hechos tanto en E.U.A., el valle de Puebla, México, Brasil y Chile, que

consisten en huesos cortados o tallados por el hombre a los que se aplicaron técnicas del Uranio/torio, Uranio/protactinio para su datación.²⁴⁴

Sin duda es importante estar al tanto de la controversia de fechas y sitios de donde provinieron los primeros pobladores del Continente, pues los americanos prehistóricos habitaron en sitios donde perpetuaron generaciones y su civilización, indicando por eso una evolución de nomadismo y sedentarización más compleja de lo supuesto, incluso anterior al rango establecido de aceptar a las sociedades sedentarias sólo a partir del 2500 a.C.²⁴⁵

En el 10,000 a.C., algunas áreas fueron sitios de asentamiento ya ubicados por productos de cultivo silvestre, con subáreas específicas de caza y persecución de ciertos mamíferos. Y aun cuando la actividad principal fue la caza y la recolección, a partir de ese periodo y hasta hace unos 3000 a.C., algunas sociedades desarrollaron sistemas de cultivo incipiente.²⁴⁶ De hecho el tipo de nomadismo y las variantes ajustadas en cada cultura, llegaron a formar el México prehispánico visto por los europeos.

Del 2000 a.C. los grupos humanos tuvieron grandes desplazamientos y se fueron ubicando en los mejores territorios, tanto en los sitios acuíferos como en áreas tropicales. El nomadismo fue una práctica común derivada de la caza y la recolección,

²⁴⁴ Ver sitios en red en Google, estudios recientes sobre la datación del hombre en América: a Juan Schobinger “200,000 años del hombre en América: ¿qué pensar?” en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria, t. I, 1988, p. 375-395.

²⁴⁵ Daniel F. Rubin de la Borbolla, “La antropología física y el norte de México”, p. 166-171 en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos... op. cit.*, 1943. El autor considera que al menos de 3000 a.C., los estudios osteológicos han relacionado similares medidas y tipos de cráneos al norte de México y sur de Estados Unidos de Norteamérica, en sitios habitados hasta fines del periodo prehispánico, como fue el caso de Texas, Utah, Michigan, Nuevo México, Arizona y al norte de México en Coahuila, Chihuahua o Baja California. Ver también mapa 3, *Distribución de la población en la época prehispánica*.

²⁴⁶ Tanto la caza, la recolección y prototipos de nomadismo no dejaron de practicarse en la América precolombina, tampoco durante la América Colonial entre algunos pueblos. Desde hace varias décadas se sabe que la agricultura en América surgió en el Altiplano de México, en Puebla y Oaxaca con sus fechas más tempranas, en el 8000 a.C., con el hallazgo de plantas domesticadas como el maíz, calabaza y frijol. Las técnicas agrícolas se esparcieron por territorio centro y norte americano entre el 5000-2000 a.C. y alcanzó mayor extensión entre el 2500 al 1000 a.C. hallándose rastros de semillas en las cuevas en los Estados Unidos de Norteamérica (en este último se cree que por influencia de culturas del valle de México); en Sudamérica desde el 5000-2000 a.C. en Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil y Argentina. Ver esta información en Merie-Henriette A. y M. J. Steve, *Prehistoria*, 1999, p. 281-313.

así como un sedentarismo que no sólo se debió a la especialización del cultivo, sino a toda una identificación con el territorio, al arraigamiento de prácticas de subsistencia y a la seguridad brindada por el conocimiento del lugar.

Así, habitando en zonas de riesgo o en condiciones de climas rigurosos, la sedentarización se presentó como parte de una asimilación del grupo con el entorno. Es decir una adaptación más allá de la dependencia de algunos productos para subsistir, aprovechando todos y cada uno de los animales, insectos, plantas, cactus y frutos de la tierra. La interacción entre el nomadismo y sedentarismo impulsaron así la transformación de sociedades de baja densidad poblacional o en continua migración en sociedades semisedentarias.

Generalmente hay sedentarismo cuando existen dos elementos fundamentales sin los cuales no se puede alcanzar esa fase de desarrollo: la agricultura y una forma de organización socio-política compleja.²⁴⁷

De acuerdo a datos arqueológicos y etnológicos, del 2500 al 1500 a.C., se puede hablar de sedentarismo tanto en la costa del Golfo con los Olmecas, como en el centro de México: Tehuacán, Tlapacoya o Oaxaca, por ejemplo, fueron sitios con agricultura y sistemas jerárquicos.²⁴⁸

²⁴⁷ Brigitte Bohem de Lameiras, *Formación del Estado...*, *op. cit.*, la autora planteó que ninguna sociedad mesoamericana e incluso indígena precolombina en general, tuvo su desarrollo del estado, como un fenómeno aislado o puro, es decir, sin que hubiera un desarrollo, o una interacción social entre distintos tipos de culturas y civilizaciones. Para ella, el papel de los cazadores-recolectores (primitivos) fue más complejo de lo supuesto, porque las relaciones con las sociedades del valle central con los llamados chichimecas hubo intercambios culturales, políticos, por tratarse de grupos de diferente especialización, en el caso de los norteros, manifestaron rasgos tanto de agricultura como de organización jerárquica. p. 53-54.

²⁴⁸ *Ibid.*, p. 56-58.



Mapa 5, Distribución de la población en la época prehispánica, IG, UNAM, 1994

En el norte-centro de México, hubo sociedades consumidoras de productos cultivables, principalmente maíz, frijol y calabaza, sin que tuvieran como consecuencia por eso el sedentarismo. Muchos grupos prehispánicos de estas regiones fueron sedentarios debido a la alternancia entre recolección, caza y los intercambios tempranos,

considerando el radio de movilidad dentro de sus actividades de producción y consumo.²⁴⁹

Hay mucha evidencia reciente de la antigüedad en algunos sitios arqueológicos del norte-centro, con asentamientos del Preclásico temprano y durante el Clásico, posiblemente ocupados hasta la época Colonial. Aun y cuando las evidencias arqueológicas han marcado una fecha de abandono o destrucción de varios de estos importantes sitios de ocupación, los indicios históricos demuestran una ocupación sedentarizada y con adelantos tecnológicos relevantes.²⁵⁰

Indígenas con sistemas de supervivencia estrictos como: conservación de alimentos y sistemas de refrigeración ambiental; el magnicidio, infanticidio o control de explotación de recursos. Conocían a tal grado los ciclos vitales de vegetales y animales, que sabían cuándo disponer de ellos sin causar daño a su multiplicación y cultivo, así como los periodos de la flora silvestre aprovechable.²⁵¹

Fue por la variedad de plantas silvestres existentes en muchas partes del norte de México, que se dieron áreas de cultivo más especializadas. La arqueología agrícola demuestra tanto su antigüedad como la práctica entre muchos grupos indígenas.²⁵² Si

²⁴⁹ Lawrence Kaplan y Lucille N. Kaplan, "La domesticación del Phaseolous: una cosecha complementaria en la Prehistoria", p. 149-166, en Linda Manzanilla, *Coloquio V. Gordon Childe: Estudios sobre la Revolución Neolítica y la Revolución Urbana*, 1988. En este artículo los autores plantean que existe la posibilidad de cultivo del frijol en el norte, casi emparentado a la entrada o difusión del cultivo del maíz en sitios como en Tamaulipas, Durango y el Sureste de los Estados Unidos de Norteamérica desde 5000 a.C. El cultivo y consumo se dieron desde esas épocas al menos en algunas variedades del frijol. También ver a Donald D. Brand, "A note on the Pre-ceramic Man in Northern Mexico", p. 164, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos... op. cit.*, 1943, donde el autor menciona que en Chihuahua hallaron restos de lítica, proyectiles, herramientas o bloques tallados, con fecha entre el 10,000 y 5000 a.C.

²⁵⁰ Para Hidalgo y Querétaro, ver en Ricardo Jarillo Hernández, *op. cit.*, *Tiempo y Región*, 2007. Para el Occidente de México revisar a *op. cit.*, Rodolfo Fernández y Daría Deraga, "La zona occidental en el Clásico", p. 175-203, en Linda Manzanilla y Leonardo L. Luján, *Historia Antigua de México*, Vol. II, 1995.

²⁵¹ Valdés, *op. cit.*, p. 40; Andrés G. Argüelles, *Explotación del mezquite en SLP*, 1991, p. 28; Román Gutiérrez, *op. cit.*, 1995, p. 96.

²⁵² Acerca de esta idea del norte prehispánico cultivable he seguido algunas teorías que me parecen importantes, primero por la revalorización de sociedades llamadas primitivas, salvajes, bárbaras y desde un análisis comparativo entre ellas por Claude Levi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, 1984, p. 11-59; nos demuestra la capacidad asombrosa de conocimiento, ordenación, clasificación, utilización del universo vegetal y animal. Esta ambigüedad entre primitivo-civilizado no separaba, en mi opinión, en el caso de

este equilibrio ante las condiciones ambientales hizo del territorio “chichimeca” una zona habitable a lo largo del norte-centro, parece razonable también, el logro de una graduación cultural en algunos momentos, entre sociedades vecinas al sur y al norte.²⁵³

La fortaleza, la rudeza y el trato brutal de los grupos en esa situación, correspondían a estilos de vida adaptados a la austeridad, de sociedades por naturaleza guerrera debido a sus habilidades para la caza y confrontaciones de lucha con otros pueblos, pero no más atrasados en los conocimientos, no más ignorantes o salvajes, ni hostiles por condición de “barbarie”.²⁵⁴

Muchas causas hicieron de las culturas del norte grupos pragmáticos, perfeccionistas de sus asentamientos (cuevas, peñascos, abrigos rocosos, chozas, cabañas, edificios de barro o piedra), erigidos en espacios pequeños. Las diferencias arquitectónicas y culturales incidieron en la distribución territorial, así como en la limitación y control de las áreas donde obtenían los recursos básicos. Por ese particular

las culturas americanas, la aplicación de ese sistema cognoscitivo del medio ambiente entre culturas desarrolladas de las “primitivas”, era igual o quizás más agudizado con las culturas del norte. Por otro lado, Kent V. Flannery en su artículo “Archaeological Systems Theory and Early Mesoamérica”, plantea que cada grupo indígena se adaptaba a cada zona ambiental; también que no ha existido grupo humano por primitivo que sea, ignorante de la conexión entre plantas y semillas, sobre todo de los grupos dependientes de la intensiva utilización de las plantas silvestres o estacionales. Otra idea fue acerca de cómo en el periodo de los recolectores de alimentos, las plantas de cultivo no eran el principal alimento utilizado, sino las menos importantes en relación de las plantas que nunca llegaron ser domesticadas, ver este trabajo en Stuar Struever (ed.), *Prehistoric Agriculture*, 1971, p. 80-100. De este mismo libro hay otro artículo de Paul C. Mangelsdorf, Richard S. Macneish y Walton C. Galinat “Domestication of corn” con datos interesantes, el hallazgo de granos de maíz silvestre hace 8000 años a.C. en el valle de México, además descubrimientos de maíz en cuevas de Puebla y otras más al norte, indicando prácticas de domesticación y quizás uso extensivo de cultivo de varias plantas, en Sonora, Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas que datan del 3600 a.C. al 1000 a.C., p. 471-486.

²⁵³ En la Relación de Alvar Núñez Cabeza de Vaca la mención sobre los cultivos tanto en la Florida, Mississippi, Nuevo México, Sonora y Sinaloa fueron muy importantes, porque puede verse como iba intensificándose las dimensiones de cantidad y prácticas de sembradío en las poblaciones indígenas conforme iban hacia el sur (tras su fallido viaje en la Florida), en lo que llamaron el “Camino del maíz”, desde los Apalaches, Aute y hasta Sinaloa, p. 61 y 62, en *op. cit.*, Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de N.S. Fe...*, 1944.

²⁵⁴ Vemos en Bernardino de Sahagún, en *op. cit.*, 1985, libro X, capítulo XXIX, p. 595-600, ciertas variedades de chichimecas, en referencia a los teochichimecas o zacachichimecas, descritos por las carencias, la austeridad y la rudeza de sus vidas ante la naturaleza, considerados por él como los más sanos, vivían más y eran más resistentes, lo cual no me parece sino una alabanza a esas gentes y sin tono de acuse de barbaridad.

evento, su concepción del espacio estuvo basada en trabajo cotidiano de adaptación y ventaja sobre el entorno.

Una hipótesis con mucha presencia en el tema de los chichimecas es la movilidad poblacional, forma parte de la identidad cultural atribuida a esos indígenas. Movilidad como parte de peregrinaciones frecuentes, desplazamientos forzados o la tradición milenaria de intercambios diversos entre sociedades con una vida política dinámica (presencia dominante), como fue el caso de los guachichiles, zacatecas, kikapués, apache o navajo con áreas de desplazamientos muy grandes.²⁵⁵

Cabe demostrar aún si esas conductas fueron siempre estimuladas por cuestión cultural o ambiental, o reacciones defensivas adoptadas por todos los grupos del norte-centro a la llegada de los europeos. Hay intentos por explicar la extensión de los lazos político-culturales entre los indígenas de la Gran Chichimeca, a quienes les unificaron varios elementos que nos sirven de guía.

Uno de esos elementos es la ubicación de las macro áreas lingüísticas de los indígenas mesoamericanos y del norte (Hokano, Yuto-Azteca, Otomí y Mayense), relacionados desde una etapa remota, dejando amplias zonas identificadas por troncos lingüísticos comunes entre ellas, sobre todo en el norte, donde hay ramas idiolécticas esparcidas entre fronteras culturales.²⁵⁶

Otro, es el notorio distanciamiento entre poblaciones indígenas y los grandes desplazamientos recorridos, posiblemente a causa de la explotación de recursos y áreas

²⁵⁵ De los zacatecos y guachichiles ver *Relación de Pedro de Ahumada* (en 1562), 1952; de los kikapués ver José Guadalupe Ovalle Castillo y Ana Bella Pérez Castro, *Kikapués, los que andan por la tierra*, 1999; acerca de los navajo ver Peter Iverson, *The Navajo Nation*, 1981. Por mencionar algunos ejemplos, pues son muchos los grupos que eran andariegos sin reconocer fronteras territoriales.

²⁵⁶ Peter Gerhard presenta un mapa de las lenguas indígenas de 1519, en donde podemos ver sólo en la parte central, la amplitud de yuto-aztecas y otomangues, distribuidas alrededor de toda la periferia entre las fronteras sur (Oaxaca Tabasco y Chiapas) y al norte (San Luis Potosí, Zacatecas y Jalisco). Predomina el náhuatl y después el otomí. *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, 2000, p. 6. Además ver artículo de Roberto J. Weitlaner, "Las Lenguas del Sur de Estados Unidos y el Norte de México", pp. 181-185, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos...* op. cit., 1943.

de intercambio entre grupos que compartían una red de distribución poblacional estratégica, haciendo de rutas intermediarias a los centros dominantes del Suroeste norteamericano y el valle central de México.

Los indicadores de asentamientos en las áreas más ricas en recursos naturales en el norte, tal vez dieron respuesta a la formación de núcleos de poder en la “Gran Chichimeca”. La conducta cultural que diferenciaba a nómadas y sedentarios sigue siendo emblemática en los estudios del norte (por el carácter habitacional de las sociedades del semidesierto). A la llegada de los europeos el norte estuvo habitado y comunicado por vías importantes de traslado.

Ya sea por la separación espacial de los distintos asentamientos, como por los sistemas de convivencia social, o la identificación del tipo de sociedad, es preciso saber cómo y quiénes eran los indígenas a lo largo del área norte-centro.

Partimos de diferentes evidencias para tratar el problema de las distancias entre poblaciones del norte-centro: 1) el sistema especializado de seminomadismo permitía la convivencia entre prácticas de tipo nomádicas y de pleno sedentarismo; 2) hubo asentamientos nucleares que controlaban ciertas regiones, por lo tanto culturas dominantes;²⁵⁷ 3) hubo un mayor nivel de ocupación del espacio (así mismo, mayor número de grupos y zonas de asentamiento);²⁵⁸ 4) una muestra de ello se deduce de la superposición de los asentamientos de los colonizadores en anteriores asentamientos indígenas.²⁵⁹

²⁵⁷ Peter Gerhard, *Geografía histórica...*, *op. cit.*, 2000, incluye un mapa de los señoríos que todavía tenían importante presencia indígena durante el tercer cuarto del siglo XVI, los principales núcleos donde todavía persistían algunos sitios de Jalisco, Colima, Michoacán, Guanajuato, la Huasteca y Tamaulipas, p. 9.

²⁵⁸ Ver Mapa de Asentamientos Arqueológicos en el Norte, *Mapa II, INAH*, capítulo III, 3.1 de esta tesis.

²⁵⁹ Peter Gerhard, *Geografía histórica...*, *op. cit.*, 2000. El autor dice que al principio los españoles no modificaron la ubicación de los asentamientos indígenas, sino únicamente reubicaron a la población indígena a orillas de las ciudades o villas españolas, sin importar (algunas veces) si el lugar convenía o no: “*Más comúnmente los españoles fundaron sus propios pueblos en valles fértiles y otros lugares que habían quedado desocupados o escasamente poblados por ser indefendibles o inconvenientes desde el punto de vista indígena.*”, p. 27

Un hecho elemental en los últimos años, ha sido explicar el arraigamiento de los indígenas del norte a sus territorios (y no hablamos de una zona poco poblada), donde coexistieron viejos sistemas políticos y de comunicación espacial entre los indígenas, así como de una territorialidad con climas parecidos, como se dejó asentado en varias fuentes coloniales.²⁶⁰

El interés de los españoles en esos mismos territorios demostró esa dinámica de interpolación territorial, desplazando, esclavizando o exterminando a los indígenas, con un alto impacto en el medio ambiente, poblando la mayoría del territorio, en especial de aquellos con más plusvalía para sus empresas, como fueron los asentamientos mineros y las grandes haciendas ganaderas.

Las redes de poder entre los mismo grupos del norte es un tema no explorado en muchos aspectos, ni muy aceptado, porque ha estancado a esta idea otra de mucho más peso. La idea de la presencia de algunas culturas que dominaron todo el territorio norteño (por lo general culturas mesoamericanas) como la cultura teotihuacana y tolteca, o bien la presencia de los tarascos, los otomíes o huastecos.²⁶¹

Un elemento más radica en la cuestión ambiental y en las rutas climáticas y culturales, entablando una relación interespacial no perdida con los años, aún a pesar de los cambios climáticos o los bloqueos a las viejas rutas indígenas propiciadas por los colonizadores españoles. Ese problema es abordado en un artículo de Phil C. Weigand sobre el *norte de Mesoamérica*, donde expone que en el norte hubo condiciones climáticas diferentes hace 1500 o 2000 años, las cuales cambiaron aceleradamente tras

²⁶⁰ Merie-Henriete A. y M. J. Steve, *op. cit.*, p. 284.

²⁶¹ Ver Roxana Enríquez Farías en su artículo “Las Sociedades Prehispánicas de la Región Centro-Norte de Mesoamérica. Configuración Espacial y Territorialidad a partir de su relación con Teotihuacán”, p. 50, *op. cit.*, *Tiempo y Región...*, Vol. I., 2007. Para tener en cuenta el ejemplo de culturas que en apariencia dominaron al norte, en la extraterritorialidad mesoamericana, haciendo de puente cultural entre dos grandes áreas culturales: el occidente y el altiplano central; y en donde además dice que la identidad entre las culturas no se generaba porque se compartiera tan sólo un territorio común, sino porque la identidad surgía a partir de la simbología otorgada por el territorio.

la llegada de los europeos. A pesar de esa transformación, se mantuvieron los lazos culturales entre los indígenas.

Weigand estableció la importancia del norte prehispánico por sus vetas mineras, la ocupación de ríos, arroyos, manantiales, y la similitud de varias culturas en la ubicación, construcción y organización de sus asentamientos. Gracias a esa riqueza ambiental del semidesierto, floreció una etapa de desarrollo sistemático de la minería, comercio a larga distancia, bases de control de rutas, así como un incremento en las técnicas militares.²⁶²

Una de esas rutas indígenas, surgida desde el 100 a.C. y continuada hasta 1521, pasaba de sur a norte por Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, al norte de Michoacán, el noreste de Jalisco, Zacatecas, Durango, el oeste de Coahuila, Chihuahua, el suroeste Texas, Nuevo México y Arizona. Eran características de ese trayecto, la creación de centros de poder local, con tradiciones de tumbas de tiro, juegos de pelota, el uso de la fosa, con estilo de sitio de trincheras, explotación minera, centros religiosos, relaciones de intercambio y el contexto ambiental del semidesierto.²⁶³

Áreas de control y con una especie de fronteras regionales desarrolladas en las inmediaciones de los grupos “mesoamericanos” con los que compartieron estilos de edificación, cerámica, prácticas funerarias, culto a ciertos dioses y otras manifestaciones encontradas entre la civilización nortea de mayor presencia, como rasgos culturales de los Hohokam y Anasazi.²⁶⁴

En síntesis, nos encontramos ante culturas indígenas relacionadas por la política y el control territorial. A partir de ese esquema, Pedro Armillas elaboró un plano

²⁶² Phil C. Weigand, “El Norte de Mesoamérica”, p. 68-78, en Phil C. Weigand (coord.), *Estudio Histórico*, op. cit., 2002.

²⁶³ Phil C. Weigand, *Evolución de una civilización prehispánica*, op. cit., ver páginas 39-68 y 245-278, para el caso del occidente y norte de México.

²⁶⁴ Ver estas referencias en Charles Kelley y Abbott-Kelley, “An alternative Hypothesis for the explanation of Anasazi Culture History”, 1975; también en Phil C. Weigand, op. cit., 1995; Michael Foster, op. cit., 1989 y Beatriz Braniff, op. cit., 2000.

etnológico y cultural basado en la información arqueológica y en fuentes coloniales, donde ubicó plataformas tempranas de centros de poder continuadas hasta fines del Postclásico como culturas de sujeción.

En su artículo “Las condiciones ambientales y los movimientos de población en el norte”, Armillas citó a varios autores para este tema y enumeró localidades que para la época Posclásica tuvieron un poder hegemónico y dominio en áreas extensas como el señorío de Coinan (como una comarca independiente que abarcaba las áreas de Ocotlán); La Barca; Atotonilco el Alto e Ixtlán (donde ejercían influencia en el noreste y este del lago de Chapala). Al parecer esta entidad formaba parte de otros centros como el de los tecos y los tarascos.

En Michoacán había otro importante núcleo defendido por guarniciones o colonias fronterizas establecidas en Puruándiro, Yururiapúndaro, Acámbaro y Maraviatio, desde donde realizaban expediciones guerreras contra los “nómadas chichimecas”, en ocasiones llegando hasta Xichú, otro fuerte grupo pame en Guanajuato. Colindante a éstos y a los grupos chichimecas de más al norte, estaba la provincia de Xilotepec, otomí, abarcando varias entidades: Titmilpa (Timilpan), Atlán (San José, era la más importante y aparentemente como sitio nuclear), Huechiapan (Huichapan), Tecozauhtla y Zimapán.²⁶⁵

Por la Sierra Madre Oriental, grupos huastecos entre Tamaulipas, San Luis Potosí y Querétaro tenían en época de la conquista una importante red de sociedades tributarias en los valles altos del Tamuín y Guayalejo, extendidos hasta Tancoyol, Querétaro, Tula, Tanlacú y Tamasopo en San Luis Potosí. En la Sierra Madre Occidental Armillas agrupó a los mocositos a lo largo del curso inferior del río Sinaloa, acaxeos y tepehuanes en la serranía (los cuales eran parte de las avanzadas

²⁶⁵ Pedro Armillas, “Condiciones ambientales...”, *op. cit.*, 1964, p. 63.

mesoamericanas en el noroeste), tehuecos y cáhita (en la llanura costera), y los tarahumaras en las montañas de Chihuahua mantenían una importante relación con los habitantes de la meseta de Colorado.

A los caxcanes los ubicó entre Jalisco y Zacatecas, los consideró parte de una “alta cultura”, sobre todo por ser cultivadores en pequeñas áreas; al sur de estos caxcanes, estaban los tecuexes y tecos; los tobosos en el Bolsón de Mapimí; los zacatecos entre Zacatecas y Durango; los guachichiles iban desde la desembocadura del río Lerma hasta la comarca de Saltillo en Coahuila; los guamares en el centro de Guanajuato; los janambres entre Tamaulipas y una serie de pequeñas bandas al norte del río Purificación-Soto la Marina.²⁶⁶

Esta recopilación de Armillas, acerca de sitios y culturas del norte chichimeca a partir del siglo XVI, dio entrada a una serie de teorías corroborando que el norte contaba con una presencia sólida de centros de poder regional. Algunos de esos centros eran tecnológicamente avanzados, tanto por la organización jerárquica compleja, como por sistemas de gobierno tributarios y técnicas agrícolas.²⁶⁷

Por ese aspecto, los grupos del norte-centro debieron tener una concepción de extraterritorialidad que formaba parte de un mismo desarrollo cultural (por la diversidad de contactos, migraciones, enfrentamientos o lazos de parentesco), integrando un desarrollo social enfocado en el tipo de espacio donde se desenvolvían y las particularidades aportadas por cada grupo.

Los arqueólogos Eduardo Nájera, Beatriz Braniff y Peter Jiménez, han mencionado que algunas sociedades intermedias (refiriéndose a zonas como el Bajío, el

²⁶⁶ *Ibid.*, p. 63-65.

²⁶⁷ Sobre algunos sistemas de riego en el norte ver a Beatriz Braniff, “Sistemas agrícolas prehispánicos en la Gran Chichimeca”, p. 127-142, en *op. cit.* Marie-Areti Hers, *et al.*, *Nómadas y Sedentarios...*, 2000. En este artículo la autora aporta interesantes datos, como las fechas tempranas de hallazgos de productos agrícolas (p. 131), las características de los sistemas de irrigación, considerados originales en el norte, por la particularidad del suelo y los grupos que los llevaron a cabo, p. 132. Algunas de las culturas con un importante auge en sus sistemas de riego fueron las de Arizona, Phoenix, en Nuevo México, en Chihuahua y en varios asentamientos de las sierras Madre Occidental y Oriental.

Occidente y algunos sitios del norte, situados entre áreas de mayor dinamismo cultural como fueron el Suroeste norteamericano y el valle central de México), tuvieron adelantos significativos a los de sus vecinos del sur o norte, y alcanzando una nivelación cultural aproximada en algunos aspectos a las de grupos totalmente sedentarios y de grandes concentraciones de población.²⁶⁸

Como sociedades intermedias, las del norte-centro tuvieron el dominio del corredor geográfico de los valles semidesérticos desde la época prehispánica, durante la Colonia y hasta el presente, presentándose como vía de diversidad, de integración y de intercambios.²⁶⁹ Al esclarecer el tipo de fronteras planteadas desde la postura académica, el norte-centro puede representar desde lo geográfico y ambiental, un modelo de conducta entre sus pobladores para interpretar de qué forma influyó en los asentamientos prehispánicos y más tarde con los de los colonizadores.

Las fronteras fueron transformadas constantemente, la población muchas veces también se vio inmersa en migraciones forzadas, lo cual ocurrió por diferentes factores entre indígenas y colonizadores en sus fronteras y asentamientos: a) el tipo de sociedades indígenas y las necesidades materiales de cada uno, b) el tipo de recursos

²⁶⁸ Un ejemplo claro lo planteó Roxana Enriquez Frías, dejando el llamado “centro norte” (entre el río Lerma, Moctezuma), lo que era la frontera entre Mesoamérica y la Gran Chichimeca como un puente cultural, o área intermedia, “Las Sociedades Prehispánicas de la Región Centro-Norte de Mesoamérica. Configuración Espacial y Territorialidad a partir de su relación con Teotihuacán”, p. 50, *op. cit.*, *Tiempo y Región.*, Vol. I. 2007. También ver a Rosa Brambila Paz y Juan Carlos Saint Charles, “El Clásico en el norte-centro de Mesoamérica”, p. 57- 65, en E. Fernando Nava L., *Otopames*, 2004.

²⁶⁹ Phil C. Weigand, *op. cit.*, 2002. La relación del norte de México con el sur Norteamericano entre muchas cosas, estuvo basado en la minería principalmente y según el autor en el comercio a larga distancia, continuado por una extensión territorial caracterizada por sus sitios atrincherados o de estilo defensivo, por lo tanto Weigand planteó que fueron la guerra, la minería y el comercio a larga distancia un tejido simbiótico que caracterizó a las sociedades en la frontera norte de Mesoamérica hasta con los hohokam. También otros ejemplos de los Corredores Interculturales los vemos en Patricia Dávila Cabrera “La frontera noreste de Mesoamérica: un puente cultural hacia el Mississippi”, p. 79-90 en donde el autor describe recientes hallazgos de las relaciones entre la Huasteca y el Mississippi, la importancia cultural de este corredor al este que tuvo una gran distancia; y por otro lado, el artículo de Patricia Carot “Las rutas del desierto: de Michoacán a Arizona”, p. 91-112 donde la autora menciona el gran corredor pasando por Chalchihuites y manteniendo contactos con Arizona. Ambos artículos en Marie-Areti Hers, *et al.*, *Nómadas y Sedentarios en el Norte de México... op cit.*, 2000.

aprovechables y su tecnología aplicada, c) la transformación del medio, según la explotación y sobreexplotación.

En el caso de los indígenas, los cambios ambientales posiblemente originaron migraciones poblacionales en distintos periodos, en los siglos VI, XII y XV d.C. que hicieron fluctuante las fronteras.²⁷⁰ Otras posturas rechazan los cambios climáticos como causa de transformaciones sociales, y atribuyen una serie de factores políticos, militares, comerciales o culturales, a la movilidad y cambio entre grupos del norte-centro.²⁷¹

En el caso de los colonizadores, el comportamiento de ubicación poblacional tuvo preferencias en los asentamientos y rutas indígenas que tenían riqueza ecológica y posicionamiento estratégico. A los españoles motivaron las fuentes mineras, la explotación de la mano de obra indígena, las áreas de pastoreo y los campos de cultivo. Bajo estas premisas se llevó a cabo la repoblación de los españoles, donde se observó una continuidad entre viejas y nuevas áreas de asentamiento, siguiendo el esquema de los centros urbanos indígenas ubicados en las mejores tierras cultivables así como las vetas mineras.²⁷²

²⁷⁰ Pedro Armillas, "Condiciones ambientales...", *op. cit.*, 1964; también en María Teresa Cabrero García, *op. cit.*, *Civilización en el norte de México...*, 1989, p. 41. Para el caso de las teorías de la oscilación climática y movimientos de población al norte de Mesoamérica, muchos autores se basan en el trabajo de Pedro Armillas. Además, ver a Michel S. Foster, *op. cit.*, 1989; Palerm y Wolf, *op. cit.*, 1990.

²⁷¹ Paul Kirchhoff, *op. cit.*, 1967. En el caso de la frontera norte de Mesoamérica, Kirchhoff la distinguió de la del sur por su grado mayor de movilidad e inseguridad, por las expansiones y retracciones suscitadas por las diferentes invasiones de grupos de cultura más baja en el norte (no obstante son considerados mesoamericanos) incurrieran según el autor, en contacto culturales al sur de los Estados Unidos de Norteamérica así como con las culturas del centro y sur de México, p. 6. Ver también a Armillas, 1964; Cabrero, 1989; Hers, 1989; L. Reyes García y Lina Odena Güemes, 1995; Braniff, 2000.

²⁷² Phil C. Weigand, *op. cit.*, 1995, la interpolación en los sitios mineros es evidente, pues las rutas y los sitios en donde más se producían ciertos materiales como la turquesa química o el cobre nativo como materiales principales (porque hubo otras variedades importantes como la obsidiana, la malaquita, el cinabrio, la neonita, el pedernal, la sal, etc.) que sin duda atrajeron a exploradores y conquistadores a los centros indígenas en donde se extraían e intercambiaban estos materiales. Además, las rutas ya establecidas de las antiguas minas indígenas se hallaban bien establecidas y al parecer eran muy transitadas.

Lo mismo ocurrió en las superficies acuíferas o boscosas habitadas por los indígenas, indicando a los primeros europeos en suelo norteño, antiguas rutas de contacto e interacción. Beatriz Braniff menciona sobre este asunto:

Es lógico suponer que las intercomunicaciones entre mesoamericanos y los grupos norteños agrícolas debieron ser más fáciles a lo largo de una ruta definida por la distribución de grupos también agrícolas o, en su defecto, en zonas adecuadas para el cultivo. Esto es evidente en tiempos coloniales, pues los españoles en sus primeras entradas al noreste siguieron precisamente ese patrón.²⁷³

Este paralelismo de reocupación de antiguos asentamientos indígenas por los recién llegados españoles, rebasó el carácter elemental del motivo primero de su ocupación, es decir, las causa de los indígenas al haberse asentado en sitios con abundancia de recursos naturales. Los españoles ocuparon éstos y otros lugares de poblaciones aisladas, áridas o inhóspitas. Tras haberse ubicado los españoles en o cerca de antiguos asentamientos indígenas, se adaptaron casi a las mismas condiciones geográficas y climáticas que los indígenas.²⁷⁴

En el territorio septentrional la fluctuación de españoles durante el inicio de la conquista estuvo marcada por la extensión territorial, la búsqueda de materiales preciosos, la aventura y conquista en demanda de empresas personales, motivada por una política de conversión religiosa y cultural de los considerados “salvajes y bárbaros”. Esos y otros motivos ocasionaron grandes oleadas de población española, mestiza e

²⁷³ Beatriz Braniff C., “La frontera septentrional de Mesoamérica”, en *op. cit.*, Linda Manzanilla y Leonardo L. Luján, Vol. I, 2000.

²⁷⁴ En opinión de Pedro Ángeles Jiménez en su artículo “Entre Apaches y Comanches: algunos aspectos de la evangelización franciscana y la política imperial en la misión de San Sabá”, p. 419-439, la expansión del imperio español sucedió en distintos tiempos y regiones, fue siempre siguiendo y asentándose entre los linderos indígenas, es de suponer que eso incluía rutas y poblaciones, p. 421. También, en el artículo de Cuauhtémoc Velasco Ávila, “Nuestros obstinados enemigos: ideas e imágenes de los indios nómadas en la frontera noroeste mexicana, 1821-1840”, p. 441- 459, la colonización y red de asentamientos en el norte proliferó con la creación de misiones y presidios junto con las nuevas poblaciones de españoles y mestizos (instaurados en o cerca de antiguos asentamientos indígenas), dando respuesta al poblamiento del norte. Ambos artículos aparecen en Marie-Areti Hers, *et al.*, *Nómadas y Sedentarios en el Norte de México...*, *Op. cit.*, 2000.

indígena a colonizar el norte de México durante un periodo de posicionamiento ante los grupos indígenas de la región norte, así como con otras potencias europeas colonialistas que a la inversa estaban en expansión hacia el sur, en frontera con colonias españolas.

Posteriormente fue la creación de redes de comercio, de zonas ganaderas y agrícolas, lo que hizo posible la fundación de villas o poblados, con objeto de abastecer y mercar productos básicos para las nuevas entidades.

No obstante la importancia de los asentamientos y la cada vez más ocupada región del norte, la expansión en el siglo XVI hacia las tierras indómitas generó una ruta muy importante de tránsito y comunicación entre los distintos tipos de población. Colonizadores de todos los oficios, cargos, autoridades civiles y eclesiásticas ocuparon las incipientes localidades orillando a una cultura de movilidad empresarial y al indígena al trabajo forzado y a la esclavitud.²⁷⁵

Debido a esa movilidad poblacional en los siglos XVI Y XVII, muchas etnias indígenas hicieron la guerra a los europeos y se reubicaron en sitios de difícil acceso para sus captores. Los españoles desplazaron a los indígenas y habitaron las mejores zonas. Muy adecuado resultó para los españoles justificar el nomadismo indígena en el norte y continuar con el desvirtuado mote de chichimecas, sinónimo de nomadismo, salvajismo, de cazadores-recolectores (adoptado por los propios indígenas del valle central), pues bajo esa perspectiva, por medio de las armas y las leyes de conquista, se

²⁷⁵ Peter Gerhard describe sociedades emergentes con un carácter nomádico mixturizado, bajo términos muy particulares de movilización poblacional distinta al “nomadismo” indígena pero que seguía los mismos patrones de migración e incluso implicaba más inestabilidad y continuos desplazamientos del ejercido por los indígenas: *Hasta la llegada de los españoles, los cazadores-recolectores a los que genéricamente se designaba con frecuencia “chichimecas”, estaban divididos en rancherías, cada una de las cuales ocupaba un territorio de subsistencia fijo. Aunque en ocasiones estos grupos cubrían grandes distancias en su constante búsqueda de alimentos de origen vegetal y animal, generalmente disponían de una base permanente en un ojo de agua en el centro de su territorio y en este sentido su patrón de asentamiento tendía a ser más concentrado que el de los agricultores. Sólo después de que los medios de subsistencia de los chichimecas se vieron amenazados por la intrusión de los españoles y su ganado, aquéllos se vieron en la necesidad de buscar nuevos territorios o encontrar medios opcionales para sobrevivir. De hecho, aquellos que no emigraron tuvieron la alternativa de quedarse a vivir en algún asentamiento español (misión, real de minas, haciendas) o de convertirse en depredadores nómadas, habiéndose incrementado grandemente su movilidad por la adquisición del caballo.* Texto del libro *La frontera norte...*, op. cit., 1996, p. 16 y 17.

apropiaron de territorios desocupados a la fuerza, donde había abundancia de yacimientos mineros y pastizales para el desarrollo de la ganadería.

En base a esta forma de apropiación de territorios y mano de obra, los homogeneizados chichimecas al norte del valle de México, pocas posibilidades tuvieron de conservar sus áreas de vivienda. La falta de fundamentación de propiedad por parte de los indígenas en el norte, fue uno de los argumentos legales para el colonizador que no tuvo reclamos, ni peticiones de nobleza, derecho de posesión, a causa de la movilidad poblacional forzada. Tampoco hubo ningún tipo de comunicación o acuerdos con los indígenas y finalmente, ante la respuesta negativa de guerra y rebeliones se dio paso a una violenta apropiación del europeo por el espacio.²⁷⁶

Por eso abundaron las listas negras de nombres, de individuos y grupos de chichimecas renegados, acusados de criminales, a los cuales ahora ubicamos entre los indígenas del norte-centro, pero en el siglo XVI, fueron agrupados como chichimeas, abarcando literalmente a todas las regiones del norte de la Nueva España.

Una de estas listas a propósito de la ya presentada por Armillas de los señoríos, aparece en la obra de Jesús Náres, abarcando a los indígenas de la zona norte-centro y algunas áreas colindantes de grupos considerados bárbaros.

Aquellos “salvajes” del norte en el siglo XVI y XVII eran: los *guaycuras*, *pericúes*, *monquis*, *liuis*, *didines*, *huichitíes*, *coras*, *callepus*, *arispes*, *catauros*, *cantiles*, *laymones* y *cochimíes* en Baja California; *laguneros*, *cabezas*, *coboles*, *huyquetzales*, *cacaxtes* y *tobosos* en Coahuila; *ópata*, *pápagos*, *pilarmas*, *jovas*, *chinipa*, *varojíos*, *cahitas* y *seris* en Sonora; *manso*, *suma*, *jumano*, *conchos* y *tarahumaras* en Chihuahua;

²⁷⁶ Para ver el panorama de la ideología europea de la época respecto a la conquista, pacificación y colonización de las tierras de los chichimecas, ver las obras de J. Francisco Román Gutiérrez, “Los chichimecas: notas sobre...”, *op. cit.*, 1995, p. 107-108, y del mismo autor *Sociedad y Evangelización en Nueva Galicia durante el siglo XVI*, 1992. Por otro lado, el libro de Alberto Carrillo Cáceres, *op. cit.*, *El debate sobre la Guerra...*, 1999; un ejemplo de reclamo y debate de autonomía y derecho de propiedad sucedió con los indígenas sonoras ante el gobierno Colonial, en Cynthia Radding, “entre el desierto y la sierra. Las naciones óodham y tegüina de Sonora, 1530-1840”, p. 15-16, en *Historia de los Pueblos Indígenas de México*, México, 1995.

otujanos, alazapas, cataaras, icauras, ayancuras, borrados, bocales y comepescado en Nuevo León; *pintos, malincheños, pisonas, guachichiles, janambres, borrados, sigullenes y pames* en Tamaulipas; *tepehuanos, xiximes y zacatecos* en Durango; los *zacatecos, caxcanes y guachichiles* en Zacatecas; *guachichiles* en Aguascalientes; *guachichiles, negritos y pames* en San Luis Potosí; *pames, copuces, guachichiles y guamares* entre Jalisco y Guanajuato; *tarascos* en Michoacán; *pames y otomíes* en Querétaro y el Valle del Mezquital en Hidalgo.²⁷⁷

Estos chichimecas aparecieron en documentos coloniales, crónicas religiosas, en las Relaciones Geográficas ordenadas por la corona, en los informes de los funcionarios coloniales de los primeros años que enviaban en cartas al Consejo de Indias y al rey. Muchos factores influyeron al cambio drástico en las poblaciones indígenas a la llegada de los españoles, principalmente en las antiguas rutas, porque se quedaron sin la posibilidad de seguir fluyendo por los viejos caminos. El nuevo cause del movimiento indígena de traslado e intercambio se vio forzado a nuevas rutas agrestes entre las sierras, cañadas, montes y desiértos donde los españoles aun no adaptaban un sistema de tránsito y de asentamientos. Además la pérdida de sus antiguos territorios les orilló a la dispersión, a la fusión con otras comunidades serranas, aisladas y excluidas de antiguas zonas de tránsito. Fue gracias a esas medidas de cambio que no se pudo evitar la integración de todos éstos en una nueva civilización chichimeca: escurridiza, guerrillera, salvaje bárbara y con una tónica de primitiva, nómada de cazadores-recolectores.²⁷⁸

²⁷⁷ Jesús Nárez, *op. cit.*, 2000, p. 137.

²⁷⁸ Otro caso interesante de “desaparición” o no contabilidad de las poblaciones indígenas en el norte fue porque los caciques principales de ciertas poblaciones decidían o negociaban el servicio a cierto pueblo o señor que les beneficiaba de alguna forma. Quizás por no perder identidad o lazos de parentesco con otro pueblo y al hacer ese tipo de Relaciones o listados en las Visitas, no eran anotadas o eran anexas a otras. Ver Sergio Navarrete Pellicer “Algunas implicaciones de los cambios en los patrones...”, *op. cit.*, 1988, p. 106.

3.2. La importancia de la diversidad geográfico-climática

En el norte-centro de México se encuentran áreas homogéneas en suelo y clima, una prolífica presencia de lomas con clima semidesértico y vegetación principalmente xerófila, así como numerosos cerros y sierras distribuidas a lo largo de esta franja, con vegetación de bosques coníferos. Por el otro, la continuación en algunos puntos interrumpida de lo que Hugo Velasco Molina ha denominado el gran desierto de Norteamérica.²⁷⁹

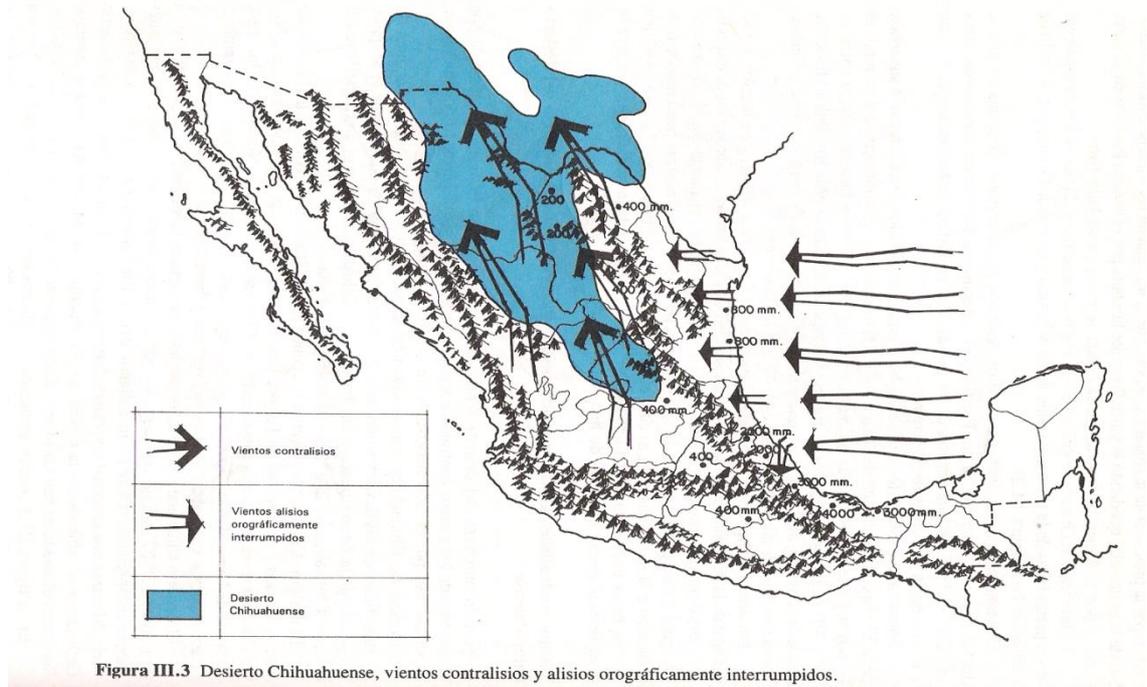
Estos lomeríos y elevaciones crean barreras naturales por la altitud de sus valles y cerros riscosos, forman una especie de canal intermedio entre las costas permitiendo desde hace miles de años, generar condiciones ambientales que entretejían e identificaban a los pobladores de esos territorios. Donde tuvieron una prolifera expansión poblacional y cultural, de control ambiental y contacto con civilizaciones alejadas.

La precipitación de lluvias en la sierra y los corredores áridos en el norte-centro crearon nichos ecológicos abundantes en ciertos espacios atractivos para la totalidad semiárida.²⁸⁰ Por este canal terrestre, se deslizan los vientos fríos y calientes manifestando distintos fenómenos climáticos como los “nortes” en invierno e isothermas calurosos en verano. El clima predominante es el templado sobre todo en la parte del

²⁷⁹ Hugo A. Velasco Molina, *La zonas áridas y semiáridas.*, op. cit. Describe parte del gran desierto de Norteamérica primero por el tipo de clima y la vegetación que predominan y por los estados que comprende: “*La continuidad del desierto es interrumpida sobre las tierras altas del Sureste de Arizona, y parte Sur de Nuevo México, por una zona de transición desierto-pradera... extendiéndose en Texas hacia el Este hasta la parte baja del curso del río Devils. Hacia el Sur, dentro de México, el desierto se extiende a través de la parte Este del estado de Chihuahua y prácticamente todo el estado de Coahuila... Hacia el sur el desierto está confinado a la parte Este del estado de Durango, parte Norte del estado de San Luis Potosí. En el Norte, un área aislada del desierto ocupa parte de la cuenca del río Columbia en la región Poniente del estado de Washington y parte del Sur del estado de Idaho; mientras que en el Sur existen áreas aisladas del desierto en los estados de Hidalgo y Puebla, siendo los valles de Ixmiquilpan, Actopan, Mezquital y Tehuacan los más notables*” p. 48.

²⁸⁰ Ma. Teresa Cabrero G., *Civilización en el norte de México. Arqueología...*, op. cit., 1989, p. 68.

Trópico de Cáncer y hacia más al norte, cuyas variantes de temperaturas extremas son más intensas. El norte-centro se ubica entre las Sierras Madre Occidental y Oriental, impidiendo en su región sur la intensidad de los vientos o las constantes heladas de altas temperaturas.²⁸¹



Mapa 6, Hugo A. Velasco Molina, 1995

Algunas de estas condicionantes naturales influyeron en el contacto cultural y en el desarrollo de una identidad que usualmente no es tomada en cuenta. Sin alejarse de los patrones clásicos de ubicación y clasificación de las culturas prehispánicas, las del norte tuvieron una diferenciación esencialmente geofísica: habitando en áreas de cierta altura y en el semidesierto.²⁸²

²⁸¹ Pedro A. Monsiño, *El escenario geográfico*, 1994, p. 71 a 92.

²⁸² En referencia a la situación geográfica, Christian Duverger propone un hecho importante al dividir y separar culturalmente a las culturas mesoamericanas, en aspectos como el de la altura geográfica, a partir de la cual se dieron distintas condiciones ambientales que determinaron las culturas indígenas. Ver sus propuestas en *El primer mestizaje. La clave para entender el pasado mesoamericano*, 2007, p. 23 a 32.

En esa panorámica ambiental, la continuidad cultural es notable a lo largo del territorio norte-centro, y no significa que se trate de lo mismo sino rasgos, costumbres y usos de flora o fauna observables en tiempo y espacio enlazados.

Tres características identifican a los grupos indígenas que habitaron en este espacio:

I – Debemos reconsiderar la separación etnológica de los indígenas del norte a partir de la división entre (las fronteras territorio-cultura) de Mesoamérica marginal, Aridoamérica, Oasisamérica o La Gran Chichimeca.

II - Desde Arizona hasta Hidalgo predomina poco más o menos la misma vegetación, climas y tipos de suelos.

III – Según las fuentes coloniales ésta fue un área de mayor movilidad poblacional (nomadismo), aun con la especialización de los grupos en la obtención de recursos y el sustento para sus pobladores.

Como consecuencia de esa contrariedad (migración-sustentabilidad en el norte) hay varias hipótesis apuntando a la cuestión bélica, cambios climáticos, el salvajismo, los intercambios extraculturales o incluso, en una mezcla de todos estos, como las causas de migraciones y la diferenciación cultural. La respuesta a estos tres postulados, está en el conocimiento del pasado indígena del norte que nos habla de autosuficiencia alimenticia, semisedentarismo, control local y una red de intercambios a través de áreas identificadas por ese *continuo natural*.²⁸³

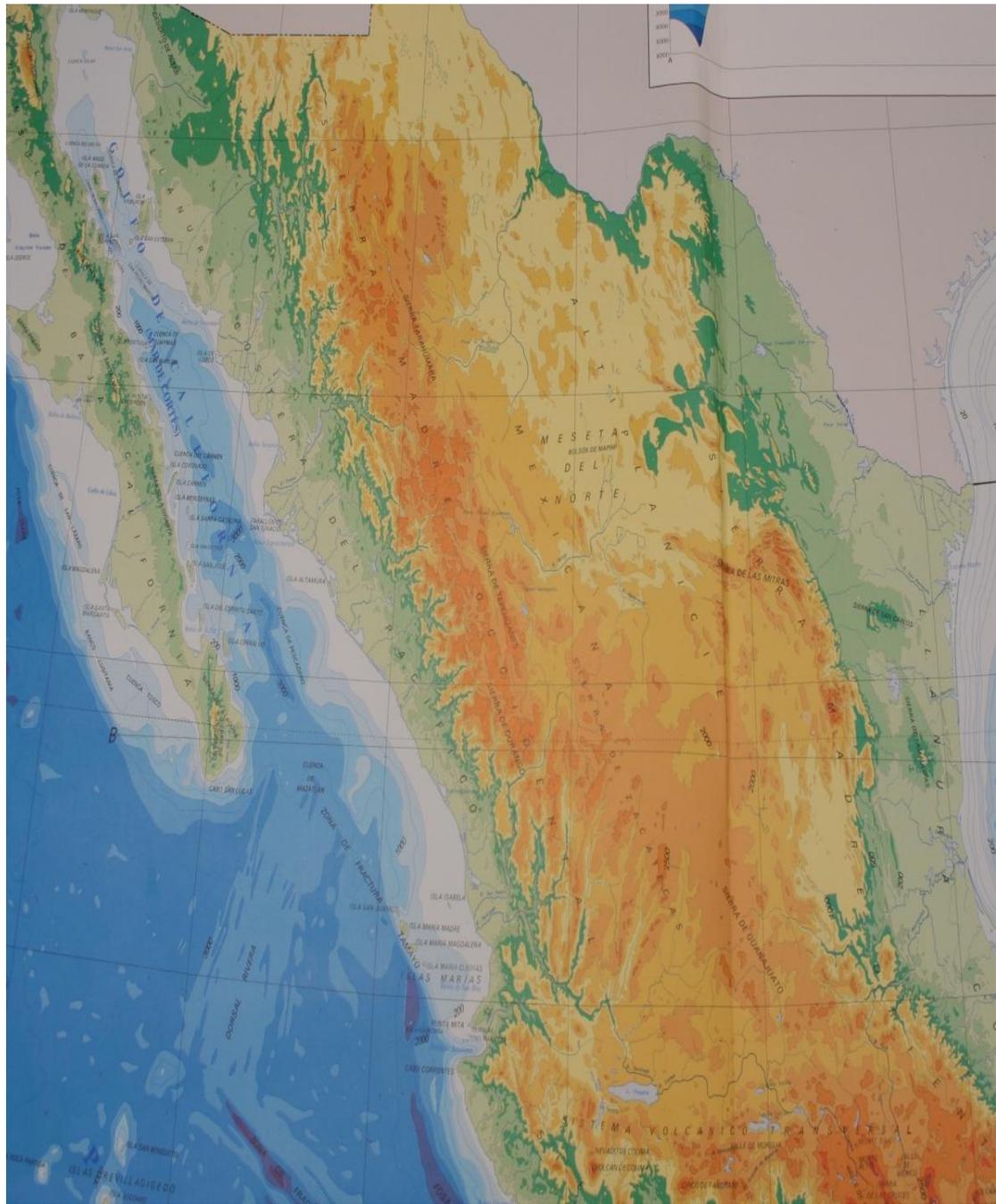
²⁸³ David Phillips, hace referencia a este concepto de **región continua**, respecto al espacio geográfico que enlazaba el norte de México con el oeste de Norteamérica, como vemos en la siguiente cita: *El noroeste de México fue parte de un área cultural, o región continua donde las sociedades indígenas encontraron condiciones ambientales similares y desarrollaron culturas con bastante en común. Una de las suposiciones del concepto de áreas culturales es que dentro de dichos áreas, las innovaciones culturales se difundieron entre los varios grupos y no fueron inventados de nuevo en cada ocasión.*, El ensayo de Phillips además de recordarnos las similares condiciones naturales, también trata el problema de las subdivisiones planteadas en la historiografía de la Gran Chichimeca a partir de rasgos como el de grupos agrícolas o los tipos de cerámica. Ver este ensayo en *Arqueología del Noroeste de México: “Un Rudo Ensayo”*, Julio de 2009, Mesoamérica, Mesoamérica, Mesoamérica, ¿y el Norte Qué?

Una de las propuestas más fundamentadas del intercambio y que ha consolidado el tema de las rutas de comunicación en el norte ha sido la de Phil Weigand, quién se ha enfocado en el intercambio metalúrgico en el norte y la importancia de estos materiales para los mesoamericanos, pero también ha puntualizado su desarrollo gracias a otros objetos decorativos o religiosos como las plumas, las conchas, y utensilios exóticos como las pipas, instrumentos musicales; así como los alimenticios de otras regiones: el tabaco, sal, cacao, frutos de las costas y animales marinos.²⁸⁴

Partiendo de la mirada de un norte muy extenso y de numerosas regiones culturales en las cuales sus grupos prehispánicos hallaron una especie de unidad en la flora, fauna y el espacio geográfico, es posible entender un sistema de convivencia desarrollado entre rutas que enlazaron a esas sociedades. Para ilustrar estas ideas, se presentan una serie de mapas con datos de geografía y medio ambiente, cuyo tema es la unidad ecológica y cultural del norte prehispánico. A través de su observación, nos formamos una idea del comportamiento de las sociedades indígenas a partir de las condiciones climáticas, la distribución de los recursos y la oscilación climática del norte-centro. En especial, de la posibilidad de una identidad generada tras coexistir en similares parajes naturales.²⁸⁵

²⁸⁴ Phil C. Weigand y Acelia G. de Weigand, *Tenamaxtli y Guaxicar. Las raíces profundas de la rebelión en Nueva Galicia*, 1996, ver en p. 83 a 100.

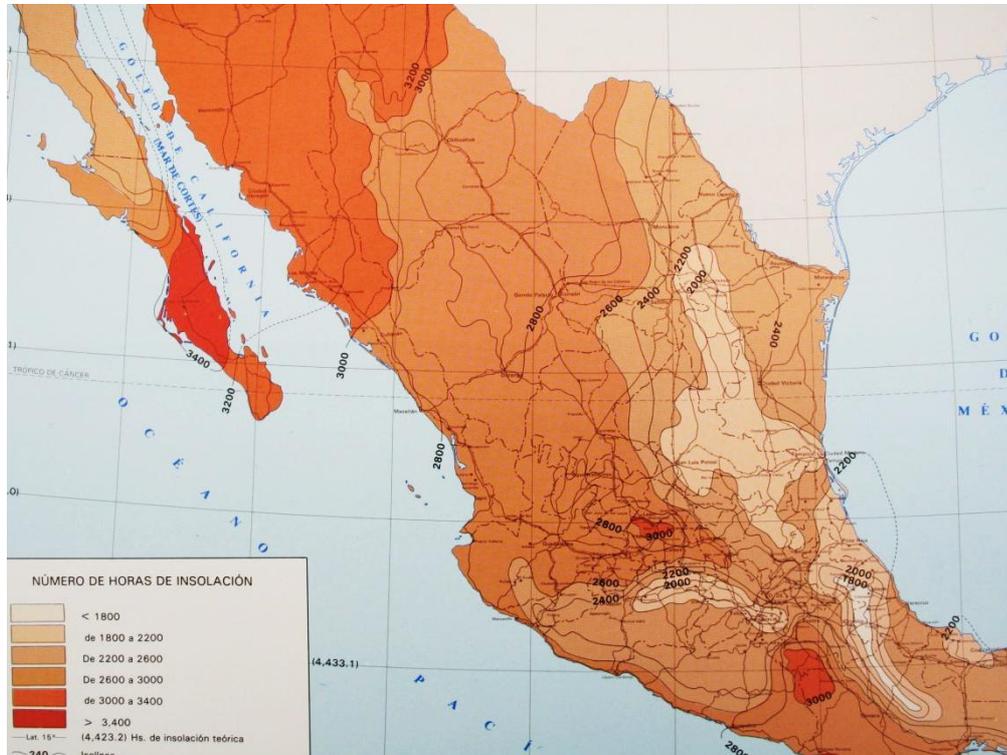
²⁸⁵ Gilberto Jiménez y Catherine Héau Lambert, “El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad”, en Revista *Culturales*, 2007; estos autores plantean el desierto y la aridez como elementos muy importantes en las culturas del norte, influyendo en sus vidas y en buena parte en la formación de una identidad que generó estereotipos que les representaban su apego a ese tipo de medioambiente, p. 9-15.



Mapa 7, Hipsometría y barometría, IG-UNAM

En el mapa 7, la altura y relieve del suelo en el centro-norte y norte-centro, predomina un área de lomas con una altura entre los 1500 a 2000 msn., enmarcada por las sierra madre Occidental y la Oriental. En la Occidental, están las sierras Tarahumara, de los Tepehuanes, la de Durango, la de Zacatecas y la de Guanajuato; en la Oriental, están las sierras de Mitras en Tamaulipas, la sierra Alta, las sierras

Transversales, las sierras paralelas, la de Chihuahua y la de Coahuila. Entre Chihuahua, Nuevo León, Coahuila y Zacatecas está la Altiplanicie Mexicana donde predominan pastizales y valles en la Meseta del Norte con alturas entre 1000 y 1500 m.²⁸⁶



Mapa 8, Insolación anual, IG-UNAM

En el mapa 7, la altura del suelo y los complejos geográficos, se observan en tonalidades café según su obscuridad (más altura) o su claridad (menos altura), causa de humedad, insolación, tipos de vegetación, fauna y distribución de las zonas acuíferas.²⁸⁷

Las estadísticas indican datos relevantes para entender el panorama general, sobre todo, el relacionado al clima. Las temporadas de insolación anual (mapa 8), hacen a este espacio proclive para las lluvias en verano y una flora esteparia seca. También

²⁸⁶ Ver en Instituto de Geografía UNAM, 1990, Vol. I, Mapas Generales, Hipsometría y batometría, I, 1.1.

²⁸⁷ Jorge A. Vivó, “Marco Geográfico e Historia Colonial de los Indígenas”, p. 11 a 16, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos... op. cit.*, 1943. Para Vivó, la Sierra Madre Occidental mexicana es una prolongación del sistema montañoso de las Rocallosas a través de la Meseta de san Francisco, del Colorado que continúa hasta el sur de México, pero además enmarcando las llanuras de la Altiplanicie mexicana, también como una continuación de las grandes Llanuras de Norteamérica.

sugiere una dinámica de movilidad indígena de desplazamientos para recolección o reubicación de sus espacios habitacionales según las estaciones.

La insolación anual percibida alcanza las 3200 a 3000 horas, ubicándose estas entre Sonora, Chihuahua y Coahuila. De menor registro en horas están Nuevo León y Tamaulipas al Noreste, al sur Jalisco, Michoacán, Guanajuato e Hidalgo entre las 2400 y 2000 horas. Posiblemente los grupos de las regiones de más de 3000 horas, prefirieron trasladarse hacia el sur, en las costas de México o el trópico, inclusive, más hacia el norte, en los valles de Arizona o Utah, a las llanuras de Kansas, Oklahoma y Texas.

El mapa 9 presenta la temperatura media anual, ahí se observan las variables que ayudan a perfilar una hipótesis de desplazamientos periódicos. O bien la uniformidad de la temperatura anual en la franja del norte-centro, con una media climática similar.²⁸⁸

El factor de insolación y altas temperaturas también son causa de una flora y fauna resistentes a estas variables climáticas, como se verá en posteriores mapas. De esa forma la representación de unidad en los mapas no sólo se presenta en el plano geográfico, el de precipitación, el vegetal, animal y metalúrgico.²⁸⁹

La temperatura media muestra también los índices climáticos y las zonas térmicas que caracterizan al norte de México. Observamos una uniformidad en la temperatura del norte-centro, entre indicadores de semicálida, templada y semifría, lo cual nos ayuda a entender cómo se ha concebido el comportamiento de los pobladores, para ubicar sus áreas de vivienda, cultivos, áreas de recolección y de intercambios.

²⁸⁸ Instituto de Geografía UNAM, Vol. II, Mapas - Naturaleza, Observatorios, estaciones meteorológicas e insolación, IV 4.1.

²⁸⁹ La coincidencia entre estos planos es muy característica, no se han incluido todos los mapas referidos por cuestión de espacio, pero basta que el lector acuda a un atlas temático de México o del norte de América para constatarlo.



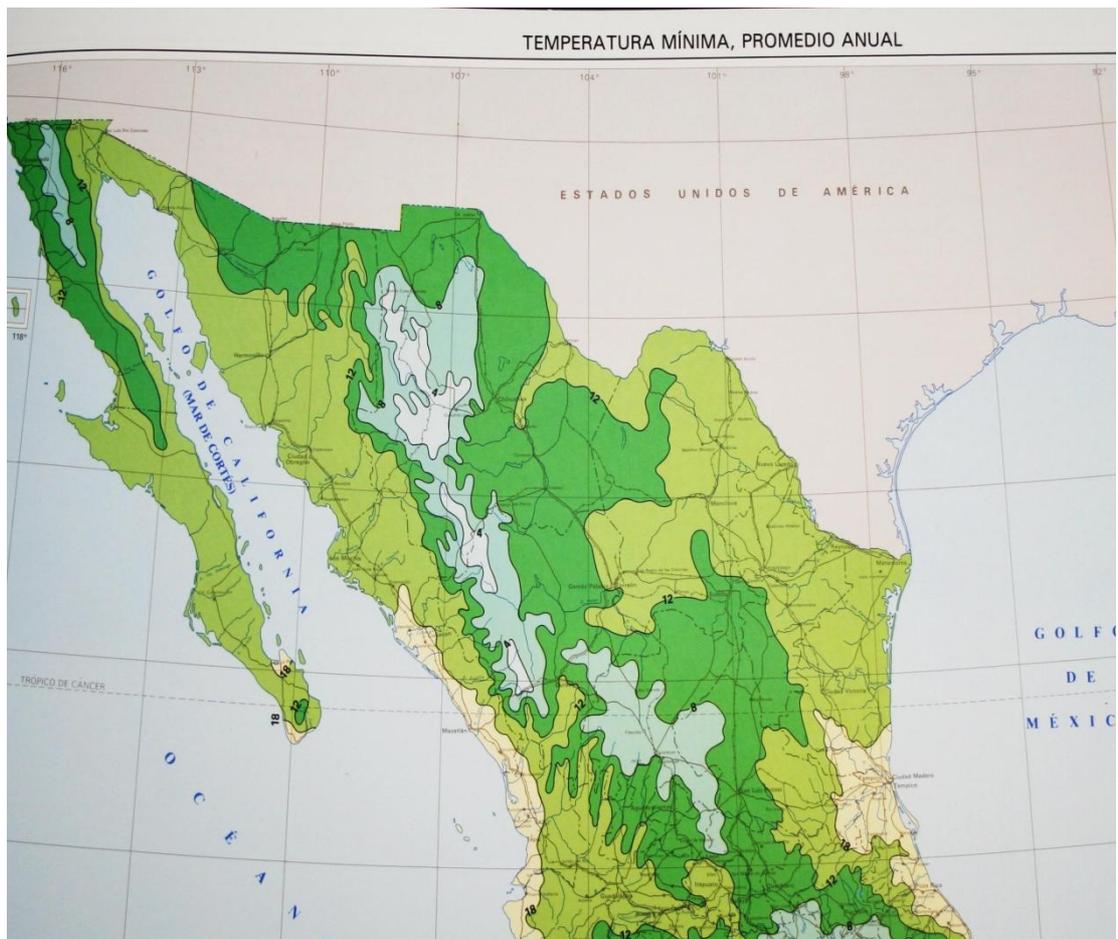
Mapa 9, Temperatura media anual, IG, UNAM

Existe la teoría de que los grupos humanos tienden a asentarse únicamente en los sitios en donde existen las condiciones ambientales propicias para buscar el asiento fijo de su comunidad, pero no es este el caso de los indígenas del norte. Encontramos una serie de factores como rasgos de motivación y determinación para romper esta idea de la vida a partir del espacio paradisíaco. El impulso de la vida en estos parajes y climas en el norte no pueden ser vistos como limitantes sino como usos y costumbres del lugar.

Por ejemplo en el mapa 9, aparecen los registros de la temperatura media anual que oscila entre templada (12 a 18° c.), semicálida (18 a 22° c.) y semifría (5 a 12° c.); las temperaturas extremas para el caso de la delimitación del norte-centro revelan también un área casi homogénea en estos rangos climáticos.²⁹⁰ En el caso del mapa 10

²⁹⁰ *Ibid.*, Mapas –Temperatura Media. IV 4.4. Ver también a Jorge A. Vivó, “Marco Geográfico e Historia Colonial... p. 15, *op. cit.*, este autor ve excepciones en algunas regiones intermedias, donde o hay un

vemos otro fenómeno climático interesante, los grados de temperatura mínima por año que nos muestran en territorio del norte-centro una baja fluctuación de 12° a 4° grados según las tonalidades: 12° las de verde limón, 8° las de azul cielo y 4° las de azul muy claro. Características de estos climas son el frío intenso en los inviernos y bajas temperaturas aun en la mayoría del año.



Mapa 10, Temperatura mínima anual, IG-UNAM

La información de este comportamiento climático presentado en el territorio geográfico es impresionante por el peso que ejerció sobre la producción y cultivo de algunas especies que influyeron en el desarrollo de las culturas. Obsérvese que la superficie del norte-centro estuvo entre los rangos de mayores y menores temperaturas,

clima seco desértico cálido y otros en las sierras, donde llega a haber un clima templado húmedo con lluvias en verano e invierno.

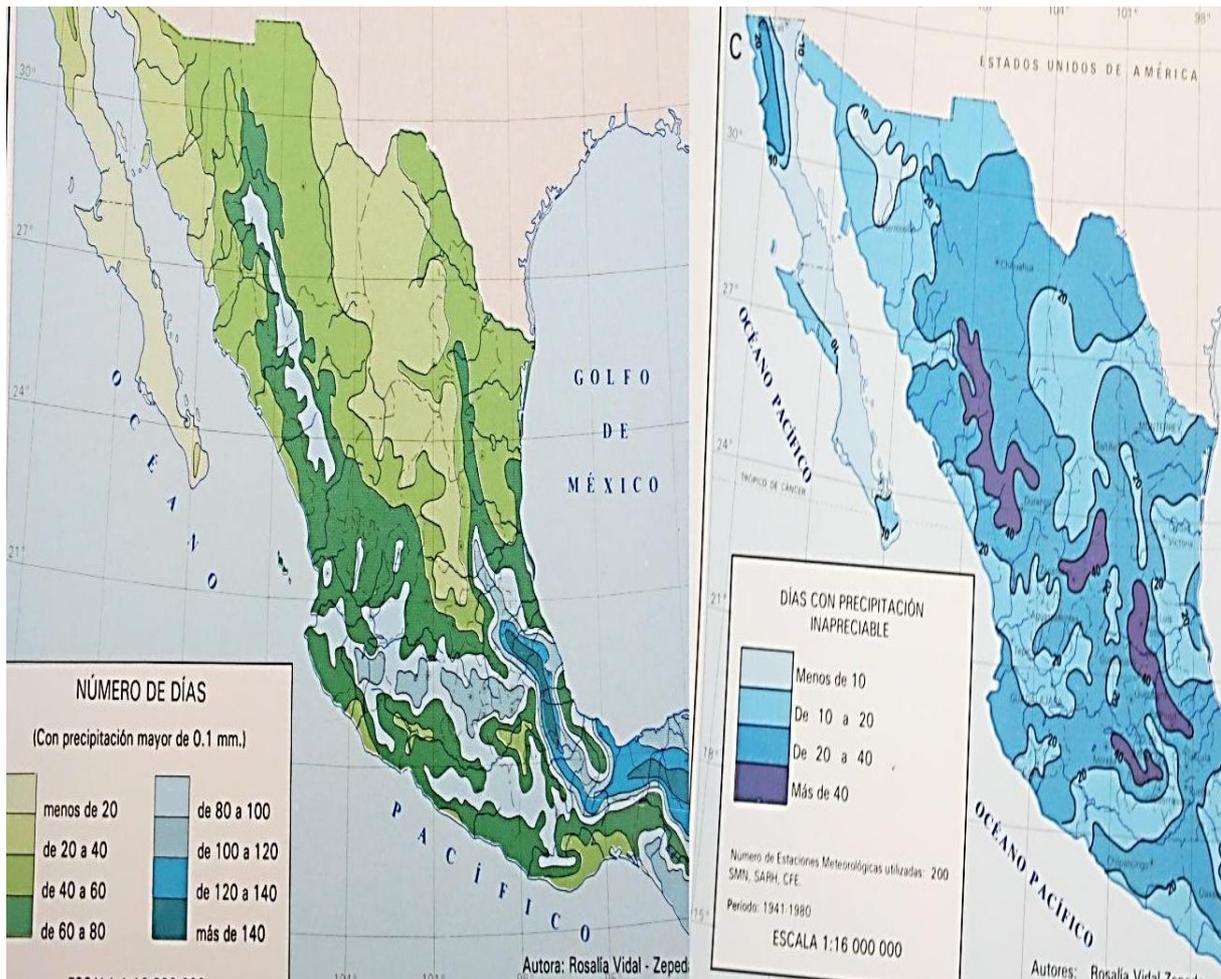
incluso al comparar en otro mapa, los niveles de erosión (mapa 12) que compartía esta área geográfica.

La franja de deterioro del suelo marcado con los colores rojos y los tonos naranja (en un recuadro inferior izquierda) muestra los valores mínimos de altitud en metros y el recuadro superior derecha, con las variaciones de las altitudes en secciones longitudinales, señala los sitios de mayor altura –en la franja centro-norte y norte-centro– y una mayor exposición a altas temperaturas. Por lo tanto, según el mapa, es la zona con mayor erosión al año pero, al mismo tiempo, la de continuidad ambiental.

Con esta revisión se pretende discutir la compatibilidad social entre los pueblos prehispánicos del norte, no sólo por características naturales y el acoplamiento ecológico a partir del entorno, sino de una identidad en la cultura material. Por lo pronto, es posible seguir a través de las medidas de temperatura, una continuidad que impactó en el medio geográfico, según las tendencias anuales, en los casos de la temperatura mínima (mapa 10), determinando los rangos de precipitación pluvial en la zona norte-centro (mapa 11).

Enseguida, vemos estos mapas con los de las precipitaciones anuales con tendencias parecidas, de la mayor precipitación y menor en las franjas centrales, la densidad de la lluvia como un indicador de rutas de intercambio, espacios de residencia y áreas de mayor ocupación.

Estos indicadores dan testimonio del actuar en la vida de los norteños; el área de precipitación media anual está representada por manchas que hacen una línea en forma transversal de norte a sur por los estados de Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Aguascalientes, Guanajuato, Querétaro e Hidalgo y va de los 400 a los 600 mm.



Mapa 11, Precipitación anual apreciable

Precipitación anual inapreciable, IG-UNAM

Por la Sierra Madre Occidental pasa otra franja estrecha de precipitación de 600 a 800 mm., por los estados de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y unas partes de Zacatecas y San Luis Potosí donde viene otra línea con una caída de 125 a 400 mm. Al observar los recuadros del mapa, es notable el coeficiente de variación durante la precipitación anual y el número de días con lluvia apreciable en estas áreas.

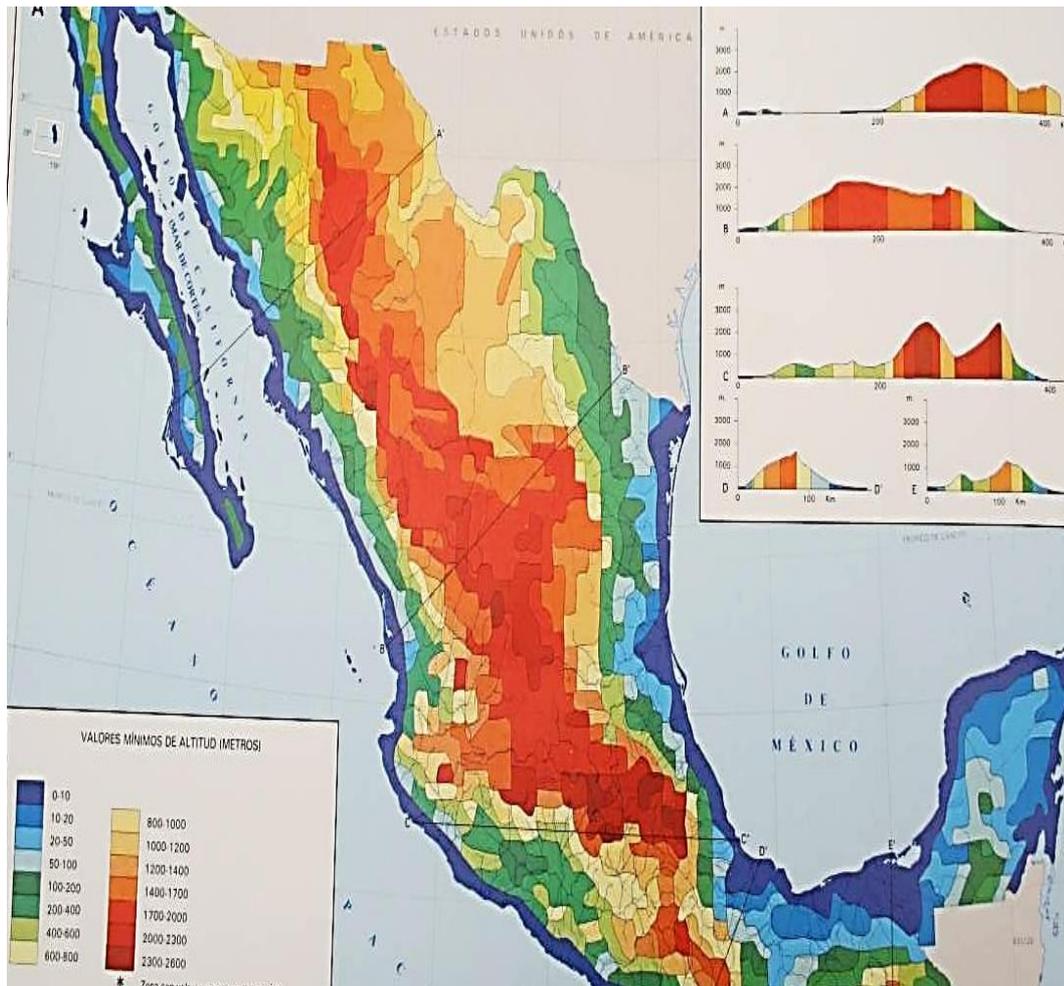
Hubo unas regiones más bastas en recursos naturales pero no de vegetación tropical, dónde se indica la aparición de frutos temporales propicios para este tipo de climas semidesérticos, la abundancia de ciertas plantas y de la distribución de otras, indispensables para la manutención estacional de los grupos.

En todos estos planos coincide la formación de franjas que marcaron fronteras climáticas y por eso mismo generaron una influencia directa entre indígenas adaptados al semidesierto, los pastizales y partes agrestes en las sierras. Al ver los esquemas de distribución del mezquite, del maguey, del nopal y de otras hierbas en el territorio norte-centro no es difícil encontrarnos con la distribución de los mismos productos vegetales y escenarios geográficos (mapa 11 y 12).

Es aventurado pretender que las variaciones registradas desde hace 50 años o menos por las instituciones encargadas del clima y geografía de México, fueron las mismas de hace 2000 o 1500 años, cuando hoy en día resulta poco creíble, sobre todo por los acelerados cambios experimentados en el medio ambiente. Sin embargo hay dos motivos por los cuales pensar en tal continuidad: uno por las inevitables variaciones de grados de intensidad o disminución del clima; y dos, el rastreo satelital proporciona información que décadas atrás era imposible obtener sobre la antigüedad de los climas.

A pesar de los cambios ocurridos en suelos y vegetación, el medio atmosférico difícilmente transformó sus coordenadas y el impacto ambiental en las áreas donde en apariencia continuaron fijas por milenios.

Los fenómenos climáticos sin duda presentan cambios y variaciones año con año, en forma más drástica se observa en periodos más largos, pero en lo que respecta al tipo de suelo y los cambios de temperatura han mantenido su comportamiento bajo los mismos indicadores por siglos.



Mapa 12, Niveles de erosión, IG-UNAM

Se trata pues, de parámetros ambientales unificados entre los territorios del norte que permitieron un acercamiento con los pueblos del centro y sur mexicano, influyendo históricamente a todas las culturas en periodos de variabilidad climática. Fue la excepción cuando catástrofes naturales transformaron de manera radical los ecosistemas, provocando el cambio en las formas de vida, como fueron las migraciones y cambios de ubicación y adaptación en nuevos paisajes.

Probablemente los indígenas prehispánicos peleaban por los mejores territorios y eso los obligó a desarrollar sistemas de interacción identitarios tanto en el espacio como ante la movilidad poblacional. Identificación surgida por rasgos derivados del consumo,

utilidad de flora y fauna, por el establecimiento de centros y zonas de influencia explotados en lo ambiental y paisajístico.

Por ello, el reconocimiento de la vegetación a lo largo del territorio norte-centro es importante, pues las especies de matorrales o chaparrales de escasa humedad, la variedad de pinos piñoneros, mezquite, el creosote y la artemisa, de cactáceas, agaves y yucas, las praderas, los valles de pasto corto o planicies adaptadas al clima semiárido, no fueron las causantes del “nomadismo”, ni mucho menos de áreas deshabitadas.²⁹¹

Son muestra de ecologías que dieron vida a la continuidad humana, cultural, a la par de la naturaleza prolongada del norte-centro, hoy muestra de una faceta oculta de los “antiguos chichimecas”. Esa continuidad no fue interrumpida durante la época prehispánica, tampoco en la actualidad, porque esa unidad hoy sigue dando rostro al norte de México y al actual suroeste norteamericano.

En los mapas 13 y 14 la delimitación vegetal no traza zonas fronterizas concretas u objetivas; en estos mapas vemos cómo medianamente se han mantenido en existencia la presencia de esos recursos, matizando regiones donde el usufructo y aprovechamiento enlazaron territorios con viejas tradiciones donde hubo historial de unidad.

La observación de estos mapas deja entrever continuidades, hablándonos de contacto entre las culturas del occidente y centro de México con las del sur de Norteamérica. También con procesos de comunicación duraderos, dejando la varias interrogantes: si algunos de los grupos del norte-centro quedaron aislados en alguna de estas regiones por las condiciones ecológicas; o si como área territorial permitió mantener cohesión a partir de su ubicación intermedia tanto entre áreas de civilización cultural (Suroeste norteamericano y en centro de México) o entre áreas ecológicas más

²⁹¹ Oscar Schmieder, *Geografía de América*, 1946, ver esta descripción en las páginas 35-41.

sustentables (áreas volcánicas, de clima cálido tropical, mayor precipitación, mejores áreas cultivables y mejores condiciones hidrográficas).

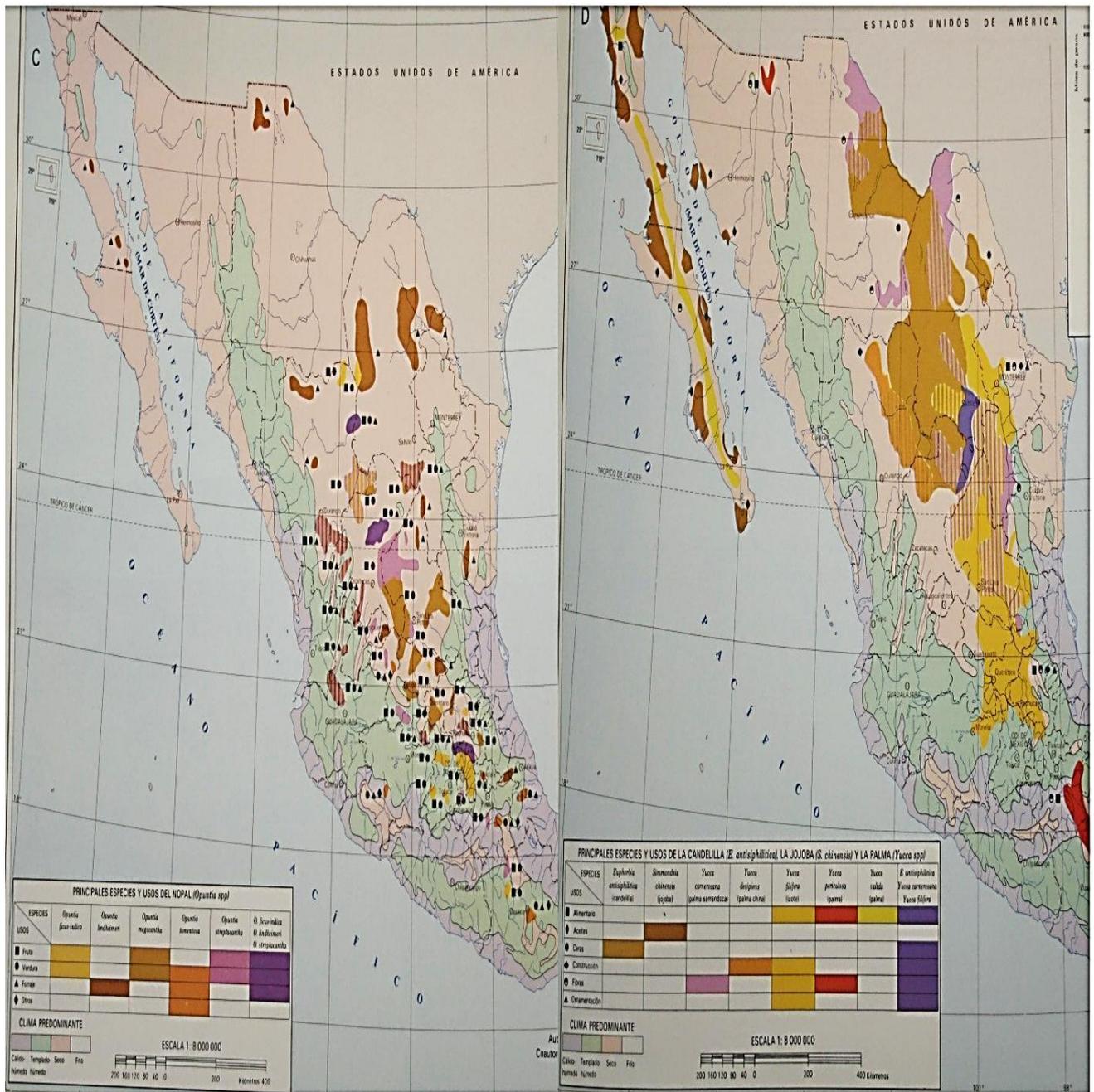
La cercanía entre las fronteras sociales en esta área permitió el desarrollo de culturas emparentadas, permitiéndonos ahora, hablar de una civilización cultural y ambiental entre indígenas milenariamente asentadas en esa área conectora con otras zonas. Y veamos que en áreas ecológicas intermediarias, y grupos indígenas intermediarios hubo asentamientos especializados en la vida en estos parajes, donde sus costumbres, y la afluencia de ideologías permearon sus formas de vida, pero no las transformaron radicalmente debido a la solides simbiótica entre el entorno y la cultura.

La escenografía ambiental chichimeca descrita en las fuentes es por lo general señalada como sitios desérticos y serranos, remitiéndonos a espacios y climas de transición, asociadas por eso al indígena viajero, nómada, sin asiento, en busca de parajes perdurables para asentamientos.

Muchas interpretaciones surgen de esa lectura, y muchas explicaciones pueden adecuarse, pero la importancia de recurrir a las crónicas chichimecas para tratar de explicarnos la sorprendente decisión de esos indígenas norteros por hacerse de los territorios ocupados por sociedades sedentarias, cuando vemos en los grupos del norte la posibilidad de solvencia en recursos entre sus complejos sitios de interacción.

Dentro de esa lectura que señala al chichimeca invasor y colonizador del valle central, se desprende la imagen de asociación ecología-cultura de los indígenas del norte, pues los chichimecas del centro como grupos procedentes de ecosistemas del Altiplano con más vegetación y recursos, se movían entonces entre áreas y culturas semejantes a su estado de vida y de adaptación con el medio (al centro y sur de México). Como ocurrió con la mayoría de los grupos asociados con los antiguos

habitantes del valle central, compartiendo con ellos algunas características socio-culturales.

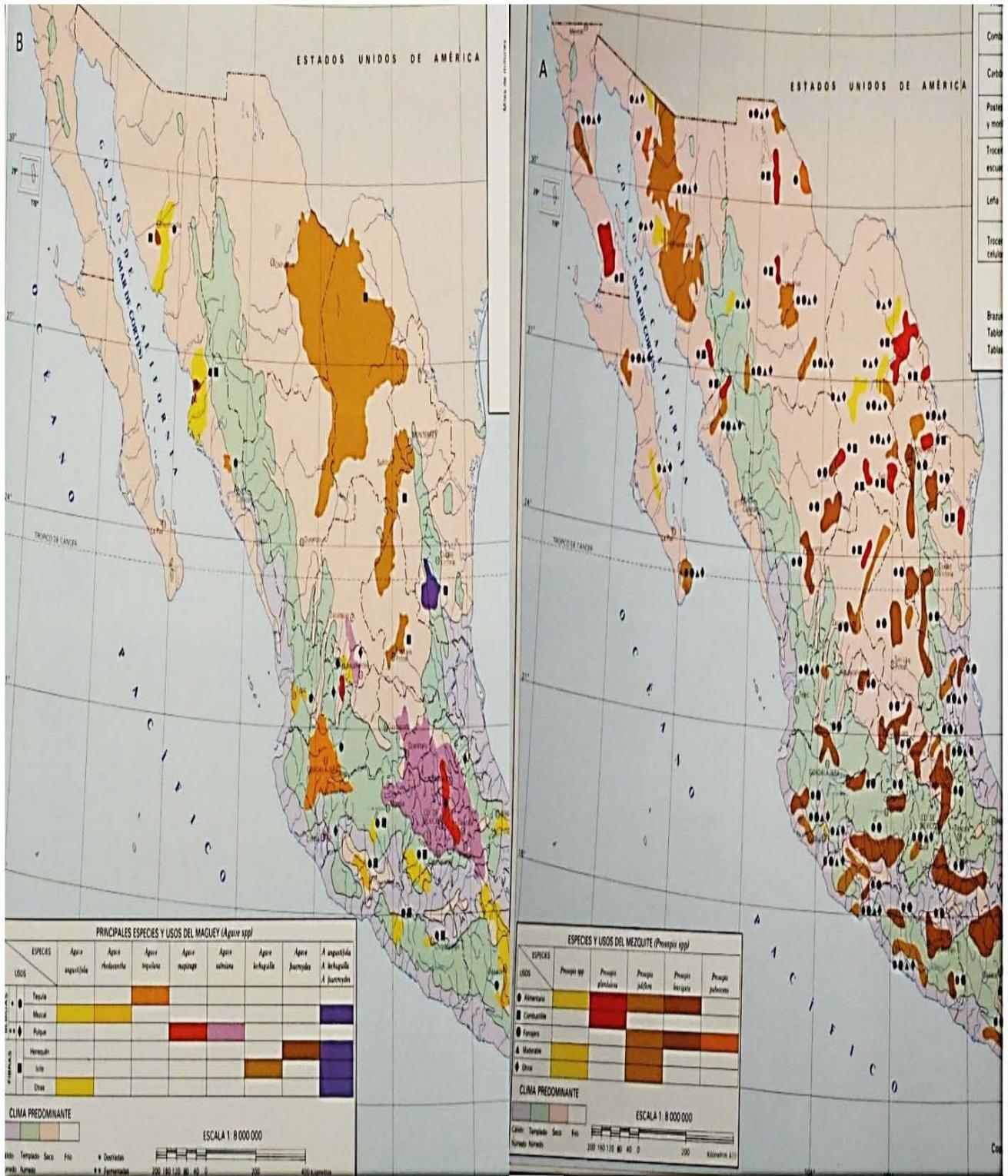


Mapa 13, Especies y usos del nopal

Especies y usos de candelilla, jojoba y palma IG-UNAM

En cambio, cuando se trataba de los chichimecas del norte, “no se adaptaban” como vimos en algunas fuentes (Cóice Xólotl, Quinatzin), al rehuzarse a la

organización política y eran imposibles de someter, aun cuando hablasen la misma lengua.



Mapa 14, Especies y usos del maquey

Especies y usos del mezquite, IG-UNAM

En consecuencia la contracción cultural de estos pueblos del norte se orientó también a la adversidad de los suelos y climas evocando una separación en fronteras ecológicas, sociales, lingüísticas. Es difícil ver una imagen en conjunto de los que vivieron entre ecosistemas parecidos, ya fuesen de la sierra o las planicies: el desierto y semidesierto, cerros y sierras, calor extremo, fríos, escasa lluvia, ríos estacionales y finalmente lomeríos o planicies austeras. Por esa razón, algunas veces, los indígenas del norte nos parecen herméticos a la comunicación y desarrollo de sus culturas.

Ninguna de esas consideraciones, interpretaciones y explicaciones sobre el norte y sus antiguos habitantes es del todo correcta. La simbiosis entre el medio y las poblaciones norteñas mantuvo un diálogo abierto, cambiante, innovador e identificado con los territorios tanto del altiplano como de las planicies, y con los grupos culturales del altiplano y del trópico. Las causas de la confusión e interpretaciones contradictorias sobre el norte, ya se han venido explicando, cabe decir, que los indígenas del norte no estuvieron aislados, por la filiación lingüística, las rutas de intercambio y los lazos histórico-culturales mantuvieron unidos a los grupos indígenas en áreas tan extensas.

Finalmente, parte de ese factor de enlace entre Norteamérica, el norte de México y Mesoamérica fueron las zonas de asentamiento en un territorio norte-centro ambientalmente constituido como un mosaico de riquezas emblemáticas: por productos tanto minerales como vegetales; de tecnología bélica, alimenticia, de supervivencia; y quizás por manifestaciones espirituales, artísticas, astronómicas y filosóficas. Todo esto enmarcado por sociedades arraigadas por milenios en las entrañas del norte-centro: *la ruta intermediaria de la civilización mesoamericana*.²⁹²

²⁹² Christian Duverger, *op. cit.*, 2007. Para él, el esplendor de la cultura náhuatl de la cuenca central se debió no a la espontaneidad o al breve periodo de dominio de los mexicas, sino que el punto supremo de desarrollo se debió a los contactos y las aportaciones del norte, las costas y el sur: *Herederos de un largo linaje, nos ofrecen el hilo conductor de una genealogía que al filo de los siglos, siempre vio coexistir antiguos sedentarios con inmigrantes de origen nómada y mezcló la austeridad de los altiplanos con la exuberancia de las costas tropicales*, p. 639.

3.2.1. Las áreas intermedias en el norte-centro

El norte-centro tuvo a sus extremos norte y sur culturas indígenas importantes (al norte Casas Grandes, los Hohokam, culturas Pueblo, Chaco, Cahokia; al sur Teotihuacán, Tula, y más al sur Monte Alban, Cholula) que interactuaron en un marco temporal entre el 500 al 1200 d.C. y permitieron un desarrollo de áreas complejas intermedias. Áreas con un radio de interacción y comunicación que posiblemente participaron en el siguiente periodo de desarrollo tanto del valle de México como con el Suroeste norteamericano entre el 1200 y 1500 d.C.

Un aspecto relevante para la zona norte-centro fue el crecimiento y desarrollo de algunos centros regionales como: Zacapu, Chupícuaro, Tantoc, Teuchitlán, Bolaños, Alta Vista, El zape en los periodos Clásico y Postclásico. Actualmente vemos a esta área como parte de una gama de sitios que tuvieron una etapa precursora durante el Preclásico, es decir, desarrollos regionales que ponen en tela de juicio el papel de los indígenas del norte en la participación de la vida mesoamericana o del Suroeste en Norteamérica durante las épocas posteriores.

Esta idea resalta la superficie intermedia del norte-centro a esos polos culturales, pues hubo relación en varios horizontes temporales, dejando vestigios etnoarqueológicos como los hoyos o fosas usadas para combustión; las tumbas de tiro; construcciones en cerros o cañadas y, además, tecnologías del semidesierto desde el Clásico temprano.²⁹³ En cuanto a las manufacturas, encontramos cerámica de

²⁹³ Ver referencias sobre sitios de trincheras y la continuidad de los estilos arquitectónicos defensivos o militarizados a lo largo del norte-centro en Beatriz Braniff, *op. cit.*, 2001. También Gilberto Jiménez y Catherine Héau Lambert, “El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad”, *op. cit.*, p. 12, ahí los autores proponen que además de la identidad generada en un entorno específico, en este caso el desierto o semidesierto, crea figuras representativas del lugar y de las culturas que ellos denominan geosímbolos, y que es el referente a un cerro por lo general, pedregoso, con riscos o especie de murallas que asemejan la fortaleza natural y curiosamente los sitios documentados por estos autores están en la llamada franja del norte-centro, y del norte podemos ver Snake Town, Casa Grande en Arizona; el Pedregal (Malpaís); La Montaña Sagrada en Acoma, el cañón del Chaco y Mimbres en Nuevo México;

características similares, también cestas de mimbre, textiles, figuras talladas en piedra y otros artefactos.

Lo mismo puede decirse de productos alimenticios de consumo y producción en esta área norte-centro: chile, frijol, calabaza, maíz, mezquite, diversas semillas, maguey, peyote, tuna, miel, carne seca o barbacoa (de venado, conejo o liebre, roedores, jabalí, aves acuáticas, guajolotes, gallinas del monte o palomas), diversos insectos, hierbas y raíces. En vestimentas destacan algunos atuendos de piel o manta; incluso, algunos grupos situados en lugares de clima cálido tuvieron en común la semidesnudez o la pintura corporal, las formas de obtención del agua y su aprovechamiento, al igual que la especialización en el uso del arco y el tipo de construcción para sus viviendas.²⁹⁴

Apectos comunes marcaron patrones culturales, pues además de los intercambios, hubo estructuras socio-políticas diferentes como en el control de las vías de comunicación y el dominio territorial.²⁹⁵ Hasta el momento no ha quedado claro si hubo relaciones tributarias en los grupos del norte a la manera de los indígenas del

Casas Grandes en Chihuahua; El Cerro Prieto y la Sierra de Bacatete en territorio yaqui; La sierra de El Pinacate y el Cerro de Trincheras, Sonora; El santuario del Señor de Mapimí en Cuencamé, Cerro de los Indios en Gomelia, Durango; el Cañón de Jimulco y el Valle del Nazareno, Coahuila; El pedregoso, Las Ventanas, el Teúl, Alta Vista y La Quemada, en Zacatecas; El Consuelo, Agua Nueva, Wirikuta, San Luis Potosí; Chupicuaro, Morales, Cópore, El Cubo, Cañada de la Virgen, Guanajuato; Ranas, El Cerrito, Toluquilla en Querétaro. Es muy importante la opinión de Phil C. Weigand y Acelia G. de Weigand sobre los asentamientos importantes y defensivos en los cerros de trinchera, los cuales encuentra en la gran ruta del semidesierto del norte-centro, de Arizona hasta Hidalgo, porque asegura el autor que estos sitios están estrechamente relacionados con la minería y su comercio a grandes distancias, desde épocas del Formativo tardío, *circa* 300 a.C., hasta la primera etapa de la Colonia. Ver su artículo “Dinámica Socioeconómica de la Frontera Prehispánica de Mesoamérica”, p. 113-124, en Hers *et al*, *Nómadas y sedentarios...*, 2000.

²⁹⁴ Carlos Manuel Valdés, *op.cit.*, 1995; observamos en algunos grupos prehispánicos la compatibilidad en el consumo de estos productos como: los tobosos, tepehuanes, coras, zacatecos, caxcanes, guachichiles, otomíes, pames y mazahuas.

²⁹⁵ Si bien no existe una aproximada definición del Estado en las culturas prehispánicas del norte, si se han encontrado evidencias de desarrollos socio-políticos a partir de la arqueología, como fue el caso de las tumbas de tiro, espacios para estructuras religiosas, estratificaciones jerárquicas y una organización espacial complejizada. Ver estas referencias en J. Charles Kelley y Ellen Abbot Kelley, *op. cit.*, 1987, p. 145-198.

centro de México, pero no es difícil suponer que sí, de acuerdo con el descubrimiento de áreas nucleares desarrolladas a lo largo del norte-centro.²⁹⁶

Mientras se ahonda en investigaciones acerca del posible sistema tributario entre los “chichimecas”, es importante ubicar la influencia de algunas sociedades del norte-centro en el plano geográfico cultural mesoamericano. Para el período Clásico, el desarrollo de los indígenas del norte fue muy dinámico y se fortalecieron algunos centros culturales regionales, quizás influenciados por los sistemas políticos extraterritoriales de las áreas del México central o bien, por los contactos con el sur Norteamericano; pero sin perder los grupos del norte-centro su identidad, ni terminar dominados o transculturados.²⁹⁷

Debido a la dualidad cultural, los del norte-centro hicieron el papel de sociedades amortiguadoras durante fines del Preclásico y del Clásico, al concentrar en esa región las manifestaciones socio-culturales más importantes en regiones claves como Casas Grandes, Alta Vista, Tantoc, Chupícuaro, adoptando el papel de sociedades de transición al altiplano central, como sugirió Charles Kelley.²⁹⁸

²⁹⁶ Ralph L. Beals, “Northern Mexico and the Southwest”, p. 191-199, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos...* *op. cit.*, 1943. Para Beals las fronteras entre el Suroeste Norteamericano y el norte de México no existen o no están bien configuradas, para él y otros investigadores son erróneas, en particular porque afirmó que ante la diversidad arqueológica o quizás etnológica, los rasgos culturales eran posiblemente más uniformes de forma general, al tratarse de una gran área con condiciones ambientales parecidas y predominantes que incluían ambas partes fronterizas y se extendían más allá, desde Arizona hasta Hidalgo. Lo cual era signo de una hipotética base cultural para los habitantes de aquellas regiones.

²⁹⁷ En *op. cit.*, Rodolfo Fernández y Daría Deraga, “La zona occidental en el Clásico”, p. 179, los autores consideran que tanto las culturas del occidente y posiblemente las del norte de México tuvieron una cultura homogénea, muy relacionadas con las llamadas mesoamericanas. La diferencia fue que los del norte tuvieron un desarrollo cultural que se iba renovando con las migraciones o desplazamientos poblacionales. Ver en Linda Manzanilla y Leonardo L. Luján, *Historia Antigua...*, 1995.

²⁹⁸ J. Charles Kelley y Ellen Abbot Kelley, *op. cit.*, 1987. También Peter Jiménez Betts, *op. cit.*, “Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas...”, en Weigand Phil C., *Mining Societies as interactive...*, 1991. Como ejemplo tanto de las poblaciones intermedias como para la esquematización de áreas de contacto y posible parentela entre el Bajío y Chupicuaro con el área Septentrional. En este artículo también menciona el autor, la parentela cultural Chalchihuites con Teotihuacán, más que con el periodo tolteca. Dentro de su vínculo con Teotihuacán, se ha asociado el norte por varios autores como puntos teotihuacanoides que bien fueron centros de el control político, comercial o enclaves del “imperio”, p. 3-7.

En ese sentido Jiménez Betts propuso algunas ideas sobre el área intermedia del Bajío. Una es de la zona (Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí), donde retomando argumentos de las teorías aislacionistas, el

De esa forma vemos subáreas surgidas a raíz de la conformación de espacios estratégicos en ruta a los grandes centros nucleares, como fueron la interacción entre: a) Chupicuaro-Morales, no hacia el valle central, sino hacia el oeste; b) por los Altos, Cañón de Juchipila, Malpaso y Chalchihuites, dando origen a las primeras culturas de la región; c) una aproximada datación para esta área de influencia indica que hubo una primera etapa de construcción de espacios y un estilo cerámico independiente a Teotihuacán, en un período del 350 y 900 d.C.

Anteriormente se pensaba que los chichimecas del norte emigraron al valle central cuando cayó el gobierno teotihuacano, tal vez por un resurgimiento político, o como ha sugerido Armillas tras una oleada de depresión climática. Pero la existencia de varios grupos indígenas intermedios del norte-centro con culturas desarrolladas e influyentes, nos sugiere el papel de sociedades con oleadas migratorias anteriores al fin de Teotihuacán o durante la etapa tolteca.

Por eso los chichimecas mencionados en los códices y otras fuentes coloniales hablan de una periodicidad posterior en su aparición durante el Clásico Tardío o Postclásico, llamados chichimecas por los vecinos del valle central, posiblemente los nonualca-chichimecas habitantes de Tlaxcala o Puebla, e incluso los otomíes en Hidalgo.

La relación de los indígenas del valle central con los indígenas del norte debió de existir en varias etapas de su historia, porque las poblaciones del norte-centro tuvieron desarrollos autónomos anteriores a las expansiones de Teotihuacán y Tula.

autor encuentra factibles desarrollos locales que posteriormente tuvieron influencias de la cuenca de México o de Norteamérica. Considera la hipótesis de Charles Kelley de una "área de influencia" en estas zonas intermedias, como determinante para el desarrollo de las culturas dominantes de la región como fue Chalchihuites, La Florida, El Nayar, Amapa, Malpaso; o bien la tradición Teuchitlán, Juchipila, valle de Atemajac y Los Altos, como zonas intermedias que derivaron en área de influencia o esferas de interacción.

La conexión regional entre el norte-centro en el período Preclásico, cambia la perspectiva de la geografía prehispánica en torno a los principales sitios norteños de asentamiento. Además trae a reflexión la problemática de sociedades intermedias y su posible evidencia en la formación del corredor cultural del norte centro.²⁹⁹

Charles Kelley propuso que la relación entre estas dos áreas (sur de Norteamérica y norte de Mesoamérica) estuvo sostenida por centros indígenas intermediarios y demostrando relación tanto por el intercambio de productos o artefactos como por prácticas religiosas que dan reseña del enlace de varias regiones del norte-centro.³⁰⁰ Y aunque dedicó más atención de su trabajo a la interacción entre Durango-Zacatecas y Sinaloa-Nayarit-Jalisco, influyó en la consideración de todo este corredor norte-centro, donde tanto él como otros autores ya citados, notaron vínculos culturales muy cercanos.

Al observar cómo estuvo dividido el territorio precolombino por diferentes grupos humanos desenvueltos sin un estricto establecimiento de fronteras, pero con claros marcadores culturales de núcleos de poder, intuimos que estos indígenas intermediarios no participaron pasivamente de este corredor, sino imponiendo sus matices regionales dentro de ese proceso. En consecuencia, el tráfico de influencias y la forma de las relaciones determinaron al tipo de sociedades de las que nos dejaron testimonio a través de los hallazgos arqueológicos.³⁰¹

²⁹⁹ Nicola M. Strazicich, “Manufactura e intercambio de cerámica en la región de Alta Vista y la Quemada, Zacatecas (400-900 D.C.)”, en Eduardo Williams y Phil C. Weigand, *Estudios cerámicos en el occidente y norte de México*, 2001, p. 219-251; y en Phil C. Weigand y Acelia G. de Weigand, *op. cit.*, *Las raíces profundas...*, 1996, p. 83-90 acerca del vínculo entre estos dos sitios y el papel de las minas de Chalchihuites tanto por las cantidades de producción como por la ubicación estratégica de rutas de intercambio sur y norte.

³⁰⁰ Lawrence Taylor Hansen “Reseña de el sabio de la fiesta: música y mitología de la región cahitatarahumara” de Miguel de Olmos Aguilera, *Revista Frontera Norte*. Miguel de Olmos hace referencia a una región en donde las fiestas religiosas de varias culturas prehispánicas sobrevivieron intactas hasta el siglo XVIII, entre los grupos yaqui-mayos y tarahumaras. Las fiestas religiosas estaban muy relacionadas con los rituales de la música, la danza y los ciclos de siembra, cosecha, trabajo etc.

³⁰¹ Ver en John Charles Kelley, “Cronología de la Cultura Chalchihuites”, en Jaime Ganot Rodríguez, *Aztatlán, Apuntes para la historia y arqueología de Durango*, 2005, p. 207-218.

Esto se deduce por la forma de demarcación indicada por los españoles en el alcance territorial de las llamadas “naciones” o “reinos” indígenas encontradas en su conquista y colonización, y de alguna forma nos esquematizó la geografía cultural de los indígenas al momento de tal encuentro, donde se aprecia el gran alcance de la cultura mexicana y otros centros culturales, en el centro y sur de la república mexicana.

En el norte hubo áreas independientes al dominio mexicana (mapa 15), lo que no excenta contactos por intercambio: vemos en el occidente Jalisco, Colima, Michoacán, Meztitlán y la zona otomí; al centro-orienté Tlaxcala, Teotitlán, Yopitzinco; al sureste la Mixteca, Coatlicamac, mixes y popolocas; al sur zoques y mayas; hacia el norte una especie de frontera se trazaba entre los estados de Michoacán, Hidalgo, la Huasteca y el norte de Veracruz, demarcando las áreas de núcleos independientes, pero con rasgos mesoamericanos. A partir de éstos viene toda el área del norte de México marcada por espacios semiáridos señalando territorios libres e inexpugnables de las culturas chichimecas.



Mapa 15, Expansión mexicana de 1250 a 1520, IG-UNAM

Si bien se les nombra solamente grupos nómadas del septentrión o chichimecas, todas corresponden con descripciones de las primeras fuentes coloniales a las cuales tuvieron por sociedades nómadas y salvajes. Y es evidente que en el siglo XVI, esta frontera para los españoles al norte fue tajante y la percepción en este tiempo por la separación cultural de los indígenas chichimecas del norte con los indígenas del centro fue aparentemente total.

Debido a esta situación, hemos seguido con la ayuda de distintos mapas de asentamientos arqueológicos, los tipos del suelo, el clima y la vegetación, el vínculo geográfico-ambiental que ha caracterizado al norte de México, manteniéndolo con distintos tipos de cohesión territorial y cultural entre sí. Permitiendo a su vez darnos una idea de cómo esa antigua relación estuvo presente entre las culturas prehispánicas hasta la llegada de los españoles. Uno de los principales indicios para hacer esa afirmación está en destacar un punto espacial estratégico que unió el norte y el centro del país justo en la zona que permitió que hubiera esos contactos políticos y sociales entre ambas regiones.

Se trata esencialmente del área intermedia entre Hidalgo, Guanajuato y San Luis Potosí, donde comienza un cambio climático que contrasta el centro del país con el norte-centro, ahí observamos la diferencia drástica de vegetación abundante y boscosa del centro al tipo semiárido, de la abundancia de agua a la escases. Observemos el mapa 16 para entender cómo la distribución hidráulica del norte influyó en la ubicación y distribución poblacional relativa a la aridez, la altura o el relieve quebrado donde hubo sistemas acuíferos que permitieron la vida más o menos sustentable cercana a ríos estacionales, lagunas entre los indígenas del norte-centro.

Así, siguiendo de sur a norte la ubicación de los ríos (permanentes y temporales), lagunas y cuencas en este territorio son evidentes los asentamientos

varios sistemas acuíferos no obstante se hallaran separados por una distancia considerable al área controlada. Emanaba de ahí el control político y militar de los centros nucleares, o se trataba de pequeñas poblaciones asentadas alrededor de esos sitios productivos para la explotación de los recursos.³⁰³

Y aún cuando eran escasas las presas naturales, hubieron pequeños lagos y espaciados unos de otros, permitieron el desarrollo esencial de los pueblos prehispánicos. Pocos ríos perenes y una gran cantidad de arroyos o riachuelos de temporal dan cuenta de una presencia permanente; lo interesante es que, en donde hubo afluentes importantes, siempre hay cercano un asentamiento arqueológico, y entre los ramales en espacios áridos también se han localizados rastros de asentamientos. Nos queda claro que en el norte la distribución acuífera influyó en la ubicación de las zonas de asentamientos, y en particular para los que se asentaron en los ríos de temporal, volviendo más complejo para nosotros cuál era la industria empleada para el abasto de agua en esos casos.

Este es otro motivo por el cual descartamos la idea de un norte poco poblado, poblaciones indígenas nómadas y la ausencia de culturas complejizadas. Los españoles se establecieron estratégicamente en o cerca de todo asentamiento indígena, asegurando así la sustentabilidad de las nuevas poblaciones.³⁰⁴ Vemos dos casos muy puntuales

³⁰³ Referente a esto es importante notar, que no fue exclusivo el recurso acuífero para el desarrollo de núcleos de poder, pues en el caso de la cultura Chalchihuites fue la minería, sus centros ceremoniales y el intercambio cultural lo que generó el poder regional, como han señalado algunos autores como Phil Weigand, *op. cit.*, 1996 y Marie-Areti Hers, “El horizonte Clásico en el centro norte de Mesoamérica marginal”, en *op. cit.*, *Atlas Histórico de Mesoamérica*, 1993; o en el caso de las salinas en SLP, donde había intercambios de algunos de sus centros importantes como en Tantoc, con Cahokia a pesar de una enorme distancia entre ellos, cerámica, esculturas, estilos arquitectónicos y no necesariamente fueron culturas que contaron con una afluencia o control acuífero, ver en Patricio Dávila Cabrera, *op. cit.*, “La frontera norte de Mesoamérica: un puente cultural hacia Norteamérica”, en Hers *et al.*, 2000.

³⁰⁴ La evidencia de esta hipótesis aún no está comprobada del todo, pero inicio este planteamiento con los casos mencionados de Zacatecas y Durango en los cuales podemos constatar cómo en varios municipios, ciudades y poblaciones rurales modernas tienen dentro de su complejo urbano restos de asentamientos indígenas, o bien, en sus alrededores, a poca distancia del núcleo urbano los vestigios de ocupaciones prehispánicas. Esa forma de ubicación espacial de los europeos no fue exclusiva para el norte de México, por lo tanto, encuentro más elementos a favor para esta hipótesis. La fuente más

para el norte, en Zacatecas y Durango por ejemplo, donde se situaron cerca de antiguos asentamientos indígenas. Los casos más mencionados de estos Estados son los de las principales zonas arqueológicas y sus poblaciones cercanas. En Zacatecas están el cerro del Teúl y el ahora Pueblo Mágico de El Teúl de Gonzalez Ortega; el asentamiento de Las Ventanas y la población de Juchipila; la zona de la Quemada y la población de Villa Nueva; la zona Alta Vista y el sitios arqueológicos del cerro del Pedrogoso en el Pueblo de Chalchihuites; el asentamiento del cerro de Montehuma y la comunidad de Hualterio; el asentamiento de Cruz de Boca y la población de Sombrerete; el sitio el Salto y la población de Trancoso; los cerros de la Virgen y la Bufa en la ciudad capital de Zacatecas.³⁰⁵

En Durango están la zona de La Ferrería, dentro de la ciudad capital; la zona arqueológica del Zape y Santa Ana cerca de la comunidad de Tepehuanes, en el municipio de Guanaceví; el sitio Cerro Blanco en la población del Mezquital; asentamientos en el río del Súchil y la población del mismo nombre; el sitio Navacoyan cerca de la Hacienda de Navacoyan; y el sitio Hervideros cerca de la ciudad de Santiago Papasquiaro por mencionar algunos.³⁰⁶

Algo inevitable al hablar de la colonización del norte, es la innumerable cantidad de comunidades o asentamientos indígenas hallados conforme el avance de la exploración y colonización. Con una dinámica de vida y tradiciones diferentes a las del valle de México, poblaciones indígenas con menor población y con costumbres más adaptadas al reto climático, las formas de ocupación del espacio, tanto por conflictos bélicos entre grupos indígenas y la resistencia al dominio de los europeos.

importante para iniciar la comprobación que demuestre la idea central la hallamos en las distintas *Relaciones Geográficas* hechas a principios de la Colonia.

³⁰⁵ Información consultada en Ma. Teresa Cabrero G., “Balance y Perspectiva de la Arqueología en los Estados de Jalisco, Zacatecas y Durango”, en Revista *Anales de Antropología*, 1985, 29 p. También en otro artículo de Marie-Areti Hers, “Chicomoztoc o el Norte Mesoamericano”, en una obra Colectiva de Federico Sodi Miranda, 1990.

³⁰⁶ *Ibid*, Cabrero y Hers.



Mapa 17, Distribución de la población Colonial, 1520-1640, IG, UNAM.³⁰⁷

En el siglo XVI, las *Relaciones Geográficas de Nueva Galicia* describieron las ocupaciones de los exploradores españoles en sitios de abundantes recursos; zonas habitadas previamente por pobladores indígenas.³⁰⁸ Quienes escribieron las relaciones cuentan cómo esos “indios” se encontraban cerca de los lugares recién apropiados por

³⁰⁷ Este mapa corresponde a la parte histórica del estudio geográfico y estadístico de las poblaciones, en sitios de la época prehispánica y también en nuevos poblados registrados hasta finales del siglo XVI, en los mapas históricos del IG-UNAM, 1994.

³⁰⁸ Sergio Navarrete Pellicer, “Algunas implicaciones de los cambios en los...”, *op. cit.*, p.104-106, toma como ejemplo un área de asentamientos en Michoacán, revisó la Relación de Michoacán, las listas de pueblos de Cortés, entre otras y en ellas habló del entorno de los pueblos indígenas y las características en donde encontraron sus asentamientos. Hay muchas ideas que resaltan de ello: los sitios de jurisdicción abarcando esas antiguas concentraciones indígenas mucho más amplias, luego delimitadas por los españoles; todas estaban cercanas a considerables abastos de agua; la abundancia de cerros pelados (práctica del desmonte) como posible consecuencia de áreas de cultivo; y las distintas maneras de describir la ubicación de los sitios de asentamiento, a) sobre llanos a la orilla de un río, laguna, ciénaga o valle, b) tierras de ladera cercanas a río o laguna, c) a pie de sierra, en las faldas o a comienzos de grandes cerros, d) en quebradas donde pasan ríos, formándose lagunillas o almacenando agua. Al parecer los que predominaban eran los asentamientos en laderas.

los españoles, pero fuera del alcance de los nuevos pobladores, en especial, rondando en las cerranías, entre los peñascos o en zonas dispersas con frecuencia haciéndoles la guerra para recuperar sus tierras o auyentar a los extranjeros.³⁰⁹

No obstante los nativos de esas regiones ya se hallaban desplazados. Estas mismas *Relaciones Geográficas* indican trasladados cercanos de las que fueran sus tierras de morada. Los colonizadores sabían de qué grupos indígenas se trataban, no obstante había una gran variedad de indígenas migrantes en lucha por la apropiación territorial. Fueron presas de actos violentos de las milicias españolas o de las comitivas comerciales con miras a la explotación de las riquezas.³¹⁰

Tanto en mapas de asentamientos como en fuentes etnográficas y crónicas coloniales se habla de ocupación de territorios indígenas hostiles y de evangelización, como resultado de las primeras convivencias, dando pie a transformaciones culturales profundas, tanto para indígenas como para españoles. Los españoles en sus exploraciones en el norte, abarcaron todo lo que estaba a su alcance, aprendieron e imitaron al principio muchas de las costumbres de los nativos respecto al aprovechamiento de la naturaleza, aspectos culturales relativos a la vida, adaptando a su experiencia lo útil y aprovechable del entorno.³¹¹

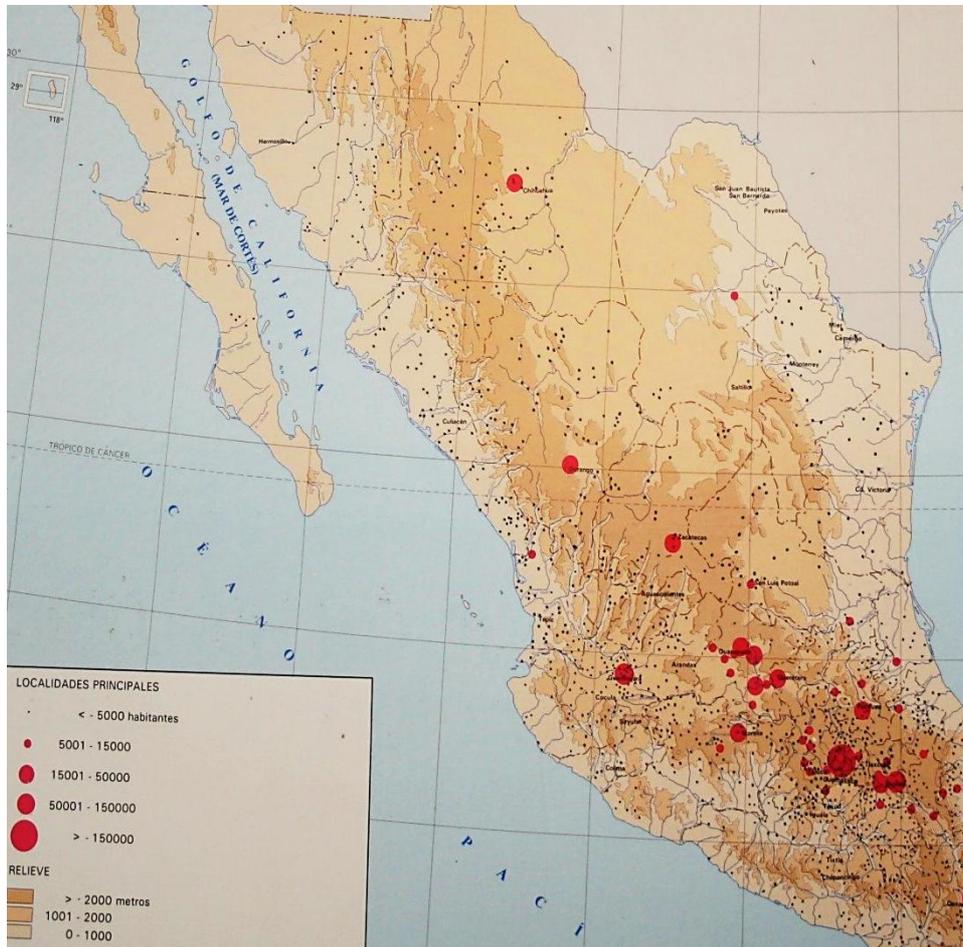
Para Phil C. Weigand los españoles siguieron las rutas comerciales prehispánicas al momento de la conquista del norte, luego de dominadas Tenochtitlán y Tzintzuntzan, fueron hacia los sitios más influyentes al norte, con los nayaritas y la región caxcana. Las consecuencias de esas primeras expediciones son conocidas en

³⁰⁹ El proceso de poblamiento ocurrió en principio, siguiendo las poblaciones grandes, ya fuese por descubrimiento o por la noticia de indígenas aliados, el proceso de interpolación de asentamientos sucedió con la ruta de conquista en Michoacán, Jalisco, Querétaro, Zacatecas y Guanajuato. Wigberto Jiménez Moreno, "La Colonización y Evangelización de Guanajuato en el siglo XVI", p. 17-40, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos... op. cit.*, 1943.

³¹⁰ René Acuña, *Relaciones Geográficas del s. XVI en Nueva Galicia*, 1988; ver las *Relaciones* de las minas de Fresnillo, de San Martín, de Jerez de la frontera y Tlaltenango, p. 110 a 145.

³¹¹ Alfredo Jiménez Núñez, *El Gran Norte de México...op. cit.*, ver algunas de estas ideas entre las p. 70-80. Como la construcción de algunos recintos, y sus materiales; alimenticios, aprovechamiento de muchos productos vegetales, etc.

parte, las guerras y las rebeliones estallaron, pero los españoles seguían los pasos de las rutas de intercambio en donde había asentamientos numerosos e influyentes.³¹²



Mapa 18, Distribución de la población en 1640-1821, I.G.-UNAM

Así, en las primeras décadas de la Colonia poco a poco fueron reemplazando tanto a los antiguos pobladores, como a los productos básicos indígenas, importando técnicas, productos y costumbres para convertir las nuevas tierras en sitios prácticos de vivienda, enriquecimiento y desarrollo.³¹³ Una controversia surgida alrededor del siglo XVI, fue en torno a los métodos de apropiación de los territorios indígenas del norte-

³¹² Phil C. Weigand y Acelia G. de Weigand, *op. cit.*, 2001.

³¹³ René Acuña, *op. cit.*, 1988, este tipo de información también se encuentra en las *Relaciones Geográficas*, porque describen los productos de intercambio con éxito y los que no, en esas nuevas tierras.

centro, alegando desalojo, inutilidad, improductividad y falta de propietarios en espacios austeros, aparentemente deshabitados e infructíferos para los nativos.

Además se habló mucho de lo negativo del ambiente, desértico o estéril y cómo los nuevos colonizadores llevarían la civilización en esos territorios. Pese a la debatida postura expansionista de los españoles para poblar el norte. Tomaron posesión primero quienes hicieron méritos y servicios durante la conquista, luego el clero en su labor evangelizadora, y también los empresarios particulares haciendo omisión de las leyes tradicionales europeas para la ocupación de la tierra, como podemos observar:

...la propiedad rural sólo adquirió estatuto legal, al estilo europeo, hacia fines del siglo XVI, después de la importante reforma fiscal cuyo ejecutor, en el Nuevo Reino de Granada, fue el presidente de la Real Audiencia, doctor Antonio González. En ese entonces, se ordenó delimitar sendos lotes de terreno para beneficio de una tribu o grupo indígena, así estuviese o no encomendado. De esta manera se constituyó una “tierra de resguardo” que pasaba a ser propiedad comunal del indígena. El terreno sobrante, aunque anteriormente se hallase ocupado por ese grupo o tribu pero que se consideraba innecesario para el sustento y progreso de la comunidad indígena, se declaró como “sobras”, destinadas a la venta por las autoridades reales. El resto de las tierras no ocupadas fue declarado baldío (“realengas”); es decir, pertenecientes a la Corona, e igualmente susceptibles de ser vendidas.³¹⁴

Fue práctica común, tener propiedad bajo el manto de intereses generados por la riqueza y las oportunidades de ennoblecerse ante la Corona española.³¹⁵ Es importante aludir a la diacronía de los desplazamientos a través de la ruta del norte-centro cambiando radicalmente la vida cultural de las sociedades intermedias. En particular, por la importancia de saber el por qué se siguió ese tránsito en vez de otros para enlazar los territorios norteños en sus puntos extremos, entiéndase, no como única ruta, sino como la más viable para llevar a cabo el enlace entre los principales asentamientos. A un tiempo los grupos indígenas intermediarios interrelacionaron por milenios al norte-

³¹⁴ Juan Friede, “Proceso de Formación de la Propiedad Territorial en la América Intertropical”, p. 75-87, 1965.

³¹⁵ Carlos Manuel Valdés, *op. cit.*, 1995, p. 69 y 72.

centro, y en otro período, la colonización española hizo su parte, destacando en pocos siglos la importancia de los territorios por sus riquezas y la lucha con sus pobladores.

3.3- Fronteras y distribución lingüística en el norte

A través de la lingüística sabemos que en el norte de México los indígenas prehispánicos no fueron sociedades aisladas desde tiempos antiguos, sus lenguas hicieron de fronteras interculturales. Las filiaciones entre lenguas son remotas en tiempo y espacio, son un indicador de cómo para los indígenas norteros la separación cultural no fue tan tajante con otras áreas de civilización antes de la llegada de los europeos.³¹⁶

Debido a los contactos lingüísticos regionales, las transmisiones, cambios y herencias culturales llegados a los grupos indígenas del norte desde la época Preclásica (como consta en investigaciones de Weigand y Braniff), aparecieron demarcaciones etnológicas, mostrando con ello la capacidad de las relaciones de los grupos indígenas del norte, tanto a nivel de comunicación como de tránsito para intercambios de productos y cultura.³¹⁷

Una de las inquietudes más sobresalientes para el estudio de la lingüística en torno a la división geográfica, viene del dominio pertrechado por algunos grupos norteros que hablaban tres lenguas o más debido a su posición intermedia, permitiéndoles esas relaciones estratégicas con diferentes regiones.

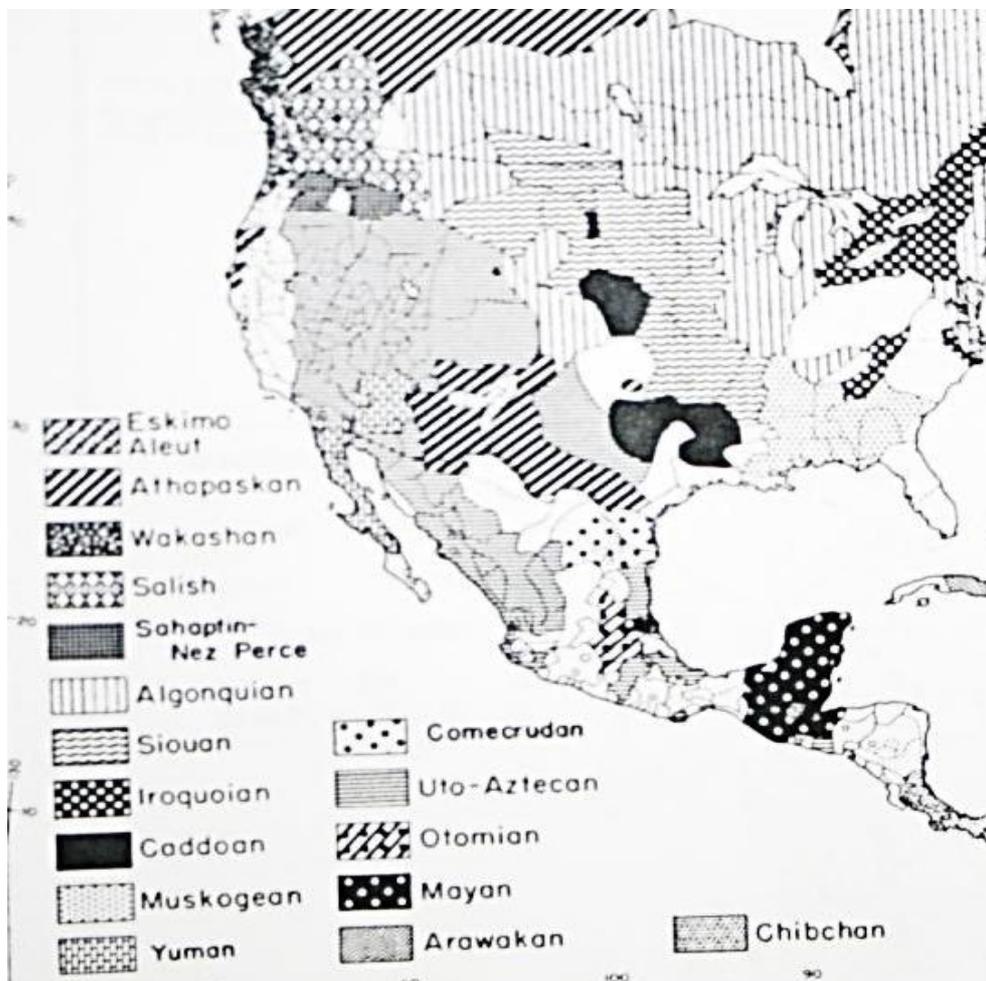
La observación del fenómeno lingüístico en una zona intermedia como el norte-centro, permite entender la intersección entre las cuatro lenguas dominantes al centro y

³¹⁶ Ver en *op. cit.*, Roberto J. Weitlaner, “Las lenguas del sur de Estados Unidos y...” p. 184, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos...*, 1943. Weitlaner propuso que el otomí y yuto-azteca al menos tenía varios miles de años antes de la llegada de los españoles en el centro y norte de México.

³¹⁷ Para formarnos una idea de la red de tránsito de las lenguas en el norte de América, desde períodos antiguos hasta la modernidad, revisar en Harold E. Driver, *Indians of North America*, 1969. En cuanto al contraste bárbaro-civilizado, Jacques Soustelle, “La vida civilizada. Barbarie y Civilización”, *op. cit.*, 1984, p. 217 y también la p. 232, plantea la transformación de los indígenas del norte en el siglo XII d.C. como parte del contacto con la cultura tolteca (en su movilidad), y de indígenas no transculturados pero con las mismas costumbres y lenguas. También ver en Miguel León Portilla, *Lecturas universitarias. Antología. De Teotihuacán a los aztecas, fuentes e interpretaciones históricas*, 1995. En cuanto a las investigaciones de Weigand, ver *op. cit.*, 1995 y 2000; de Beatriz Braniff, ver en *op. cit.*, 1989 y 2001.

norte mesoamericanas desde una época temprana (el yuto-azteca, purépecha, yumano y otomí).³¹⁸

Al escudriñar los mapas con detenimiento, notamos la gran presencia de dos lenguas principalmente: el náhuatl y el otomí, sin duda las más antiguas y difundidas en el centro y norte prehispánicos. Ambas lenguas fueron diseminadas por la presencia de algunos de los grupos indígenas que impusieron el control de las rutas de intercambio, o bien, quienes con la movilidad territorial ejercieron una influencia cultural perdurable.



Mapa 19, Familias lingüísticas, Harold E. Driver, 1969

³¹⁸ Roberto J. Weitlaner, "Las lenguas del sur de Estados Unidos y...", en *op. cit.*, 1943.

En el caso del norte los indígenas llamados chichimecas tuvieron conocimiento y filiaciones lingüísticas entre las cuatro lenguas troncales mencionadas anteriormente, pero principalmente de las del náhuatl y el otomí. Eso está comprobado con las descripciones de los primeros cronistas y exploradores mencionando la posibilidad de comunicación de los interpretes nahuas y otomíes total o parcialmente con los “chichimecas norteros”.

Hoy es claro que etnia no era igual a lengua, así como el nombre de la lengua dado a cada grupo indígena no era el que se daban a sí mismos, sino el puesto por vecinos o personas de culturas distintas. Pero como esa práctica fue común, se dio la identificación de las lenguas e indígenas del norte, clasificando como parte de los “chichimecas”, a ríos y poblados de la región norte, donde tanto españoles como indígenas aliados impusieron ese sistema de nomenclaturas para dar orden al proceso de conquista y colonización.³¹⁹

En el norte, las lenguas estuvieron ubicadas en grandes extensiones, principalmente cinco propuestas por Leopoldo Valiñas Coalla, como las athapaskanas, las algonquianas, las siouanas, las yuto-aztecanas y las otomianas. A partir de ellas, también identificó varios dialectos entre la multiplicidad de los grupos étnicos. Son dos las lenguas más antiguas que pudieron generar la comunicación y este fenómeno del bilingüismo (posteriormente plurilingüismo) por las circunstancias geográfico-culturales de los indígenas del norte-centro: el otomí y el náhuatl.

La antigüedad de estas dos lenguas y la afluencia de las cinco troncales no marcaron en sí una frontera territorial, permitieron delimitar tiempo después el uso de una lengua a partir de espacios y sociedades, generando con ello una aproximación. Por

³¹⁹ Leopoldo Valiñas Coalla, p. 175-205, en Marie-Areti Hers, *et al. Nómadas y sedentarios...*, *Op. cit.*, 2000, el autor presenta un estudio y análisis comparativo entre las variantes de la lengua yuto-azteca, para discutir acerca de las teorías en torno a la propuesta de división del yuto-azteca nortero y sureño, pero además, las filiaciones o distanciamientos entre sus variantes lingüísticas según la región y el grupo hablante-cultural.

ejemplo en el norte de México era común encontrar definiciones que luego aparecían de acuerdo al espacio-lengua-grupo: la lengua de los zacatecos como el zacateco; al igual los guachichiles como guachichil; el coahuilteco de los coahuiltecas, de los acaxes como la acaxe; o el tarahumara de los tarahumaras.

Como primer recurso de identificación es muy importante, pero eso permite cuestionar los límites fronterizos generados a partir de las identificaciones etnológicas durante la Colonia. Dentro de la nueva clasificación cultural europea fueron distorsionados grupos-espacios-lenguas, y ante tales circunstancias raciales o sociales, sobrevivieron algunas tradiciones y aspectos culturales tras las mezclas en las nuevas poblaciones de españoles e indígenas traídas del centro de México.³²⁰

El panorama sin duda cambió para todos los grupos en el norte, las vestimentas, costumbres o conductas; también se dio la restructuración del viejo bilingüismo entre las lenguas nativas regionales con el náhuatl y el castellano. Aun cuando se continuaban hablando las lenguas prehispánicas (igual practicando viejas costumbres) el náhuatl y el otomí perduraron hasta muy entrado el siglo XIX de forma generalizada.

Ahora bien, cabe preguntarse ¿por qué no se disolvieron del todo las civilizaciones norteamericanas, si casi en un 80% desapareció la población y la mayoría de los asentamientos?

³²⁰ Walter Kriekberg, *Op. cit.*, 1975; en opinión del autor, la mayoría de los pueblos indígenas conservaron mucho de su esencia a pesar de los cambios suscitados en la Colonia, según dice: “la conservación rígida de las tradiciones es un rasgo típico de los indígenas del país, incluso cuando viven en colonias de tipo urbano y aunque se hayan hispanizado exteriormente”, p. 34.



Mapa 20, Mauricio Swadesh, Grupos Lingüísticos de México, 1959

Una respuesta a esa problemática es la milenaria y arraigada estructura de la civilización (adaptada por las poblaciones nortenas a los tipos de regiones y su medio ambiente), que fue salvaguardada en un primer momento del proceso de aculturación, ante costumbres de indígenas de otras regiones y de las europeas. Así, queda preguntarse si las lenguas náhuatl y otomí además de ser consideradas las más antiguas del valle de México, en Puebla, Tlaxcala, Toluca y algunos sitios del Golfo de México,

lo fueron también del norte. En esa dinámica de identificación de cuál fue más antigua, si el otomí o el náhuatl, es más factible pensar cómo en varias etapas históricas, ambas se fundieron en el norte y predominaron hasta la llegada de los conquistadores.³²¹

En el caso del otomí, posiblemente es anterior al náhuatl en el valle de México, fue reconocida como la lengua de los toltecas, esto es, los chichimecas de los siglos IX o XII.³²² Por eso ahora queda cuestionar si el otomí fue desde su etapa más antigua, la más influenciada tanto en el norte de México como en Norteamérica, porque en sitios estratégicos como Querétaro e Hidalgo, en Jalisco y unos puntos más al norte fueron enclaves donde esta lengua pudo ser la diáspora de la cultura. Esta idea surge a partir del siglo XVI, cuando el otomí se diseminó abruptamente con las culturas del norte, en grandes poblaciones nuevas o convertidas y eso arroja la hipótesis de si ya había presencia en el norte prehispánico como algunas de sus variantes otomangués, por su gran filiación con el yuto-azteca.³²³

Los mexicas llamaron chichimecas a los indígenas de las sierras, pastizales y llanuras del norte; la palabra chichimeca sólo designaba a una cultura en común, a la cual pertenecían grupos hablantes de distintas lenguas (familias de las lenguas nahuas). Partiendo del centro de Mesoamérica la lengua más extendida hacia el norte era el otomí, y hacia el sur era el mangue o chorotega hasta Nicaragua.³²⁴

Por ejemplo, la vinculación entre el náhuatl y el yuto-azteca tiene una relación muy particular, porque el náhuatl es un dialecto proveniente de Norteamérica en donde hubo una serie de grupos (shoshones, utes, comanches por un lado o los pimas,

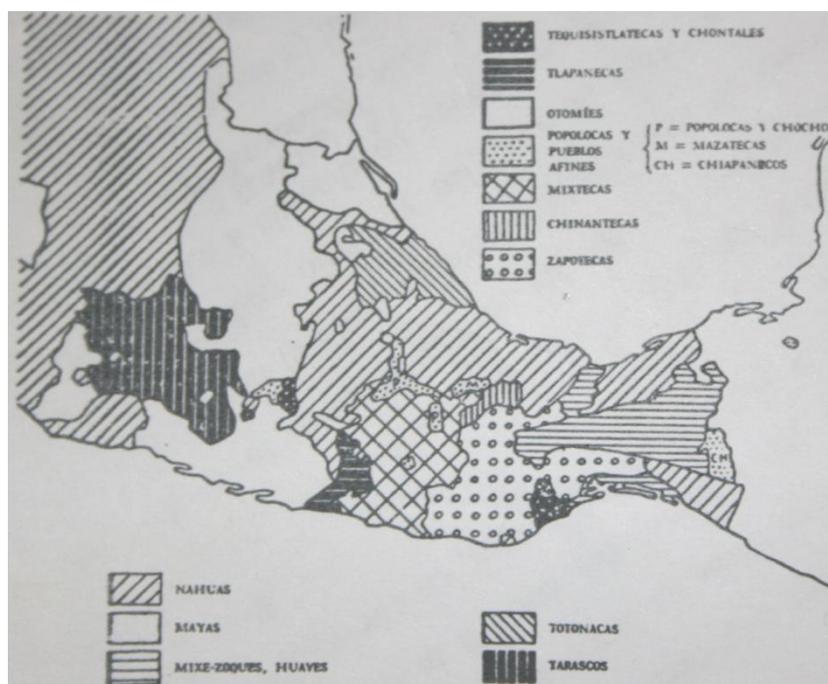
³²¹ En un estudio muy considerable para este tema de David Charles Wright Carr, “La Sociedad Prehispánica en las Lenguas Náhuatl y Otomí”, en la revista *Acta Universitaria*, 2008, Universidad de Guanajuato, p. 15-23, acerca de las similitudes de estructura semántica entre el náhuatl y el otomí, Carr encontró una importante relación entre ambas lenguas para el período prehispánico, así como en etapas posteriores y concluyó en una posible relación entre ellas muy antigua, pero sobre todo, dicha similitud surgió como una cultura homogénea en el centro de México abarcando regiones tanto a la parte Septentrional como hasta el Istmo de Tehuantepec (en base a las lenguas náhuatl y otomí).

³²² Walter Kriekberg, *op. cit.*, p. 36.

³²³ Cristhian Duverger, *El primer mestizaje*, *op. cit.*, p. 38.

³²⁴ Walter Kriekberg, *op. cit.*, p. 38.

tarahumaras y cahitas por el otro) ahí establecidos mientras otros migraron hacia el sur.³²⁵



Mapa 21, Grupos lingüísticos de México, Kriekberg, 1975.

Para Jaques Soustelle los otomíes no son considerados chichimecas, sino grupos participantes de las grandes migraciones y de cercana relación con grupos del norte, por ser éstos importantes sedentarios y tiempo después, parte de la cultura tolteca. Por lo tanto la lengua otomí fue considerada como la lengua de la cual derivaron el pame, el matlazinca y mazahua. Las filiaciones con el náhuatl son posteriores, en periodos donde los grupos nahuas se encontraban en migración al altiplano central.³²⁶

Dentro de la influencia de las lenguas del norte, una de ellas fue la caxcana entre Jalisco y Zacatecas, jugando un papel dominante en una amplia región y en gran parte del norte y occidente de México. Con la llegada de los españoles, y la rebelión de los

³²⁵ *Ibid.*, p. 35-38. Finalmente el autor sugiere la dispersión lingüística más grande, ocurrida en la lengua yuto-azteca, que abarcó desde Utah hasta Panamá alrededor de la segunda mitad del primer milenio, y en donde los toltecas fueron los principales actores en esa dispersión, desde el siglo VIII d.C. Al parecer los coras y los huicholes tuvieron aunque en menores proporciones ese mismo papel de dispersores de la lengua y la cultura.

³²⁶ Jacques Soustelle, *op. cit.*, 1993

caxcanes, esta lengua perdió esa dimensión e inclusive fue fusionada con otras por las movilizaciones de estos grupos hacia Durango y Nayarit.³²⁷ Como ejemplo es importante destacar la relación de la lengua caxcana con el náhuatl y el otomí aun cuando se tratara de influencias tardías en la etapa prehispánica (durante el Postclásico).

Quizá no se puede hablar de lenguas originadas en el norte, aun cuando existen las propuestas de Otto Schumann y Christian Duverger que el yuto-nahua tuvo su origen entre Chihuahua y Sonora, donde había muchos grupos indígenas, de donde partieron las posteriores migraciones indígenas nahuas en la etapa Postclásica hacia el valle central, diseminando la lengua náhuatl; también muchos contactos de intercambio con el centro mesoamericano. El lenguaje yuto-nahua fue extendido en toda la región norte-centro y quizás en partes todavía más al norte de este corredor. El yuto-nahua o yuto-azteca generó distintas variantes regionales en cada grupo con las que se le ha ubicado (como vemos en algunos de los mapas aquí expuestos) matizando y distinguiendo a cada región donde se hablaba.³²⁸

Debido a eso, en la región norte el fenómeno del plurilingüismo pudo haber tenido un fuerte impacto, al tratarse de un área de indígenas intermediarios, de una zona de transición, y en los cuales, varias lenguas fueron una herramienta crucial para sociedades abiertas al contacto con grupos de otras zonas.³²⁹

Para explicar la hipótesis del plurilingüismo, requerimos precisar debido a qué en una misma región hubo varias lenguas en uso o al menos de las que se tuvo

³²⁷ Otto Schumann G., *op. cit.*, p. 170.

³²⁸ Walter Krieger, *op. cit.*, 1975; Otto Schumann, *op. cit.*, 2000; Cristhian Duverger, *op. cit.*, 2008.

³²⁹ Ma. Teresa Cabrero Guerrero y Leopoldo Valiñas Coalla, "Cerro Colotlán: una aproximación arqueolingüística para su estudio", 2001, *Anales de Antropología*, p. 273-321. En este artículo los autores tratan el estudio de la región tepecana en la sierra de Bolaños y la importancia de los asentamientos ahí encontrados. El tema de la lingüística en la región es de suma importancia porque refleja la vinculación entre los grupos indígenas del norte y las similitudes culturales y geográficas que tuvieron, aun cuando algunas estaban muy separadas territorialmente, como fue el caso de los pápagos y los tepecanos. Además de que la región de Bolaños formó parte intermedia del corredor cultural prehispánico del norte en la formación de las civilizaciones más arraigadas.

conocimiento, dejando rastros de continuidad cultural entre las sociedades del norte, las cuales perduraron por muchos siglos hasta la llegada de los europeos.³³⁰

El norte-centro además de ser una zona de transición, o área intermedia, fue un área donde las lenguas y el caso del plurilingüismo, evidencian la división e identidad de los grupos indígenas, tratándose de lenguas extensas, en grandes territorios y entre muchas etnias, donde presuntamente percibimos rasgos culturales comunes, costumbres con esencia semántica de localismos hallados en otras regiones.

Respecto a los grupos de habla nahua y a su filiación dialectal con el yuto-azteca, María Teresa Cabrero rescata de las crónicas y varios relatos coloniales las descripciones etnológicas para la identificación de las poblaciones del norte; en contraste con los trabajos contemporáneos encontró en varios documentos coloniales, la coincidencia del náhuatl hablado en Sonora y Chihuahua antes de la llegada de los grupos indígenas del centro de México.

También las lenguas zacateca y caxcana estaban muy ligadas al náhuatl hablado por los mexicas, lo cual es significativo. Porque se ha relacionado por mucho tiempo la región de la Quemada, en Villa Nueva Zacatecas, los caxcanes entre Juchipila y el Teúl de García Salinas en Zacatecas y río Bolaños al norte de Guadalajara como parte de una importante cultura afiliada lingüísticamente con las culturas fundadoras de Tenochtitlán. El aspecto lingüístico es esencial en este proceso de identificación, porque la mayoría de las fuentes coinciden en la pluralidad lingüística del norte (derivadas de las “aztecoides”), a veces asociadas como dialectos troncales del mismos náhuatl.³³¹

³³⁰ En algunos casos particularmente los de grupos indígenas compartiendo espacios de fronteras con otros grupos, tenían uso y dominio de varias lenguas en respuesta a fenómenos de interacción cultural, ya fuese por influencia o intercambios materiales. Como ejemplo véase el caso de los “tepehuas, otomíes y nahuas”, que presenta Roberto Williams García en Lorenzo Ochoa, *Huastecos y Totonacos*, 1989, en donde el fenómeno de la comunicación plurilingüista era un elemento común entre las poblaciones fronterizas en la América prehispánica.

³³¹ María Teresa Cabrero G., *op. cit.*, 1989, p. 106-119.

Esto podría relacionarse con el curso de las migraciones fundacionales en la narrativa de los códigos indígenas, ya fuesen de norte a sur, así como de sur a norte, pero siguiendo una secuencia direccional lingüística, es decir, entre grupos reconocidos por una misma lengua, o grupos cuyo dialecto permitía todo tipo de relaciones. Sin olvidar lo que atrás se dijo de la pluralidad lingüística desarrollada por varios grupos del norte-centro, como intermediarios en el tránsito cultural o de intercambio de productos.

¿Por qué es importante relacionar las fronteras lingüísticas con otro tipo de fronteras como las culturales o las climáticas? La mayoría de las teorías de distribución lingüística reúnen en cuatro lenguas troncales una distribución espacial y una antigüedad que data del 3000 a.C., y de la cual podemos hacernos una idea aproximada de cómo continuaron hasta el momento en que llegaron los colonizadores. Sobre todo, por la forma del reacomodo y las movibilidades de las incursiones indígenas de Norteamérica o Mesoamérica tras las exploraciones europeas en el norte, centro y sur de América.

Así, las fronteras trazadas por las lenguas aportan un rango de proximidad para fijar la distribución étnica en el norte, identificando familias lingüísticas extensas, y apoyando la identificación cultural de los grupos. Las referencias fijadas de acuerdo a etnia-lengua pueden ser imprecisas, aunque importantes al tomarlas como parámetros de ubicación entre grupos y lugares, aun considerando la elevada movilidad poblacional.

Las obras de personajes interesados en el estudio de las lenguas indígenas del norte como Cabeza de Vaca, Pérez de Ribas,³³² Miguel del Barco, vieron lenguajes complejos, con estructura gramatical y un rico vocabulario sistematizando con erudición del mundo social y natural.³³³

³³² Cabeza de Vaca y Pérez de Ribas, *op. cit.*

³³³ Miguel del Barco, *op. cit.* Estuvo este jesuita entre los indígenas de California entre 1738 hasta 1767, en donde convivió con los habitantes de esa región e hizo múltiples estudios del mundo natural, pero

Lo destacable de esta consideración en las lenguas del norte es porque no hay duda de la organización y funcionalidad lingüística en las lenguas chichimecas. Y por esas mismas razones, siguiendo la propuesta de Claude Lévi-Strausse sobre la habilidad excepcional en los pueblos primitivos de la apropiación conceptual del universo por medio del lenguaje, sucedió que hubo casos en el estudio de Lévi-Strausse que los conocimientos de las sociedades consideradas “primitivas” eran más amplios que las consideradas “civilizadas”.

Sin concluir totalmente qué sucedió justo en el proceso de observación de los indígenas norteños respecto a los mesoamericanos, intuimos que el nivel de experimentación, aprovechamiento y conocimiento del mundo natural o social era parcialmente exagerado debido a la necesidad de especialización para el máximo aprovechamiento en suelos y climas semidesérticos.³³⁴ En estas condiciones de destreza y habilidad para comunicarse, los indígenas del norte contaron con lo extendido del náhuatl, otomí y sus variantes, dando forma a una base de comunicación y estructuras culturales para sobrevivir en una gran zona, permitiendo continuidad y permanencia hasta el tiempo de la conquista europea.

En varias de las *Relaciones Geográficas* del siglo XVI, se describe como la lengua generalizada en las poblaciones indígenas del norte eran variantes del náhuatl. En primer lugar porque españoles e indígenas “amigos” encontraron en la mayoría de las poblaciones norteñas un identificable náhuatl o variantes para comunicarse con los nativos. Sucedió también que si se trataba de una lengua distinta o no compatible con el

sobre todo, porque entendió el problema de composición y estructura de las lenguas entre las diferencias de aquellos grupos, p. 171-182.

³³⁴ Claude Lévi-Strausse, *op. cit.*, ver estas referencias en el capítulo I, “La Ciencia de lo concreto”, en las p. 13 a 25. Tal vez aquí cabría diferir, si acaso se trata de una temporalidad distinta a la aludida por Strausse cuando hace referencia a grupos primitivos, pues estos datos están basados en los estudios antropológicos con grupos estudiados entre los siglos XVIII y XX, en diferentes partes del mundo. O puede ser también que la referencia tomada del término primitivo, de Lévi-Strausse, está muy relacionada a las sociedades austeras o alejadas de la civilización, aisladas y por lo tanto, como referentes directos de “sociedades primitivas”, esto es, “intactas”.

náhuatl del centro, era impuesta a pueblos de indios y misiones para comunicarse (además del español) con los llamados grupos hostiles, integrados con mexicas, otomíes y tlaxcaltecas para efecto de pacificación y organización.

Por mencionar algunos casos en la Nueva Galicia, en las poblaciones de Ameca, Amula, Compostela, en las minas de los Zacatecas, Sombrerete, en Mazapil; y para el Reino de Nuevo León y Tamaulipas en sitios como, Monclova, Parras, Monterrey o Linares, en Río Grande, la Laguna o Ciudad Victoria.³³⁵

En la población de Ameca, en Nueva Galicia, había dos pueblos sujetos a esta población Huitzquili y Jayamitla; las lenguas que hablaban eran dos, una la caxcan (que quiere decir “los de arriba del mogote”) y la otra totonac (que quiere decir “los rudos”), esta última dice el autor se llamaba así porque eran gente serrana y porque huían de sus vecinos, además de considerarlos como torpes. Tanto unos como otros, aunque hablaban cada uno su lengua, hablaban lengua náhuatl, aunque de forma diferente.³³⁶

Con la revisión de varias *Relaciones Geográficas* en la mayoría de las poblaciones del norte además de la lengua náhuatl, había una o dos más locales, siendo pueblos sujetos a otros, indígenas aparentemente reducidos, incluso entre aquellos en

³³⁵ René Acuña, *R. G. Nueva Galicia, op. cit.*, p. 30. Esta misma situación del dominio y uso de la lengua náhuatl en el norte, para el siglo XVIII estaba muy presente, pues en la obra de Matías de la Mota Padilla todavía imperaba esta situación plurilingüista, *Historia del Reino de la Nueva Galicia...*, *op. cit.*, 1973. También para las regiones de Nuevo León y Tamaulipas, ver trabajo de Cecilia Sheridan Prieto, “Reflexiones en torno a las Identidades Nativas en el Noroeste Colonial”, *op. cit.* p. 87-98.

³³⁶ René Acuña, *op. cit.*, Como aparece en varias localidades de Jalisco, suponemos que sucedió en otras partes hacia el norte, por ejemplo en Amula, había varios pueblos sujetos a esa provincia, entre ellos Zapotitlán, en donde los habitantes originales hablaban la lengua otomí, porque en ese momento la mayoría hablaba el náhuatl, p. 62. Aunque en el pueblo de Tuscacuesco, sujeto a Amula, los habitantes originales hablaban el otomí, generalmente todos ahí hablaban el náhuatl. El otro pueblo fue Cusalapa, donde hablaban el otomí o caxcan (los naturales) y estaba generalizado el náhuatl, p. 78. La ciudad de Compostela estaba formada por diversas poblaciones en sus alrededores, una de esas fue la de los Tecosquines, que hablaban el tecoxqui (otomí o caxcan), pero usaban la lengua náhuatl porque todos la entendían afirmaba el autor, p. 89.

continua movilización, unas veces como trashumantes cuya población indígena había sido mucho más numerosa, pero en ese momento reducida.³³⁷

Finalmente concebimos el estudio lingüístico como una herramienta muy importante para el estudio de la distribución poblacional en el norte, pensando en las propuestas de los autores citados, de sociedades adaptadas al habla de varios dialectos, y por lo tanto, a la posible evidencia de la práctica milenaria del intercambio cultural. También, pensando la hipótesis de Walter Kriekberg con la antigua dispersión del yuto-azteca, de cómo las variantes del náhuatl facilitaron mucho, siglos después la difusión del náhuatl, la influencia tolteca y mexica en buena parte del territorio mesoamericano.

El bilingüismo en el norte fue importante porque resalta a las culturas del norte no como una civilización estática, inerte, aislada, ni fueron como sociedades primitivas, atrasadas o incultas. Caso contrario, fueron parte de una civilización en donde el plurilingüismo es muestra de una cultura norteña milenaria, arraigada al medio ambiente y con rasgos geográficos homogéneos desarrollados en un área donde la comunicación era un factor determinante en las relaciones sociales y culturales. Donde además permitieron una estrategia de desarrollo en materia de intercambio y comunicación a las sociedades del norte-centro, tal como haría hoy en día cualquier sociedad que se encuentra en un punto de intersección en donde convergen distintos destinos de ruta.

³³⁷ René Acuña, *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Michoacán*, 1987. En estas descripciones la lengua chichimeca estuvo muy ligada con el otomí y el matlatzinca pero, además, comúnmente fue identificada como una lengua particular, como si respondiera a una etnia.

CONCLUSIONES

Las culturas indígenas del norte de México han sido foco de diversos debates, cuestionando las características etnológicas de la historia de los chichimecas. A la par de numerosas reflexiones de diferentes académicos, esta tesis pretendió aclarar algunos puntos, sobre todo apoyándose en las evidencias históricas y arqueológicas para poner en escena los rasgos de una civilización entre los indígenas del norte.

Pensando en la idea de civilización y en la validez de aplicarla entre las culturas de la región norte donde tuvieron por base una estructura social parecida, poca magnitud arquitectónica o el desarrollo de complejos artefactos materiales, encontramos difícil el reconocimiento académico a los chichimecas del norte como civilizados.

Hoy sabemos que ciertas particularidades geográficas, ambientales y culturales permitieron a los indígenas del norte relacionarse entre fronteras comunes afines a ellos. Ya sea por un norte de México otrora concebido como el Norte Chichimeca, la Gran Chichimeca, Aridoamérica, Oasisamérica o tiempo después como parte de la Mesoamérica marginal, fue un espacio donde confluyeron distintas culturas que guardaron la esencia que les permitió ganarse la identidad de chichimecas.

Ese es un elemento muy significativo, y más porque los colonizadores mostraron en los textos de su primer encuentro con el norte, la rudimentaria condición de los indígenas chichimecas. Denotando rasgos de homogeneidad sin aparentes fronteras particulares: la geografía, los desplazamientos, la desnudez, la habilidad con el arco, la bravura en batalla y una gran diversidad de lenguajes que terminaban por entenderse unos a otros.

Contraria a la tinta con la que nos dibujaron a estos indígenas, los antiguos habitantes del del norte no tuvieron una frontera cultural cerrada con Mesoamérica, ni

fueron una barrera de contención para la entrada o salida de intercambios culturales. Fue un espacio de culturas que con guerra o sin ella, formó parte de los procesos de desarrollo con otras áreas culturales. El norte fue un canal de tránsito permanente, donde sus habitantes tuvieron filones de la civilización mesoamericana, abarcando también a las culturas del Suroeste Norteamericano.

Esta propuesta de participación cultural de los indígenas norteños no es casual. Ya Phil C. Weigand había propuesto la existencia de una *ecúmene mesoamericana* cuestionando la exclusividad de la civilización a las culturas mesoamericanas y aseguró que la esencia mesoamericana no era propia de una o pocas áreas restringidas. Ese fenómeno de la civilización no se ajustaba a modelos o patrones culturales establecidos, pues dicha *ecúmene* estuvo presente en todos los grupos culturales, y sólo por las circunstancias ambientales o geográficas, cada grupo, en determinada región llevó la sabiduría y el desarrollo tecnológico de forma diferente y exclusiva, tal como conocimos abruptos cambios reflejados en nuevos patrones de vida de los nativos americanos desde el siglo XVI.³³⁸

En el caso del norte-centro hay que mencionar algunos elementos identificables de esta área: el vestido, utilería y armamento, rituales, divinidades, costumbres funerarias, construcción de viviendas ocasionales, ocupación del espacio (con una mayor espacialidad), asentamientos de tipo sedentario con sus centros ceremoniales, fortalezas en los cerros, edificaciones junto a ríos o lagunas, sistemas de riego y formas de adaptación a diferentes ámbitos geográficos y climáticos.

La propuesta de ubicar en una misma área geográfica a las culturas del norte-centro, partió del hallazgo en las fuentes documentales, de la referencia a los chichimecas (indígenas del norte) descritos con las mismas cualidades y características

³³⁸ Phil C. Weigand, *op. cit.*, “La antigua ecúmene mesoamericana: ¿un ejemplo de sobre-especialización?”, p. 23 a 42, 2002.

desde Querétaro e Hidalgo hasta Nuevo México y Arizona. La frecuencia del uso y consumo de los mismos productos vegetales al norte, el que tuvieran especial apego al abasto de la tuna (ya fuese nopal, la pitahaya, el xoconochtle u otros), la vaina del mezquite, el maguey, demás frutos o semillas, por los animales de caza y las prácticas comunes especializadas de cacería, la recolección o las peregrinaciones.

Por otro lado, están los recientes señalamientos académicos que nos muestran a las antiguas familias lingüísticas, los patrones de asentamiento arqueológico y por supuesto similitudes de las características ambientales: la prolongación de los pastizales, los lomeríos o sierras; por lo tanto, la respuesta de sus habitantes con ciertos comportamientos identificables como de resistencia, fuerza, salud y habilidad combativa.

Suponemos que no hubo fronteras fijas en el norte prehispánico establecidas por el nivel cultural de los indígenas, pues existió un alto grado de intercambios o de comunicación entre sus distintas áreas, en todo caso, no porque encontramos a los grupos y el espacio relacionados, podemos afirmar que los llamados chichimecas del norte fueron un mismo grupo etnológico.

Tampoco se trató de una misma familia, lengua o historia. Nos encontramos ante la existencia de múltiples etnias, diversos troncos familiares, filones lingüísticos y una multiplicidad de pueblos únicos y distintos en lo particular. Es más bien desde lo colectivo a nivel cultural, desde la aglomeración de sociedades, regiones y comportamientos ambientales desde donde vemos la relación del norte pluriétnico y pluricultural, desarrollado a partir de una interrelación compleja en lo territorial y en lo social.

Lo planteado aquí fue la identificación de un espacio geográfico reconocido en algunas partes como el norte-centro donde observamos condiciones ambientales

parecidas y estilos de civilización semejantes. Es muy probable por las evidencias resaltadas a lo largo de la tesis, que las diferencias entre los indígenas del norte-centro, tuvieron en cuenta la densidad poblacional. Diferencia más notoria en el análisis de la respuesta de los grupos indígenas al contacto, alianza, dominio y rechazo en algunas áreas más pobladas (bajo estructuras de gobierno observables) respecto a pequeños asentamientos de menor espacio habitado y dominado, donde el ejercicio del poder no era representativo.

Ya fuese por las fronteras o la densidad poblacional, no pasa desapercibido en los indígenas del norte-centro su papel de conectores culturales con los indígenas más alejados. A pesar de eso, los indígenas del norte no estuvieron exentos de una actividad bélica considerable, pero no en el sentido que se les ha atribuido, de generar límites infranqueables de comunicación y cultura, dividiendo a los grupos del norte, con el centro y el sur.

Sabemos que una división tajante ocurrió entre los grupos indígenas del norte con los del centro del país, a partir de la conquista europea, en la cual mexicas, otomíes y tlaxcaltecas participaron como aliados y como estabilizadores de la Colonia con los chichimecas del norte. Concluyeron ese proceso con la fijación de áreas de segregación en misiones, presidios o barrios marginales para los indígenas congregados, dentro del proyecto de creación de poblados en los cuales se llevaba la ley, un gobierno político, cultura (justificación de los españoles ante la conquista y colonización de la América hispánica) y la fe cristiana.

Desde el último tercio del siglo XX se ha venido cambiando la imagen del antiguo norte con todos los hallazgos de historiadores y arqueólogos, contribuyendo al esclarecimiento de la historia de los indígenas chichimecas. Difícilmente podemos continuar con la visión separatista o marginal del norte de México, aún cuando ese

hecho de marginalidad ha sido negativo en varios periodos históricos, tanto en apoyo del gobierno central para inversiones, resolución de problemas, fomento a empresas privadas, en la educación, en lo cultural, dejando a la modernidad nortea un parecido abandono como sucedió a los indígenas de las Provincias Internas en la Colonia.

Las mal vistas migraciones poblacionales y deficientes políticas de gobierno en el norte, fueron intensificadas tras la decadencia de la minería en los principales centros de extracción, así como la violencia en los caminos y los continuos ataques de grupos indígenas desplazados. Hubo repercusiones por parte del gobierno central, descuidando y generando un descontento en sitios que posteriormente tendrían un papel importante en la independencia, en la pérdida del territorio mexicano, y después, en la Revolución Mexicana. Sucesos derivados de problemas acarreados siglos atrás, desde la integración y desintegración en el norte-centro del México prehispánico, donde hasta este momento no ha perdido vigencia el desplazamiento poblacional, con migraciones que no han dejado de estar en continuo intercambio, relación de parentesco y flujo comercial.

A diferencia del panorama antes expuesto, en el norte prehispánico no hubo la dependencia entre áreas culturales o políticas como sucedió en la Colonia y la época independiente. La idea de la diferencia poblacional, ambiental y tecnológica en el México prehispánico, apuntan a un sistema de control o representación de poder regional, con importantes rutas de intercambio y relación cultural. Esta hipótesis continúa renuente en la tradición académica porque los indígenas del norte no han sido considerados como grupos dependientes del centro u otras lejanas periferias.

Eso lo constatamos con la idea fuertemente arraigada durante la Colonia de ver a los indígenas “chichimecas” como desorganizados e incapaces de sostener sistemas complejos de gobierno, igual como ocurrió en épocas posteriores a la sociedad mestiza

del norte. Basta recordar cómo hoy todavía algunos atribuyen los brotes de civilización en el norte a indígenas teotihuacanos, tarascos o toltecas.

En un futuro las evidencias del desarrollo cultural de los grupos indígenas en el norte, serán la llave para postular las principales características en toda la región norte-centro. Por lo pronto, estas disertaciones van en dirección de demostrar las interpretaciones historiográficas inmersas en el tema de los chichimecas y de los indígenas del norte que ha estado empobrecida por falta de más argumentos al hablar de civilización.

Partiendo de la diferenciación crucial de los dos tipos de chichimecas discutida en el capítulo I, los chichimecas históricos y los chichimecas historiográficos, los primeros fueron los indígenas que habitaron el norte de México y fueron grupos con movilidad poblacional de manera local o regional, no definitiva o extraterritorial sino hasta la llegada de los colonizadores. Los segundos fueron los chichimecas que habitaron en las cercanías del valle central de México, pero que estuvieron identificados en las crónicas, códices y Relaciones Geográficas de la primera etapa colonial, como los rudimentarios indígenas del norte.

El que aún no se hayan discutido a profundidad cuáles fueron los elementos de la civilización en lo particular o en su conjunto en el norte (como han hecho Phil C. Weigand o Ma. Teresa Cabrero C.), no significa tratar con argumentos infundados o inventados, pues la mayoría de las fuentes consultadas guiaron a las hipótesis y conclusiones del autor de esta tesis, en el acercamiento al norte chichimeca desde otra perspectiva de inclusión cultural.

En principio para la identificación de los grupos y fechas ¿cuáles chichimecas: los del norte o del centro; en qué periodo: prehispánico o colonial? A la par de otras interrogantes no menos sugerentes ¿hubo grupos de chichimecas del norte en el siglo

XV relacionados estrechamente con los chichimecas del valle de México? ¿Los contrastes culturales perceptibles para nosotros entre indígenas del centro y del norte en las fuentes coloniales, fueron los mismos unas décadas antes de la conquista europea?

En los capítulos I y III hallamos los dos tipos de chichimecas que contextualizan la temática de la tesis, los del centro y los del norte, marcando una división que pretendimos mostrar como necesaria para entender a los chichimecas del centro y sus relaciones con los indígenas del norte. Hoy la realidad histórica y arqueológica ha señalado las diferencias regionales en los grupos del norte con los del centro, pero también ha rectificado las posturas acerca del estado de desarrollo de los seminómadas, semisedentarios y los gobiernos nucleares del norte-centro.

Los diferentes estudios de los chichimecas citados presentan por lo general, esa contraposición cultural y referencial del norte con lo que significaba ser chichimeca, cayendo en el determinismo historiográfico de pensar a estos grupos del norte como incivilizados.

A pesar de incurrir en tal error, el mérito historiográfico enumerado ha sido el de contribuir a la desmitificación de esta parte de la historia prehispánica, incitando a pensar una vez más en estas problemáticas y a retomar el arduo trabajo de indagar acerca de los indígenas del norte.

El intento de diferenciar el norte y sus pobladores con los chichimecas y a su vez con los del valle de México, es reiterado conforme adecuamos los datos de quiénes sí debieron ser los llamados chichimecas, ya fuera por lengua, ubicación y la movilidad poblacional constante en el Anáhuac desde el 800 d.C. Fueron grupos asentados desde los altos de Jalisco en frontera con los del Bajío y llegaron hasta las cercanías del valle central, grupos como los otomíes, huastecos, toltecas y tarascos.

Al final de todas estas reflexiones, surge la idea de una constante relación de los indígenas nortños con otras áreas culturales que no fue interrumpida sino hasta la llegada de los españoles. La movilidad poblacional en el norte en dirección al sur no fue de forma masiva, sino parcial y con propósitos de intercambio. De igual forma, sucedió del sur hacia el norte, con la posibilidad de que hacia el norte la empresa del control de rutas no era para colonizar únicamente algunas regiones, pues la intención era continuar el contacto con las culturas del Suroeste Norteamericano, dándole un carácter más comercial.

La problemática se agudiza cuando equivocamos el sentido de las relaciones prehispánicas de intercambio, y dejamos en la parte de los indígenas del centro del país, en particular a toltecas, purépechas y mexicas, como únicos transmisores de la cultura y civilización a todos los “rudimentarios” nortños en su paso hacia Utah o Colorado. No cabe duda que los indígenas del centro actuaron en procesos migratorios (aún y cuando esperamos nuevos datos o resultados para constatarlo) dejándo sólo rastros de su contacto con las culturas del norte.

Podemos identificar esas huellas a partir de los sitios arqueológicos en salvamento o ya abiertos al turismo, donde la influencia cultural de los indígenas del centro es evidente por las comparaciones hechas con estos sitios. Pero fuera de los asentamientos arquitectónicos, de las pinturas rupestres o los utensilios hallados, está desvanecida mucha de la información que nos podría ayudar a aclarar la historia de los indígenas del norte-centro, más entre las áreas de San Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas, Durango, Chihuahua, una parte de Texas y Nuevo México.

Por último, advertimos como conclusión de estas páginas, de la dificultad de proponer la unidad en un territorio, enlazado por un medio ambiente, por grupos y rasgos culturales planteados bajo una simbiosis inalterable a las fronteras, al cambiar de

los tiempos, las razas y la historia. Haciendo conciencia de que los movimientos sociales dentro del contexto natural, nos heredaron un conglomerado cultural de acontecimientos ocurridos a lo largo de este territorio norte-centro. La historia de los antiguos pobladores del norte de México está todavía por consolidarse tanto por la falta de información, investigación y sensibilidad científica, como por el cambio en las viejas teorías heredadas en la Colonia y su idea de las culturas austeras que habitaron el norte.

Serán los estudios de uniformidad en los climas, la flora, la fauna, las lenguas, las costumbres y los caminos en el norte-centro los que darán materia de estudio para las culturas prehispánicas que hicieron de ese espacio, un conducto transitorio de civilización con tradiciones milenarias, no desaparecidas al tiempo de la conquista europea. Nos resta resolver un sin fin de interrogantes con las cuales tendremos otra idea del encuentro, interpretación y efecto de la colonización en el norte.

¿Existían en el norte sociedades con poderío sólido, numerosas en población y asentamientos, unificadas o capaces de entablar importantes alianzas? ¿Cómo fue que los indígenas aliados de los españoles no sabían de qué grupo o quiénes se trataba conforme viajaban al norte y llamaban a todos los de la región norte chichimecas sin importar ubicación o características? ¿Acaso entre ellos no habría algún tipo de conocimiento, en relato o experiencia personal, de las distintas regiones al norte prehispánico? O bien ¿no lo sabían y lo callaron por conveniencia de la posición política en la que se encontraban, sin contravenir la interpretación española de hacer generalización con los chichimecas para beneficiarse ellos?

Los españoles siguieron ese proceso con apego a la interpretación de los indígenas aliados respecto a nombres de lugares, grupos, costumbres y la historia de los indígenas hallados en el norte. Fueron una importante influencia en los primeros momentos del contacto. Hace falta insistir si hubo omisiones, cambios precipitados por

las movilizaciones, desinformación ante una propia visión de la historia, aprovechando la situación y pensando en el devenir de convenios políticos ofrecidos por los colonizadores. Fue así que la guerra, el racismo y las ideologías de inferioridad atribuidos a “los bárbaros del norte”, dejaron una gran huella para el pasado y futuro de los indígenas del norte.³³⁹

Muchos elementos causaron el estrabismo acerca de la historia de los grupos prehispánicos del norte. Hasta hoy no podemos justificar “la nobleza” de los indígenas en sitios donde hubo importantes centros; tampoco hemos enlazado a las culturas en grandes distancias aun cuando hay nuevos hallazgos que así nos lo indican. Tampoco podemos justificar los hechos fatídicos de la guerra, exterminio, esclavitud y despojo. La cuestión central sigue siendo la negación cultural hecha a los indígenas del norte como una “civilización desaparecida”. La meta es pensar cómo traeremos al debate de la historia prehispánica, colonial y contemporánea en el desarrollo de sociedades que no han sido reveladas en su totalidad, pero que hasta ahora no podemos negar o ignorar su importancia etnográfica, arqueológica e histórica, respecto a la vieja identidad chichimeca construída hacia el siglo XVI.

Es decir, lo chichimeca, los chichimecas y los indígenas del norte, parecen ser agentes de un dilema estancado en la historiografía especializada, simposios y congresos que no terminan por definir las raíces de un problema mayúsculo: la importancia de identidad de grupos, espacios, relaciones e historias como parte de la formación del pasado y presente del norte de México.

³³⁹ Ver en Marie-Areti Hers, *op. cit.*, 2008, “Los chichimecas: ¿nómadas o sedentarios?”, entre las p. 36 a 55. Para Hers, la conquista del norte con la ayuda de los indígenas aliados se trató más bien de una reconquista por parte de los indígenas mesoamericanos del centro de México. Respecto a la confusión con el término chichimeca, habló de la polémica cultural en la que se ha encerrado al concepto de chichimeca y su generalización del norte, sus conclusiones a este respecto tienen que ver con la idea de que los antiguos chichimecas (nomadas cazadores-recolectores) y civilizadores del norte fueron los antecesores de los purépechas y de los toltecas-chichimecas, que luego se replegaron hacia el sur y por eso durante la Colonia se habla de una reconquista.

Aun falta responder a la postura crítica de la ausencia de civilización en el norte, pensando en la capacidad de los indígenas para asegurar aquello que otras regiones mesoamericanas aseguraron para el devenir de los tiempos, como fue las megacosntrucciones, los testimonios históricos, la supervivencia de las sociedades. Y ante esa espeluznante afirmación de la falta de tacto que nos atrevemos a plantear, sobra decir que la mayoría de esos vestigios arquitectónicos, registros históricos, monumentos religiosos y sociedades norteñas, fueron destruídos con el propósito de someter la guerra intensiva de los indígenas, apropiarse de territorios ricos en vetas mineras y de todo el norte y su gente en general, para beneficio de la otra conquista político-económica más duradera.

BLIOGRAFÍA

- ACOSTA, José de, *Historia natural y moral de Indias*, España, Dastin, 2003, 492 p.
- ACUÑA, René (ed.), *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Michoacán*, México, UNAM-IIIH, 1987.
- *Relaciones Geográficas del siglo XVI en Nueva Galicia*, México, UNAM-IIIH, 1988.
- ADELMAN, Jeremy y Stephen ARON, *The American Historical Review*, USA, 1999.
- AHUMADA, Pedro de, *Rebelión de los zacatecos y guachichiles (1562)*, Biblioteca de Historiadores de Mexicanos, Vargas Rea, México, 1952.
- ALIMEN, Marie-Henriete y Marie J. STEVE, *Prehistoria*, México, Ed. S. XXI, 1999, 379 p.
- ÁLVAREZ, Salvador, “Conquista y encomienda en la Nueva Galicia durante la primera mitad del siglo XVI: “barbaros” y “civilizados” en las fronteras mesoamericanas”. México, Revista Relaciones 116, COLMICH, Otoño 2008, Vol. XXIX, 55 p.
- ARMILLAS, Pedro, *La aventura intelectual de Pedro Armillas. Visión antropológica de la Historia de América*, COLMICH, 1987, 159 p.
- “Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica” p.62-82, en *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*, España, Publicado por el Seminario de Antropología Americana, 1964.
- AZZARA, Claudio, *Las invasiones bárbaras*, España, Universidad de Valencia, 2005, 217 p.
- A. MONSIÑO, Pedro, *El escenario geográfico*, México, UNAM, 1994.
- A. ROBLEDO, Cecilio, *Diccionario de Aztequismos*, México, ed. Fuente Cultural, 1908, 548 p.
- BARCO, Miguel del, *Historia natural y crónica de la antigua California*, México, IIIH-UNAM, 1988, 482 p.
- BEALS, Ralph L., “Northern Mexico and the Southwest”, p. 191-199, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, México, ed. Stylo, 1943, 362 p.
- BELTRÁN, Enrique, *Los recursos naturales de México y su conservación*. México, SEP, 1946.
- BERNECKER, Walther L., “Fronteras estatales, dinamismo continental. La relatividad de las fronteras en Iberoamérica”, en: *Iberoamérica*, IV, 16, 2004, 87-106.

BOHEM DE LAMEIRAS, Brigitte “El riego y el Estado en el México Prehispánico”, en Pedro Carrasco et al, *La sociedad indígena en el centro y occidente de México*, México, COLMICH, 1986, 305 p.

----- *Formación del Estado en el México Prehispánico*, México, COLMICH, 1986, 473 p.

BRAMBILA PAZ, Rosa y Juan Carlos SAINT CHARLES, “El Clásico en el norte-centro de Mesoamérica”, p. 57-66, en E. Fernando Nava L., Otopames, México, 2004, 344 p.

BRANIFF CORNEJO, Beatriz, “El formativo en el norte de México”, *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*, México, Museo Nacional de Antropología, INAH, 1989, p. 443-460.

----- “La frontera septentrional de Mesoamérica”, p. 113-137, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *Historia Antigua de México*, Vol. I, CONACULTA-UNAM-INAH, 2000, 352 p.

----- “A Summary of the Archaeology of North-Central Mesoamérica. Guanajuato, Querétaro, and San Luis Potosí”, p. 35-42, en Michael S. Foster and Shirley Gorenstein (eds.), *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico*, USA, University of Utah, 2000, 307 p.

----- *La Gran Chichimeca: el lugar de las piedras secas*, México, CONACULTA, 2001, 309 p.

----- “Sugerencias para la ubicación geográfica e histórica de los ensayos sobre las culturas del norte”, p.113-118, en *Revista Desacatos*, México, CIESAS, No. 10, 2002.

BRODA, Johanna, “The Sacred Landscape of Aztec Calendar Festivals: Myth, Nature, and Society”, en D. Carrasco (ed.), *To Change Place: the Aztec Ceremonial Landscapes*, p. 74-120, Niwot University Press of Colorado, 1991.

BRIONES FRANCO, Jorge, “El papel del mito en la configuración del espacio Novohispano”, p. 64-70, *Revista Clío*, México.

BROWN, Roy Ben, “El norte de México” en Barbro Dahlgren y María Dolores Soto de Arechavaleta, *Arqueología del norte y occidente de México*, 1995.

B. MURRAY, William (comp.), *Arte Rupestre del Noreste*, México, Fondo Editorial de Nuevo León, 2007, 326 p.

CABRERO GARCÍA, María Teresa, Reseña de textos de la “Reunión de la Society for the American Archaeology” en *Pittsburgh, Ripples in the Chichimeca Sea. New considerations of the Southwestern-Mesoamerican Interactions*, USA, Centro de Investigaciones Arqueológicas de Illinois, 1986, p. 13-19.

----- *Civilización en el norte de México. Arqueología de la cañada del río Bolaños (Zacatecas y Jalisco)*, México, IIA, 1989, 357 p.

----- “Una ruta comercial en la Frontera septentrional mesoamericana”, p. 37-43, en Evelyn Childs Rattray (ed.), *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, UNAM, 1998, 375 p.

----- “Balance y Perspectiva de la Arqueología en los Estados de Jalisco, Zacatecas y Durango”, en *Revista Anales de Antropología*, UNAM, Vol. 22, No. 1, 1985, 29 p.

- CABRERO GARCÍA, Ma. Teresa y Leopoldo VALIÑAS COALLA, “Cerro Colotlán: una aproximación arqueo-lingüística para su estudio”, México, 2001, *Anales de Antropología*, IIA-UNAM, Vol. 35, p. 273-321.
- CALVO, Thomas y Gustavo LÓPEZ, (coords.), *Movimientos de Población en el occidente de México*, México, COLMICH – CEMCA, 1988, 372 p.
- CARETTA, Nicolás y Renata SCHNEIDER, “¿Qué pasa con la arqueología y la conservación del material arqueológico en el norte de México?”, 2005, 10 p., en www.google.com.mx/arqueologíadelnorte.
- CARMONA, Marta (coord.), *El preclásico o formativo: Avances y retrospectivas. Seminario de Arqueología “Dr. Román Piña Chan”*, México, Museo de Antropología, INAH, 1989.
- CARRASCO, Pedro y Guillermo CÉSPEDES, *Historia de América Latina I. América indígena, la Conquista*, España, Alianza, 1985, 371 p.
- CARRASCO, Pedro, et al., *La sociedad indígena en el centro y occidente de México*, México, COLMICH, 1986, 305 p.
- CARRILLO CÁCERES, Alberto, *El debate sobre la Guerra de los chichimecas*, México, COLMICH, 1999.
- *Guerra de los Chichimecas (México 1575 – Zirosto 1580)*, Fray Guillermo de Santa María, O.S.A., México, COLMICH, UdeG, COLSAN, 2003, 270 p.
- CASAS, Gonzalo de las, *La guerra de los chichimecas*, Noticia de la obra por José F. Ramírez y Conjeturas sobre quién pudo ser el autor por Luis González Obregón, México, Editor Vargas Rea, 1944, 66 p.
- CASTAÑEDA OCHOA, Jorge, “Descubren arqueología al acecho del sol”, Periódico, *El Porvenir*, Sección cultura, 15 Marzo de 2006.
- CHEMIN, Dominique, “Unas consideraciones sobre los pames y su historia”, p. 29-39, en Lidia Torre (coord.), *XI’oi, Coloquio Pame. Los pames de San Luis Potosí y Querétaro*, México, CIH-SLP, IC-SLP, 1996, 174 p.
- CHEVALLIER, Michel, *México antiguo y moderno*, México, SEP 80- FCE, 1983, 444 p.
- CHIARA, Vangelista (coord.), *Fronteras, etnias, culturas. América Latina siglos XVI-XX*, Ecuador, ed. Abya-Yala, 1996, 258 p.
- CHILDS RATTRAY, Evelyn (ed.), *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, UNAM, 1998, 375 p.
- CEPEDA ADAN, José (comp.), *Cuadernos de Investigación Histórica*, No. 13, España, Fundación Universitaria Española, 1990, 309 p.

CISNEROS GUERRERO, Gabriela, “Cambios en la Frontera Chichimeca en la Región Centro-Norte de la Nueva España durante el Siglo XVI”, México, *Revista Investigaciones Geográficas*, IG-UNAM, Junio-No.36, 1998, p. 57-70.

CIUDAD REAL, Antonio de, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, México, IIH-UNAM, 1976, Tomo I, 272 p.

CORDELL, Linda S., “De las aldeas primitivas a los grandes poblados en el Noroeste”, 155-210 en Beatriz Braniff (coord.), *La Gran Chichimeca. El lugar de las rocas secas*. México, CONACULTA, 2001, 309.

CRAMAUSSEL, Chantal, “De cómo los Españoles clasificaban a los Indios. Naciones y Encomiendas en la Nueva Vizcaya Central”, p. 275-303 en Marie-Areti Hers *et al*, *Nómadas y sedentarios en el norte de México Homenaje a Beatriz Braniff*, México, IIE, IIH, IIA- UNAM, 2000, 723 p.

----- (coords.), *La Sierra Tepehuana: asentamientos y movimientos de población*, México, 2006, COLMICH-UJED

CRUZ, Víctor de la, “Algunos elementos religiosos nahuas y el estilo mixteca-puebla en el sur del Istmo de Tehuantepec”, p. 33-51, en *Revista Náhuatl*, No. 37, 2003, México, IIH-UNAM

DAVIES, Nigel, *The Toltec Heritage. From the fall of Tula to Rise of Tenochtitlan*, USA, University of Oklahoma Press, 1980.

DÁVILA CABRERA, Patricio “La frontera norte de Mesoamérica: un puente cultural hacia Norteamérica”, p. 79-90 en Marie-Areti Hers *et al*, *Nómadas y sedentarios en el norte de México Homenaje a Beatriz Braniff*, México, IIE, IIH, IIA- UNAM, 2000, 723 p.

DAHLGREN, Barbro y María Dolores SOTO DE ARECHAVALETA, *Arqueología del norte y occidente de México*, México, UNAM-INAH, 1995, 367 p.

DIGARD, Jean Pierre, “Simbiosis nómadas-sedentarios en Mesopotamia”; en Jorge Silva Castillo, *Nómadas y pueblos sedentarios*, México, COL. JAL., 1982.

DOUGLAS PRICE, T. y Anne Birgitte GEBAUER, “New Perspectives on the Transition to Agriculture”, p. 3-20, en T. Douglas Price and Anne Birgitte Gebauer (eds.), *Last Hunters First Farmers. New Perspectives on the Prehistoric Transition to Agriculture*, USA, School of American Research, 1995, 354 p.

DURÁN, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, Vol. I, México, CONACULTA, 1995, 645 p.

DUVERGER, Christian, *El primer mestizaje. La clave para entender el pasado mesoamericano*, México, CONACULTA- INAH- TAURUS- UNAM, 2007, 740 p.

D. FORBES, Jack, “Frontiers in American History and the role of the frontier historian”, p. 203-235, en *Ethnohistory. Frontiers in American History*, no. 15, USA, 1968.

D. BRAND, Donald, "A note on the Pre-ceramic Man in Northern Mexico", p. 164, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, México, ed. Stylo, 1943, 362 p.

ENRÍQUEZ FARIÁS, Roxana, "Las Sociedades Prehispánicas de la Región Centro-Norte de Mesoamérica. Configuración Espacial y Territorialidad a partir de su relación con Teotihuacán", pp. 41-66, en Ricardo Jarillo Hernández (coord.) *Tiempo y Región. Estudios Históricos y Sociales*, Vol I, 2007.

E. DIBBLE, Charles, *Códice Xólotl*, México, IHH-UNAM, 1980, 164 p.

E. DRIVER, Harold, *Indians of North America*, USA, University of Chicago, 1969, 632 p.

FÁBREGAS PUIG, Andrés, "Repensar el norte: La Gran Chichimeca", en Revista Takwá Num. 8, Otoño 2005, pp. 157-171. Página en la red: www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/takwa/Takwa8/repensar_norte.pdf.
----- (coord.), *Continuidad y Fragmentación de la Gran Chichimeca. Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca*, México, ed. Presente y Futuro, 2008, 241 p.

FERNÁNDEZ Rodolfo y Daría DERAGA, "La zona occidental en el Clásico", p. 175-203, en Linda Manzanilla y Leonardo L. Luján, *Historia Antigua de México*, Vol. II, 1995

FOSTER, Michel S., "El formativo en el noroeste de México: una perspectiva", 1989, en *Compilación Arqueológica*, México, UA-UAZ, 1990.

FOSTER, Michel S. y Shirley GORENSTEIN, (eds.), *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Norwest Mexico*, USA, The University of Utah, 2000, 307 p.

FOURNIER, Patricia (coords.), *Arqueología y Complejidad Social*, México, INAH, ENAH, 2007, p.308.

FRIEDE, Juan, "Proceso de Formación de la Propiedad Territorial en la América Intertropical", p. 75-87, 1965. Archivo en PDF, con dirección web: www-gewi.uni-graz.at/jbla/Scans/JBLA_2_1965/Friede_75.pdf

GAMBOA HERRERA, Jonatan Ignacio, Juan Francisco MORALES RODRÍGUEZ y Edgar RODRÍGUEZ CASTILLO, "El origen y el Salvaje", trabajo presentado en *XVIII Encuentro de Investigadores del pensamiento Novohispano*, México, SLP, 2005

GANOT RODRÍGUEZ, Jaime, *Aztatlán. Apuntes para la historia y arqueología de Durango*, México, BVMC, 2005.

GARCÍA ZAMBRANO, Ángel Julián, *Pasaje mítico y paisaje fundacional en las migraciones mesoamericanas*, México, UAEM, 2006, 276 p.

GARIBAY K., Miguel Ángel, Miguel LEÓN PORTILLA, Alfredo LÓPEZ AUSTÍN, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, IIH-UNAM, Vol. VII, 1968, 288 p.

GERHARD, Peter, *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, México, UNAM 2000², 495 p.

----- *La frontera norte de la Nueva España*, México, IIH-UNAM, 1996, 554 p.

G. ARGÜELLES, Andrés de, *Explotación del mezquite en SLP*, México, Archivo Histórico de SLP, 1991.

HABERLAND, Wolfgang, *Culturas de la América indígena. Mesoamérica y América central*, México, FCE, 1974, 196 p.

HANSEN, Lawrence Taylor “Reseña de el sabio de la fiesta: música y mitología de la región cahita-tarahumara” de Miguel de Olmos Aguilera, *Revista Frontera Norte*, Vol. 12, No. 23, El Colegio de la Frontera Norte, 2000.

HERS, Marie-Areti, *Los toltecas en tierras chichimecas*, México, UNAM, 1989, 214 p.

----- “Chicomoztoc o el Norte Mesoamericano”, en una obra Colectiva de Federico Sodi Miranda coord., Museo Nacional de Antropología 1990, 22 p.

----- “El horizonte Clásico en el centro norte de Mesoamérica marginal”, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), *Atlas histórico de Mesoamérica*, México, ed. Larousse, 1993, 201 p.

----- “La zona noroccidental en el Clásico”, p.226-259, en Linda Manzanilla y Leonardo López Lujan, *Historia antigua de México, op.cit.*, México, CONACULTA-INAH-UNAM, Vol. II, 1995, 293 p.

----- *et al.*, *Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, México, Eds. IIA, IIE, IIH- UNAM, 2000, 723 p.

----- “Los Chichimecas: ¿nómadas o sedentarios?”, p. 33-59, en Andrés Fábregas Puig (coord.), *Continuidad y Fragmentación de la Gran Chichimeca*, del Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca, México, ed. Presente y Futuro, 2008, 241 p.

HEDRICK, Basil C., J. Charles KELLEY, Carroll L. RILEY (eds.), *The North Mexican Frontier*, USA, Southern Illinois University, 1971, 255 p.

HUBERT, Henry, *History of Latin America from the beginnings to the present*, USA, Alfred A. Knopf press, 1956, 796 p.

H. LANGEBAEK, Carl, *Noticias de caciques mayores, origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*, Colombia, ed. Universidad de Antioquia, 1992.

IVERSON, Peter, *The Navajo Nation*, USA, Connecticut: Greenwood Press, 1981.

IXTLILXOCHITL, Fernando de Alva, *Obras históricas*, México, UNAM, IIH, 1975, 562 p.

----- *Obras históricas*, México, UNAM, IIH, Tomo I, 1985, 4^a ed. 566 p.

----- *Historia de la nación chichimeca*, España, Dastin, 2000, 332 p.

JARILLO HERNÁNDEZ, Ricardo (coord.), *Tiempo y Región. Estudios Históricos y Sociales*, Vol. I, México, Eds. Presidencia de Querétaro, INAH, UAQ, 2007, 312 p.

JIMÉNEZ BETTS, Peter, “Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas: una visión periférica”, en Phil C. Weigand, *Mining Societies as interactive agencies on the northern frontier of Mesoamerica: the case-study of Chaco Canyon*, 47th International Congress of Americanists, 1991.

JIMÉNEZ, Gilberto y Catherine HÉAU LAMBERT, “El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad”, en Revista *Culturales*, Vol. III, No. 5, México, UABC, p. 7-42, 2007.

JIMÉMEZ MORENO, Wigberto, “La Colonización y Evangelización de Guanajuato en el siglo XVI”, p. 17-40, Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, México, ed. Stylo, 1943, 362 p.

-----“Relaciones etnológicas entre Mesoamérica y el Sureste de los Estados Unidos”, p. 286-295 en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, México, ed. Stylo, 1943, 362 p.

-----“Tula y los toltecas según las fuentes históricas”, p. 130-134, en Miguel León Portilla, *Lecturas Universitarias. Antología. De Teotihuacán a los aztecas, fuentes e interpretaciones históricas*, 1995.

JIMÉNEZ NÚÑEZ, Alfredo, *El Gran Norte de México: una frontera imperial con la Nueva España (1540-1820)*, España, ed. Tebar, 2006, 536 p.

JOE DYER, Nancy, “Fuentes escritas en las Historia de Toribio de Benavente (Motolinía)”, p. 415-423. ver en sitio Web, www.cvc.cervantes.com.es, Centro Virtual Cervantes, AIH, Actas X (1989),

JONES, Tom B. y Donald BEATTY W., *An Introduction to Hispanic American History*, New York, Harper and brothers publishers, 1950, 667 p.

J. SANTAMARÍA, Francisco, *Diccionario de mejicanismos*, México, PORRÚA, 1959.

J. WEITLANER, Roberto, “Las Lenguas del Sur de Estados Unidos y el Norte de México”, pp. 181-185, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, México, ed. Stylo, 1943, 362 p.

KAPLAN, Lawrence y Lucille N. KAPLAN, “La domesticación del Phaseolous: una cosecha complementaria en la Prehistoria”, p. 149-166, en Linda Manzanilla, *Coloquio V. Gordon Childe: Estudios sobre la Revolución Neolítica y la Revolución Urbana*, México, IIA-UNAM, 1988, 412 p.

KELLEY, J. Charles “Settlement Patterns in North-central Mexico”, en Gordon R. Willey *Prehistoric Settlement Patterns in new World*, USA, Salt Lake City, 1956.

----- y Ellen ABOtt-KELLEY “An alternative Hypothesis for the explanation of Anasazi Culture History”, en *Archaeological Society of New Mexico*, USA, Paper No. 2, Theodore Frisbie Editor, 1975.

----- y Ellen Abbot Kelley “FloreCIMIENTO y Decadencia del Clásico desde la perspectiva de la frontera Noroccidental de Mesoamérica”, p. 145-198, en Joseph B. Mountjoy y Donal L. Brockington (eds.), *El auge y la caída del Clásico en el México Central*, UNAM, 1987, 287 p.

----- “Cronología de la Cultura Chalchihuites”, en Jaime Ganot Rodríguez, *Azatlán, Apuntes para la historia y arqueología de Durango*, 2005, p. 207-218.

KIRCHHOFF, Paul y Berlin HEINRICH, *Historia Tolteca-Chichimeca. Anales de Quauhtinchan. Un estudio histórico y sociológico*, México, PORRÚA, 1947, 143 p.

KIRCHHOFF, Paul, *Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y características culturales*, México, Revista Tlatoani, ENAH, 1967.

----- “The Hunting-Gathering People of North Mexico”, p. 200-209, en Basil C. Hedrick, J. Charles Kelley, Carroll L. Riley, (eds.), *The North Mexican Frontier*, USA, Southern Illinois University, 1971, 255 p.

----- *Mesoamérica. Mesoamérica sus límites geográficos*, México, S.M.A., 1975.

----- “El imperio tolteca y su caída”, p. 249-272, en Jesús Monjarás Ruíz, Rosa Brambila, Emma Pérez Rocha (coomp.), *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH, 1985, 522 p.

KRIECKBERG, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, FCE, 1975.

----- *Etnología de América*, México, FCE, 1982, 2ª reimpresión, 494 p.

LAMEIRAS O., José, *El encuentro entre la piedra y el Acero: La Mesoamérica militarista del siglo XVI que se opuso a la irrupción europea*, México, COLMICH, 1994, 129 p.

LE CLÉZIO, Jean Marie, “Historia y mito en el mundo chichimeca”, en Agustín Jacinto Zavala (coord.), *Tradición e identidad en la cultura mexicana*, México, COLMICH, 1995, 576 p.

LEÓN PORTILLA, Miguel, Alfredo LÓPEZ AUSTÍN y Víctor Manuel CASTILLO FARRERAS, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, IIH- UNAM, Vol. XII, 1976, 382 p.

----- *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, IIH-UNAM, Vol. IV, 1963.

----- “Procesos de aculturación de los chichimecas de Xólotl”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Vol. VII, 1968.

----- *Lecturas Universitarias. Antología. De Teotihuacán a los aztecas, fuentes e interpretaciones históricas*. México, UNAM, 1995, 1ª reimpresión, 612 p.

----- *La flecha en el Blanco*, México, ed. Diana, 1995, 193 p.

LÉVI-STRAUSS, Claude, *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 1984, 415 p.

LÓPEZ LUJÁN, Leonardo “Las invasiones chichimecas al altiplano central”, p. 129-134, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *Atlas arqueológico de Mesoamérica*, 1993.

- L. KROEBER, A. y T. T. WATERMAN, *Source book in Anthropology*. USA, Ed. Quinn & Boden Company, 1931.
- L. BERINNGER, Robert, *Hunter-Gatherers, Archaeological an evolutionary Theory*, USA, Plenun Press, 1991, p. 243.
- MANGELSDORF, Paul C., Richard S. MACNEISH y Walton C. GALINAT, "Domestication of corn", p. 471-486, en Stuar Strever (editor), *Prehistoric agricultura*, USA, 1971.
- MANZANILLA, Linda, *Coloquio V. Gordon Childe: Estudios sobre la Revolución Neolítica y la Revolución Urbana*, México, IIA-UNAM, 1988, 412 p.
- MANZANILLA, Linda y Leonardo LÓPEZ LUJÁN, *Atlas arqueológico de Mesoamérica*, México, ed. Larousse, 1993, 201 p.
----- *Historia Antigua de México*, Vols. I, II, III, UNAM, INAH, PORRÚA, Ambas ediciones, 1995 y 2000,
- MENDIETA, Fray Gerónimo de, *Historia Eclesiástica Indiana*, México, CONACULTA, Tomo I, 1997, 533 p.
- MENDIZÁBAL, Miguel Othón de, "Colonización al Oriente de Jalisco y Zacatecas", p. 40-49, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, México, ed. Stylo, 1943, 362 p.
- MICHAELSEN, Scout y David E. JOHNSON, *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*, España, Gedisa, 2003, 270 p.
- MICHELET, Dominique "Apuntes para el análisis de las migraciones en el México prehispánico" en Thomas Calvo y Gustavo López, *Movimientos de Población en el occidente de México*, México, COLMICH – CEMCA, 1988, 372 p.
----- "La zona del occidente en el Postclásico", p. 161-198, en Linda Manzanilla y Leonardo López Lujan, *Historia antigua de México, op.cit.*, México, CONACULTA-INAH-UNAM, Vol. III, 2000, 293 p.
- MOHAR BETANCOURT, Luz María, *Códice mapa Quinatzin. Justicia y derechos humanos en el México antiguo*, México, CMNDH, CIESAS, PORRUA, 2004, 303 p.
- MONJARÁS RUÍZ, Jesús, Rosa BRAMBILA y Emma PÉREZ ROCHA (recopiladores), *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH, 1985, 522 p.
- MOTA PADILLA, Matías de la, *Historia del Reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional*, México, INAH –Universidad de Guadalajara. 1973, 626 p.
- MUÑOZ, Fray Diego, O.F.M., *Descripción de la Provincia de San Pedro y san Pablo de Michoacán, en las Indias de la Nueva España*, México, ed. Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1950, 76 p.

M. STRAZICICH, Nicola, “Manufactura e intercambio de cerámica en la región de Alta Vista y la Quemada, Zacatecas (400-900 D.C.)”, p. 219-251, en Eduardo Williams y Phil C. Weigand, *Estudios cerámicos en el occidente y norte de México*, México, COLMICH, IMC, Gobierno de Michoacán, 2001.

NÁREZ, Jesús, “Aridoamérica y Oasisamérica”, p.75-110, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *Historia Antigua de México*, Vol. I, UNAM-INAH, 2000, 352 p.

NAVARRETE PELLICER, Sergio, “Algunas implicaciones de los cambios en los patrones de asentamiento indígena durante el siglo XVI: especulación aritmética e historia conjetural”, en Thomas Calvo y Gustavo L. (coords.), *Movimientos de Población en el occidente de México*, 1988.

OBREGÓN, Baltasar de, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*, México, SEP, 1984, 304 p.

OCHOA, Lorenzo, *Historia Prehispánica de la Huasteca*, México, UNAM, 1979, 178 p.

----- *Huastecos y Totonacos*, México, CONACULTA, 1989, 326 p.

ODENA GÜEMES, Lina, “La composición étnica en el postclásico y la cuestión chichimeca” en Federico Sodi Miranda, *Mesoamérica y el norte de México s. IX-XII*, 1996

OLMOS AGUILAR, Miguel, “Reseña de La Gran Chichimeca: el lugar de las rocas secas, de Beatriz Braniff C.”, en *la Revista Frontera Norte, México, enero –junio, Vol. 15, No. 29, 2003, p. 211-216.*

OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia Antigua de México*, México, PORRÚA, 1960.

OROZCO, Juan Bautista de, *Carta al Rey, con provisiones para poner fin a la Guerra Chichimeca*. Archivo de Indias de Sevilla, en la Audiencia de México, 1575, legajo 69.

OVALLE CASTILLO, José Guadalupe y Ana Bella PÉREZ CASTRO, *Kikapués, los que andan por la tierra*, México, UTAM, 1999.

PALERM Ángel y Eric WOLF, *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, México, Ed. Gernika, 1990, 216 p.

PÉREZ DE RIBAS, Andrés, *Historia de los triunfos de N.S. Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*, México, LAYAC, 1944, Tomo I, 382 p.

PHILIPS, David, “Arqueología del Noroeste de México: “Un Rudo Ensayo”, Julio de 2009, página en Internet <http://www.unm.edu/~dap/nwm/introduccion.html>, del Link: Mesoamérica, Mesoamérica, Mesoamérica, y el Norte Que? por Jesús Gerardo Ramírez Almaráz, Universidad Veracruzana.

PIÑA CHAN, Román, *Una visión del México prehispánico*, México, UNAM – IIH, 1967

- POWELL, Philip W., *La guerra chichimeca 1550-1600*, México, FCE, 1977, 308 p.
- RADDING, Cynthia, “entre el desierto y la sierra. Las naciones o’odham y tegüina de Sonora, 1530-1840”, en *Historia de los Pueblos Indígenas de México*, México, CIESAS, 1995, p. 15-16.
- REYES GARCÍA, Cayetano, “La conquista y aculturación de los chichimecas del Bajío”, p. 309-322, en Eduardo Williams y Phil C. Weigand, *Arqueología y Ethnohistoria, La región del Lerma*, México, COLMICH, COL. JAL, 1999.
- RODRÍGUEZ SHADOW, María de Jesús, *Chalchihuite. Homenaje a Doris Heyden*, México, INAH, 1999, 305 p.
- ROMÁN GUTIÉRREZ, José Francisco, “Sobre la Conquista y colonización de la Nueva Galicia”, p. 237-269, en José Cepeda Adán (comp.), *Cuadernos de Investigación Histórica*, España, U. Sevilla, No. 13, 1990.
- “La transformación del concepto chichimeca durante el siglo XVI”, p. 39 a 55, en *Europa e Iberoamérica: Cinco siglos de intercambios, Vol. III Memorias: IX Congreso Internacional de Historia de América*, España, AHILA y CCMA, 1992, 805 p.
- *Sociedad y evangelización en Nueva Galicia durante el siglo XVI*, México, UAZ, C.J., INAH, 1993, 481 p.
- “Los chichimecas: notas sobre cacería y nomadismo” en Agustín Jacinto Zavala y Álvaro Ochoa serrano, *Tradición e identidad en la cultura mexicana*, 1995.
- ROSSELL, Cecilia, “Estilo y escritura en la Historia Tolteca-Chichimeca”, México, *Revista Desacatos*, #022, CIESAS, 2o semestre de 2002, pp. 65-92.
- R. MARGAIN, Carlos, “Zonas Arqueológicas de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes y Zacatecas”, p.145, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, México, ed. Stylo, 1943, 362 p.
- RUBIN DE LA BORBOLLA, Daniel F., “La antropología física y el norte de México”, pp. 166-171, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, México, ed. Stylo, 1943, 362 p.
- SAHGÚN, Fray Bernardino, *Historia General de las cosas de Nueva España*, México, PORRÚA, 1956, Tomo III, 361 p.
- *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, PORRÚA, 1982, 5ª ed., 1093 p.
- Edición Ángel María Garibay K., *Historia General de las cosas de Nueva España*, México, también en PORRÚA, 1985, 1093 p.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto, *Historia del Mundo. América precolombina, descubrimiento y colonización*, España, ed. EDAF, 1981, 313 p.
- SANTAMARÍA, Francisco J., *Diccionario de mejicanismos*, México, PORRÚA, 1959.

SARAVIA, Atanasio, “La Nueva Vizcaya, Durango Oriental”, p. 52-83, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, México, ed. Stylo, 1943, 362 p.

SCHMIEDER, Oscar, *Geografía de América*, México, FCE, 1946, 1116 p.

SCHOBINGER, Juan, “200,000 años del hombre en América: ¿qué pensar?” en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria, t. I, 1988, págs. 375-395*, página en Internet, e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:ETFSerie1-B0C2E751-2DD0-3D99-42E6-9E61476B28E7&dsID=PDF.

SCHUMANN G., Otto, “Movimientos lingüísticos en el Norte de México”, p. 169-174, en Marie-Areti Hers, *et al. Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, México, IIA, IIE y IIIH, UNAM, 2000, 723 p.

SHERIDAN PRIETO, Cecilia, “Reflexiones en torno a las Identidades Nativas en el Noroeste Colonial”, *Revista Relaciones*, Otoño, Vol. 23, No. 92, COLMICH, Zamora, Michoacán, México, p. 75-106.

SILVA CASTILLO, Jorge, *Nómadas y pueblos sedentarios*, México, COL. JAL., 1982

SIMEON, Remi, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, México, ed. S. XXI, 1988.

SODI MIRANDA, Federico (coord.), *Mesoamérica y el norte de México, s. IX – XII*, México, Seminario de Arqueología Wigberto Jiménez Moreno, UNAM, 1996.

SOMOHANO MARTÍNEZ, Lourdes, “La movilidad poblacional en Tlachco, Querétaro, siglos XVI y principios del XVII”, en *Revista Papeles de Población*, Julio-Agosto, México No. 049, UAEM, 2006, p. 239-262.

SOUSTELLE, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, México, FCE, 1984, 283 p.

----- *La familia otomí-pame, del centro de México*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1993, 621 p.

----- *La familia otomí-pame, del México Central*, México, FCE, 1993, 577 p.

STRUEVER, Stuar (editor), *Prehistoric Agriculture*, USA, Natural History Press, 1971. 733 p.

SWADESH, Mauricio, *Mapas de clasificación lingüística de México y las Américas*, México, UNAM, 1959, 36 p.

TELLO, Fray Antonio, *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*, México, Gob. Jalisco, U.G., IJAH e INAH, 1973, Vol. I y II.

TORRE, Lidia (coord.), *XI’oi Coloquio Pame. Los pames de San Luis Potosí y Querétaro*, México, CIH-SLP, IC-SLP, 1996, 174 p.

TORQUEMADA, Fray Juan de, *Monarquía Indiana*, México, UNAM, IHH, Vols. I, II y IV, 1975.

TURPIN, Solveig A. “La nucleación cíclica y el espacio sagrado: la evidencia del arte rupestre”, p. 179-206 en William B. Murray (comp.), *Arte Rupestre del Noreste*, México, Fondo Editorial de Nuevo León, 2007, 326 p.

VALADEZ AZÚA, Raúl, *La domesticación de animales*, México, UNAM, IIA, 1996, 111 p.

VALDÉS, Carlos Manuel, *La gente del mezquite. Los nómadas del noroeste en la Colonia*, México, INAH – CIESAS –INI, 1995, 279 p.

VELASCO MOLINA, Hugo A. *Las zonas áridas y semiáridas. Sus características y sus manejos*, México, Universidad de Monterrey, 1995.

VENTURA SILVA, Sabino, *Derecho Romano*, México, PORRÚA, 1990, 453 p.

VICO, Giambattista, *Principios de una Ciencia Nueva en torno a la Naturaleza Común de la Naciones*, México, FCE, 1987, 303 p.

VIRAMONTES ANZURES, Carlos, *De chichimecas pames y jonaces. Los recolectores cazadores del semidesierto queretano*, México, INAH, 2000, 147 p.

VITAR, Beatriz, “Las Fronteras *Bárbaras* en los Virreinos de Nueva España y Perú (Las tierras del norte de México y oriente del Tucumán en el siglo XVII)”, en: *Revista de Indias*, 1995, vol. LV, num. 203 p.

VIVEIROS DE CASTRO, Eduardo, “Cosmological deixis and amerindian perspectivism”, en: *Journal of the Royal Anthropological Institute* (N.S.) 4, 1998, pp. 469-488.

VIVÓ, Jorge A., “El Marco Geográfico e Histórico Colonial de los Indígenas”, p. 11 a 16, en Sociedad Mexicana de Antropología, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, México, ed. Stylo, 1943, 362 p.

V. FLANNERY, Kent, “Archaeological systems theory and early Mesoamérica”, p. 80-100, en Stuart Struever (editor), *Prehistoric agricultura*, USA, 1971.

WEBER, David J., “Conflicts and Accommodations: Hispanic and Anglo-American Borders in Historical Perspective, 1670-1853”, en: *Journal of the Southwest*, Tucson Arizona, 1997, 32 p.

WEIGAND, Phil C., *Mining Societies as interactive agencies on the northern frontier of Mesoamérica: the case-study of Chaco Canyon*, 47th International Congress of Americanists, 1991.

----- *Evolución de una civilización prehispánica. Arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas*, México, COLMICH, 1993, 444 p.

----- “Minería prehispánica en las regiones noroccidentales de Mesoamérica, con énfasis en la turquesa”, p. 115-137, en *Arqueología del occidente y norte de México*, COLMICH, 1995.

----- *Estudios cerámicos en el occidente y norte de México*, México, COLMICH, IMC, Gobierno de Michoacán, 2001, 437 p.

----- (coord.), *Estudio Histórico y Cultural sobre los Huicholes*, México, UG, 2002, 178 p.

WEIGAND, Phil C. y Acelia GARCÍA DE WEIGAND, *Tenamaxtli y Guaxicar. Las raíces profundas de la rebelión en Nueva Galicia*, México, COLMICH – Secretaría de Cultura de Jalisco, 1996, 209 p.

----- “Dinámica Socioeconómica de la Frontera Prehispánica de Mesoamérica”, p. 113-124, en Marie-Areti Hers *et al*, *Nómadas y sedentarios en el norte de México Homenaje a Beatriz Braniff*, México, Eds. IIE, IIH, IIA-UNAM, 2000, 723 p.

WILLIAMS, Eduardo, “El Occidente de México: una perspectiva arqueológica” p. 11-59, en Williams Eduardo y Robert Novella (coords.), *Arqueología del Occidente de México*, México, COLMICH, 1994, 381 p.

WILLIAMS, Eduardo y Phil C. WEIGAND, *Arqueología del occidente de México*, México, COLMICH, 1995, 224 p.

----- *Las cuencas del occidente de México (Época Prehispánica)*, México, COLMICH, 1996, 454 p.

----- *Arqueología y etnohistoria. La región del Lerma*, México, COLMICH, COL. JAL, 1999, 335 p.

WOLF, Erick, *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, México, ed. Era, 1967, 250 p.

WRIGHT CARR, David Charles, “La Sociedad Prehispánica en las Lenguas Náhuatl y Otomí”, en *Acta Universitaria*, Vol. 18, 2008, Número Especial, Universidad de Guanajuato, México, p. 15-23.

ZAVALA, Agustín Jacinto y Álvaro OCHOA SERRANO, *Tradición e identidad en la cultura mexicana*, México, COLMICH, 1995, 576 p.

SIN AUTOR

IX Congreso Internacional de Historia de América. Europa e Iberoamérica: cinco siglos de intercambios, Vol. III España, AHILA y CCMA, 1992, 805 p.

Diccionario de Americanismos, España, ed. Ramón Sopena, 1982

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, Madrid, ESPASA-ESCALPE, 1979, Tomo XVII, CH/D

Gran Enciclopedia Larousse, Tomo 6, España, 1988

Enciclopedia de los Municipios de México: Michoacán. Pátzcuaro, p. 2, 2005, www.mexicantextiles.com.library.purepechas.patzcuaro

Llegada del hombre a América, Wikipedia, la enciclopedia libre, es.wikipedia.org/wiki/Llegada_del_hombre_a_América

Real Academia de la Lengua Española, Diccionario de la Lengua española, España, eds. 2001, 2002

MAPAS

INAH, Mapa de Sitios Arqueológicos en los Estados del Norte de México, INAH, DRPMZA-BI-PRV-SIG-19-2006

INEGI, “Principales tipos de vegetación en México” (mapa), 2005 y “Cuencas en la República Mexicana”, Mapas localizados en el sitio web www.inegi.com.gob.mx
-I.G.-

Instituto de Geografía UNAM, 1990, Vols. I, II:
----- Vol. I, Mapas Generales, Históricos,
----- Vol. II, Climas, Suelos

Esta es una tesis que trata sobre los chichimecas, es una tesis en donde caben muchas voces intentando revelar un tabú académico sobre los indígenas del norte. La única voz que tenemos negada y resulta ser la más importante es la del chichimeca mismo. Y quiero referirme no al chichimeca del centro de México, sino al del norte al que hemos llamado el chichimeca histórico.

La verdad sobre los chichimecas no está aun dicha, ni siquiera parece estar escrita, quizás ni está pensándose en éste o en otro tiempo cercano. Porque el problema no lo hemos podido plantear de la forma adecuada y seguimos en la expectativa de construir el dato duro para crear el perfil adecuado para denunciar la existencia del ser chichimeca.

Pero no pueden negarse las hipótesis sobre los indígenas chichimecas respecto a la valorización de ingerencia en la historia y arqueología del norte. Para muestra de ello, hay que reconocer el horizonte crítico que nos han legado Jiménez Moreno, Kirchhoff, Armillas, Braniff, Weigand, Bakewell, Hers, Román Gutiérrez entre muchos otros.

Mi propuesta de reflexión es una denuncia de atención sobre los textos y la perspectiva de análisis hacia la información que se tiene y se sigue construyendo sobre los indígenas del norte. Indígenas replanteados como entes singulares que tuvieron una independencia que debe ser valorada en cuanto a sociedades individualistas, autónomas en su desarrollo y en su desempeño geográfico-climático en el México prehispánico.